
Coldhearted
KING
L.M. DALGLEISH

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.



KING

SINOPSIS

Nunca planeé darle mi virginidad a UN HERMOSO EXTRAÑO que conocí en un bar, pero por primera vez no me permití pensar demasiado en las cosas. En las pocas horas que pasamos juntos, él logró sacarme de mi zona de confort y disfruté cada segundo.

Nunca esperé volver a verlo, y mucho menos sentado a la cabecera de la mesa de la sala de juntas durante la presentación de mi firma de arquitectura para diseñar su nueva cadena hotelera.

Resulta que el hombre con el que pasé una noche apasionada es *Cole King*, el multimillonario director de operaciones del King Group, y a diferencia de nuestro encuentro anterior, cuando se trata de negocios, es tan frío como el hielo.

AHORA TRABAJO PARA ÉL Y ES... DESAFIANTE.

Es arrogante, exigente y parece deleitarse con sacarme de quicio, pero con cada reunión "a solas" que insiste en que tengamos, el recuerdo de esa noche hierve a fuego lento entre nosotros.

Nunca debí haber aceptado cuando me propuso un acuerdo sin ataduras, pero quería experimentar más de lo que él podía darme.

No tenía intención de intercambiar mi corazón a cambio.

AHORA ES DEMASIADO TARDE.

Porque, sin importar la calidez que me brinde su tacto, Cole es tan frío en el amor como en los negocios.

Y yo soy la que va a salir lastimada.

Empty Kingdom #1

L. M. DALGLEISH *Empty Kingdom #1.*

SWEET

Coldhearted KING



A mis lectoras, gracias por amar los libros, la lectura, el romance y la obscenidad tanto como lo hacen. Su pasión es lo que alimenta la mía.

1

Cole

Me apoyo en la barandilla del balcón del hotel, con los antebrazos apoyados en la parte superior y las manos sueltas. Una suave brisa refresca mi piel húmeda de sudor, que, junto con las sábanas arrugadas de la cama king-size que tengo detrás, da fe de la actividad que me ha ocupado durante las últimas horas. A esta altura, los sonidos normales de Nueva York -música, gritos, alguna sirena que otra, el claxon de los autos-, están apagados, al igual que las estrellas, que apenas se ven a través de la bruma de la jungla urbana que se extiende a mis pies.

Desde aquí puedo ver King Plaza, la torre de oficinas de cincuenta y tres pisos que alberga la sede mundial de King Group. Las luces que brillan en las ventanas revelan que muchos de los nuestros siguen trabajando, incluso a estas horas de un viernes por la noche. Un resplandor en la esquina del piso más alto indica que Roman, mi hermano mayor por cinco años -treinta y seis por treinta y uno míos-, también está ahí.

No es ninguna sorpresa.

—Oye —ronronea una voz grave y femenina detrás de mí. Unos pechos suaves me presionan la espalda sin camiseta y unos brazos delgados me rodean el pecho—. ¿Qué tal si vuelves a la cama para que pueda distraerte de lo que sea que esté ahí?

No me molesto en girarme.

—Pensé que te habías ido.

La tensión en el cuerpo de Jessica indica que no está feliz con lo que dije, pero ella insiste, deslizando sus dedos por mi vientre hasta la

cintura de los bóxers negros que me puse al levantarme de la cama hacía quince minutos.

Me tiembla la polla, pero ya me corrí dos veces esta noche, lo que significa que puedo ignorar fácilmente mi reacción biológica al contacto con una mujer desnuda, y me molesta que siga aquí, porque sabe cómo funciona esto.

Mantengo mis ojos en King Plaza.

—Te llamaré la próxima vez que necesite una cita.

Jessica enrosca los dedos, sus uñas pinchan mi piel.

—Eres un idiota. —Su tono se ha enfriado, pero está conteniendo la rabia que obviamente siente. Estoy acostumbrado. Como soy uno de los hombres más ricos del país, la gente tiende a disimular sus verdaderas emociones a mi alrededor.

Aunque, en el caso de Jessica, ella tiene su propia riqueza. Lo que le impide desatar su ira contra mí es que le gusta demasiado cómo me la follo como para hacerme enojar.

Deja de rodearme con los brazos y retrocede. Es entonces cuando por fin me giro y la miro. Aparte del mohín de su rostro, está completamente desnuda y aparentemente no le preocupa estar expuesta en el balcón. Esta es una de las suites que la dirección del hotel tiene a disposición de la familia King permanentemente -una de las ventajas de ser dueños-, así que estamos en lo alto, pero de vez en cuando los paparazzi consiguen tomarnos una foto. A veces solos, a veces no.

Estoy seguro de que a Jessica no le importará que su foto aparezca en uno o dos tabloides, aunque a su papá no le impresionaría mucho. Es hermosa de una forma que solo el dinero puede conseguir: cada centímetro pulido, peinado y realzado a la perfección. A estas alturas, ni siquiera estoy seguro de que su personalidad sea real. No es que me queje. Quedó muy bien como mi acompañante en la ceremonia de entrega de premios de esta noche, y aún más rebotando sobre mi polla durante las dos últimas horas.

Pero ya terminamos y tenerla aquí me altera los nervios.

Necesito que se vaya.

Cuando doy un paso adelante, debe de pensar que respondo a la expresión de ojos saltones que me dedica, porque una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus carnosos labios. Desaparece cuando tomo el vaso de whisky que hay en la mesa detrás de ella.

—Tengo que trabajar.

Un ceño fruncido empaña su rostro perfecto durante una fracción de segundo antes de encogerse de hombros despreocupadamente y esbozar una sonrisa falsa.

—Claro. Volveré abajo y encontraré a alguien más que quiera seguir con la fiesta.

Si es un esfuerzo para darme celos, ella debería saberlo, no soy de ese tipo. No puedo imaginar por qué alguien lo es, y eso vale para hombres *y* mujeres. Tal vez eso signifique que me falta algo intrínseco, algún aspecto fundamental de la naturaleza humana que no acabo de comprender, o quizá los celos son algo a lo que algunas personas son más propensas que otras.

—Deberías. La noche aún es joven. —Paso junto a ella, veo su tanga de encaje rojo colgando de una lámpara y se la doy.

No soy un completo idiota.

Jessica por fin se da cuenta de que no voy a cambiar de opinión. Me quita las bragas y las desliza por sus largas piernas. Sus movimientos son bruscos, pero rápidamente los hace suaves y seductores cuando me atrapa mirando. Puede que no quiera que se quede, pero eso no significa que no vaya a disfrutar del espectáculo.

No tarda en vestirse y peinarse su larga melena rubia mientras la acompaño hasta la salida. Le abro la puerta y ella pasa junto a mí, con su perfume diluido por nuestra larga noche, pero lo bastante fuerte como para hacerme cosquillas en la nariz. Se gira cuando llega al pasillo que conduce al ascensor privado.

—Llámame la próxima vez que necesites una cita, o... lo que sea.

Asiento con la cabeza.

—Lo haré.

Cuando se va, cierro la puerta, me estiro, me trueno el cuello y me dirijo a la ducha. Después de meterme en el agua caliente, me enjuago el sudor y el perfume de Jessica. Pienso en la reunión de mañana con mi papá y mis hermanos. Vamos a ampliar aún más nuestro imperio. Tras meses de trabajo previo, acabamos de anunciar públicamente nuestro último proyecto. Somos conocidos en todo el mundo por nuestros desarrollos comerciales a gran escala y nuestros hoteles de lujo, y ahora nos adentramos en el más competitivo sector del alojamiento de gama media. Como director de inversiones del King Group, es algo que he venido impulsando en los dos últimos años.

Al salir de la ducha, suena mi teléfono. Es Roman. Contesto con una mano mientras tomo una toalla con la otra.

—¿A qué debo este placer?

Me paso la toalla por el cabello mojado mientras espero a ver cuál es la emergencia. Debe de haber algún problema. No me imagino por qué me llamaría si no, ya que la mayoría de las veces limitamos nuestro contacto a la oficina.

—Detuvieron a papá —dice sin preámbulos, con la voz tan fría e impasible como siempre en estos días.

Tardo un segundo en asimilar el significado de sus palabras. Dejo de secarme.

—¿Por qué demonios? —Mi mente piensa inmediatamente en una detención bajo los influjos del alcohol. A papá le gusta tomarse una copa o diez, pero tiene chofer. ¿Por qué iba a estar al volante?

—Información privilegiada.

El shock me recorre.

—¿Qué demonios? —Papá siempre asume riesgos en los negocios y en su vida personal, lo sé muy bien. ¿Pero el uso de información privilegiada? Eso es un nuevo nivel de ilegalidad.

—Hablé con los abogados. Supuestamente estuvo usando información de uno de sus contactos en el Gobierno para comprar y vender acciones

e ingresar los beneficios en un banco de las Islas Caimán. Fue puesto bajo custodia y está detenido hasta su audiencia de fianza de mañana, pero los abogados dicen que lo más probable es que se la nieguen, ya que consideran que existe riesgo de fuga.

No es de extrañar, teniendo en cuenta que posee una flota de jets privados.

—¿Él lo hizo?

—Se declara inocente, pero si me pides mi opinión, digamos que no me extrañaría.

—*Mierda*. —Tiro la toalla en el cesto—. Tenemos que manejar la situación antes de que se haga pública.

—Exacto. —Roman suelta un fuerte suspiro—. La SEC[1] va a investigar, y el King Group va a estar bajo la lupa hasta que puedan determinar si papá usó fondos de la empresa y si alguien más estuvo implicado. Me pondré en contacto con Tate después de esto, y quiero que los dos vengan a la oficina inmediatamente. Tenemos que convocar una reunión de emergencia de la junta. Los tres tenemos acciones mayoritarias, así que podemos tomar el control y limitar los daños... pero tenemos que actuar ya.

Salgo del cuarto de baño, me pongo la ropa y pongo el teléfono en altavoz mientras me visto. Mi mente piensa en las implicaciones. El King Group estará en el punto de mira y la prensa se nos echará encima. Nuestra reputación sufrirá un duro golpe y el valor de nuestras acciones podría caer en picado si no nos adelantamos a los acontecimientos.

—Haremos que los abogados presenten los papeles para hacer oficial el cambio de liderazgo —continúa Roman—. Yo asumiré el cargo de Consejero Delegado y necesito que tú ocupes mi puesto de Director de Operaciones. Planeo destituir a Peters y poner a Tate en su lugar como director de marketing para que podamos gestionar la narrativa de cara al futuro.

—Tiene sentido —digo mientras me abotono la camisa. Las próximas semanas serán cruciales para garantizar la estabilidad de la empresa y

[1] Comisión de bolsas y valores.

mantener la confianza de los inversionistas cuando se haga pública la noticia de la detención de papá.

—Los abogados ya están en camino, así que trae tu trasero aquí lo antes posible y prepárate para una larga noche. Tenemos que asegurarnos de que todo esté listo para mañana por la mañana. —Cuelga sin decir nada más.

Me miro en el espejo y me pongo el saco del traje que me quité y tiré sobre el respaldo de una silla hace solo unas horas. Para que la empresa salga indemne, mis hermanos y yo tendremos que colaborar más estrechamente que nunca. Teniendo en cuenta lo tensa que se volvió la relación entre los tres a lo largo de los años, solo espero que podamos conseguirlo.

Tomo mi teléfono y me dirijo hacia la puerta. Es hora de dejar a un lado nuestras diferencias y centrarnos en proteger la empresa, cueste lo que cueste. El King Group es lo único que importa, y en este momento, nuestra dedicación compartida a él es lo único que mantiene unida a esta familia.

2

Delilah

Mi tenedor cae sobre mi plato.

—¿Qué estás diciendo?

Paul se sobresalta y sus ojos oscuros recorren el íntimo restaurante para asegurarse de que no llamé la atención de nadie. Cuando se da cuenta de que nadie mira, cruza la mesa y me toma la mano.

—Me gustas, Delilah. Me gustas mucho, pero las cosas cambiaron y no creo que estemos en condiciones de avanzar en nuestra relación.

—Con que las cosas cambiaron, ¿te refieres a que ahora estoy en tu equipo? Porque me dijiste que nada cambiaría cuando asumiste la dirección del proyecto.

Se vuelve a sentar en su silla.

—Y no creía que fuera así. De hecho, pensé que sería algo bueno porque podríamos pasar más tiempo juntos, pero no fue así. Veo lo duro que trabajas, Delilah, y sé lo motivada que eres, pero aunque trabajamos codo con codo todos los días, nuestra relación no ha avanzado como yo quería.

—¿Es porque aún no tenemos sexo? —digo en voz baja que se tambalea solo un poco—. Porque cuando te dije que quería esperar, dijiste que te parecía bien.

La frustración aparece en el rostro de Paul, pero la disipa.

—Y me *pareció* bien. Entiendo lo que le pasó a tu mamá, pero ya pasaron tres meses y no entiendo qué más quieres de mí antes de dar ese paso. Tienes veinticuatro años. No eres una adolescente como era ella,

por el amor de Dios. —Su voz se va elevando poco a poco y la gente gira la cabeza. Él exhala lentamente antes de continuar—. Si estuvieras comprometida con esta relación, ya estaríamos compartiendo ese tipo de intimidad. Tal y como están las cosas, a veces creo que te apasiona más tu carrera que yo.

—Eso no es... —Sacudo la cabeza, la culpa me oprime el pecho porque no puedo negar lo que sugiere. Mamá me concibió cuando tenía dieciocho años, y eso me hizo ser precavida, pero es su otro comentario lo que quiero comentar—. *Tengo* que trabajar duro, Paul. Hay muchos ojos puestos en mí en la oficina. Tengo que esforzarme el doble que los demás porque nadie está seguro de poder confiar en mí para hacer el trabajo cuando me titulé a una edad tan temprana.

—Lo comprendo. —Su voz es más aguda ahora—. Y admiro tu dedicación a la arquitectura, de verdad, pero quiero más. A estas alturas de la relación, *necesito* más, y no estoy seguro de que tú puedas dármelo. Por mucho que me gustes, creo que es mejor que terminemos ahora, cuando no estemos tan implicados emocionalmente como para no poder mantener una relación laboral amistosa. Sobre todo teniendo en cuenta mi nuevo puesto y lo importante que es el proyecto actual.

Se me saltan las lágrimas.

—Es bueno saber que no estás tan involucrado emocionalmente como para ponerte mal por nuestra ruptura.

Paul se adelanta para tomarme la mano.

—No me refería a eso. Mira, realmente quería que esta relación funcionara. Tú lo sabes. Incluso esperé a que obtuvieras tu licencia antes de invitarte a salir porque sabía lo concentrada que estabas. —Me aprieta los dedos—. Estoy tan decepcionado como tú de que las cosas no funcionaran.

Una parte de mí lo duda. Paul es *-era*, ahora, supongo-, mi primera relación real. Lo que parece una locura, teniendo en cuenta mi edad, pero convertirme en arquitecta con licencia a los veinticuatro no fue fácil. Pasé muchos años concentrada en mis estudios, haciendo prácticas en cualquier momento libre, y luego me reté a mí misma a empezar los

exámenes para obtener la licencia justo después de graduarme. No tenía tiempo para un novio.

Cuando obtuve mi licencia solo diez meses después de graduarme, pensé que podría relajarme. Pensé que podría empezar a disfrutar más de las cosas que hacían otras mujeres de mi edad, como salir, tener citas y, sí, por fin tener relaciones sexuales, pero, además de seguir sintiendo la necesidad de demostrar a diario mi valía a mis colegas de más edad, en su mayoría hombres, soltarme fue más difícil de lo que esperaba. Relajarme lo suficiente como para salir de la zona de confort en la que me metí y acostarme con Paul fue... difícil.

La lencería verde azulada recién comprada que llevo debajo de mi mejor vestido corto negro de repente se ciñe incómodamente alrededor de mi cuerpo meticulosamente depilado. Esta noche había dejado por fin de darle vueltas a las cosas, pero no hay ninguna posibilidad de que se lo admita a Paul ahora.

Hago contacto visual con la mujer de la mesa de al lado, que me lanza una mirada compasiva y yo desvío la mirada. ¿Todo el mundo en el restaurante puede saber lo que está pasando en esta pequeña mesa para dos? Una mezcla de dolor y humillación se me revuelve en el estómago y parpadeo mientras miro la pasta a medio comer.

—No puedo creer que hayas decidido romper conmigo mientras cenábamos. ¿Creías que iba a montar una escena? ¿Era tu forma de asegurarte de que no lo hiciera?

La mirada de Paul recorre la sala antes de encontrarse de nuevo con la mía.

—No, no es por eso. Yo no planeé esto, pero estabas hablando de tus conceptos para el proyecto, y parecías tan condenadamente apasionada que me di cuenta de que no me parece bien esperar a que compartas parte de esa pasión conmigo.

Trago saliva y dejo pasar el nudo que se me hace en la garganta.

—Okey —susurro.

—Lo siento, Delilah. Terminemos de comer y luego te llevaré a casa. El lunes, ambos podemos ser adultos sobre esto y trabajar juntos para finalizar nuestra propuesta.

La emoción burbujea en mi pecho, hecha sobre todo de decepción y frustración, con Paul *y* conmigo misma.

—En realidad, ya no tengo hambre. Quédate aquí y termina. Yo me iré a casa.

—Vamos, Delilah. No seas así. Estoy seguro que podemos seguir siendo amigos y comer juntos.

—Tal vez podamos en algún momento, pero no esta noche. Solo quiero irme a casa.

Exhala un suspiro que consigue hacerme sentir como si estuviera siendo infantil.

—Está bien, pero lo menos que puedo hacer es llevarte a casa.

Estar atrapada en un auto con él es lo último que quiero.

—No, gracias. Prefiero estar sola ahora. Tengo mi teléfono, llamaré a alguien para que me lleve. —Antes de que Paul pueda seguir discutiendo, empujo mi silla hacia atrás y me pongo de pie.

Paul frunce el ceño y se levanta también, pero me doy la vuelta y salgo rápido de la mesa antes de que pueda decir nada más. Salgo por la puerta del restaurante, preguntándome si debería haber pagado antes de irme, pero es solo una preocupación pasajera. Es lo menos que puede hacer Paul, teniendo en cuenta lo que acaba de pasar.

Mis tacones repiquetean a gran velocidad mientras avanzo por la calle, con el celular en la mano y esquivando a la gente que se acerca. Quiero alejarme del restaurante para no tener que quedarme afuera y arriesgarme a enfrentarme a Paul mientras espero mi auto. Cuando creo que estoy lo suficientemente lejos como para evitarlo si se va, levanto el teléfono para abrir la aplicación. Una puerta de madera oscura se abre al lado de donde estoy caminando, y una pareja irrumpe de ella, distrayéndome. Se ríen y, antes de que la puerta se cierre, se oye el

sonido de la música y el murmullo de una conversación. Miro a través de los cristales fuertemente tintados.

Un bar.

Ahí de pie, con mi vestido sexy, mis tacones de tiras y mi hermosa lencería, después de haber sido abandonada, de repente no quiero escabullirme a casa como un perro con el rabo entre las piernas. Quiero tomarme una copa. Si Alex, mi compañera de apartamento, estuviera en casa, compraría una botella de vino y me la llevaría a nuestro acogedor apartamento para ahogar mis penas con ella, pero está en un concierto con su novio, y no me gusta la idea de estar sola.

Intento no pensarlo demasiado, abro la puerta y entro en la penumbra. Lo primero que percibo es el inconfundible aroma a cerveza y whisky, con un toque subyacente de madera pulida y cuero. Cuando mi vista se adapta a la escasa iluminación, distingo a varias personas sentadas en mesas y agrupadas en torno a una larga barra de madera. Me dirijo hacia ahí.

Después de encontrar un taburete de respaldo alto vacío junto a un hombre de cabello oscuro con camisa blanca de negocios, me tiro en él mientras lucho contra las lágrimas.

No es que tenga el corazón roto -Paul y yo no estuvimos saliendo el tiempo suficiente para que me enamorara de él-, pero *me gustaba*, y pensé que con el tiempo se convertiría en algo más, que esa simpatía sería suficiente por ahora.

Pero me equivoqué.

Llamo la atención del bartender y, quizá al ver la expresión de mi cara, se acerca a toda prisa. Justo cuando estoy a punto de pedir mi habitual copa de vino blanco, me detengo. Esta situación requiere algo más fuerte.

—Whisky. Con hielo.

Una de sus cejas se frunce. Probablemente porque no parezco la típica chica de licor duro, y no lo soy, pero, ¿qué demonios? Pensar demasiado y ser precavida es lo que me ha traído hasta aquí. En lugar de cuestionar mi capacidad para tomar decisiones, el hombre se limita a asentir, toma

una botella medio llena de líquido ámbar de una de las estanterías que tiene detrás y vierte unos dos centímetros en un vaso. Me lo pone delante y, con una sonrisa de agradecimiento, lo tomo y me lo bebo de un trago.

Dios, quema. Jadeo y me estremezco, luego toso un poco. La mirada divertida del bartender me toma desprevenida, pero no me importa que se ría de mí.

—Otra, por favor.

Esta vez, sus cejas se disparan.

—¿Estás segura?

—Seguro, estoy segura —digo, y luego me río. Mierda, ¿ya estoy achispada? Me bebí una copa de vino en la cena antes de que Paul decidiera que estábamos mejor como... ¿amigos? ¿Colegas? Quién sabe.

El bartender reprime una sonrisa y me sirve.

—¿Quieres que abra una cuenta?

Estoy a punto de decirle que es una gran idea cuando una voz suave y profunda viene de mi lado.

—No si está aquí sola.

3

Cole

Por el rabillo del ojo, la veo girarse para mirarme, pero no me molesto en encontrar su mirada. Ni siquiera estoy seguro de por qué dije nada. No es asunto mío si una mujer quiere emborracharse sola en un bar. Al fin y al cabo, estoy bebiendo solo.

Mi mente se remonta a la visita de hoy para ver a papá en la cárcel, la razón por la que estoy aquí con un whisky en la mano. Roman, Tate y yo, junto con el abogado jefe del King Group, fuimos a informarle del cambio en la dirección de la empresa. Verlo sentado a la mesa con su mono naranja fue un shock, aunque cualquier simpatía que pudiera haber sentido por él se esfumó hace una semana, cuando supe el alcance de lo que hizo, y por qué.

Ya era bastante malo que ganara dinero gracias a la información privilegiada que recibía de sus contactos en la industria de defensa, pero además usó esos beneficios para mantener al menos a tres de sus amantes. También pasó sus consejos calientes a varios de sus compinches. La estupidez -y el egoísmo-, de sus actos nos dejó atónitos a todos, sobre todo teniendo en cuenta que se pasó nuestros años de formación inculcándonos que la lealtad a nuestro apellido y a nuestra empresa era lo único que importaba.

Pero todo lo que aprendimos de él también nos facilitó hacer lo que teníamos que hacer. Decir que le disgustó oír lo que teníamos que decirle era quedarse corto, pero teniendo en cuenta su situación actual, no podía hacer nada al respecto.

En cuanto acabamos de hablar con nuestro equipo de abogados, me fui a casa, pero, por primera vez, la idea de estar solo en mi enorme ático no me atraía.

En lugar de eso, vine aquí y me pasé la última hora bebiendo un par de vasos de su whisky más caro, intentando averiguar por qué demonios mi papá hizo lo que hizo. Estaba dando vueltas en círculos y estaba a punto de irme cuando una mujer se sentó en el taburete de al lado.

Ahora estoy interfiriendo en su plan de ahogar las penas que obviamente sufre, y en vez de retractarme como cualquier idiota que se precie, me giro hacia el bartender.

—El próximo vaso que le des debe estar lleno de agua.

Casi puedo sentir su indignación.

—¿Disculpa? —me dice—. No te conozco y tú no me conoces, así que estoy segura de que no tienes nada que decir sobre lo que pido o cuánto bebo.

Por fin inclino la cabeza hacia ella para verla y, mierda, es hermosa. Un ajustado vestido negro cubre un cuerpo menudo pero perfectamente curvilíneo. El cabello, casi tan oscuro como el mío, le cae sobre los hombros en ondas sueltas, pero no puedo apartar la mirada de su rostro. El llamativo verde de sus ojos y la forma en que se inclinan hacia arriba en las esquinas les da un aspecto casi felino. Su nariz es pequeña y recta, y su boca solo me hace pensar en una cosa: cómo quedarían esos labios rosados y carnosos alrededor de mi polla.

Normalmente, si una mujer con su aspecto se sentara a mi lado, sabría inmediatamente cómo acabaría la noche, pero hay una vidriosidad en su mirada que no procede únicamente del whisky que se tomó.

Me mira con esos ojos de gata y se da la vuelta, bajando la vista hacia su bebida. Casi me da risa cuando se reafirma visiblemente, la levanta y vuelve a dirigírmela. Reacciona igual que la primera vez, con un grito ahogado y un estremecimiento. Me invade una oleada de lujuria cuando la imagino haciendo ese mismo sonido mientras me entierro dentro de ella.

Mira al bartender, aparentemente embelesado con ella.

—Una más, por favor.

Sus ojos se dirigen hacia mí, pero antes de que pueda sacudirle la cabeza, ella golpea la barra con los nudillos para llamar su atención.

—¡Oye! —dice—. Él no está pidiendo. Pido yo.

—Otra de esas te va a golpear como un camión Mac —le digo, y sigo sin saber por qué me dedico a esto. Está lejos de mí disuadir a nadie de ahogar sus penas, pero hay algo en ella que parece desencadenar en mí un instinto protector que no sabía que tenía. Lo cual es ridículo. Parece joven, pero es adulta y puede hacer lo que le dé la gana.

Y sin embargo, sigo.

—Voy a suponer que la razón de tu repentina necesidad de alcohol fuerte es un hombre. Probablemente un hombre que recientemente te rompió el corazón, y si yo puedo adivinar eso, también pueden hacerlo todos los demás hombres de aquí. Lo que significa que un whisky más y todos los idiotas que te están mirando intentarán ligar contigo, sobre todo con ese aspecto. —Dejo que mis ojos recorran su vestido y vuelvan a subir. Sé lo que están pensando los demás hombres, porque yo estoy pensando exactamente lo mismo. Por suerte para ella, aprovecharme de mujeres jóvenes, borrachas y con el corazón roto no es lo mío, así que le dejo oír la diversión en mi voz, solo para dejar claro mi punto de vista—. Pero oye, si buscas un sexo rápido y sucio por venganza, bebe.

Me mira fijamente, con los labios entreabiertos por la sorpresa, y casi me siento mal.

Casi.

—Wow —dice, y esos bonitos ojos se entrecierran—. En primer lugar, antes pensaba que estaba de mal humor, pero tú eres la cereza del pastel, y segundo, no importa cuánto beba o cuántos tipos intenten coquetear conmigo, no soy el tipo de chica de *sexo rápido y sucio por venganza*.

Probablemente no lo sea, pero le vendría mejor que emborracharse con whisky.

—Quizá deberías —digo antes de poder contenerme. ¿Y realmente quiero hacerlo? Esta conversación es una distracción, y después de la última semana, me vendría bien una distracción. Sobre todo una tan atractiva como ella.

Se gira para mirarme.

—¿Por qué? ¿Crees que eso me hará sentir mejor mañana cuando haga el paseo de la vergüenza?

—¿Por qué habrías de avergonzarte? El sexo consiste en sentirse bien en el momento. Salir de tu propia cabeza sumergiéndote en el cuerpo de otra persona durante unas horas. No tiene por qué ser una conexión profunda y significativa. Si te sientes mal, el sexo te sienta bien. ¿Por qué no hacerlo?

Sus ojos se apartan de mí, pero regresan unos segundos después. Se aprieta el labio inferior con los dientes y casi puedo ver cómo su cerebro hace horas extras.

Sonrío.

—Lo estás considerando, ¿verdad?

Incluso en la tenue luz del bar, el rosa de sus mejillas es visible.

—No estoy segura de que eso sea asunto tuyo.

Se da la vuelta y me río para mis adentros. Debería irme a casa. Tengo una videoconferencia a primera hora de la mañana con los jefes de nuestras oficinas europeas. En lugar de eso, le pido otro whisky al bartender. Cuando llega, bebo un sorbo y me giro hacia ella.

—¿Qué hizo?

Ladea la cabeza y frunce el ceño.

—¿Quién?

Sí, definitivamente bebió demasiado whisky si ya se olvidó de quien la jodió esta noche.

—Tu novio —aclaro.

Ella mira su vaso vacío.

—Ex.

—Bueno, parece obvio, pero no quería asumirlo.

Hace un gesto demasiado amplio con una mano.

—Asúmelo.

—Todavía no me has dicho lo que hizo. —Vuelvo a hacer una señal al bartender, que sabe lo que le pido. Sirve agua de una jarra, añade una rodaja de limón y se la pone delante. Esta vez no protesta, la toma y bebe un sorbo.

Me echa un vistazo con el rabillo del ojo.

—No me digas que realmente te interesa mi triste historia.

—Normalmente no lo haría, pero ahora necesito una distracción, y tú lo eres.

Se gira para mirarme de frente, con esos expresivos ojos llenos de lo que parece simpatía.

—Lo siento. Hemos estado hablando de mí. ¿Está todo bien contigo?

La sorpresa me invade. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó si estaba bien? Pero ignoro su pregunta. De ninguna manera le voy a contar a una mujer cualquiera lo de la mierda que le ha caído al King Group gracias a mi querido y viejo papá.

—Dime qué te hizo este idiota para que te plantees tener sexo rápido y sucio de venganza con alguien esta noche.

—No dije que fuera a hacerlo.

—Tienes razón. Mis disculpas. —Levanto las manos y lucho contra una sonrisa.

Ella frunce el ceño.

—¿Te estás burlando de mí?

—No me atrevería.

Me mira fijamente durante un segundo antes de que una carcajada brote de su garganta.

—Sí, claro.

Es aún más hermosa cuando se ríe.

Por encima de su cabeza, veo a un par de hombres de negocios trajeados que la observan desde el otro extremo de la barra. El hambre apenas disimulada destella como una luz de advertencia en sus ojos, y dejo que la sonrisa desaparezca de mi rostro, dedicándoles toda la fuerza de una mirada que ha intimidado a hombres mucho más poderosos que ellos. De repente se interesan ávidamente por las cervezas que tienen delante y vuelvo a centrar mi atención en la mujer que está sentada a mi lado.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta, y tardo un momento en darme cuenta de que está respondiendo a mi pregunta sobre su ex.

Realmente no tengo un deseo ardiente de escuchar lo que este tipo hizo para decepcionarla. "Decepcionante" resume la mayoría de las relaciones, en lo que a mí respecta, pero quiero que siga hablando, aunque solo sea hasta que esos dos idiotas paguen y se vayan. Por no hablar de los otros hombres que la han estado mirando desde que se sentó. Así que asiento con la cabeza.

—Será mejor que te desahogues. —Por algún milagro, evito que mis ojos se posen en la turgencia de sus pechos mientras lo digo.

Toma otro sorbo de agua.

—Okey. Bueno, trabajo con él.

Levanto una ceja y ella hace una mueca.

—Lo sé. No es el movimiento más inteligente, pero hice prácticas ahí durante mi último año de universidad, y entonces empezamos a conocernos. Él coqueteaba conmigo, y yo me sentía halagada porque es guapo, y mayor.

—¿Ese es tu tipo? —pregunto con una sonrisa burlona.

Una pequeña arruga se forma entre sus cejas y su mirada se pasea lentamente por mi rostro.

—Tal vez.

Su respuesta no es la que esperaba. El calor me recorre, y la excitación crea un pulso urgente en mis venas. La empujo hacia abajo con más dificultad de la que estoy acostumbrado. No vine aquí a ligar con una mujer. Vine a tomar una copa en un lugar donde probablemente la gente no me reconozca. No es que crea que ella esté buscando que la liguen... al menos no en serio. Es solo una mujer que es sexy sin siquiera intentarlo.

Sus ojos caen y traza una línea de condensación en el vaso que tiene delante.

—En fin, cuando acabaron mis prácticas, Paul me invitó a tomar algo, una cosa llevó a la otra y nos besamos.

—¿Solo se besaron? —pregunto—. Qué Hallmark de tu parte.

Esta vez, me mira fijamente.

—Sí, solo nos besamos. Fue... agradable. Me gustó, pero estaba centrada en terminar la universidad, así que así lo dejamos. Después de graduarme, me ofrecieron volver a trabajar en la empresa. Paul estaba trabajando temporalmente en nuestra oficina de Londres cuando empecé, pero no mucho después de volver, empezamos a salir.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunto.

—Tres meses.

—¿Así que solo hicieron falta tres meses para que se esfumara tu brillante relación amorosa?

Me frunce el ceño. No debería burlarme de ella, pero disfruto viendo las chispas que brillan en sus ojos verdes cuando se ofende. Me recuerda a un gatito cuando le frotas el pelo de la forma equivocada: pequeñita, esponjosa, siseando y escupiendo como si su irritación pudiera asustarme.

Apuesto a que también ronronearía como un gatito si la acariciara como es debido.

—Nunca dije que fuera brillante.

—Así que el tipo era aburrido.

—Yo tampoco dije eso. —Ella sacude la cabeza y luego se ríe, ya se le pasó la irritación.

Me fascina lo cambiantes que son sus emociones, y la facilidad con que las expresa. Dice algo sobre el mundo en el que vivo. Las emociones sinceras son difíciles de encontrar.

—¿Qué salió mal?

Se queda callada, mirando su vaso de agua.

—Solo dijo que las cosas no estaban funcionando.

—Suena bastante estándar —digo.

Esta vez, su risa no tiene gracia.

—Supongo que sí. No hay nada especial en mí o en mi historia.

Recorro con la mirada su exuberante cuerpo.

—Yo no diría eso.

Una aguda respiración entrecortada demuestra que no es inmune a mí.

Apoyo el codo en la barra.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Aparta su mirada de mí.

—Nada, supongo. Mi trabajo es genial y me encanta la empresa para la que trabajo, así que no es como si fuera renunciar. Simplemente no me gusta cómo me siento ahora. No me gusta pensar que fue algo que hice mal. Que debería haberme esforzado más. Que si hubiera.... —Se detiene y bebe otro sorbo de agua.

Me echo hacia atrás y la estudio. El agua que bebió le ha quitado la neblina alcohólica de los ojos. Me detengo en la longitud de sus muslos, expuestos por su corto vestido, y tomo una decisión.

—Entonces deberías olvidarte del sexo rápido y sucio de venganza.

—¿Debería? —Suena sin aliento tras mi lenta exploración, y me muero de ganas de oírla suplicarme que me la folle con esa misma voz entrecortada.

Asiento con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de ella. Beber solo no me estaba distrayendo. Puede que ella sea exactamente lo que necesito para olvidarme de todo lo que me está pasando, y además me ayudará a distraerla.

—Creo que deberías practicar sexo sucio de venganza que dure horas, y creo que debería ser conmigo con quien lo hagas.

Sus mejillas se inflaman de calor, y mi polla ya está medio dura cuando imagino que presiono mis labios contra el calor de su piel mientras me muevo dentro de ella.

—¿Por qué tú? —pregunta.

Inclino la cabeza hacia ella y siento su aroma, una embriagadora mezcla de flores silvestres y algo más sensual.

—Porque puedo garantizarte que lo haré bien para ti. Porque creo que a los dos nos vendría bien despejarnos esta noche, y porque no he dejado de pensar en quitarte ese vestido desde el momento en que te sentaste.

Se retuerce en el taburete y yo pasé oficialmente de estar medio duro a estar totalmente duro. ¿Qué tan mojada está ella ahora? No puedo esperar para averiguarlo.

Se recoge el cabello detrás de las orejas e intenta recuperar la compostura.

—Wow, trabajas rápido, ¿verdad?

—Puedo ir despacio cuando lo necesito. —Cruzo los brazos y me reclino en el taburete mientras espero su respuesta.

—Bueno —dice, y sus ojos se posan en mis antebrazos, donde tengo arremangadas las mangas de la camisa—. Puede que necesite que vayas un poco más despacio ahora.

No es un sí, pero tampoco es un no.

Podría volver a beber. Podría ligar con alguna de las otras mujeres de aquí, algunas de las cuales ya se han quedado a mi lado mientras pedían bebidas lanzándome miradas esperanzadas. Incluso podría llamar a Jessica, aunque lo último que quiero es darle la impresión de que estoy interesado en ampliar nuestro acuerdo, pero a fin de cuentas, esta mujer me llamó la atención como pocas lo hacen hoy en día, y después del espectáculo de mierda de hoy, la idea de perderme en su cuerpo es una tentación que no puedo resistir.

—Hagámoslo despacio entonces —digo.

Se queda callada un momento, luego su delicada mandíbula se reafirma.

—De hecho, cambié de opinión.

La decepción me golpea más fuerte de lo debido, pero antes de que pueda decir nada, me sorprende de nuevo.

—Estoy harta de ir despacio. Por una vez no quiero pensar demasiado en todo.

—Así que estás diciendo...

Respira hondo.

—Estoy diciendo que sí.

4

Delilah

Mis manos empiezan a temblar cuando sus ojos azules se calientan, pero él no se mueve, aunque parece como si su enorme cuerpo se hubiera tensado de repente. Quizá percibe mi nerviosismo.

—¿Sí? ¿No tienes más preguntas para mí? ¿No sientes curiosidad por el hombre con el que piensas irte? ¿Quién soy, qué hago?

Me lamo los labios. Debería ser más curiosa. Esas son las cosas que debería querer saber antes de hacer nada con este tipo, pero, a menos que confiese ser un asesino en serie, ¿servirá de algo? A estas alturas, estoy harta de pensar en eso. Solo quiero acostarme con este hombre que, por su forma de hablar y actuar, parece que sabe exactamente lo que hace. Entonces podré superar este obstáculo y seguir adelante con mi vida.

—No finjamos que nos veremos después de esta noche. No me pareces el tipo de hombre que sea de más de una noche.

Inclina la cabeza. Cuando me mira a través de sus oscuras pestañas, hay un brillo casi travieso en sus ojos.

—¿Te molesta?

—No. —Dejo escapar un suspiro tembloroso—. Sí. No lo sé. —Supongo que no estoy tan despreocupada como pensaba—. Lo siento. No estoy acostumbrada a esto.

Una comisura de sus labios se inclina hacia arriba.

—Me doy cuenta. —Una sonrisa lenta y seductora florece en su rostro—. ¿Necesitas que te convenza?

La aspereza de su voz me produce un escalofrío en todo el cuerpo. Me chupo el labio inferior y asiento con la cabeza, porque quizá oír exactamente lo que planea hacerme me calme los nervios.

—¿Quieres que te diga por qué deberías ir conmigo a mi habitación de hotel en este momento?

—Sí. —Es un susurro sin aliento.

Jadeo cuando toma mi taburete y lo acerca a él para que mis rodillas acaben entre sus muslos. Luego se inclina hacia adelante, me coloca el cabello detrás de la oreja y me susurra, y el calor de su aliento me pone la piel de gallina.

—Porque cuando estemos solos y ya te haya hecho correrte dos veces, una con los dedos y otra con la lengua, cuando entierre mi polla dentro de ti y te esté llevando a tu tercer orgasmo, voy a decirte exactamente lo sexy que eres, exactamente lo duro que estoy por ti y exactamente lo increíble que se siente tu coño cuando me aprieta. Te olvidarás de que alguna vez hubo otro hombre dentro de ti, y cuando finalmente te deje, te vas a correr, gritando, sobre mi polla.

Se echa hacia atrás para poder verme a los ojos, e imagino que están lo bastante dilatados como para exponer lo mucho que me han afectado sus palabras.

Sonríe, pasa sus nudillos por mi mejilla ardiente y dice:

—¿Suficientemente convincente?

Tengo la boca tan seca que apenas puedo hablar, y mi corazón se agita contra mi caja torácica. Esto es lo más loco y temerario que he contemplado en mi vida. Me digo que bebí demasiado, pero no es eso. Ahora estoy totalmente lúcida, pero estoy cansada de ser responsable y de hacer lo correcto todo el tiempo. Estoy harta de darle demasiadas vueltas a esto. Mamá siempre me decía que me concentrara en mis estudios, que consiguiera un buen trabajo y que no me precipitara en una relación ni dejara que un hombre cambiara el rumbo de mi futuro. Pues bien, seguí su consejo y mucho más. Soy una de las arquitectas con licencia más jóvenes de Estados Unidos, y eso es prueba suficiente, pero aún me queda mucho por conseguir. No necesito la presión añadida de

determinar con qué hombre compartir mi cuerpo por primera vez. Podría hacerlo ya, acabar de una vez por todas y seguir adelante sin que me ronde por la cabeza.

Así que sí, esta noche seré imprudente por primera vez. Me soltaré el pelo, dejaré de pensar y le daré a este hombre, a este extraño, algo por lo que Paul aparentemente no estaba dispuesto a esperar.

Y tengo la sensación de que se asegurará de que disfrute cada segundo.

Me encuentro con su mirada.

—Muy convincente.

Un destello de satisfacción ilumina sus gélidos ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, estirando la mano para pasarme otro mechón de cabello por detrás de la oreja. Sus dedos se deslizan por la columna de mi garganta y siento mariposas en el estómago.

—Delilah. ¿Tú?

—Cole —dice, estudiándome con una extraña intensidad, como si saber su nombre pudiera hacerme cambiar de opinión.

Por extraño que parezca, me resisto a continuar con nuestra charla después de haber aceptado acostarme con él. Como casi todo en mi vida, cuando decido que quiero hacer algo, me comprometo a hacerlo cuanto antes. Sigo nerviosa, pero hay una sensación de expectación en mi interior que no puedo ignorar. Una necesidad de satisfacer una parte de mí que estaba reteniendo.

Así que cuando me pregunta si estoy lista para irme, asiento con la cabeza, bebo un último sorbo de agua para humedecer mi garganta seca y me bajo del taburete.

Cole me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia la salida, y no puedo dejar de pensar en qué más me harán pronto sus manos. No puedo evitar ver su cuerpo bañado en sudor moviéndose sobre el mío.

Mis pies tartamudean hasta detenerse y no puedo avanzar más sin confesarle la verdad. Esto puede ser más de lo que esperaba. Es posible que mi virginidad sea un factor decisivo para él, y tiene derecho a saber en qué se está metiendo.

—Espera. Hay algo que tengo que decirte primero.

Sus facciones se tensan y sus cejas se levantan mientras espera a que le explique mis dudas.

—Yo... um... en realidad no he hecho esto antes.

—Creo que es bastante obvio que ir a casa con un hombre que acabas de conocer en un bar no es típico de ti.

Bajo la voz.

—No. Quiero decir, no lo he hecho... antes... En absoluto.

Se le forma una arruga entre las cejas.

—Soy virgen —siseo cuando no responde.

La sorpresa se enciende en sus ojos.

—¿Cuántos años dijiste que tienes?

Su evidente incredulidad me hace levantar la barbilla.

—No es que sea poco común. —Contengo la respiración, preguntándome si cambiará de opinión.

Sus ojos me recorren y en ellos brilla algo que no puedo identificar. Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Bastante poco común. —Niega con la cabeza, aún con esa media sonrisa en el rostro, y me toma de la mano—. Vamos.

Solo hay un corto paseo hasta su hotel, uno de los alojamientos de lujo de la cadena King International. Estoy demasiado nerviosa para fijarme en los detalles arquitectónicos o en el amplio vestíbulo como lo haría normalmente, pero cuando me guía hasta el ascensor, pasa una tarjeta y pulsa el botón de la segunda planta más alta, me asombro.

—¿Una suite?

Sus labios se curvan.

—Ventajas del trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Estoy en... hotelería.

Le sonrío.

—Wow, debería haber conservado mi trabajo de camarera.

Espero a que me pregunte qué hago, pero no lo hace. Se limita a mirarme con esos hermosos ojos azules de pestañas oscuras porque estamos aquí por una razón y solo por una razón. Conocernos no forma parte de eso.

Cuando me doy cuenta de mi error, me río de mí mismo.

—Okey —digo—. Pronto le agarraré el truco a esto.

Mueve la cabeza, con una sonrisa torcida en los labios, como si lo divirtiera, y probablemente lo hago. Seguro que está acostumbrado a estar con mujeres mucho más experimentadas. Ese pensamiento me perturba más de lo que esperaba. Antes de que pueda pensar demasiado en eso, el ascensor suena al llegar a su planta y las puertas se abren.

Cole me guía por un corto pasillo que parece revestido de mármol. Agita su tarjeta delante de la puerta y la abre de un tirón, apartándose para dejarme pasar primero.

—Oh, Dios. —Mis pies se pegan al suelo mientras contemplo el enorme espacio. Nunca estuve en una habitación de hotel tan lujosa. No hay otra palabra para describirla que opulenta, con sus techos altos, suelos de madera y muebles caros. Incluso tiene una araña de cristal sobre la mesa del comedor.

Pero lo que más me llama la atención es la vista despejada del horizonte de Nueva York.

—Wow —susurro. Los ventanales del suelo al techo me atraen y me coloco frente a ellos, con las yemas de los dedos ligeramente apoyadas

en el frío cristal mientras contemplo la ciudad que se extiende bajo mis pies.

El malestar me revolotea en el pecho. Puede que el jefe de Cole pague la suite, pero es evidente que él también es rico, y sé cómo son los hombres ricos: implacables cuando persiguen lo que quieren, ya sean posesiones o personas, sin importarles las repercusiones de su egoísmo.

¿Estoy cometiendo un error?

Sacudo la cabeza. Lo estoy pensando demasiado. Después de esta noche, no volveré a ver a Cole, e hice todo lo posible para protegerme de cualquier consecuencia no deseada. En cuanto empecé a salir con Paul, me puse un implante anticonceptivo, asumiendo que haría esto con él esta noche, incluso traje un condón en mi bolso. Si por alguna razón un hombre como Cole no tiene uno a mano, estoy cubierta.

—¿Quieres tomar algo? —Cole pregunta detrás de mí.

Me alejo de las vistas y me centro en él, que está de pie frente a una amplia barra de bar. Por muy tentador que sea tomarme una copa de vino para reponer fuerzas, quiero saber qué pasa exactamente entre nosotros.

—Probablemente ya bebí suficiente alcohol esta noche. Solo tomaré agua, gracias.

Abre una botella, la sirve en un vaso, añade una rodaja de limón y se acerca a mí. Nuestros dedos se rozan cuando tomo el vaso, mi mirada se posa en la suya y mi corazón se acelera.

Tomo un sorbo, y luego otro. Cole no se ha molestado en beber nada. En lugar de eso, me mira y sus ojos se oscurecen cuando me chupo una gota perdida.

No espera a que termine, alcanza el vaso y me lo quita.

—No has venido aquí para hidratarte y admirar las vistas, ¿verdad?

Mi pulso martillea en mi garganta.

—No, no lo hice.

Su mirada se posa de nuevo en mi boca, la levanta y me roza el labio inferior con el pulgar. ¿Va a besarme ahora?

—Date la vuelta —dice, con voz baja y firme.

Parpadeo, suelto un suspiro tembloroso y hago lo que me dice. Solo doy un pequeño respingo cuando me agarra la cremallera del vestido y me la baja. Se toma su tiempo, como si disfrutara de la expectación, y luego me quita los tirantes de los hombros. La tela se desliza por mi cuerpo y se acumula en el suelo.

Dios, esto está pasando de verdad.

—Camina hacia el dormitorio. Despacio —me ordena, y cuando le lanzo una mirada por encima del hombro, me dedica una sonrisa lobuna—. Vamos, gatita. Si quieres hacerlo, lo haremos a mi manera, y quiero verte.

¿Gatita? *¿En serio*? Pero no lo cuestiono. Tengo cosas más importantes en la cabeza.

—Esto no es exactamente como me lo imaginaba.

Sus nudillos recorren mi columna vertebral y su tacto me pone la piel de gallina. Sus ojos me penetran.

—Me elegiste por una razón —me dice—, y no es porque pensaras que sería blando y amable. Estoy seguro de que has estado rodeada de muchos hombres muy agradables que te habrían engatusado con gusto para que te quitaras la ropa y te metieras en su cama, pero tú no los quisiste, ¿verdad? Me quisiste a mí, y eso es porque una parte de ti sabe exactamente cómo va a ir esto. Ya no piensas más, y ahora quieres dejarte llevar y sentir, pero podría estar equivocado. Tal vez lo que realmente quieres son palabras dulces y mimos después. Si ese es el caso, siéntete libre de salir por esa puerta, incluso llamaré a un chofer para que te lleve a casa.

Tal vez debería irme. Tal vez debería aceptar su oferta y dejar atrás esta noche como un momento de locura, pero aquí de pie, en lencería, delante de un hombre que es básicamente un extraño, no quiero irme. Tengo que confiar en mí misma y en mi propio juicio. Aprender a confiar en mis instintos en lugar de sobre analizar, y en este momento,

mis instintos me dicen que necesito lo que este hombre me ofrece. Quiero que él tome el control para poder soltarme.

Dejo escapar un suspiro, todos mis músculos se relajan mientras me alejo del vestido desechado y camino hacia el dormitorio.

5

Cole

Mierda.

Delilah es una puta visión. Puede que sea menuda, pero sus hombros delgados y su cintura pequeña se extienden hasta unas caderas curvilíneas y un trasero redondo que me encantaría ver doblado sobre el respaldo del sofá.

Por mucho que me tiente esa imagen, no soy tan idiota como para quitarle la virginidad de esa manera. Aunque eso no significa que no pueda fantasear con eso.

Su cuerpo se balancea tentadoramente y yo la sigo, aflojándome la corbata mientras avanzo. Froto la sedosa tela entre los dedos, imaginando que se la enrollo alrededor de las muñecas mientras se las sujeto por encima de la cabeza, pero no. No en su primera vez. Mierda. Hay tantas cosas que quiero hacerle, pero nunca tendré la oportunidad de experimentarlas, no cuando las próximas horas son todo lo que tenemos.

Llega a la cama y vuelve a mirarme por encima del hombro. No se da la vuelta, solo espera mi siguiente instrucción, y mierda, si eso no es jodidamente excitante.

Un último paso y estoy detrás de ella, tan cerca que mi dolorosamente dura polla le roza el trasero. Ella inhala con fuerza cuando abro el broche de su sujetador, le quito los tirantes de los hombros y dejo que el encaje caiga al suelo. Con una mano, inclino la cabeza hacia un lado para rozarle el cuello con los labios y pasar mi lengua por el rápido aleteo de su pulso. Se estremece contra mí y no puedo evitar sonreír.

—Date la vuelta. —Mi voz suena áspera y, cuando se gira, mis ojos se fijan inmediatamente en sus pechos y en sus pezones rosa pálido que forman puntitos duros. Me muero por probarlos.

Al límite de mi paciencia, rodeo su cintura con un brazo y agarro uno de sus hermosos pechos, inclinando la cabeza para meterme el apretado pico en la boca.

Instintivamente, me lleva las manos a la cabeza y se agarra a mi cabello, gimiendo mientras giro la lengua alrededor de su pezón. Transfiero mi atención a su otro pecho, rozándolo con los dientes y mordisqueando la tierna punta.

—Cole —jadea—. Necesito... necesito...

Me enderezo.

—Sé lo que necesitas y te lo daré pronto, pero primero quiero que te subas a la cama, gatees hasta arriba y luego te sientes con la espalda apoyada en la cabecera.

Vacila de nuevo, pero me alejo de ella y espero con los brazos cruzados, dando la impresión de tener mucho más autocontrol del que tengo.

Cuando obedece y se arrastra hacia la cabecera, vuelvo a ver ese trasero delicioso -la diminuta tira de tela entre sus nalgas es lo único que la cubre-, y tengo que apretar la mano contra mi erección para aliviar parte de la dolorosa presión.

Una vez sentada en lo alto de la cama, apoyada contra la cabecera de cuero negro y mirándome con una mezcla de nervios y necesidad, suelto mi mano.

—Ahora quiero que apartes esas braguitas y te toques.

Sus mejillas se enrojecen y sacude un poco la cabeza.

—No creo que me sienta cómoda haciendo eso.

Me desabrocho lentamente la camisa.

—Si es tu primera vez, quiero que sea lo mejor posible para ti. Saber cómo te gusta tocarte me dirá lo que necesito saber para que así sea.

—Lo cual es cierto, si no toda la verdad. No sé si reaccionará igual de bien si le digo que también quiero excitarme viéndola meterse los dedos en ese coñito apretado—. A menos que me digas que eres tan inocente que nunca te has tocado.

Sigue todos mis movimientos mientras me quito la camisa. La forma en que sus ojos se oscurecen al recorrer mi pecho me dice que aprecia el tiempo que paso en el gimnasio.

Pero cuando se da cuenta de lo que dije, vuelve a mirarme a la cara.

—Por supuesto que no.

Me permito sonreír ante la chispa de fastidio que se enciende en sus ojos, y no puedo evitar provocarla aún más.

—Quizá debería averiguar lo inocente que eres. ¿Hasta dónde has llegado? ¿Te metiste algo en ese coñito tan bonito? ¿Lo hizo algún hombre? ¿Alguien te ha metido la lengua? ¿A qué me estoy enfrentando?

La chispa de fastidio se enciende más.

—Sí a todo eso, y quiero que sepas que tengo un cajón lleno de juguetes en casa, así que no tienes que preocuparte por mancharte de sangre las sábanas. De hecho, no estoy segura de que lo que empacas se pueda comparar con mi favorito. Es *grande*.

Me río. No puedo evitarlo. Esta gatita tiene garras.

—Si no supiera que lo que *empaco* va a hacer que grites mi nombre muy pronto, podría ponerme nervioso, pero a menos que tengas uno de esos malditos vibradores monstruosos, seré lo más grande que hayas tenido dentro de ti, y ya que tienes tanta experiencia en el cuidado personal —sonrío mientras sus mejillas enrojecen al darse cuenta de lo que ha admitido—, no debería importarte enseñarme exactamente cómo lo haces.

Me toco la polla y veo cómo abre los ojos ante el bulto visible en mis pantalones.

—Si te hace sentir más cómoda, te enseñaré lo duro que me la pones mientras lo haces.

Sus dientes presionan su labio inferior por un momento.

—Okey —susurra.

—Buena chica —gruño.

La forma en que su mirada salta a mi cara y su lengua sale para mojarse los labios es intrigante. Le gusta que la llame así.

La observo atentamente, me desabrocho los pantalones, saco mi pene adolorido y lo rodeo con los dedos. Los ojos de Delilah se abren de par en par y se fijan en la forma en que mi mano acaricia lentamente mi polla.

—Tu turno —le digo.

Con un trago audible, sus manos se mueven hacia abajo. Sus dedos apartan el encaje de su tanga, revelando el coño más bonito que vi nunca. Los dedos de la otra mano rozan tímidamente su clítoris y luego lo rodean.

Mierda.

Aprieto con fuerza mi polla.

—Eso es, gatita. Te diría que siguieras hasta que estés lo bastante mojada para tomarme, pero por la forma en que ya estás goteando, parece que casi lo estás.

Respira entrecortadamente, pero como la buena chica que es, sigue adelante, con las pestañas agitándose.

Ralentizo el movimiento de mi mano porque me estoy acercando demasiado rápido mientras la veo darse placer. Las ganas de arrastrarme entre sus muslos y penetrar lo que sin duda será el coño más apretado en el que he estado jamás me calientan.

—Iba a hacerte ver cuántos dedos caben dentro de ti, pero seré codicioso y lo averiguaré yo mismo.

La cama se hunde bajo mi peso cuando me subo a ella y me abro paso entre sus piernas abiertas. No puedo dejar de mirar su piel rosada y resbaladiza, y las ganas de penetrarla son tan fuertes que tengo que

cerrar los ojos y respirar hondo. No sentía tanta expectación por follarme a una mujer desde... no sé...

Con Delilah, soy yo quien le muestra lo que su cuerpo puede hacer con el de un hombre. Voy a ser el primero en hacer que se corra en mi polla. Voy a ser el hombre con el que cada otro hombre se tiene que medir, y resulta que es una sensación embriagadora.

—Quita las manos, tu coño es mío ahora —le digo, pero antes de que retire los dedos, la agarro de la muñeca, me inclino y deslizo sus dedos entre mis labios. Gimo. Mi polla suelta semen, que se esparce por el interior de sus muslos mientras empujo sobre ella, saboreando el gusto de su excitación, sabiendo que está lista para mí.

—Oh, Dios, eso es tan... —Sus dedos se crispan contra mi lengua, su mirada está fija en mi boca, y mierda, voy a *destrozar* a esta chica.

Pero primero tiene que correrse. La quiero chorreando y desesperada por mi polla.

La agarro por las caderas y la jalo hasta que queda acostada boca arriba. Luego me inclino y deslizo mi lengua por su clítoris mientras le meto un dedo. Dios, está tan apretada. Va a sentirlo cuando la penetre.

Alterno entre remolinos y succiones en ese sensible manojo de nervios mientras meto y saco un dedo hasta que puedo meter otro. Sus músculos tensos ceden un poco cuando le meto los dedos, pero solo pasan unos instantes antes de que sus paredes internas vuelvan a apretarse a mi alrededor. Sus gemidos se aceleran, ya casi llega. Chupo con fuerza su clítoris, luego lo muerdo suavemente y ella explota con un fuerte grito. El orgasmo la desgarra y se aprieta contra mis dedos. Me muero de ganas de experimentar lo mismo cuando esté dentro de ella.

—Cole, Oh, Dios. Eso fue... ni siquiera puedo...

Una mirada a su rostro sonrojado, sus labios entreabiertos y sus ojos verdes dilatados y ya está. Le dije que haría que se corriera dos veces antes de follármela, pero una vez tendrá que ser suficiente porque necesito estar dentro de ese cuerpecito apretado en este momento.

Tomo un condón del cajón, lo abro con los dientes y me lo pongo sobre la erección. Me apoyo con una mano junto a su cabeza y clavo mis

ojos en los suyos. Su expresión de necesidad es una de las cosas más sensuales que vi nunca. Tiene las pupilas tan dilatadas que solo las rodea un pequeño anillo esmeralda, y sus labios se entreabren para dejar escapar pequeños jadeos mientras me mira.

Una pequeña arruga se forma entre sus cejas.

—Eres, mmm, más grande de lo que esperaba.

Aunque apenas puedo contenerme, suelto una carcajada.

—¿Más grande que tu juguete *más grande*?

Ella también se ríe, el sonido inesperadamente gotea como miel sobre mis sentidos inflamados.

—Quizás un poco.

Y mierda, ¿cuándo fue la última vez que me reí durante el sexo? ¿Lo hice alguna vez? El pensamiento es fugaz, pero persiste en el fondo de mi mente. Al menos hasta que presiono la cabeza de mi polla contra su entrada, y entonces no pienso en nada más que en llenarla.

Sujeto sus manos con las mías mientras avanzo, porque tenerlas encima es una distracción que no necesito. No cuando su necesitado coñito ya está apretando la punta de mi polla.

Está apretada. Tan jodidamente apretada, y jadea mientras la penetro, abriéndome paso en su interior con embestidas superficiales, haciendo pausas de vez en cuando para darle la oportunidad de respirar y adaptarse a mi tamaño. Emite sonidos suaves, pequeños jadeos y gemidos que rozan mi piel como los dedos que aún no he dejado que me toquen.

Una gota de sudor me resbala por la frente mientras la tensión de la contención se apodera de mis hombros y bíceps. Con un último empujón, estoy completamente dentro de ella. Su coño es como una prensa caliente alrededor de mi polla, y mis pelotas ya están apretadas.

—¿Estás bien? —le pregunto apretando los dientes.

No contesta de inmediato, sus hermosos ojos verdes buscan los míos en rápidos y aturdidos parpadeos. No sé qué respuestas busca en mi

mirada, pero si está esperando que diga algo poético, se llevará una decepción.

—Gatita, a menos que me digas que pare, voy a follarte, y no pararé de follarte hasta que te corras sobre mi polla. ¿Entendido?

Se lame los labios.

—Sí. —Mueve las caderas experimentalmente, haciéndonos gemir a los dos. Entonces esos ojos hipnotizadores vuelven a clavarse en los míos—. Quiero que me folles. Quiero correrme contigo dentro de mí, pero... —Mueve sus manos en mi agarre y yo la suelto. Inmediatamente, las posa sobre mi pecho, con los dedos recorriendo mis pectorales, pasando por mis hombros y bajando por mis bíceps—. Necesito tocarte.

Cierro los ojos. Las ganas de follar no han desaparecido, pero me gusta su tacto, el roce de las yemas de sus dedos dejan pequeñas chispas a su paso. Cuando me jala y me atrae hacia ella, no me detengo a pensar. Presiono mi boca contra la suya, deslizo mi lengua y capto su jadeo cuando salgo de su cuerpo. En cuanto vuelvo a penetrarla, me pierdo en el rugido y el crepitar de mi hambre, ensordecido por el estruendo de mi sangre en las venas.

Retrocedo, la agarro por debajo de las caderas y la inclino para poder deslizarme más adentro. Grita, pero no de dolor, así que sigo. Con cada embestida, la empujo más cerca del límite. Sus gemidos son cada vez más fuertes y su cuerpo me aprieta aún más. Me acerco a su boca y deslizo mi pulgar entre sus labios.

—Chupa.

Lo hace, curvando la lengua y lamiendo la punta, y mierda si esta chica no tiene un talento natural. Con quien acabe después de esta noche va a tener mucha suerte.

La idea me hace apretar la mandíbula, una respuesta ridícula y animal a la idea de que otro hombre la tenga. Le quito el pulgar de la boca y se lo paso por el clítoris hinchado.

—¡Cole! —Delilah grita mientras su espalda se arquea sobre la cama. Sigo moviendo las caderas y el pulgar mientras me inclino y le paso la lengua por el pezón antes de metérmelo en la boca. El placer se me

enrosca en la base de la columna, como una serpiente a punto de atacar, y quiero que ella llegue antes que yo, quiero sentir cómo se aprieta en torno a mi polla, forzándome a eyacular.

Le chupo el pezón con fuerza, le pellizco el clítoris e inclino mis embestidas para dar en el punto que la hará correrse. Unos segundos después, se corre, con las manos retorciéndose entre las sábanas y la cabeza echada hacia atrás, mientras sus músculos internos se aprietan a mi alrededor.

—*Mierda*. Eso es, Delilah —gimo—. Eres tan buena chica, corriéndote con mi polla dentro de ti.

Grita cuando me retiro entre pulsaciones y vuelvo a penetrarla de golpe. Mi clímax me araña. *Mierda*. No aguantaré más.

—Vas a hacer que me corra. *Tan... Jodidamente. Duro*.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras el calor y el placer recorren mi cuerpo. Me agarro a sus caderas, empujando tan hondo como puedo, y mi eyaculación llena el condón con un chorro desgarrador tras otro. De repente, siento un impulso irracional de sacarlo, arrancárselo y volver a hundirme en ella para ver mi semen derramándose cuando acabe.

¿Qué demonios me pasa?

En lugar de eso, me dejo llevar por otro impulso y le doy otro beso, nuestras lenguas se entrelazan y sus gemidos vibran contra mis labios. Solo cuando estoy completamente agotado me separo de ella y me retiro, rodando sobre mi espalda.

Miro al techo e intento recuperar el aliento. Es una suerte que no vuelva a verla después de esta noche, porque sería demasiado fácil volverse adicto a un sexo tan bueno.

6

Delilah

Un mes después

Me tiemblan los dedos mientras me aliso la falda lápiz azul marino con una mano, con los papeles y el cuaderno en la otra. El equipo está reunido ante las grandes puertas de madera de la sala de reuniones, esperando a ser convocado. Es nuestro gran día y la presión pesa sobre todos nosotros. Paul nos ha asegurado que hemos perfeccionado nuestra propuesta y sé que confía en mí, pero eso no impide que los nervios se apoderen de mí.

Mientras esperamos nuestro turno de presentación, Philippa, nuestro enlace para el proyecto, se acerca y se interpone entre Paul y yo.

—Acabo de enterarme de que el director de operaciones está aquí —susurra, más a Paul que a mí—. Estará sentado en todas las presentaciones.

Paul frunce el ceño y se frota la barbilla. Su mirada se cruza con la mía por encima de la rubia cabeza de Philippa.

—Sé que dije que podías hacer la sección sobre sostenibilidad, Delilah, pero si el director de operaciones está en la sala, quizá sea mejor que yo lo haga todo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Puedo manejarlo —protesto—. Me estuve preparando durante las últimas tres semanas.

—Lo entiendo, pero en esta situación, seguro que los socios esperan que yo haga toda la presentación.

Me invade la decepción, pero asiento con la cabeza. Al fin y al cabo, él es el director del proyecto, y es probable que el director de operaciones del King Group se identifique más con la experiencia y el comportamiento profesional de Paul que con mi entusiasmo juvenil, aunque yo sea especialista en diseño sostenible.

Ignoro la ligera sonrisa de suficiencia de Philippa. No sé qué hice para fastidiar a esta inglesa de belleza glacial, pero parece que le caigo mal desde el momento en que se trasladó de nuestra oficina del Reino Unido hace dos meses. Al menos no estará con nosotros a tiempo completo si conseguimos este trabajo. Estará ocupada coordinándose con otros equipos y proyectos de la empresa.

Pero no es el momento de preocuparme por ella. Tengo cosas más importantes en las que pensar. Como ayudar a Elite Architecture a asegurar este proyecto.

Las puertas se abren y un hombre asoma la cabeza.

—Están listos para ustedes.

Me tiembla el pulso y me aliso la falda una vez más. Años de estudio ininterrumpido y de prácticas en múltiples estudios de arquitectura no me han preparado del todo para mi primera gran propuesta, y esta es una de las más grandes que existen: una cadena hotelera con obras de desarrollo inicial en diez grandes ciudades de Estados Unidos.

Sigo a Paul hasta la sala, que es luminosa y espaciosa, con grandes ventanales que muestran la increíble vista desde el piso cincuenta y tres del King Plaza. Los nervios se me revuelven en el estómago cuando miro a los hombres y mujeres serios que rodean la enorme mesa.

Mi mirada alcanza el otro extremo y todos mis músculos se tensan, el aire se congela en mis pulmones mientras me detengo bruscamente. Un par de fríos ojos azules me miran fijamente. Ojos que se grabaron en mi cerebro hace tan solo un mes.

No puede ser él. No puede.

Uno de los miembros de mi equipo pasa a mi lado y yo me vuelvo a poner en movimiento, obligando a mis pies a seguir avanzando hacia la mesa. Miro frenéticamente al hombre, buscando alguna discrepancia en

sus rasgos. Algo, *cualquier cosa*, que me diga que no es la persona que me quitó la virginidad durante una noche que no estoy segura de poder olvidar.

Pero la forma en que sus ojos se estrechan sobre mí me dice que no lo encontraré.

La intensidad de su mirada me inunda de recuerdos: las cosas que me dijo mientras me hacía correrme con su boca y sus dedos; su voz grave y oscura murmurándome palabras obscenas al oído mientras me penetraba; su boca entre mis piernas después, provocándome otro orgasmo; la lenta caricia de su lengua calmando el escozor que su cuerpo dejó tras de sí.

Después del tercer orgasmo, cuando me quedé acostada, exhausta y agotada, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo debía terminar una aventura de una noche. Le di las gracias, con las mejillas encendidas mientras intentaba entender el protocolo para ese tipo de cosas. Luego salí corriendo de su suite y bajé al vestíbulo del hotel para llamar un auto que me llevara, aunque él se ofreció a llamar a un auto.

Ahora vuelvo a verlo en el último lugar que esperaba. Se me seca la garganta y dejo de prestarle atención para centrarme en encontrar un asiento vacío mientras otro fuerte rubor me recorre la piel.

No puedo creer que esto esté pasando. ¿Cómo es posible que me acostara con el jefe de operaciones del King Group y no lo supiera? Tal vez estoy sacando conclusiones precipitadas. Después de todo, cuando nos enteramos de que íbamos a presentar una propuesta para este proyecto, busqué al director general y al director de operaciones de la empresa, y no vi la foto de Cole. Aunque... ahora que lo pienso, puedo ver un parecido entre él y el hombre que recuerdo de la foto.

Vuelvo a mirarlo mientras me dirijo a la mesa, acerco una silla y me siento. El hombre mayor y mucho más corpulento que está junto a Cole lo mantiene encerrado en una conversación, así que aprovecho mientras está distraído para observarlo más de cerca.

Y ahora tengo la garganta seca por otra razón.

Si pensaba que el Cole que vivía en mi memoria era guapísimo, verlo con su traje impecablemente confeccionado a la cabeza de esta enorme mesa me derrite las bragas. Todo el mundo se centra en él, de forma abierta o encubierta, y él es todo poder y control. Exuda la confianza que se espera de un hombre al mando de miles de personas y numerosos proyectos inmobiliarios multimillonarios en todo el mundo. Por lo que sé del King Group, Cole tiene que ser multimillonario.

Me dedico a la hotelería. Eso es lo que dijo esa noche.

Resoplo. Aunque no estaba mintiendo descaradamente, teniendo en cuenta su posición real en la empresa, sin duda exageró la verdad.

Los ojos de Cole brillan en mi dirección, un azul intenso que se clava en mí y hace que una descarga de adrenalina recorra mis venas. Aparto la mirada. Solo cuando me fijo en Paul, sentado varios asientos más allá de Cole, se me revuelve el estómago. El verdadero horror de esta situación me golpea. Estoy encerrada en una habitación con Cole... y mi novio. El mismo novio que era un ex cuando le conté a Cole -*Dios, ahora tengo que asegurarme de llamarlo señor King*-, todo de que me dejó. Excepto que no pasó ni una semana desde aquella noche cuando Paul se presentó en mi apartamento, pidiéndome una segunda oportunidad y diciendo que no sabía lo que estaba pensando.

No estaba segura de querer darle una segunda oportunidad, pero su sincero arrepentimiento alivió parte del dolor que sentí por su rechazo. Por supuesto, luego estaba el asunto de decirle que ya no era virgen. Se enojó un rato, pero le dije que no tenía más remedio que aceptarlo o dejarlo, y supongo que lo aceptó porque me invitó a cenar y, unos días después, se quedó a dormir.

Pero como hasta ahora ni siquiera yo sabía quién era Cole, es imposible que Paul tenga idea, y así es como tiene que seguir siendo.

Desvío la mirada de ellos, tomo el vaso de agua que hay en cada puesto de la mesa y bebo un trago desesperada. Aunque ya no miro a Cole, su intimidante presencia casi tiene peso propio. Como el aire pesado que precede a una tormenta que se aproxima, me pone la piel de gallina y se me eriza la piel de los brazos y la nuca.

Necesitada de algo que hacer con las manos, cuadro mi cuaderno y mis papeles delante de mí, coloco mi bolígrafo encima del montón, luego lo quito y lo coloco al lado. Un momento después, lo recojo y lo vuelvo a colocar encima. Solo cuando no tengo nada más que hacer -y estoy segura de que su atención se habrá desviado a otra parte-, me atrevo a echar un vistazo a la mesa.

Él sigue mirándome fijamente, incluso mientras el hombre que está a su lado se inclina hacia adelante y le habla con seriedad, pero esa mirada dura y azul no se aparta de la mía.

Trago saliva y miro hacia otro lado. ¿Por qué parece tan molesto?

No esperaba volver a encontrarme con él. Casi me había olvidado de él.

No, eso es mentira.

Las fantasías de aquella noche siguen rondando por mi cabeza y empeoran cuando Paul se quita de encima y se duerme. Entonces me quedo despierta, intentando averiguar por qué mi cuerpo no responde a él de la misma forma que respondió a Cole.

Pero eso es lo que son: fantasías. El recuerdo de un momento en el que dejé de pensar y me limité a experimentar.

Y fue toda una experiencia.

Sacudo la cabeza para despejarla. No puedo pensar en eso. No ahora, y definitivamente no aquí, cuando el hombre en cuestión está sentado a pocos metros de mí.

Y molesto por eso, al parecer.

Sea cual sea su problema, espero que no afecte nuestra propuesta. No me imagino a alguien como Cole dejando que un encuentro físico sin sentido -que es lo que probablemente fue para él, si no para mí-, influya en su toma de decisiones.

La conversación en torno a la mesa se detiene cuando Cole -el señor *King*-, se levanta de su asiento.

—Gracias por venir hoy. —La voz profunda y sorprendentemente familiar me produce un escalofrío. Como si cada una de mis terminaciones nerviosas recordara cuando ese tono oscuro y sedoso me susurró cosas sucias al oído mientras su dueño llevaba mi cuerpo a niveles de placer que no había experimentado antes... ni desde entonces.

Aprieto el bolígrafo en el puño. *Basta.*

—Este desarrollo es prioritario para el King Group —prosigue Cole—, y le asignaremos importantes recursos. El equipo de cualquier empresa de arquitectura con la que nos asociemos se trasladará a este edificio mientras dure el proyecto.

Me remuevo en mi asiento. Quizá no sea bueno que elijan nuestra propuesta. La idea de encontrarme con él a menudo me resulta poco atractiva.

Pero no puedo pensar así.

Es una gran oportunidad para la empresa y para mí personalmente. A mi edad, muy pocos arquitectos tienen la oportunidad de trabajar en un proyecto tan prestigioso y destacado. Tener esto en mi currículum sería un gran impulso para mi carrera. No dejaré que lo que ahora parece un error colosal por mi parte arruine esta oportunidad.

Cole termina sus primeras palabras y saluda con la cabeza a Paul, que se alisa la corbata y se pone de pie.

Mantengo mi atención fija en él mientras repasa nuestra presentación. Mientras enumera las cualificaciones de nuestra empresa y las principales características de nuestra propuesta, mis ojos luchan por deslizarse hacia la derecha. El lado de mi rostro se calienta, como si pudiera sentir la mirada de Cole sobre mí, lo cual es ridículo. Estoy segura de que está fascinado por la pulida presentación de Paul.

Pero al cabo de unos minutos, pierdo la concentración y mis ojos se vuelven a dirigir hacia él. Una chispa me recorre cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse. Esta vez tiene un brazo cruzado sobre el pecho y el codo del otro apoyado sobre él mientras se frota lentamente el labio inferior con el pulgar. Tiene las cejas entrecerradas y me preocupa

que esté demasiado ocupado mirándome como para asimilar los detalles de nuestra propuesta.

Sabiendo lo mucho que necesitamos este acuerdo, y sabiendo también que no puedo seguir mirando fijamente al jefe de mi posible jefe, vuelvo a centrar mi atención en Paul, que termina su discurso afirmando que el equipo está encantado de responder a preguntas.

El silencio compite con el tic-tac demasiado alto del reloj que cuelga sobre la cabeza de Cole. El corazón me retumba en el pecho. ¿Metimos la pata hasta el fondo?

Cole levanta el bolígrafo y golpea con la punta la mesa que tiene delante.

—Añadieron bastantes elementos de sostenibilidad que no estaban incluidos en el diseño original. ¿De quién fue la idea de centrarse en eso para el proyecto? —pregunta.

Al menos prestaba atención.

Paul duda, y yo sé por qué. Por el tono de Cole no queda claro si está feliz o molesto por eso. Tras aclararse la garganta, Paul hace un gesto en mi dirección.

—La sostenibilidad es la especialidad de Delilah. Ella es una...

—¿Ah, sí? —dice Cole. Me remuevo incómoda en mi asiento mientras él mira su bloc de notas antes de dirigirme una mirada inescrutable—. ¿Puedes explicar lo que piensas con algunas de estas opciones, Delilah? Hacer ese tipo de personalizaciones para cada construcción añadirá un costo significativo al proyecto.

Me preparé para estas preguntas y sé de lo que hablo. Me tomo un segundo para serenarme y lo miro fijamente.

—La arquitectura sostenible de los hoteles puede suponer un gasto de capital, pero como estoy segura de que sabe, una infraestructura más sólida también aporta el mayor rendimiento de la inversión. Además de los elementos internos, como inodoros de bajo consumo, aireadores en los grifos y duchas inteligentes, los sistemas externos que estamos considerando para este proyecto incluyen paneles solares, sistemas de

recuperación de agua y sistemas de climatización que pueden personalizar el flujo de aire, la calefacción y la refrigeración en respuesta a diversos factores. —Ordeno las notas que tengo delante—. Usando su hotel de Chicago como caso de estudio para instalar un sistema intensivo de recuperación de agua, mis proyecciones predicen que podría amortizarse por completo en menos de un año, y si incorporamos un sistema de paneles solares al diseño del hotel, no solo contribuiría a su certificación LEED Platino, sino que podría compensar hasta el cincuenta por ciento del consumo total de electricidad con una amortización prevista de seis a ocho años.

—Interesante. —Se echa hacia atrás en su silla, con su mirada fija en la mía—. Continúa. Quiero que me *convenzas*.

No me extraña el énfasis que pone en la palabra, y casi me atraganto, recordando cómo le pedí que me convenciera aquella noche en el bar. Antes de que pueda avergonzarme, le doy un sorbo a mi agua.

—Sí, por supuesto, Co… señor King. Estas grandes inversiones cambiarán radicalmente el funcionamiento de sus hoteles, reduciendo su huella ecológica sin sacrificar la comodidad. Esto los pondrá en línea con el futuro del diseño sostenible y mejorará sus índices de sostenibilidad. —Una gota de sudor resbala entre mis pechos bajo la presión del escrutinio de Cole—. Los hoteles que invierten en prácticas sostenibles suelen tener mayores índices de ocupación, satisfacción de los huéspedes e ingresos por habitación que sus homólogos no sostenibles. Así que, aunque el desembolso inicial de capital pueda parecer caro, confío en que el ahorro que obtengan compense el gasto en pocos años.

Varias cabezas alrededor de la mesa asienten, pero no la de Cole. No puedo leer su expresión en absoluto.

—Okey —dice finalmente, volviendo su atención a Paul—. Creo que escuchamos todo lo que necesitábamos escuchar de tu equipo. Alguien se pondrá en contacto contigo para comunicarte nuestra decisión una vez que la hayamos tomado. Gracias por su tiempo hoy. —Aparta la silla y se levanta. El resto de su equipo lo sigue.

Obviamente despedidos, nos levantamos también. Recojo mi bolígrafo, mi cuaderno y mis papeles y me doy la vuelta para irme, sin atreverme a volver a mirar en su dirección.

Mientras caminamos hacia la puerta, la mano de Paul me roza la parte baja de la espalda y se inclina para susurrarme al oído.

—Ese bastardo es imposible de leer. No tengo ni idea de cómo estuvo.

Asiento con la cabeza. Solo cuando atravieso la puerta me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro. Cole nos observa, el ángulo duro de su mandíbula y sus ojos fríos hacen que se me revuelva el estómago.

Tengo la horrible sensación de que la increíble noche que compartí con él hace un mes está a punto de morderme el trasero.

7

Cole

—Entonces, ¿cómo estuvieron las presentaciones? —pregunta Roman desde su gran escritorio de caoba.

Cuando volví a mi oficina tras la presentación de Elite Architecture, recibí un mensaje de mi hermano pidiéndome información actualizada. Decidí dársela en persona.

La pregunta de Roman me hace recordar el momento en que Delilah entró en la sala de conferencias. En cuanto la reconocí, volví a aquella noche en mi habitación de hotel, a sus gemidos, a la forma en que su cuerpo se retorció bajo el mío, a sus sonidos de placer casi sorprendidos cuando empecé a moverme dentro de ella. Mi polla se puso en posición de firmes inmediatamente, pidiendo otra ronda.

Aparto el recuerdo de mis pensamientos, me reclino en el profundo sillón de cuero y cruzo el tobillo sobre la rodilla.

—Bien. Hay algunas buenas propuestas.

—¿Cuándo crees que te decidirás?

Me froto la barbilla. Aunque hay varias propuestas que cumplen nuestros requisitos, solo hay una que destaca, pero la implicación de Delilah me hace ser reacio a elegirla.

No me fié del rostro de asombro que puso al verme. En una ciudad del tamaño de Nueva York, ¿qué probabilidades había de que mi aventura de una noche y su equipo acabaran postulándose por nuestro proyecto?

Cuando nos conocimos, ya habrían estado trabajando en su propuesta. Lo que significa que ella probablemente sabía exactamente quién era yo. Si de verdad cree que le daría un trato preferencial a su equipo por haberla follado, se equivoca. De hecho, ahora estoy dudando de todo sobre ella. Me sorprendió cuando me dijo que seguía siendo virgen a los veinticuatro, pero eso fue más creíble que tener su licencia de arquitectura a esa edad. No tiene sentido. Todo debió ser un engaño para meterse en mi cama. Después de todo, este proyecto no solo vale una fortuna para su empresa. Es una oportunidad que haría la carrera de una joven arquitecta.

—¡Cole! —Roman suelta un chasquido, y vuelvo a centrar mi atención en él. Cierto, me preguntó cuándo me decidiría.

—Pronto —respondo—. Estoy haciendo los últimos cálculos. Tomaré una decisión a última hora de mañana.

Asiente con la cabeza y vuelve a concentrarse en la pantalla del ordenador.

Pongo los ojos en blanco, salgo de su oficina y me dirijo a la mía, pasando antes por la mesa de mi asistente personal.

—Samson, necesito que me hagas un informe sobre el estado de la certificación LEED de otros hoteles cercanos a nuestras instalaciones. Eso es L-E-E-D. Liderazgo en Energía y Diseño Medioambiental. Encontrarás los detalles en la web del U.S. Green Building Council.

Samson asiente.

—Por supuesto, señor. ¿Cuándo lo necesita?

—Al final del día.

—Puedo hacerlo. Solo para aclararlo, ¿está buscando información sobre todos los hoteles de los alrededores de las futuras urbanizaciones, o solo de los similares a los que tenemos previsto construir?

—Centrémonos por ahora en los similares. ¿Puedes recopilar también algunos datos sobre otras iniciativas de sostenibilidad que tengan en marcha? E incluye cualquier certificación o premio notable que hayan recibido.

Vuelve a asentir y anota algo en una libreta junto al teclado.

—Entendido. Empezaré en este momento.

Le doy las gracias y entro en mi oficina. En cuanto me siento en mi silla, cedo a la curiosidad y busco Elite Architecture. The King Group no ha trabajado antes con ellos, pero tienen una excelente reputación, con oficinas en varios países. Sin embargo, me interesa más saber cómo alguien de la edad de Delilah llegó a estar donde está. Mencionó haber hecho prácticas para ellos, pero ¿cómo es que ya forma parte de un equipo que gestiona una propuesta de esta envergadura?

Encuentro una lista de empleados y localizo su foto y biografía al final. Es breve y se nota que es nueva. A diferencia de la mayoría de los demás arquitectos, no tiene ningún proyecto importante. Conseguir éste sería muy importante para ella.

Sacudo la cabeza, es imposible que no me haya buscado deliberadamente.

Luego está *Paul*. Su ex, supongo, ya que dijo que trabajaba con él. Parece un idiota engreído. Noté la forma en que le tocó la parte baja de la espalda cuando salieron de la sala de conferencias, y la forma en que se inclinó para susurrarle al oído. Parece demasiado familiar, considerando que ya no están saliendo.

¿O era parte de la mentira?

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza. Nada de eso cambia las cosas. Esperaré el informe de Samson, pero una parte de mí ya sabe que les daré el trabajo a ellos. Las emociones no tienen nada que ver con esta decisión. Los negocios son negocios, y ellos parecen ser los más adecuados, pero dejaré muy claro que no toleraré ningún intento de manipulación.

Y si ella se hace ilusiones de que volveré a invitarla a mi cama, pronto descubrirá lo equivocada que está.

8

Delilah

El timbre del teléfono me despierta de un sueño intranquilo. Busco en la mesita hasta que lo encuentro.

—¿Sí? —murmuro, entrecerrando los ojos contra los dedos de luz que se abren paso a través de los bordes de las cortinas de mi dormitorio.

—¡Lo conseguimos! —La fuerte voz de Paul me hace estremecer.

Me siento y me froto los ojos.

—¿Conseguimos qué?

—El proyecto del King Group —dice, y ahora estoy bien despierta.

—¿En serio? —Estoy sorprendida, encantada y nerviosa a la vez. Encantada de que todo nuestro duro trabajo diera sus frutos, y emocionada al saber que algo en cuyo diseño participé ocupará un lugar destacado en las principales ciudades de Estados Unidos.

Pero se me aprieta el estómago al pensar en estar en el mismo espacio que Cole durante un periodo prolongado.

Por la forma en que me miró durante nuestra presentación, es obvio que no estaba muy feliz de verme, y supongo que entiendo por qué. Cole no parece el tipo de persona interesada en mezclar los negocios con el placer, sobre todo cuando el placer solo iba a ser cosa de una noche. Por suerte, nos separan varios pisos, y probablemente tratará sobre todo con Paul.

Lo que me recuerda...

Vuelvo a sintonizar la voz de Paul, esperando no haberme perdido nada importante.

—Tendrán el espacio listo para nosotros el lunes, así que podremos empezar entonces. Yo tendré mi propia oficina, pero tú y el resto del equipo tendrán mesas en la planta principal.

—Okey.

—Cole también pidió reunirse con todos nosotros individualmente el lunes. Sugiero decir lo menos posible en este momento. Responde a sus preguntas, dile que estás deseando trabajar con él y déjalo ahí.

Mi estómago se revuelve de nuevo. Oh, Dios, ¿por qué tenemos que encontrarnos con él solos? Sería mucho más fácil si todo el equipo estuviera conmigo. Aún así, haciendo caso omiso de lo que Paul acaba de decir sobre no hablar mucho, esta podría ser una oportunidad para aclarar las cosas con Cole. Hacerle saber que no voy a chismorrear sobre nuestra anterior... interacción con nadie.

—Y Delilah —continúa Paul—, no necesito recordarte lo importante que es este proyecto. Eres la miembro más joven y nueva del equipo, así que tienes que parecer profesional en todo momento. Además, creo que deberíamos guardar silencio sobre nuestra relación. No hay razón para hablar de detalles personales así con nadie ajeno a nuestra empresa.

Pongo los ojos en blanco. Sé que Paul aspira a ascender a socio, y que un proyecto de este tamaño sin problemas mejorará sus posibilidades, pero ¿cuándo he sido poco profesional? ¿O propensa a las muestras públicas de afecto espontáneas en el trabajo? ¿O a hablar con la gente de mi vida personal?

Pero ahora no vale la pena decir nada al respecto. No cuando prefiero colgar el teléfono y digerir las noticias antes que enzarzarme en una discusión. Hago un sonido general de agradecimiento y él continúa unos minutos más.

Cuando finalmente nos despedimos, después de quedar para cenar mañana por la noche, me hundo en la cama. Los nervios de antes se han disipado y ahora me invade la emoción.

Cuando oigo el ruido de la cafetera, me doy cuenta de que Alex debe de estar despierta. Inmediatamente me quito las sábanas de encima y salgo de la cama. Después de ir al baño, me dirijo a nuestra pequeña pero acogedora cocina, impregnada del delicioso aroma del café recién hecho.

—¿Queda algo para mí? —le pregunto sonriendo a mi compañera de apartamento, de aspecto muy despeinado, cuyo largo cabello castaño se le está medio cayendo de la coleta.

Me pasa la taza que acaba de servirse y toma otra.

—Ugh, ¿por qué las mañanas son tan duras?

Me siento en una de las sillas de nuestro pequeño rincón de desayuno y subo la rodilla hasta el pecho.

—Solo son duras porque estuviste toda la noche mandándole mensajes a tu novio rockero.

—Prometido —corrige con un guiño mientras se llena una taza.

Me río.

—Empezaré a recordarlo pronto, lo prometo. —Jaxson, el novio de Alex, es una prometedora estrella del rock cuyo grupo, Lightning Strikes, acaba de fichar por Hazard Records. Hace una semana, justo antes de que él y su banda volaran a Los Ángeles durante dos meses, se comprometieron, y yo sigo olvidándome de llamarlo prometido.

Le doy un sorbo a mi café mientras ella se acerca y se sienta frente a mí.

—¿Ya encontraron algún sitio donde vivir? —le pregunto. Alex empezó a buscar un apartamento para ella y Jaxson, ya que a Alex no le apetece mudarse al apartamento de soltero en el que vive con sus compañeros de grupo. La idea de que se mude me hace sentir un poco de vacío en el pecho.

Alex y yo somos amigas íntimas, a pesar de ser opuestas en casi todos los sentidos. Cuando no estoy trabajando hasta tarde, estoy leyendo un buen libro o viendo programas de televisión cursis, mientras que a ella le encanta salir a clubes y socializar. A pesar de nuestras diferencias, nos

unió nuestro interés común por el diseño durante nuestras prácticas en Elite Architecture. Cuando nos ofrecieron puestos fijos, decidimos compartir piso. Eso fue hace casi un año y medio. Extrañaré vivir con ella, pero me alegro de que sea feliz.

—No —dice ella—. Para ser sincera, no estoy buscando demasiado. Están pasando muchas cosas con la banda en este momento. Están hablando de mudarse permanentemente a la Costa Oeste. No tiene mucho sentido encontrar un sitio aquí si tienen que mudarse.

Mis cejas se disparan.

—¿Qué harás si eso sucede?

Se muerde el labio inferior.

—Está la oficina de Elite en Los Ángeles. Eso podría ser una opción, o Jaxson y yo podemos tratar con la larga distancia hasta que averigüemos qué está pasando.

—Mmm —digo, sin compromiso. La relación de Alex y Jaxson parece muy sólida, pero la distancia no es fácil, sobre todo para una pareja de novios. Espero que todo salga bien.

—Paul llamó justo antes —digo, para cambiar de tema.

—¿Ah, sí? —Me mira por encima de su taza de café y hago una mueca de dolor. Ella no es precisamente una fan de Paul, pero él tampoco lo es. Intento mantenerlos separados todo lo que puedo. Aun así, después de una semana hablando mal de Paul cuando rompimos, se aseguró de no hacer demasiados comentarios sobre él cuando volvimos a estar juntos, pero lo que tengo que decir no es sobre Paul, de todos modos. Es sobre sus noticias.

—Sí, ¿y adivina qué? Conseguimos el trabajo del King Group.

—¡Eso es genial, Dee! —Deja su taza de café y se levanta para darme un abrazo—. No es que me sorprenda. Te esforzaste mucho, y va a ser increíble para tu currículum.

—Lo sé. La idea me vuelve a estremecer. Trabajé muchas horas y muchos fines de semana para perfeccionar la propuesta. Ahora todo ese

duro trabajo se va a pagar con... más trabajo duro, pero es lo que me gusta hacer, así que estoy más que feliz.

—¿Cuándo empiezas? —me pregunta Alex.

—Lunes, nos mudaremos a King Plaza mientras dure, y Cole... Quiero decir, el señor King, quiere reunirse con todos nosotros individualmente, también.

Ella asiente.

—Tiene sentido darles la bienvenida y hacerlos sentir parte del mismo equipo.

—Sí, um, solo que hay una cosa... —Le conté a Alex que perdí la virginidad después de romper con Paul, pero nunca le dije que Cole King era el hombre con el que me acosté. Tal vez porque todavía estoy tratando de entenderlo, pero ahora me vendría bien un consejo—. Conocí al señor King antes. Hace como un mes.

Alex ladea la cabeza.

—Okey. Así que ya se conocen. ¿Cuál es el problema?

Respiro hondo.

—Fue cuando Paul y yo terminamos. La noche que terminamos, de hecho.

Sus cejas se levantan y se queda boquiabierta.

—¿Estás diciendo que perdiste la virginidad con Cole King? ¿Uno de los King del King Group? ¿Multimillonario y básicamente tu nuevo jefe?

Me acobardo.

—Sí. Aunque no lo sabía en ese momento.

—Mierda —respira—. No lo puedo creer. —Luego se ríe, sus grandes ojos marrones lagrimean—. Dios, Dee. Cuando por fin decides soltarte el pelo, vas con todo y te enredas con uno de los solteros más ricos y codiciados del país.

—Deja de reírte. Va a ser muy incómodo. Especialmente durante nuestra reunión a solas.

Ella mueve las cejas.

—Tal vez se convierta en una reunión literal de cara a cara.

El sorbo de café que acabo de tomar casi me ahoga.

—Paul y yo volvemos a estar juntos. Además, trabajo para él, así que sería completamente inapropiado. —Recuerdo la expresión gélida de Cole durante nuestro último encuentro—. Por no hablar de que estoy bastante segura de que no tiene ningún interés en que se repita.

—Por los mínimos detalles jugosos que diste de esa noche, parece que fue bastante intensa. ¿Por qué no querría repetir eso? Es un hombre, ¿no?

—Deberías haber visto cómo me miraba. *No* se alegró de verme.

—Hmm. —Frunce los labios—. ¿Podría estar preocupado de que le digas a todo el mundo que te follaste al jefe?

—Cuando tengamos nuestra reunión, probablemente debería hacerle saber que no le diré nada a nadie.

—¿Has considerado fingir que no lo reconoces? —Ella suelta una carcajada—. Estoy segura de que eso lo volvería loco.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero niego con la cabeza.

—Estoy bastante segura de que sabe que lo reconocí.

Alex golpea la mesa con las uñas.

—Tómate esto con humor, ya que nunca estuve en esta situación, pero yo no diría nada a menos que él saque el tema. No querrás darle más importancia de la que tiene, y si no dices nada y actúas con total profesionalidad, le demostrarás que solo te interesa hacer el trabajo para el que te contrató.

Arrugo la nariz.

—¿Tú crees?

Alex se encoge de hombros.

—Deberías hacer lo que te parezca correcto. Después de todo, si fuera yo, dejaría a Paul lo antes posible y le daría a Cole King el mejor cara a cara de su vida.

Me río, aunque sacudo la cabeza.

—No tengo ningún interés en él de esa manera. Fue una gran noche, pero Paul y yo estamos realmente tratando de trabajar en las cosas en este momento.

—Mm-hmm —dice Alex—. ¿Se lo dijiste a Paul?

—No, y no voy a hacerlo. Ya fue bastante malo decirle que tuve sexo con alguien mientras estábamos separados. No puedo imaginar su reacción si supiera quién fue el hombre. Lo odiaría, y no quiero poner en peligro su relación laboral.

—Sí. Probablemente sea una buena decisión. Estoy segura de que no le sentaría bien tener que sentarse en la mesa de una sala de reuniones con el hombre que se folló a su novia antes de tener la oportunidad de hacerlo él. No tengo ningún problema con que se meta en problemas tratando de superar a su nuevo jefe, pero odiaría que te afectara a ti.

—Entonces, ¿no le dirás nada a Paul?

Sacude la cabeza, haciendo la mímica de cerrar la boca y tirar la llave.

Me pongo de pie y rodeo la mesa para darle un abrazo, ya que no soy lo bastante alta para cruzarla como ella.

—Gracias, Alex.

—Para eso están las amigas, ¿no? —dice—. Guardando secretos escandalosos de los novios de las demás.

—Algo así —digo riendo—. Vamos. Ahora que lo sabes, puedes ayudarme a encontrar algo profesional que ponerme para mi reunión.

—Por profesional, quieres decir sexy, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a mi habitación con Alex detrás.

Pero sí. No estaría de más verme al menos un poco sexy cuando me enfrente al hombre que me dio la mejor noche de mi vida.

Al menos hasta ahora.

Es lunes y estoy sentada en el bonito e incómodo sofá de cuero que hay afuera de la oficina de Cole, intentando no inquietarme. El corazón me golpea la caja torácica y un sudor nervioso me humedece la piel. El asistente personal de Cole, un joven que se presentó como Samson, me mira desde el otro lado y me pregunto si se dará cuenta de lo nerviosa que estoy.

Toma el teléfono, me mira, dice algo y cuelga.

—Puede entrar, señorita West.

Le doy las gracias con una sonrisa y me levanto para alisarme la falda lápiz gris. Con la ayuda de Alex, la combino con una blusa sin mangas color crema con delicados botoncitos en la parte delantera. Unos tacones negros de tiras rematan el conjunto. Como dice Alex, el conjunto tiene clase y, al mismo tiempo, resalta mis curvas.

Profesional con un toque sexy. Perfecto para darme la confianza que necesito para enfrentarme a esta situación incómoda.

Samson me lanza una mirada de preocupación y me doy cuenta de que me detuve en seco frente a la pared de cristal esmerilado que cubre la puerta de la oficina de Cole. Me sacudo la parálisis temporal, cruzo los últimos metros y llamo a la puerta.

—Adelante. —Su tono brusco me pone los pelos de punta. Sea cual sea su problema, no hice nada de lo que avergonzarme. Me niego a dejar que me intimide más de lo que ya lo hace.

La puerta de ónix se abre sin esfuerzo bajo mi mano y entro en el enorme despacho, mis ojos recorren la habitación para no mirar al hombre sentado tras el gran escritorio de caoba.

Es una oficina en la esquina, por lo que las amplias ventanas ocupan casi todos los lados, y enseguida me deslumbra la impresionante vista del perfil de la ciudad. En el otro extremo de la oficina hay dos sofás frente a una mesa baja, con una barra de bar y una estación de café al lado. En la pared del fondo cuelgan unos cuantos grabados artísticos en

blanco y negro, y hay una segunda puerta que probablemente conduce a un cuarto de baño privado.

Sin más excusas, por fin me centro en Cole.

Dios. Sigue viéndose tan guapo. Aunque parece mucho más el hombre de negocios severo que es, que el hombre de la noche que nos conocimos. El saco de su traje le sienta de maravilla sobre sus anchos hombros y, cuando se levanta, mis ojos recorren las líneas bien trazadas que acentúan su estatura.

Vuelvo a centrar mi atención en su rostro y mis labios se levantan en una sonrisa nerviosa.

No la devuelve, simplemente rodea su escritorio y se apoya en él con los brazos cruzados, con su fría mirada recorriéndome.

Después de respirar hondo, camino hacia él y le tiendo la mano.

—Encantada de verlo.....otra vez, señor King. —Mis mejillas se calientan cuando los recuerdos de aquella noche se abren paso en mi cabeza.

Duda un segundo y se me revuelve el estómago. Seguro que no me dejará con la mano extendida.

No lo hace. Da un paso adelante y me agarra la mano con su gran y cálido puño.

Me hormiguea la palma de la mano.

—¿Ah, sí? —dice.

Mis cejas se fruncen y, en cuanto me suelta la mano, vuelvo a jalarla.

—Um... —Dios, esto es vergonzoso. Soy una profesional, por el amor de Dios. Esta situación es muy incómoda, pero al menos debería ser capaz de hilvanar una frase—. Por supuesto. Estoy muy emocionada de trabajar con el King Group. —Eso suena profesional y optimista.

Sus ojos se entrecierran mientras me estudia.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando en esta propuesta?

Desplazo los pies y miro los profundos sillones de cuero frente a su escritorio, preguntándome si espera que permanezca aquí de pie todo el tiempo mientras me entrevista. Cole se da cuenta de mi mirada, pero no me invita a sentarme.

Reprimo un suspiro.

—Llevamos trabajando en eso unos dos meses.

Él asiente, frotándose la mandíbula con la mano. Tengo un repentino recuerdo de cuando esa misma mandíbula, áspera por esa ligera barba, se frotó deliciosamente sobre la piel sensible de la cara interna de mis muslos. Mis pezones se tensan, y espero que mi reacción no sea visible.

—¿Así que sabías quién era cuando te sentaste a mi lado en el bar?

¿Qué? Sacudo la cabeza.

—No, no sabía quién eras.

Una ceja oscura se levanta.

—¿Estás diciendo que te sentaste al lado de uno de tus clientes potenciales más lucrativos, vestida para matar y con una historia preparada sobre tu corazón roto, y no fue a propósito? —Su voz no me dice nada, parece que no le importa mi respuesta, pero el duro ángulo de su mandíbula desmiente su indiferencia.

—¿Qué me estás preguntando?

—Te pregunto si planeaste esto. ¿Cuáles son las probabilidades de que aparecieras a mi lado en el bar esa noche, acabaras en mi cama y entraras en mi oficina la semana pasada?

¿Quién se cree que es? Mis hombros se endurecen.

—No conozco las probabilidades exactas. Imagino que son bajas, pero yo no planeé esto. Es solo una loca coincidencia.

—No creo en las coincidencias.

La ira me atraviesa. ¿Qué clase de vida fría y vacía le permitiría ver en una simple coincidencia un engaño para manipularlo?

—¿Estás insinuando que usé mi cuerpo para conseguir este trabajo para mi empresa? Porque si es así, suena muy parecido a que estás sugiriendo que me prostituí.

Se acerca y se me corta la respiración. Odio que, aunque estoy furiosa con él, mi cuerpo reaccione ante su proximidad. Es el único hombre que me ha proporcionado un placer tan intenso y, al parecer, a mi cuerpo no le importa que insulte mi integridad. Solo quiere revivir la sensación de su cabeza entre mis piernas y la forma en que me llenó tan profundamente.

Mi mirada vuelve a la suya cuando me doy cuenta de que bajó hasta sus labios.

Mis pezones se tensan aún más, y estoy segura de que a estas alturas ya deben de ser visibles. Cruzo los brazos como si me aburriera esta conversación.

Solo la sonrisa que se dibuja en sus labios me hace saber que no lo he conseguido.

Está tan cerca que tengo que inclinar la barbilla bruscamente para mantener los ojos fijos en los suyos.

—No te estoy llamando prostituta —dice—, pero conocí a muchos hombres y mujeres que están dispuestos a hacer lo que haga falta para conseguir algo de mí. Quiero saber si tú eres una de ellos. Este trabajo vale más que mucho dinero, viene acompañado de una importante cantidad de prestigio.

Esta vez se me tuercen los labios.

—No sé con qué clase de gente pasa usted el tiempo, señor King, pero eso suena a problema *suyo*. Le estoy diciendo la verdad. No sabía quién era la noche que nos conocimos. Si lo hubiera sabido, jamás habría... hecho lo que hice. —Sus ojos se oscurecen y tengo que tragar para que no se me seque la garganta antes de poder continuar—. Cuando nos notificaron el proyecto, busqué la empresa y las únicas fotos que vi eran las de su papá y, supongo, las de su hermano. Así que, a menos que su rostro esté por todas las redes sociales -que, por cierto, no sigo-, no lo distinguiría de nadie. Me partí el trasero en los últimos meses en nuestra

propuesta, e insinuar que no podríamos ganar esta cuenta por méritos propios es una bofetada en el rostro. Por no mencionar que básicamente está diciendo que yo, como mujer, prefiero usar mi cuerpo que mi mente y talento para conseguir un trabajo.

Levanto la barbilla, haciendo todo lo posible por contener mi temperamento. Por muy imbécil que sea Cole, no quiero ser responsable de que nuestra empresa pierda este trabajo.

—Pero si sigue teniendo problemas conmigo, le sugiero que pida mi expulsión del equipo. De lo contrario, actuemos como profesionales y mantengamos las distancias hasta que este proyecto esté terminado.

Los ojos de Cole pasan entre los míos, y no puedo saber en absoluto lo que está pensando. Aunque le di la opción, espero de verdad que no pida mi destitución. No solo sería un desastre profesional para mí, sino que explicarle el porqué a Paul sería, como mínimo, difícil, pero se limita a asentir bruscamente y da un paso atrás. Vuelve a su escritorio y se acomoda en su silla.

—Puede quedarse en el equipo, señorita West. Lejos de mi intención poner en duda su carácter o su talento. Como tendremos muy poco que ver durante su estancia aquí, le aseguro que no será difícil mantener las distancias, pero permítame ser muy claro para que no haya malos entendidos. No se repetirá lo de aquella noche.

Jadeo. Qué descaro. Sé que debería darme la vuelta e irme, pero no puedo dejarlo así.

—Por supuesto que no se repetirá esa noche. Después de todo, solo puedo perder la virginidad una vez. Ahora que Paul y yo volvimos a estar juntos, ¿para qué lo necesitaría?

Algo oscuro relampaguea en sus ojos, pero se limita a levantar las cejas.

—¿Te convenció para que volvieras con él? ¿O fuiste tú la que lo convenciste con tu nueva confianza sexual?

La cabeza me empieza a martillear en la base del cráneo y lo fulmino con la mirada.

—No es que sea asunto tuyo, pero Paul se disculpó y me preguntó si podíamos volver a intentarlo.

Cole no dice nada, solo me escruta mientras estoy ahí de pie. ¿Tengo que esperar a que me despida o puedo ir hacia la puerta? Antes de que pueda decidirme, vuelve a levantarse de su asiento y acecha hacia mí.

Se mete en mi espacio personal y baja la cabeza hasta situar su rostro justo encima del mío.

—A ver si lo entendí bien. Ahora que volviste con Paul, ¿ya no me necesitas?

—No. —La voz me sale temblorosa y me maldigo, más aún cuando sus labios se inclinan en una sonrisa que no es tal. Vuelve a acercarse y su aroma masculino y amaderado me trae recuerdos de aquella noche.

Qué buena chica.

Vas a hacer que me corra. Tan.... Jodidamente. Duro.

Un escalofrío me recorre y él mira hacia abajo y luego hacia arriba, con el triunfo brillando en sus ojos. Yo también miro hacia abajo y me doy cuenta de que mis pezones se ven claramente a través de la blusa.

Y que rozan su camisa con cada subida y bajada de mi pecho.

—Parece que tu cuerpo no está de acuerdo contigo —dice.

—Es solo una reacción biológica. No significa nada.

—Sigue diciéndote eso, gatita. Puede que empieces a creértelo.

No puedo creer que piense que puede salirse con la suya llamándome gatita otra vez. En un momento de locura, alargo la mano y le rodeo la polla con los dedos. Su muy dura polla.

Se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos, y sé que lo sorprendí.

—¿Ves? No tienes interés en mí, pero estás duro. Es una reacción biológica.

Cuando vuelve a hablar, su voz se volvió grave y áspera.

—Si no dejas de acariciarme la polla, descubrirás exactamente cómo acaba esta reacción, y puedo garantizarte que implicará que grites mi nombre.

Cuando recupero la cordura, aparto mi mano y un rubor me recorre todo el cuerpo. No puedo creer que lo haya acariciado en su oficina. Eso está tan fuera de lugar que no tiene gracia.

Da un paso atrás con calma, como si yo no acabara de tener mis dedos alrededor de su erección hace unos segundos, y vuelve a su escritorio.

—Puedes irte.

Parpadeo, sorprendida por la repentina despedida, aunque estoy más que dispuesta a salir de aquí.

—Ahora, señorita West. Mi tiempo es valioso.

Aprieto los dientes, pero giro sobre mis talones y tomo el pomo de la puerta. Casi puedo sentir sus ojos clavados en mí cuando dejo que la pesada puerta se cierre tras de mí. Le sonrío con fuerza a Samson mientras me apresuro hacia el ascensor. Quiero poner tanta distancia como pueda entre Cole y yo.

La reunión no salió en absoluto como yo quería. Con la forma en que se intensificaron las cosas, me olvidé de mencionar que Paul no sabe nada de él y que me gustaría que siguiera siendo así. No es que crea que Cole vaya a hablar de mí con nadie. Estoy segura de que solo soy otra marca en el poste de su cama. Una de la que probablemente se olvidó por completo antes de que yo entrara en la sala de reuniones.

Llego al ascensor y pulso el botón. Mientras espero, me cruzo de brazos y miro distraídamente la enorme impresión en blanco y negro que muestra al King Plaza durante su construcción.

Pensar en Cole y en lo que sospechaba de mí me aprieta el pecho, y un dolor sordo me recorre. Es difícil creer que el hombre que me hizo vivir una experiencia tan increíble pudiera resultar ser tan idiota. El recuerdo de la noche que pasamos juntos, que guardaba en mi corazón desde que ocurrió, ahora está empañado.

Las puertas del ascensor se abren y entro, haciendo todo lo posible por reprimir el dolor. Tengo un trabajo que hacer, uno que podría marcar mi carrera. Dejar que un hombre como Cole descarrile mi sueño sería un insulto para mí y para mamá.

Pulso el botón de la planta 49, donde se encuentra la oficina provisional de mi equipo, y veo cómo bajan los números.

Con un poco de suerte, será la última vez que tenga que acercarme a Cole King.

9

Cole

—¿Estás escuchando? —La voz de Roman devuelve mi atención a la discusión. Mis hermanos y yo estamos sentados alrededor de una mesa en su oficina, analizando los datos financieros del King Group correspondientes al último trimestre, así como las previsiones para los próximos seis meses.

—Por supuesto —digo, y lo hago, a pesar de que el recuerdo de mi encuentro con Delilah esta mañana ocupa la mayor parte de mi atención.

Ella me sorprendió. Estoy convencido de que nuestro encuentro original y lo que pasó entre nosotros fue una coincidencia. El asombro y el horror en su rostro cuando sugerí lo contrario fueron lo suficientemente creíbles como para que una parte de mí -una pequeña parte-, se sienta realmente mal por acusarla, pero hay mujeres que harían exactamente eso. Fuera del dormitorio, a lo largo de los años ha habido un montón de gente que ha orquestado encuentros conmigo y con mis hermanos para intentar conseguir algo de nosotros.

En nuestra posición la confianza escasea. No estoy seguro de que haya nadie en mi vida en quien confíe plenamente. Sé que mis hermanos no me van a joder, porque eso significaría joder a la familia y a la empresa, pero no es por el cariño que nos tenemos. Es porque nuestro poder y riqueza dependen de nuestro frente unido. Eso es lo único que mantiene a raya a los chacales.

Pero confiarles cualquier otra cosa es un asunto diferente. Puede que Delilah se ofendiera porque sugerí que organizara nuestro encuentro, pero habría sido estúpido no preguntar.

El único problema es que, una vez que le saqué la respuesta y se quedó mirándome fijamente, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de ira, la mía se evaporó, sustituida por algo diferente pero igual de acalorada.

Mi mente retrocedió a un tiempo en el que su tersa piel estaba más excitada que molesta. Mi polla se endureció en mis pantalones al recordar la embestida cuando se enterró en su coño, y la forma en que dejó escapar un jadeo cuando se llenó por completo por primera vez. Al recordar cómo se corrió por mí, una oleada de lujuria recorrió mis venas. ¿Se correría igual de bien si volviera a follármela?

Cerré eso rápidamente, volviendo a mi escritorio y despidiéndola antes de que mis pensamientos se hicieran demasiado obvios.

Pero ese recuerdo y el aroma de su perfume que permanecía en el aire se apoderaron de mi mente. En cuanto salió de mi oficina, me levanté de mi asiento y me fui a mi cuarto de baño privado, acariciándome la polla con las visiones que se repetían en mi cabeza. Nunca había hecho eso. Claro, de vez en cuando liberé algo de estrés durante el día, pero nunca por una mujer en concreto.

Después, me miré en el espejo y me dije que tenía que superarlo. Juré sacar a Delilah de mi mente. Ella es mi empleada y nada más.

Y sin embargo, aquí estoy, pensando en ella otra vez. En medio de una reunión de negocios.

Completamente impropio de mí.

Aprieto los dientes. Los ojos grises de Roman se clavan en mí, pero le devuelvo la mirada con calma. *Estoy concentrado.*

Tate, mi otro hermano, se echa hacia atrás en la silla y se pasa la mano por su cabello rubio.

—Ayer hablé con el abogado de papá —dice, rompiendo la tensión y cambiando el tema de los números que hemos estado discutiendo durante la última hora—. Sigue resistiéndose a la idea de un acuerdo.

Golpeo el bolígrafo con impaciencia sobre la mesa.

—Es demasiado arrogante para su propio bien. Realmente cree que puede ganar si va a juicio.

—No puede —dice Roman rotundamente—. Los abogados tienen que seguir presionándolo. No necesitamos más golpes a la reputación del King Group, y un juicio largo e interminable no le hará ningún favor a nadie.

Asiento con la cabeza.

—Centrémonos en lo que podemos controlar. El proyecto del hotel es nuestra máxima prioridad en este momento. Si podemos cumplirlo, ayudaremos mucho a recuperar la confianza en la empresa.

—El consejo de administración y nuestros inversionistas esperan que empecemos a construir los tres primeros hoteles en doce meses —afirma Roman—. ¿Los arquitectos pueden tener listos los diseños definitivos y todos los permisos urbanísticos para que podamos cumplir ese plazo?

—Me reuní con ellos esta mañana —digo—. Parecen motivados. Los conceptos iniciales que presentaron son sólidos. Puede que sea ajustado, pero me aseguraré de que cumplamos el objetivo.

Tate bebe un sorbo de agua y se aclara la garganta antes de hablar.

—Mientras tanto, tenemos que tratar de aumentar la confianza de los inversionistas. Corren rumores de que Berrington está sopesando sus opciones.

Frunzo el ceño. Kenneth Berrington es uno de nuestros mayores inversionistas, además de un viejo amigo de nuestro papá. Su opinión tiene peso en el mundo de los negocios y perderlo podría influir en otros inversionistas que están atentos a los resultados de la empresa.

Berrington es también el papá de Jessica. Después de que ella y yo nos encontráramos una y otra vez en eventos sociales y de la industria a lo largo de los años, desarrollamos un acuerdo mutuamente beneficioso: cuando no podemos molestarnos en organizar otra cita, asistimos juntos, reforzando la relación entre las empresas de nuestras respectivas familias y, la mayoría de las veces, terminando la noche con un buen sexo. Es una de las pocas mujeres con las que me he acostado más de una vez. No porque haya ningún vínculo emocional entre nosotros, sino

porque es conveniente. El sexo es bueno, y ambos sabemos exactamente quién es la otra persona y qué queremos y qué no queremos el uno del otro.

Aunque recientemente se volvió más pegajosa. Si sigue como la última vez que estuvimos juntos, quizá tenga que replantearme nuestro acuerdo. Lo último que necesito es la complicación de que Jessica quiera profundizar nuestra relación.

Roman tamborilea con la punta de los dedos, con los ojos entrecerrados.

—Lleva mucho tiempo con nosotros, pero la situación con el arresto de papá tiró por tierra la confianza de todos. Berrington quiere garantías de que podemos mantener nuestros márgenes de beneficio. Puede que no tengamos con él la relación que tenía papá, pero lo necesitamos. Si retira sus inversiones, otros considerarán abandonar el barco también.

Tate teclea en su portátil mientras hablamos.

—Por desgracia, no creo que el que Cole se folle regularmente a su única hija sea suficiente seguro para nosotros. —Sus ojos marrones dorados, tan diferentes de los míos y los de Roman, se levantan de la pantalla y me sonríe—. Quizá deberías pensar en ponerle un anillo.

La idea me da escalofríos. El matrimonio es lo último que me interesa. En algún momento tendré que encontrar esposa y tener hijos -es lo esperado, después de todo-, pero podría aguantar felizmente otros diez años.

—Nadie va a poner un anillo en ningún sitio —respondo.

—¿Ni siquiera un anillo para el pene? —Tate responde con una sonrisa burlona—. Te lo estás perdiendo.

Lo ignoro.

—Berrington está más que feliz de que Jessica y yo montemos un espectáculo de vez en cuando. Le gusta que todo el mundo piense que tiene algo sobre nosotros, pero solo es eso, un espectáculo.

Tate está a punto de decir algo más cuando Roman lo interrumpe.

—Nuestro objetivo actual es poner en marcha el proyecto del hotel lo antes posible y cumplir nuestros hitos. Eso convencerá a los inversionistas de que la destitución de papá como director general no afectará a nuestras operaciones. Cole, quiero que trabajes estrechamente con los arquitectos para asegurarte de que van por el buen camino. Confío en ti para que hagas esto por nosotros.

Hago un gesto seco con la cabeza, dejando a un lado la pizca de orgullo que sus palabras despiertan en mí. Es un vestigio de hace años, cuando me importaba la aprobación de mi hermano mayor.

—Tate. Tenemos que asegurarnos de que nuestro mensaje es correcto —dice Roman.

Tate se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—He mantenido reuniones semanales con el equipo de marketing. La semana que viene lanzarán una campaña de relaciones públicas para destacar nuestro compromiso con la transparencia y las prácticas empresariales éticas. Centrarán sus esfuerzos en las redes sociales en nuestras iniciativas filantrópicas y medioambientales. —Su mirada me encuentra—. Quizá valga la pena dejarse ver por ahí lo más posible. Asiste a una gala o tres, cuanto más benéfica sea la causa, mejor. Asegúrate de que te vean repartiendo dinero. Tranquilizará a los accionistas e inversionistas y el público verá que retribuimos activamente.

Miro a Roman y vuelvo a centrarme en Tate. Ya se está riendo. Probablemente porque mi cara refleja mis pensamientos.

—¿Estás sugiriendo que soy yo quien hará todo eso?

Roman se cruza de brazos y me lanza una mirada mordaz.

—Eres la mejor opción. Eres mejor que yo encantando a los inversionistas, pero no tanto como para acabar con los tobillos de sus esposas alrededor de las orejas.

Tate suelta una carcajada.

—Solo me pasó dos veces, y para ser justos, una de ellas estaba en un matrimonio abierto y la otra ya estaba redactando los papeles del divorcio.

No puedo evitar que se me muevan los labios, pero el ceño de Roman indica que no le hace mucha gracia. Parece que tendré que aguantarme y empezar a aceptar más invitaciones de las que siempre recibimos.

Incluso mientras me resigno a eso, mi mente ya está de nuevo en el proyecto del hotel. Tengo que adoptar un enfoque más práctico de lo habitual. Seguir el ejemplo de Tate y celebrar reuniones semanales con los arquitectos. Asegurarme de que todo sigue su curso.

Por supuesto, eso significa reuniones semanales con Delilah también. Me niego a reconocer que una parte de mí podría estar deseando eso. Puede que ella tenga una forma de meterse en mi piel, pero hay demasiado en juego como para dejarme desviar por una mujer.

Con ese pensamiento, vuelvo a centrar mi atención en la reunión y me concentro en lo importante: asegurarme de que el King Group siga en lo más alto. Es lo único que importa, y estoy más que dispuesto a hacer lo que haga falta para que así sea.

10

Delilah

Doy golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas mientras estudio el diseño conceptual que dibujé para el tejado del hotel de Chicago. Después de hacer algunos cálculos, me dirijo a la otra pantalla del ordenador y navego por la página web del U.S. Green Building Council, revisando la información sobre sus requisitos de certificación. Tomo algunas notas, dejo el bolígrafo y me estiro.

Es viernes y he superado mi primera semana en el King Group. Salvo por el enfrentamiento con Cole el lunes, todo estuvo genial. Observo mi entorno y sonrío. Nos dieron una oficina impresionante, llena de bancos de trabajo modernos y elegantes, sillas ergonómicas y varias mesas de dibujo. Dos grandes ventanales permiten la entrada de luz natural y dan al espacio un aspecto diáfano. Una pequeña cocina con refrigerador, microondas y cafetera se encuentra en el otro extremo.

Mi mesa está en una esquina, de cara al resto de la habitación. Las dos pantallas de ordenador me impiden ver casi todo, lo que es estupendo para evitar distracciones. Aunque también me impide ver quién se acerca. Solo me doy cuenta de su presencia cuando me llega la familiar fragancia de la loción de Paul, que siempre se aplica con demasiada generosidad.

Me mira por encima de las pantallas y yo le sonrío.

—Hola, ¿qué pasa?

—Cole pidió una reunión de situación en diez.

Se me retuerce el estómago.

—¿Con todos nosotros?

Asiente con la cabeza.

—Me ofrecí a darle un resumen yo mismo, pero quiere a todo el equipo ahí.

No ver ni rastro de Cole desde el lunes me dio una falsa sensación de seguridad, pero al menos ya no hará más acusaciones insultantes si hay una sala llena de gente.

Espero que no, al menos.

Me levanto, tomo mi bloc de notas y mi bolígrafo y sigo a todo el mundo hasta el ascensor que nos llevará a la planta ejecutiva. Después de apartarme para dejar entrar a un rezagado, me llama la atención Philippa, que estuvo en la oficina esta mañana en calidad de enlace. Está cerca de Paul y, mientras la observo, él se inclina hacia ella para que ella le murmure algo al oído.

Me inquieta su fácil familiaridad, y no es la primera vez que me pregunto si hubo algo entre ellos dos mientras Paul estaba en el Reino Unido. Eso explicaría su apenas velada animosidad hacia mí. Se lo pregunté a Paul una vez, no mucho después de que ella se uniera a nuestra oficina, pero él lo negó.

Al entrar en la sala de conferencias, aparto ese pensamiento y no puedo evitar mirar hacia la cabecera de la mesa. La silla está vacía y mis hombros se relajan. Me dirijo al asiento más alejado, no tiene sentido que esta situación me incomode más de lo necesario.

Mientras esperamos, abro mi bloc de notas y esbozo algunas ideas que me rondan por la cabeza desde que vi las actualizaciones de la página web del USGBC. No levanto la vista cuando se vuelve a abrir la puerta de la sala de conferencias, aunque mi cuerpo es demasiado consciente de su entrada. Ojalá no fuera así. Mi pulso se acelera automáticamente en cuanto noto su presencia, y no solo por el nerviosismo. Sobre todo porque Paul está sentado a unos cuantos asientos de distancia.

Cuando Cole habla, me obligo a girarme y mirarlo a la cara. Lo último que necesito es que me llamen la atención por mi falta de profesionalidad. Por suerte, no me mira. Ahora que se dio cuenta de que no intenté colarme en este trabajo, ni en su cama, no me prestará más

atención que a cualquier otro de los cientos de personas que trabajan en este edificio.

—Nos enfrentamos a un plazo muy ajustado —dice Cole—. Tengo intención de celebrar reuniones periódicas para asegurarme de que el calendario no se nos escape de las manos. Durante estas reuniones, espero actualizaciones de progreso de cada uno de ustedes. —Dirige su atención a Paul—. También espero que me informes por escrito del estado general del proyecto, y lo quiero en mi bandeja de entrada todos los viernes por la mañana.

Arrugo las cejas. ¿Me lo estoy imaginando, o su tono se volvió más brusco al hablar con Paul? Si Paul se da cuenta, no lo demuestra. Se limita a asentir con la cabeza.

Pasamos la siguiente hora dando vueltas por la sala y todos comparten sus novedades. No estoy tan preparada como debería cuando sus ojos de acero se posan en mí.

—Señorita West —dice, y esta vez estoy segura de que no me estoy imaginando la frialdad de su tono.

—Estoy trabajando en el concepto de la propiedad de Chicago. Voy bien de tiempo y terminé varios diseños preliminares y bocetos conceptuales, pero.... —Hago una pausa y, por el rabillo del ojo veo que Paul gira la cabeza hacia mí. ¿Debo decir algo? Aún no hablé de esto con él. Mi plan era transmitir esta información a la cadena a través de él, pero ya que no puedo evitar interactuar con Cole, podría mencionarlo ahora.

—¿Qué pasa? —Cole suena impaciente, y casi pierdo los nervios.

Pero entonces me enderezo en mi asiento. Aquí es donde reside mi pericia. No puede hacerme dudar de mí misma solo porque sea un idiota rico y engreído. Lo miro directamente a los ojos.

—Estuve consultando la página web del USGBC, que proporciona los requisitos para la certificación LEED, e hice algunos cálculos.

No dice nada, solo toma el bolígrafo y lo hace rodar entre los dedos mientras se reclina en la silla y me clava la mirada.

Me aclaro la garganta.

—Mi idea inicial era instalar paneles solares en el tejado, pero creo que instalar también un tejado verde tendrá un gran valor. Ayudará a reducir el efecto de isla de calor urbano y proporcionará aislamiento natural, reducirá el consumo de energía para calefacción y refrigeración, ayudará a gestionar las aguas pluviales y mejorará la calidad del aire. Además del conjunto de paneles solares y los demás sistemas de sostenibilidad que ya estamos estudiando incorporar, un tejado verde permitirá obtener una certificación LEED más alta.

—Delilah... —Paul empieza, pero Cole lo corta.

—¿Los paneles solares no ocuparán todo el espacio del tejado?

—Sí, pero hay formas de tener ambos. De hecho, podemos diseñarlo de forma que los dos sistemas se complementen. Por ejemplo, podemos instalar paneles solares que generen electricidad tanto por arriba como por abajo, lo que aprovechará la luz solar reflejada del tejado verde. A su vez, los paneles dan sombra a las plantas. Un tejado verde reduce el calor absorbido por el edificio, lo que de hecho puede mejorar la eficiencia de los paneles.

—¿Y cuánto más costará esto? —pregunta Cole, con expresión inescrutable.

Hago una mueca de dolor, pero intento mantener el rostro tan inexpresivo como el suyo.

—No terminé de calcular los costos, pero con las modificaciones necesarias, supondría un gasto inicial considerable. Sin embargo, con la certificación LEED, podrá optar a incentivos adicionales, como apoyos públicos.

Los ojos de Cole se clavan en los míos y mis mejillas se calientan bajo la intensidad de su mirada.

Me humedezco los labios.

—El plan preliminar que elaboré originalmente está listo, pero solo incluye el conjunto de paneles solares. De momento lo tiene Paul, pero si

le interesa considerar el tejado verde, puedo enviárselo a él también, y pueden discutirlo juntos.

Cole se balancea hacia adelante en su silla y coloca su bolígrafo delante de él.

—Preferiría que tú me lo explicaras.

Mi mirada se dirige a Paul y veo el ceño fruncido en su rostro. Puede que hablemos de esto más tarde, pero ya es demasiado tarde para preocuparse por eso.

—Estoy segura de que Paul puede...

—No te escondas detrás de tu... —Su pausa infinitesimal me hace preguntarme si dirá novio. Menos mal que no lo dice—. Jefe de proyecto. Si pides a la empresa que asuma gastos adicionales, espero que seas capaz de justificarlo. Ponte en contacto con Samson y organiza una reunión conmigo esta semana.

Trago saliva. Genial, otra reunión con Cole.

—Sí, señor King.

Algo parpadea en su rostro, pero antes de que pueda identificarlo, baja la vista hacia la tablet que tiene delante.

—Creo que con esto terminamos, así que los veré a todos el próximo viernes. Señorita West, espero verla antes.

Asiento con la cabeza, echo la silla hacia atrás y me pongo de pie con el equipo. La presencia de Paul se cierne tras de mí cuando salimos de la sala, e intento evitar la confrontación que se avecina dirigiéndome hacia el ascensor. Antes de que pueda llegar, me agarra del brazo.

—Delilah, cuando volvamos abajo, me gustaría verte en mi oficina.

Se me caen los hombros y me giro, fijando la mirada en un par de ojos azules como el hielo. Bajan y se estrechan al ver la mano de Paul que me sujeta el brazo. En lugar de decir algo, Cole se da la vuelta y se dirige a su oficina.

Sigo a Paul hasta el ascensor. Los demás ya bajaron, así que esperamos juntos a que vuelva.

—¿Qué fue eso? —sisea—. Deberías haberme planteado tu propuesta antes de presentársela a Cole.

—Esta es una reunión de actualización, ¿no? Si a él no le gusta la idea, puede decir que no.

—No es tu lugar, yo soy el director del proyecto. A Cole no le va a gustar que una arquitecta junior haga sugerencias que costarán mucho dinero a su empresa. Además, no me gusta que pases por encima de mí de esa manera.

Llega el ascensor y Paul me hace subir.

En cuanto se cierran las puertas, me alejo de él.

—Bueno, Cole quiere hablar de eso, así que no puede haber odiado tanto la idea.

—Tampoco vayas por ahí llamándolo Cole. Para ti es el señor King.

Lo miro fijamente, preguntándome por qué está siendo tan pomposo, pero tiene razón. No debería ser tan familiar. Me ruborizo cuando Paul me mira.

—No discutamos por eso. A partir de ahora, me aseguraré de pasar primero por ti.

Parece un poco apaciguado.

—Me uniré a ustedes durante su reunión y podremos discutirlo todos juntos.

Asiento con la cabeza, mi irritación por la actitud de Paul es compensada por el alivio de no tener que enfrentarme a Cole, *-el señor King-*, sola.

Otro encuentro cara a cara con él es lo último que necesito.

11

Cole

Samson me llama. Levanto la vista del correo electrónico que estoy leyendo y contesto.

—¿Sí?

—La señorita West y el señor Donovan están aquí para su reunión.

¿Qué demonios hace Paul con ella?

—Que se queden ahí —ladro. Empujo la silla hacia atrás, me dirijo a la puerta, la abro de un tirón y salgo.

Delilah y Paul esperan para entrar. Las manos de Delilah están llenas de rollos de papel y sus ojos verdes se clavan en los míos.

No debería gustarme ponerla nerviosa, pero lo hago. Demasiado.

Mi atención se desplaza hacia Paul, que se cierne cerca de ella. Me pregunto si el hombre siente algo. Si está captando de algún modo los recuerdos que ondean entre Delilah y yo cada vez que estamos juntos en la misma habitación. La idea casi me hace sonreír.

Pero no lo hago.

—Paul, lamento que hayas desperdiciado un viaje hasta aquí, pero pedí reunirme *solo* con la señorita West.

Los ojos de Paul oscilan entre Delilah y yo. Oh, sí, él siente algo, pero dudo que sepa qué. ¿Ella le habría dicho que se acostó con alguien mientras estaban separados, o hizo el papel de la virgen ruborizada la primera vez que él le hundió la polla?

Nunca me importó quitarle la virginidad a una mujer, pero hay algo en el hecho de que Paul crea que es el primer hombre en tenerla que hace que me rechinen los dientes. Un impulso primitivo de asegurarme de que todos los demás hombres sepan que fue mía antes que de nadie más.

Y por mucho que no me interese repetir nuestro encuentro, imaginarme a Paul tocándola hace que mi espalda se tense con un pico de irritación.

—Pero como director del proyecto, siento que debería...

Le clavo la mirada.

—Si te quisiera aquí, te habría pedido que participaras.

A Paul se le tensa un músculo de la mandíbula, pero sabe que no debe discutir. Se limita a asentir y se gira hacia Delilah.

—Pasa por mi oficina cuando regreses.

Delilah le lanza una mirada que no sé interpretar. ¿Molestia? ¿Nerviosismo? No lo sé, y eso me frustra. Estoy acostumbrado a saber leer a la gente.

Paul frunce el ceño por última vez y se va.

Doy un paso atrás y le hago un gesto a Delilah para que entre en mi oficina. Cuando pasa, me llega su suave aroma a flores silvestres y todos mis sentidos se ponen en alerta. Ni siquiera me avergüenzo de que mis ojos se posen en su trasero en forma de corazón que se balancea delante de mí con una de esas faldas ajustadas que le gusta llevar.

Se detiene delante de mi mesa, la rodeo y me siento. Me reclino en la silla y me froto la barbilla mientras la observo. Dirige una mirada insegura a los dos asientos de cuero que hay a su lado, preguntándose si esta vez puede sentarse.

Levanto las cejas mientras espero a ver qué hace. Sin mirarme, se alisa la falda y se sienta, cruzando las piernas.

Dejo que mis ojos se detengan en la piel expuesta de sus muslos y, cuando encuentro su mirada, sus mejillas vuelven a sonrojarse.

—Um —dice —. Entonces, ¿quieres que te explique mis ideas sobre el tejado verde?

Le inclino la barbilla.

—Quiero oír hablar de viabilidad.

—Okey. —Se levanta, desenrolla un plano y lo coloca en el escritorio frente a mí. Se inclina hacia adelante y mi mirada se fija en el escote de su blusa, que se abre lo suficiente como para mostrar una pizca de cremoso escote.

Vuelvo a centrar mi atención en los detalles de su anteproyecto.

A Delilah se le iluminan los ojos cuando habla del tejado verde y sus manos hacen elegantes movimientos sobre el plano. La observo tanto como escucho lo que dice.

—¿Tienes una idea de cuáles pueden ser los costos adicionales? —le pregunto.

—Calculo que serán unos 200.000 más que el millón y medio que nos costará la instalación de paneles solares, pero teniendo en cuenta el ahorro adicional por el aumento de la eficiencia energética, la disminución del escurrimiento de agua y que, teóricamente, el tejado verde también mejorará la eficiencia del conjunto solar, el periodo de amortización de la instalación de ambos sistemas es el mismo que el de la instalación de los paneles solares por sí solos.

—¿Y cuánto tiempo será?

—Aproximadamente ocho años.

Asiento lentamente, impresionado por su diligencia.

—Además —añade—, puedes usar la mayor calificación LEED para superar a tus competidores.

Mis labios se fruncen. Está claro que la relación costo-beneficio nos favorece. Me gustó la idea cuando la propuso en nuestra reunión de equipo a principios de semana, pero quería asegurarme de que no aumentaba el gasto sin tener en cuenta la rentabilidad de la inversión. Está claro que ella sabe de lo que habla.

—¿Es algo que podemos usar para todos los hoteles? —Tengo una buena idea de cuál será su respuesta, pero me interesa lo que tenga que decir.

¿O es que quiero tenerla aquí más tiempo?

Delilah se endereza.

—Podemos usarlo en varios, pero tendríamos que hacer un análisis de costos basado en el clima de las distintas ciudades. Un tejado verde podría no ser la mejor solución en algunos de los estados más secos, aunque siempre está la opción de usar plantas tolerantes a la sequía.

Estudio su diseño un momento más y, a continuación, le doy la vuelta a unos cuantos que están debajo. Hay un plano en el que se muestra la relación del hotel propuesto con la topografía circundante y otros edificios, así como lo que parece su diseño conceptual original con solo el conjunto de paneles solares en el tejado.

Es una táctica dilatoria más que nada. Ya sé lo que voy a decirle.

—Okey. —Vuelvo al plano que está encima de la pila y la miro—. Dale los números a contabilidad y que se los regresen a Paul con las aprobaciones.

Ella parpadea hacia mí.

—¿Así nada más?

Me encojo de hombros.

—Tiene sentido desde el punto de vista financiero.

—Claro. De acuerdo, entonces. Gracias. —Jala los planos hacia ella y empieza a enrollarlos, teniendo que volver a empezar cuando los enrolla torcidos. Está nerviosa. ¿Es porque no esperaba que aceptara su propuesta tan rápido? ¿O porque está a solas conmigo en mi oficina?

Quiero que sea lo segundo.

—Bueno, gracias por escucharme. Te lo agradezco —dice.

Me levanto y camino alrededor de mi escritorio, y ella levanta la barbilla cuando me detengo frente a ella. Metiéndome las manos en los bolsillos, le pregunto:

—¿Cómo van las cosas con Paul?

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Paul? Van bien.

—¿No hay problema en trabajar juntos en el proyecto?

Vacila, probablemente preguntándose a dónde quiero llegar.

—Hemos trabajado juntos antes.

Doy un paso adelante.

—¿Y siempre te trata así?

—¿Qué quieres decir?

—Como una niña en lugar de una arquitecta muy competente.

Delilah parpadea y separa los labios. Al momento siguiente, su expresión se apaga.

—No sé de qué estás hablando. Este es un proyecto de alto perfil. El trabajo de Paul es asegurarse de que todo funcione sin problemas.

Supongo que no es una sorpresa que no quiera hablar de su novio conmigo.

—Paul y Philippa parecen tener una buena relación de trabajo. —No sé por qué lo digo. Podría ser porque siento alguna corriente subterránea entre Paul y la hermosa rubia, o quizá porque soy idiota y reconozco un alma gemela cuando la veo, y no tengo ninguna duda de que Paul es un idiota. Al fin y al cabo, ya terminó con ella una vez, -cosa que debería agradecerle-, y luego volvió arrastrándose.

Delilah se queda mirando los planos que tiene en las manos. Cuando vuelve a levantar la mirada, hay una chispa de ira en el verde intenso de sus ojos. Esa visión me enciende.

—No estoy segura de lo que intentas insinuar —dice—, pero mi relación personal con Paul y su relación *profesional* con Philippa no son asunto tuyo.

—No intento insinuar nada. Solo comento.

—Bueno, ¿qué te parecería si comentara la relación de tu novia con otro hombre?

Se me dibuja una sonrisa en los labios.

—Eso no es realmente un problema para mí.

Algo brilla en sus ojos. ¿Es alivio? No puedo asegurarlo porque inclina la cabeza y desaparece.

—Déjame adivinar. ¿Eres uno de esos hombres cuyas relaciones consisten en múltiples aventuras de una noche porque tienen miedo a la intimidad emocional?

Levanto las cejas y ella aprieta los labios, probablemente recordando quién soy y dónde está.

Sacude un poco la cabeza.

—Lo siento, eso fue completamente...

—Exacto. Excepto por la parte de *tener miedo*. Sustitúyela por no estar interesado, y lo tienes.

—Claro —murmura—. Bueno, entonces tengo suerte de ser una de las muchas. —Gira como si estuviera a punto de irse.

—Más memorable que la mayoría —digo, y ella se detiene de golpe, mirándome por encima del hombro. No sé por qué la molesto, o por qué disfruto viendo sus mejillas sonrosadas por la vergüenza o el enfado, dos opciones igualmente atractivas. No me interesa como algo más que una empleada y un recuerdo muy agradable. Por no mencionar que es la novia de otro hombre. ¿Por qué no puedo dejarla en *paz*?

Arruga la nariz.

—¿Debería sentirme halagada de que si pones en fila a todas las mujeres con las que te has acostado, yo sea una de las pocas que puedas recordar?

—La mayoría de las mujeres lo harían.

Se pone la mano en la cadera y ladea la cabeza para que su cabello oscuro caiga sobre un hombro.

—Lo dudo, pero si eso es lo que necesitas decirte para dormir por las noches, adelante. Mientras esas mujeres te persiguen, suplicando una noche en tu cama, yo estaré con mi atractivo e inteligente novio, disfrutando de una agradable intimidad emocional.

Cruzo despreocupadamente los brazos sobre el pecho.

—No hace mucho, eras tú la que suplicaba una noche en mi cama. Estabas más que feliz de tener una aventura de una noche para que pudiera darte lo que necesitabas. —Provocarla así es una locura. Si no tengo cuidado, podría terminar con una demanda por acoso sexual, y sin embargo, parece que no puedo parar.

Las ganas no ayudan cuando ella curva el labio y dice:

—Debería haber esperado. Si hubiera sabido con quién iba a pasar la noche, me habría dado cuenta del gran error que estaba cometiendo. Ahora al menos tengo un hombre que se ocupa de mis necesidades y se interesa por mí como persona.

Sus ojos escupen fuego y me encuentro demasiado cerca de ella, absorbiendo su aroma a flores silvestres y disfrutando de su ira.

Aunque yo saqué el tema de Paul en primer lugar, no me gusta especialmente que piense en él mientras estoy delante de ella. Aunque dice que debería haber esperado, le encantó cada segundo de las horas que pasamos juntos. Las marcas de arañazos en mi espalda lo demostraban. Esa irritación punzante es lo que me hace seguir adelante.

—¿Lo sabe Paul? ¿Le contaste lo de aquella noche o te guardaste para ti tu pequeña indiscreción?

Levanta la barbilla.

—Fui honesta sobre lo que pasó.

—¿Exactamente qué tan honesta? ¿Sabe que fui yo? ¿Compartiste esa verdad con él?

Su delicada mandíbula se aprieta, pero su mirada se desvía, prueba de que no lo hizo.

—No tiene sentido —dice—. Solo haría que la relación laboral entre los dos fuera incómoda.

—Si eso es lo que necesitas decirte para dormir por las noches. —Le devuelvo sus palabras.

Sus fosas nasales se agitan y esos brillantes ojos verdes centellean.

—¿No creerás que es buena idea que él lo sepa?

—¿No crees que se merece saber que el hombre que está sentado frente a él es el que le quitó la virginidad a su novia? —Sus labios se separan en un jadeo, pero sigo—. ¿Que hace un mes gritaste mi nombre mientras te corrías en mi polla? Dime, Delilah, cuando me miras, ¿recuerdas mi boca entre tus piernas? ¿Te tocas y piensas en cómo lo hiciste para mí aquella noche?

Su respiración es rápida y entrecortada.

—No.

—¿No qué? No, ¿crees que no merece saberlo? No, ¿no te acuerdas? O no, ¿no juegas contigo misma y piensas en mí? ¿Qué tan honesta eres, gatita?

Ella entrecierra los ojos.

—Pareces recordar muchas cosas de esa noche para alguien que probablemente se ha follado a muchas mujeres desde entonces. ¿Cuántas veces te has tocado pensando en mí?

No intenta ser seductora. Está molesta, y como el bastardo enfermo que soy, me gusta igual.

—Demasiadas veces para contarlas —admito, saboreando su aguda inhalación—. Así que la próxima vez que tú y tu novio estén sentados frente a mí en la mesa, sabrás que estoy recordando tu dulce coño envuelto alrededor de mi polla y sabré que estás recordando mis dedos y mi lengua dentro de ti, y lo fuerte que te hice gritar. Puede que estés con Paul, pero no me cabe duda de que estarás pensando en mí la próxima vez que te folles con los dedos.

En los arcos de sus pómulos florecen agitadas manchas rojas. Mis ojos se clavan en los pezones rígidos que sobresalen a través de su fina blusa. Daría cualquier cosa por inclinar la cabeza y meterme en la boca una de esas duras puntas.

Pero no puedo.

No lo haría, aunque no tuviera novio.

—Vibrador —dice temblorosa.

Levanto las cejas. Cuando vuelve a hablar, su voz se ha fortalecido y me mira de frente.

—Usaré un vibrador, y cuando me corra, pensaré en lo que *yo quiera*. Ahora, si me disculpas —dice, y me empuja lejos de ella.

La dejo y retrocedo para que pueda pasar a mi lado. Sin volver a mirarme, se va, sin darme siquiera la satisfacción de intentar cerrar la puerta tras de sí.

Unos segundos después, me estoy bajando la cremallera en el baño. La excitación me recorre y estoy tan empalmado que duele. Disfruto demasiado cuando me contesta. Al ver la rabia que se refleja en sus ojos, me dan ganas de inclinarla sobre el escritorio más cercano y recordarle lo mucho que le gustó tener mi polla dentro.

Muestro los dientes en una sonrisa mientras me acaricio. Porque *es* sincera, y tuvo mucho cuidado de no decir en qué o en *quién* estaría pensando. Lo cual me dice todo lo que necesito saber.

La imagen mental de Delilah jugando con su apretado coñito mientras piensa en mí es lo único que me pasa por la cabeza mientras gimo mi liberación unos cuantos golpes fuertes después.

—¿Cómo va el proyecto? —pregunta Tate.

—Está avanzando. Estamos casi listos para firmar varios diseños preliminares. —Es de noche y Tate, Roman y yo somos probablemente las últimas personas del edificio. Roman sigue en su oficina, pero Tate y

yo nos encontramos de camino al ascensor, así que bajamos juntos a nuestros autos.

—¿Cómo va el marketing? —pregunto.

Se encoge de hombros y frunce el ceño.

—Estamos haciendo todo lo posible para compensar cualquier nueva prensa sobre la detención de papá sustituyéndola por todo lo positivo que estamos haciendo, pero es una batalla cuesta arriba.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Y eso por qué?

—La prensa está más interesada en nuestra vida privada que en lo que hace la empresa. En la entrevista de ayer, la mujer pasó más tiempo preguntándome por mi reputación que por nuestros proyectos actuales y el esfuerzo que estamos haciendo para que nuestros proyectos sean más sostenibles.

—¿Qué hiciste?

—La llevé al baño y follé con ella.

Sacudo la cabeza.

—Eso no ayuda, Tate. —No sé en qué demonios estábamos pensando al ponerlo a cargo del marketing. Todo lo que hicimos es darle acceso a más mujeres que están obsesionadas con averiguar si el hermano menor de los King es tan pervertido en el dormitorio como se rumora.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la entrada. Nuestros autos nos están esperando, me despido de Tate con una inclinación de cabeza y subo al mío. Mientras mi chofer, Jonathan, espera un hueco en el tráfico, miro por la ventanilla y me llama la atención una pareja conocida en la esquina: Paul y Philippa.

Entrecierro los ojos mientras los observo. Parece que discuten. Philippa gesticula salvajemente mientras Paul se pasa la mano por el rostro e intenta responder. Luego hace una mueca como de frustración, le pasa un mechón de cabello a ella por detrás de la oreja y la envuelve en sus brazos.

Bueno, mierda, bueno. Parece que mis sentidos están en su punto. El tipo es un imbécil.

No consigo ver nada más mientras Jonathan acelera alejándose de la acera, ocultando a la pareja de la vista, pero no necesito ver nada más. Puede que no fuera un beso, pero había mucha más intimidad en esa interacción de la que debería haber entre colegas.

Mi mente salta a Delilah y me froto el labio inferior con el pulgar. A pesar de lo que dije en mi oficina, su relación con Paul no es asunto mío. No hay razón para que me meta en la situación. Sin embargo, el hecho de que Paul se la esté follando me produce una oleada de ira. Apostaría lo que fuera a que empezó a follarse a Philippa cuando rompió con ella, si no antes. Probablemente se arrepintió poco después, porque comparada con Delilah, Philippa parece un pez frío, así que o Philippa no quiere dejarlo ir, y él es demasiado débil para obligarla, o es lo suficientemente estúpido como para creer que puede hacer malabares con ambas mujeres sin que lo atrapen.

Me reclino en mi asiento de cuero. Por mucho que Delilah merezca saberlo, y por mucho que tener a Paul fuera de juego me daría una satisfacción increíble -y no pienso por qué-, decírselo no acabará bien para nadie. Ella tendrá que abrir los ojos y ver al hombre tal como es.

Intento desviar mis pensamientos hacia otro lado. Al fin y al cabo, tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme que de la relación de una mujer a la que me follé una vez, aunque ahora trabaje para mí.

Y, sin embargo, es el destello de fuego en los hermosos ojos verdes de Delilah lo que veo mientras miro por la ventana, no las luces de los autos que pasan.

12

Delilah

—¿Por qué estamos haciendo esto otra vez? —le pregunto a Alex cuando nuestro Uber se detiene frente al club. Una larga cola de gente serpentea a lo largo de la manzana. No es de extrañar, teniendo en cuenta la publicidad que hay detrás de este local. Esta noche es su gran inauguración, pero ya se anuncia como el próximo lugar de moda, donde los ricos, famosos y guapos irán a dejarse ver.

—Porque llevas semanas trabajando duro, primero en tu propuesta y ahora en el proyecto, y necesitas un descanso. Las dos lo necesitamos.

Le acaricio la rodilla con compasión. Las cosas le han ido un poco mal desde que Jaxson se fue a Los Ángeles. Estuvo luchando con la separación temporal. Incluso empezó a dar clases de diseño de interiores en un centro comunitario unas cuantas tardes a la semana para distraerse. Supongo que una noche en la ciudad nos hará bien a las dos.

Después de pagarle al conductor, bajamos. Me aliso el minivestido verde brillante que, según Alex, combina con el color de mis ojos. Con las piernas desnudas y un par de tacones de aguja nude de tiras, esta noche me siento sexy. Alex lleva unos pantalones negros de cuero ajustados y un top rojo sin mangas, y está guapísima.

Sonrío al ver las luces brillantes y a toda la gente arreglada. Como alguien que no fue precisamente una chica fiestera durante mis años de instituto y universidad, la novedad de salir así sigue siendo fresca y emocionante.

Aunque la cola para entrar es larga, no tenemos por qué unirnos a ella. De alguna manera, Jaxson consiguió que nuestros nombres figuren en la lista gracias a sus contactos en el mundo de la música. Después de

que Alex habla con el portero, él desengancha la cuerda roja y nos hace pasar directamente.

Mis ojos se abren de par en par cuando entramos en el club de dos plantas. En el centro del gran espacio abierto hay una barra circular. Mesas y cabinas con asientos de terciopelo se alinean en la pared exterior, y hay una pista de baile abarrotada con un escenario elevado en un extremo para actuaciones en vivo. Un segundo nivel con balcón permite ver a los que se mezclan y bailan abajo.

Mi mirada se fija en un hombre del tamaño de una montaña vestido de negro, al pie de una escalera al otro lado de la sala. Supongo que ahí está la sección VIP.

—¿Un trago primero? —pregunta Alex, y yo asiento con la cabeza. Estoy deseando tomarme un par de cócteles y bailar un poco. Las últimas semanas han sido estimulantes y tensas a la vez debido a mis interacciones con Cole. Quiero soltarme y relajarme.

Una vez que tenemos nuestras bebidas en la mano, nos dirigimos al borde exterior del club y conseguimos una mesa cuando se va un grupo de gente. Suspiro y me hundo en el asiento de terciopelo rojo.

—Parece como si tú y yo no hubiéramos tenido ocasión de ponernos al día en años —le digo. Aunque Alex y yo vivimos juntas, en las últimas semanas hemos sido como barcos que pasan de noche. Alex pasa las tardes dando clases en el centro comunitario y yo alterno largas horas de trabajo con el intento de pasar más tiempo con Paul.

Alex le da un largo sorbo a su bebida y sonríe.

—Ni que lo digas, y ni siquiera he tenido ocasión de preguntarte cómo van las cosas con ya sabes quién.

Levanto las cejas.

—¿Paul?

Alex resopla.

—Tu sexy jefe roba-virginidades.

Aunque no hay forma de que nadie a nuestro alrededor pueda oír lo que dice, hago una mueca de dolor.

—Por favor, no te refieras a él de esa manera. ¿Qué tal el idiota arrogante de mi jefe? Eso está bien.

Alex se ríe.

—Quiero decir, todo es exacto, ¿verdad? Y vi fotos suyas. Es definitivamente sexy a pesar de ser un idiota arrogante. Quizá incluso más sexy por eso.

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

—Créeme, no tiene nada de sexy que te acusen de intentar acostarte con él para conseguir un trabajo -cosa por la que, por cierto, nunca se ha disculpado-, y que te rebajen el recuerdo de la noche en que perdiste la virginidad. Por no hablar de que me pregunte si pienso en él cuando me masturbo. En medio de su oficina.

—¿Qué? —Se inclina hacia adelante, con una expresión avariciosa en su rostro—. No me habías contado eso.

Le cuento lo que pasó con Cole esta semana. Cuando termino, se vuelve a sentar, con el ceño fruncido.

—Eso no es profesional.

—Dímelo a mí.

—Realmente no me parece el tipo de persona que hace ese tipo de cosas. Lo que me hace pensar que te metiste bajo su piel.

Le doy un sorbo a mi cóctel.

—Lo dudo. Estoy bastante segura de que le caigo tan mal como él a mí.

—Mmm. Ya sabes lo que dicen sobre el amor y el odio. Es una línea muy fina, bebé.

—No estoy segura de que sea el tipo de hombre que siente amor.

Ella sonríe.

—Lujuria, entonces.

—Es un multimillonario que puede elegir a cualquier mujer guapa, ¿y crees que me desea en secreto?

—¿No admitió que se estuvo masturbando pensando en ti?

Resoplo.

—Estoy segura de que solo estaba jugando conmigo. Quería meterse en mi cabeza.

Se da golpecitos con el dedo en los labios fruncidos.

—¿Y si es uno de esos tipos que asume que al quitarte la virginidad, te reclamó como suya?

Suelto una carcajada.

—Lo dudo mucho. Obviamente no se impresionó cuando aparecí en su edificio. No es exactamente el comportamiento de alguien que cree que le pertenezco.

—Okey, entonces tal vez verte con Paul tiene su impulso competitivo funcionando a toda velocidad.

—Ese es el escenario más probable de una serie de escenarios improbables, pero personalmente creo que solo es un bastardo sádico al que le gusta hacer retorcerse a la gente.

Ella mueve las cejas.

—Estoy segura de que le gustaría hacerte retorcer.

Sacudo la cabeza, reprimiendo mi sonrisa.

—Okey, ya basta de hablar de mi jefe. ¿Cómo van las cosas con Jaxson?

Ella frunce el ceño.

—Fue más duro de lo que esperaba estar lejos de él. —Se mira la mano izquierda, donde juega con su anillo de compromiso—. Parece que cada vez que llamo, está de fiesta con los chicos. Sé que forma parte del estilo de vida, pero no es fácil ser la que se queda atrás.

Después de dejar la bebida, me acerco a ella en el reservado y la abrazo.

—Siento que haya sido duro para ti, pero estoy segura de que te extraña mucho. Oye, ¿qué tal si nos tomamos una selfie ahora y se la mandamos para que vea que no es solo él el que sale y se la pasa genial?

Alex sonríe.

—Buena idea. —Sostiene su teléfono y sonreímos para la foto. Luego, ella teclea para componer su mensaje y yo aprovecho para observar a la gente.

La pista de baile está abarrotada y el ritmo de la música hace que me den ganas de ir y soltarme. Miro hacia los balcones del segundo piso y veo a mucha gente mirando por encima de la multitud. Entonces mis ojos se posan en la entrada VIP.

Un cuerpo familiar capta mi atención y entrecierro los ojos para ver mejor. No, no puede ser. Seguro que Cole no se dignaría a venir a un club nocturno, pero cuando se gira para hablar con el hombre que tiene detrás, sé que es él. Está con un par de hombres más, y un grupo de hermosas mujeres se agolpa junto a ellos.

Me hundo en mi asiento, esperando que no me vea. Pero aunque lo haga, estoy segura de que su gélida mirada pasará por encima de mí sin pensarlo dos veces.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Alex, divertida.

—Es él —susurro-grito por encima de la música alta.

—¿Quién? —Ella explora los alrededores.

—*Él.* A punto de subir a la sección VIP.

Ella mira en esa dirección, y una sonrisa se extiende por su rostro en el momento en que lo ve.

—Oh, esto es perfecto.

—¿Por qué es perfecto? Estoy aquí para relajarme y olvidarme del trabajo y de él. ¿No es eso lo que siempre me dices que haga?

—No, estás aquí para divertirte. ¿Y qué es más divertido que ver a tu ex...?

—No es mi ex.

—¿Tu *ex-aventura de una noche* cuando te ves como un millón de dólares y estás obligada a tener hombres compitiendo por bailar contigo?

—Nadie va a competir por bailar conmigo, y dudo que Cole se fije en mí en este mar de gente. Especialmente cuando está rodeado de lo que parecen un montón de supermodelos.

—Tú te fijaste en *él*, ¿verdad? Y subestimas lo sexy que eres, Dee. Como sea, tienes razón. Cole King puede tener sus supermodelos. Esta noche se trata de que te dejes llevar y vivas un poco. Así que, vamos. Las dos nos vemos muy sexys. Termina tu bebida y vayamos a la pista de baile y disfrutemos.

Realmente quiero bailar. Cole estará ahí arriba con sus mujeres y sus amigos, completamente ensimismado, y nunca sabrá que estoy aquí. ¿Por qué no olvidarnos de él y divertirnos?

Me bebo el resto de mi copa, salgo del reservado y le tiendo la mano a Alex. Nos abrimos paso entre las mesas y la gente hasta llegar a la pista de baile.

Resulta que Alex tenía razón. Pronto tenemos un montón de chicos bailando a nuestro alrededor, y también tiene razón en otra cosa. Cuando imagino un par de gélidos ojos azules mirándome desde arriba, sonrío y muevo las caderas aún más fuerte.

Después de todo, fingir nunca le hizo daño a nadie.

13

Cole

—¿Cuándo fue la última vez que salimos los tres juntos? —pregunta Tate, alzando la voz para que lo oiga por encima del golpeteo.

Le doy vueltas al whisky en mi vaso.

—Pasó tiempo.

Mientras que Tate suele asistir a las inauguraciones de nuestros clubes, yo solo lo hago de vez en cuando, y Roman casi nunca. Seguro que considera indigno confraternizar con los plebeyos, y mucho menos con sus hermanos.

Pero ahora es más importante que nunca hacer frente común, y por eso vamos a aparecer todos en la inauguración de una de nuestras recientes inversiones. No tengo ni idea de si Roman se la está pasando bien o no. Está recostado en su silla, bebiendo whisky de alta graduación, con su fría mirada escudriñando a la multitud mientras una rubia sexy le habla al oído de algo que estoy seguro de que le importa una mierda.

Incluso con la escasa iluminación de la sección VIP puedo ver sombras bajo sus ojos. Por primera vez siento una punzada de compasión por él. No debe de ser fácil timonear una nave tan grande como la nuestra e impedir que todas las ratas abandonen el barco.

Crystal, la mujer que se pegó a mi lado en cuanto llegamos, me pone la mano en el muslo y aprieta.

—¿Te gustaría bailar?

—No, gracias —le digo, apenas mirando en su dirección.

Su mano sigue subiendo.

—¿Qué tal si después de esto, me enseñas tu ático?

Esta vez la miro. Recorro con la mirada su sedoso cabello rubio, sus tetas turgentes y su pequeña cintura. Es un bombón. Podría hacer algo peor que llevármela a la cama esta noche, pero si lo hago, no será a mi apartamento. Será al hotel.

Le dirijo una sonrisa lenta, pero no confirmo nada.

—¿Cómo está Jessica? —Roman me pregunta de la nada.

Frunzo el ceño.

—¿Jessica? Seguro que está bien. Hace un par de semanas que no la veo. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba si dijo algo sobre su papá.

—Él no es nuestro tema normal de conversación cuando estamos juntos. ¿Hay algo que debería saber?

Roman niega con la cabeza y, sin decir nada más, se levanta y se dirige a la barra.

Tate y yo compartimos una mirada. Roman siempre fue el hermano más serio, incluso cuando éramos niños, ahora es prácticamente ilegible.

Una mujer de cabello oscuro se echa encima de Tate.

—¿Quieres bailar, sexy?

Tate le pasa la mano por el muslo y sus dedos desaparecen bajo el dobladillo de su corto vestido. Ella jadea y luego suelta una risita. Su mano reaparece y él se levanta, jalándola hacia la pequeña pista de baile VIP.

Sentado solo, y siendo ahora el único centro de atención del resto de mujeres, empiezo a irritarme. Tras terminar mi copa, me levanto también y le digo a mi compañera rubia que voy al baño de hombres. Cuando se ofrece a acompañarme niego con la cabeza. Esta noche no tengo ganas de sexo en el baño. Aunque los baños de aquí sean de primera.

Pensar en sexo en el baño me hace pensar en Delilah. Recuerdo cuando la conocí. Antes de que habláramos más que unas pocas palabras, me imaginé llevándola al baño del bar y follándomela. Fue un impulso extrañamente irresistible. Con sus pechos desbordándose por encima de ese vestidito negro y la forma en que se estremecía mientras bebía whisky, la idea de hundirle mi polla en ella se apoderó de mi cerebro.

Teniendo en cuenta que era virgen, me alegro de no haber hecho esa sugerencia.

La multitud de mujeres ha crecido en los últimos minutos, así que no vuelvo a nuestra mesa después de usar el baño de hombres. Me dirijo al balcón que da a la pista de baile.

Me apoyo en la barandilla, observando a las masas que se retuercen abajo, preguntándome si a Tate le importará que me vaya y me lleve a la rubia conmigo. Estoy a punto de volver con el grupo y presentar mis excusas cuando una mujer con un vestido verde brillante atrae mi atención. Su cabello oscuro se arremolina alrededor de sus hombros mientras mueve las caderas al ritmo de la música. Por alguna razón, no puedo apartar la mirada.

Los hombres revolotean alrededor de ella y de su amiga en un enjambre esperanzado, y estrecho la mirada. ¿Vendrían si enviara a alguien a invitarlas? Solo la reconozco cuando echa la cabeza hacia atrás y levanta los brazos mientras baila.

Me enderezo.

¿Cuáles son las malditas probabilidades?

Mis manos se agarran a la barandilla mientras uno de los hombres se acerca a ella. Escudriño la zona en busca de Paul, pero no lo veo, o no está bailando o no vino con ella, o tal vez se enteró de lo de Philippa y lo dejó.

El hombre se acerca, sus caderas giratorias casi rozan el trasero de ella, y un estallido de irritación me hace apretar los dientes. Me pregunto cómo reaccionará ella si él la toca. Si terminó con Paul, puede que le guste que la toque.

Mis ojos se fijan en el hombre cuando, cada vez más valiente, se desliza por detrás de ella y le rodea la cintura con el brazo. Delilah se aparta de él y gira sobre sí misma. Con un movimiento de cabeza, se aleja, pero el tipo no parece captar el mensaje y la sigue mientras ella intenta esquivarlo. La amiga de Delilah parece a punto de intervenir, pero yo ya me he puesto en marcha. Bajo las escaleras y acecho hacia ellos.

Abriéndome paso entre la multitud, veo a Delilah y a su amiga frente al hombre, que ahora tiene el ceño fruncido. Supongo que a este imbécil no le gusta el rechazo.

De una zancada, estoy en su cara, agachándome para gruñirle al oído.

—Te sugiero que dejes en paz a estas señoritas o seguridad te escoltará afuera de este local.

Da un paso atrás.

—¿Quién demonios eres?

Me elevo por encima de él, es valiente, lo reconozco.

—El dueño. Así que si no quieres que te baneen permanentemente, te sugiero que te vayas. Ahora.

Con una mueca en dirección a Delilah -que de todos modos me hace pensar en echarlo-, desaparece entre la multitud.

Me giro hacia ella, observo sus ojos muy abiertos y sus mejillas sonrojadas.

Como no dice nada, interviene su amiga.

—Tú eres el nuevo jefe, supongo.

La miro y observo la ligera curvatura de sus labios.

—Temporalmente.

Finalmente Delilah habla.

—No necesitabas intervenir, lo tenía controlado. —Hay una obstinada inclinación de su barbilla.

—Seguro que sí, pero éste es mi club y no toleramos el acoso.

—¿Y supongo que todos los casos de acoso reciben atención personal del dueño? —Bebió un poco, si no, no creo que me hablara así, o quizá sí. Lo único que sé es que su actitud me hace hervir la sangre.

Y pone dura mi polla.

—Necesito hablar contigo, señorita West —digo apretando los dientes.

Se revuelve el cabello.

—Estoy bailando.

—No estoy preguntando.

—¿Qué era eso que estabas diciendo sobre el acoso?

—Esto no es acoso. Soy tu jefe.

—No después del horario laboral.

Es tan desafiante. Quiero sacárselo a la fuerza.

—Si estuvieras en casa y te llamara para hablar del proyecto, ¿no contestarías? ¿Me estás diciendo que no estás dispuesta a hacer horas extra?

Me mira mal.

—Bien.

Se da la vuelta y camina hacia el borde de la pista de baile, pero le rodeo el brazo con la mano y la guío hacia el otro lado, más hacia la masa de bailarines.

Cuando llegamos a una esquina oscura, la giro para que me mire y me acerco a ella hasta apoyarla contra la pared.

—¿Sabías que estaría aquí esta noche? —le pregunto.

Se queda con la boca abierta.

—Tienes que estar bromeando. ¿Todavía crees que te estoy acosando? No sabía que este era uno de tus clubes, ni siquiera sabía que tenías clubes.

Las luces parpadeantes se reflejan en sus ojos, distrayéndome de su respuesta, y nos miramos fijamente durante un latido que parece durar demasiado. Entonces se humedece los labios.

—¿De qué quieres hablarme, Cole?

—¿Sabes? Tu actitud deja mucho que desear —le digo.

—La tuya también.

Me acerco más, inclino la cabeza hacia la suya y disfruto viendo cómo se le abren más los ojos y se le acelera el pulso en la garganta.

—¿Qué actitud es esa?

—Acusarme constantemente de intentar manipularte, y nunca decir que lo sientes.

—¿Quieres una disculpa?

Levanta la barbilla.

—Ayudaría.

—¿Por qué?

Parpadea.

—Porque... te equivocas, y porque... —Su mirada se desvía, luego se eleva para encontrarse con la mía—. Porque me lastimaste. —Su voz está llena de emoción.

Le rozo la mejilla con el pulgar y luego lo presiono en su piel sensible bajo la oreja mientras deslizo los dedos por la nuca.

—¿Cómo te lastimé?

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Acaso importa?

—Sí. —Y por extraño que parezca, así es.

Suelta un suspiro entrecortado.

—Puede que aquella noche que pasamos juntos no significara nada para ti, pero... para mí sí. Me alegré de haber tenido mi primera vez

contigo. Pensé que era afortunada por haber estado con alguien que me hizo sentir tan bien, y luego... luego nos volvimos a ver y me acusaste de intentar usarte, y lo arruinaste todo. Hiciste que me arrepintiera de algo que llevaba en el corazón.

Lo que dice no debería molestarme. Estoy seguro de que no es la primera vez que hiero los sentimientos de una mujer, pero normalmente no me lo dicen. Si lo hicieran, no podría garantizar que me importara. En la esfera en la que vivo, admitir haber sido herido es admitir debilidad. Nadie que opere a nuestro nivel admitirá eso.

Entonces, ¿por qué la vulnerabilidad en los ojos de Delilah me provoca una opresión en el pecho? ¿Por qué saber que lamenta el tiempo que pasamos juntos me hace querer desnudarla y darle un nuevo recuerdo al que aferrarse?

Mi polla palpita detrás de la bragueta, y lo único que quiero es presionarla contra la pared, deslizar la mano bajo el vestidito que lleva y meterle los dedos. Hacerla jadear, retorcerse y correrse por mí, aquí mismo, en el club, delante de todo el mundo.

Hacer que vuelva a sentirse bien.

El impulso es tan fuerte que tengo que cerrar el puño para no tocarla. En lugar de alejarme, que es lo que debería hacer, agarro un mechón de su cabello y lo enrosco alrededor de mi dedo.

—¿Dónde está Paul esta noche? —le pregunto.

Se pone rígida, como si le hubiera recordado que no debería estar tan cerca de un hombre que no es su novio.

—Estaba demasiado cansado para salir. Quería acostarse temprano.

Me viene a la mente el recuerdo de Paul abrazando a Philippa. Apostaría mi Bugatti a que está hasta las pelotas dentro de la rubia, a que no se acostó temprano en casa. Aunque no entiendo por qué un hombre querría estar con esa reina de hielo en vez de con la mujer que tengo delante.

Pero la estupidez de Paul es irrelevante. Ya decidí no interferir en su relación, a pesar de las ganas que tengo de volver a probarla. Arriesgar

el proyecto complaciendo mi deseo sería estúpido, y eso no es algo de lo que nadie me haya acusado nunca.

Entonces, ¿por qué demonios me inclino hacia adelante, presiono su barbilla entre el pulgar y el índice e inclino su rostro hacia el mío?

—Dudo mucho que Paul esté pasando una noche tranquila en casa.

Delilah se zafa de mi agarre y me fulmina con la mirada.

—No sé qué juego estás jugando, pero no sabes de lo que estás hablando. ¿Por qué no vuelves con tus supermodelos y me dejas en paz?

La irritación me corre por las venas y doy un paso atrás.

—Si quieres estar voluntariamente ciega, es tu elección, no me importa. Como dijiste, tengo cosas mejores que hacer que preocuparme de si los novios de mis empleadas se aprovechan de ellas. Crystal ya me dijo que está más que feliz de rebotar en mi polla por el resto de la noche. Creo que aceptaré su oferta. Que tengas buena noche, Delilah. Espero que disfrutes del club.

Me doy la vuelta y me alejo a grandes zancadas, molesto por haber dejado que me afectara. Si quiere confiar en Paul, es su decisión.

Vuelvo a la sección VIP y me dejo caer en mi asiento. Roman desapareció en alguna parte, probablemente de vuelta a la oficina. Tate tiene a su pareja de baile apretada contra una pared. Me recuerda demasiado a cómo acabo de tener a Delilah.

Una mesera me trae otro vaso de whisky, lo tomo y me bebo la mitad de un trago, saboreando el ardor en mi garganta. Crystal aparece a mi lado y se arroja sobre mi regazo, apretándome la polla aún medio dura.

—Mmm —ronronea—. Parece que estás listo para llevarme a tu casa.

Recorro con la mirada los pechos que se desbordan de su vestido e imagino que bajo la tela para chuparle los pezones mientras me cabalga. Ya había pensado en llevarla al hotel. La imagen que estoy pintando en mi mente debería cerrar el trato.

La imagen que tengo en la cabeza se transforma de rubia a cabello oscuro, de ojos verdes azulados, y es Delilah cabalgándome. Delilah

echa la cabeza hacia atrás y jadea mi nombre mientras me aprieta la polla y me saca el orgasmo.

Mi erección medio dura, que permaneció inmóvil durante los giros de Crystal y mis pensamientos de follármela, se hincha y se sacude bajo su trasero.

Crystal gira las caderas, pensando que es por ella, pero cualquier interés que tuviera en acostarme con ella, si es que alguna vez lo tuve, ha muerto. El deseo de revivir mi noche con Delilah se ha apoderado de mis pensamientos, pero ella está fuera de mis límites. Sin mencionar que me odia. Tal vez solo necesito tener buen sexo para restablecer mi cerebro, recordarme que el sexo es sexo, y se siente condenadamente fantástico sin importar con qué mujer sea.

Vuelvo a posar los ojos en las curvas de Crystal y le acaricio uno de los pechos, apretando los dedos y haciéndola gemir. Es un sonido digno de una estrella porno, y apenas hice nada. Me irrita, sobre todo cuando mi memoria se burla de mí reproduciendo los jadeos y gemidos de Delilah cuando la follé por primera vez.

Suelto la mano y vuelvo a tomar mi bebida, mi atención se centra en Tate mientras conduce a la mujer hacia los baños privados VIP.

Me bebo el resto del whisky y me quito a Crystal de encima, ignorando su ceño confundido.

—Esta noche no.

Frunce el ceño solo una fracción de segundo antes de que una sonrisa falsa se fije en su lugar.

—En otra ocasión, entonces.

Se aleja y dejo caer la cabeza contra el asiento. Mierda, parece que esta noche me voy a casa solo.

14

Delilah

Busco a Alex entre la multitud y cuando la veo en la barra, me apresuro a acercarme.

—Oye, ¿te importa si nos vamos?

Sus cejas se fruncen.

—¿Estás bien? —Explora los alrededores—. ¿Él hizo algo...?

Las cosas se desdibujan un poco mientras sacudo la cabeza. Tal vez bebí más de lo que pensaba esta noche. En cualquier caso, tengo la cabeza hecha un desastre después de lo que acaba de pasar con Cole.

¿Qué acababa de pasar con Cole?

No sé, pero se me quitó todo el alboroto que sentía, y saber que está arriba en la sección VIP, listo para follarse a la modelo de la que estaba hablando, hace que quiera irme lo más lejos posible. No es que quiera ser yo con quien se acueste. Tengo novio, después de todo. Simplemente no quiero tener la imagen de ellos dos juntos en mi cabeza.

—Ni me siento a gusto. ¿Te importa?

—Por supuesto que no. Vámonos de aquí.

Nos dirigimos hacia la puerta y me niego a mirar hacia el segundo piso. Después de abrirnos paso entre la multitud que entra en el club, Alex pide un auto. Unos minutos más tarde, después de contarle todo lo que pasó con Cole, nos vamos a casa.

Debería sentirme aliviada, pero las palabras de Cole no paran de darme vueltas en la cabeza. ¿Por qué diría esas cosas sobre Paul?

¿Intentaba meterse conmigo? La idea de que pueda saber algo que yo ignoro me produce náuseas.

Por mucho que odie darle crédito a sus palabras, no puedo evitar que la sospecha se apodere de mí.

Me dirijo a Alex.

—¿Te importa si paramos en casa de Paul solo un minuto?

Me estudia con sus ojos oscuros y asiente.

—Claro.

Le doy al conductor la nueva dirección y me desplomo en el asiento. Estoy segura de que Cole no dice más que mierdas. Paul parecía realmente cansado cuando llamó desde su oficina y me dijo que no saldría esta noche. Seguro que no me engañaría, no después de volver a estar juntos.

Estoy muy nerviosa cuando llegamos al edificio de Paul. Después de asegurarle a Alex que solo tardaré un par de minutos, salgo del auto y uso la llave que me dio para entrar en lugar de llamar al timbre.

Subo corriendo el único tramo de escaleras con el pulso latiéndome en los oídos. No sé cómo explicarme cuando irrumpa en su casa sin avisar. De hecho, teniendo en cuenta lo tarde que es, probablemente ya esté durmiendo. Me tranquilizo con ese pensamiento mientras giro la llave silenciosamente en la cerradura y abro la puerta.

Las luces de la sala están encendidas, pero no hay nadie. Camino de puntillas por la habitación y el corazón se me para al ver dos copas de vino sobre la mesa.

Se me hace un nudo en el estómago sabiendo ya lo que voy a ver, pero sin poder contenerme me dirijo al dormitorio. Los sonidos que emanan de la puerta ligeramente entreabierta me oprimen el pecho. Quiero llorar. Quiero correr. Quiero gritarle, pero primero necesito saber con quién está.

Respirando hondo para contener las lágrimas, agarro la puerta y la abro.

Están de espaldas a mí en la cama, Philippa desnuda sobre sus manos y rodillas y Paul detrás de ella, con las caderas golpeando rítmicamente su trasero. Ella gime y jadea como si su polla fuera lo mejor que ha tenido dentro de ella. Todo lo que puedo pensar es que obviamente nunca ha tenido la polla de Cole dentro de ella.

Ese pensamiento es suficiente para contener las lágrimas que me escuecen los ojos. Endurezco la columna vertebral y resisto el impulso de arrojar las llaves a la nuca de Paul. No voy a perder más tiempo ni energía con él y, desde luego, no voy a darle a Philippa la satisfacción de montar una escena mientras me observa con una sonrisa de suficiencia. Por lo que a mí respecta, los dos se merecen el uno al otro.

Vuelvo a la sala. Miro a mi alrededor y veo su mesa de centro de mármol blanco. En ella están las dos copas de vino. También hay un pequeño bolso escondido en una esquina del sofá. Lo tomo, lo reviso y encuentro lo que busco: un tubo de labial. Lo destapo y escribo un gran Vete a la mierda rojo sobre la mesa, lo que me produce más satisfacción de la que esperaba. Luego tomo la llave de su apartamento, la dejo entre las dos copas, tomo mi bonita chaqueta de cuero que dejé aquí la última vez que me quedé a dormir y salgo.

No me callo cuando cierro la puerta principal tras de mí. Aunque la oiga, ya me habré ido cuando se dé cuenta de lo que pasó. Solo cuando llego al vestíbulo empiezan a temblarme las manos.

Vuelvo corriendo al auto y me deslizo junto a Alex, intentando calmar mi pulso acelerado.

—¿Qué pasa? —pregunta, rodeándome automáticamente con los brazos mientras el conductor avanza y se aleja de la acera.

—Paul estaba ahí con Philippa. Se la estaba follando. —El dolor empieza a atravesar mi capa de ira.

—Ese puto idiota —gime Alex, con la voz chorreando veneno—. Déjame volver ahí y arrancarle las pelotas del cuerpo.

Suelto una risa vacilante.

—Él no vale la pena, es un pedazo de mierda. No puedo creer que no lo viera, incluso le di una segunda oportunidad. Me siento como una tonta.

Me aparta unos mechones de cabello de la mejilla.

—Confiabas en él.

Asiento con la cabeza y ella me pasa la mano por la espalda.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué dijo él?

—No me vieron. Se la estaba follando de perrito, de espaldas a mí. —Me sube la bilis a la garganta al pensar en las noches que dormí en esa cama. ¿Cuántas veces se la folló ahí?

—¿Así que no sabe que lo sabes?

—Dejé un mensaje bastante claro.

Le cuento lo que hice y ella sacude la cabeza y se ríe.

—Tienes más moderación que yo. Yo le habría tirado algo a la nuca.

—Créeme, lo consideré. —Una nueva emoción se une a la ira y el dolor. La humillación. Cole lo sabía, o al menos lo sospechaba. Lo que significa que vio cosas que yo no. ¿Cuántas otras personas lo saben? ¿Todo el equipo? ¿Soy el hazmerreír de la oficina?

El auto nos deja y me dirijo a la puerta. Intento meter la llave en la cerradura a tientas, así que Alex me la quita con cuidado y abre.

Dejo caer mi bolso sobre la mesa.

—Voy a darme una ducha.

—Lo siento, Dee. De verdad lo siento. —Alex me da un largo abrazo.

Dejo escapar un suspiro entrecortado.

—Nunca te gustó.

—Porque no creía que fuera lo bastante bueno para ti —me dice apartándome el cabello del rostro.

Asiento con la cabeza, odiando que las lágrimas sigan quemándome el fondo de los ojos cada vez que pienso en lo que vi. También odio que mi

mente siga pensando en Cole y en el hecho de que él lo sabía. Que prácticamente me lo explicara y yo le dijera que no sabía de qué estaba hablando.

Enciendo la ducha todo lo caliente que puedo y dejo que caiga sobre mí. Paul no llamó, lo que significa que aún no vio mi mensaje o que sí lo vio y es demasiado gallina para hablar conmigo.

Una repentina oleada de náuseas me golpea. ¿Cómo demonios voy a enfrentarme a él y a Philippa el lunes con la imagen de lo que vi rondando por mi cabeza? ¿Cómo puedo entrar en nuestra reunión semanal y mirar a Cole a los ojos?

¿Y por qué sigo pensando en Cole?

Cierro la ducha y me pongo la pijama. Acabo de salir del cuarto de baño cuando suena el timbre de la puerta. El aire evacua mis pulmones y me quedo helada.

—Dee, es él —dice Alex—. ¿Qué debo hacer? Si quieres, puedo bajar y darle una paliza.

Por muy tentador que sea acurrucarme en el sofá y dejar que ella lo destroce -algo que el brillo de sus ojos me dice que disfrutaría demasiado-, es algo que tengo que hacer yo misma.

Camino a través de la sala y tomo el intercomunicador. No digo nada. Me habrá oído descolgar y sabrá que alguien está escuchando.

—¿Delilah? ¿Eres tú?

—Sí. —Es todo lo que le doy.

—Delilah, bebé, por favor, déjame subir para que podamos hablar.

Mi mano se tensa alrededor del auricular.

—No, gracias. Preferiría que no volvieras a poner un pie en este apartamento.

—Bueno, ¿puedes venir aquí? Realmente necesito hablar contigo.

—No voy a bajar. Si tienes algo que decir, puedes decirlo así.

Suelta un fuerte suspiro.

—Lo siento mucho, bebé. No sé lo que viste, pero tienes que saber que me importas mucho. Nunca querría hacerte daño. Lo que pasó esta noche fue un error de juicio. Eso fue todo, y si me perdonas, te prometo que no volverá a ocurrir. Solo... solo baja para que pueda verte.

La ira es una piedra dura en mi pecho.

—No puedes hablar en serio. ¿Un error de juicio? Te vi follándotela, Paul, y no a una mujer cualquiera, a alguien con quien tengo que trabajar. ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Bebé, por favor...

—No me llames bebé. Ya no tienes derecho. Además nunca me gustó.

—Delilah...

—¿Sabes qué? Ya escuché suficiente. Me faltaste al respeto de la forma más vil posible y no tengo nada más que decirte. En el trabajo te agradeceré que limites nuestras interacciones solo a las necesarias para completar este proyecto, y dile a Philippa que se mantenga alejada de mí.

Cuelgo y Alex me rodea inmediatamente con los brazos y me abraza mientras las lágrimas que estuve conteniendo se derraman, más por la rabia y la humillación que por el dolor.

—Estarás bien. Ahora duele, lo sé, pero lo superarás y encontrarás a alguien mucho mejor. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza, mientras las lágrimas siguen cayendo por mi rostro.

Me tomaré este momento para llorar y dejar salir todo mi dolor, decepción y rabia, y luego, el lunes, iré a trabajar con la cabeza bien alta.

Reviso la hora en la pantalla de mi ordenador, luego respiro hondo, tomo el teléfono y marco a la línea de Cole.

—Oficina de Cole King —responde Samson.

—Hola, soy Delilah West del equipo de arquitectura. Me preguntaba si podría tener una reunión rápida con el señor King en algún momento de hoy.

—Espera un momento. —El débil chasquido de teclas se abre paso a través de la línea—. Tiene quince minutos disponibles esta tarde a la una. ¿Te parece bien?

—Sí, está bien. Gracias.

Bajo el receptor y aprieto los puños. No quiero hacerlo. De verdad que no, pero lo haré.

Esta mañana hice lo que me prometí a mí misma. Entré en la oficina con la cabeza alta, aunque tenía un nudo en el estómago. Paul me esperaba junto a la mesa y la rabia que me invadió al verle la cara me dejó sin aliento.

—Delilah... —empezó, acercándose a mí.

Me eché hacia atrás.

—No me toques.

Bajó la mano, pero siguió hablando. Repitiendo las mismas cosas que me dijo el viernes por la noche.

Y le di exactamente la misma respuesta.

Al final, dándose cuenta de que no iba a cambiar de opinión, suspiró pesadamente y se fue.

Me hundí en mi asiento, temblando, e intenté olvidarme de él concentrándome en mi trabajo, pero no dejaba de recordar la noche del viernes en el club. Seguía recordando a Cole inclinándose hacia mí, hablándome de Paul, y lo que dijo de él después.

Fue entonces cuando tomé el teléfono y concerté la cita para verlo.

Y por eso estoy sentada afuera de su oficina ahora, con el pulso acelerado.

—Puedes entrar —dice Samson.

Respiro hondo, me levanto, me aliso la falda y llamo a la puerta.

—Adelante.

Entro y cierro la pesada puerta de madera tras de mí. Cole está sentado en su escritorio, recostado en la silla. Trago saliva, observando la anchura de sus hombros dentro de su saco impecablemente confeccionado. Sus gélidos ojos azules se clavan en mí y un pequeño escalofrío me recorre la espalda.

—No esperaba verte hoy, señorita West. ¿A qué debo este placer?

Me acerco unos pasos y cierro las manos delante de mí.

—Quiero disculparme, y... —Inspiro un suspiro tembloroso—. Darte las gracias.

Sus oscuras cejas se arquean y se inclina hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio.

—¿Por qué?

—Tenías razón sobre Paul.

Me mira por un momento, luego se levanta y camina hacia la parte delantera de su escritorio.

—¿Y en qué tenía razón?

Respiro hondo y me tranquilizo.

—Después de salir del club el viernes por la noche, pasé por su apartamento. No estaba solo. —No hay necesidad de decir más.

Algo parpadea en su rostro.

—No puedo decir que me sorprenda, pero lo siento.

Me chupo el labio inferior entre los dientes y asiento con la cabeza. Con su expresión ilegible, es difícil saber hasta qué punto es sincero.

Avanza y se detiene cuando está lo bastante cerca como para inclinarme la barbilla. Tiene una leve línea entre las cejas.

—¿Estás bien?

Mi boca se abre, pero no sale nada. No sé cómo responder a esa pregunta. Estoy dolida, molesta y humillada, pero no quiero hablar de eso con Cole.

—Estoy bien.

Me mira a la cara y luego vuelve bruscamente a su mesa, la cruza y pulsa el intercomunicador.

—¿Sí, señor? —Samson responde.

—Por favor, llama a Paul del equipo Elite y pídele que venga a mi oficina inmediatamente.

—Por supuesto, señor King.

Mis ojos se abren de par en par mientras lo observo. ¿Por qué hace entrar a Paul?

—Y Samson —continúa—, no me avises cuando llegue. Yo te avisaré cuando esté listo para él.

—Sí, señor.

—¿Por qué quieres hablar con Paul? —le pregunto en cuanto cuelga.

Cole me mira fijamente.

—Está causando problemas en mi equipo.

Sacudo la cabeza.

—Esto es un asunto personal. No vine aquí para que lo arregles por mí.

—No estoy arreglando nada.

Frunzo el ceño.

—Ya te lo dije, no me gusta que la gente se meta en mis proyectos, y si Paul se está metiendo contigo, se está metiendo en mi proyecto.

Mis hombros se hunden un poco. Por supuesto que su preocupación es por el proyecto, no por mí. No sé por qué imaginé otra cosa.

Se acerca de nuevo.

—Sabes que te mereces un hombre mejor que él —dice.

Enderezo los hombros y levanto la barbilla.

—Lo sé.

—A la larga, nunca habrías sido feliz con él.

—Lo sé. —Esta vez sale un poco más bajo y tembloroso mientras lo miro fijamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Da un paso más y ahora tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con su mirada. Sus ojos me recorren el rostro y el aroma amaderado y masculino de su loción me transporta a la noche que pasamos juntos. Es peligroso evocar ese recuerdo en este momento.

Me lamo los labios y él se concentra en ellos. Recuerdo lo que sentí al tener su boca en la mía. Recuerdo sus manos contra mi piel, sus dedos dentro de mí, y mi cuerpo palpita de repentina necesidad.

Cole me agarra la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Nunca habrías estado satisfecha con él.

No digo nada, congelada mientras lo miro fijamente. El calor que desprende su cuerpo me calienta.

Su pulgar se arrastra sobre mi labio inferior.

—¿Hizo que te corrieras como yo, Delilah? —El tono áspero de su voz hace que se me ericen los pezones.

No contesto.

—¿Gritaste por él, le rogaste que te llenara una y otra vez? ¿Te retorciste y gemiste por él?

Las imágenes son demasiado vívidas, me afectan demasiado. No puedo dejar que me afecte. No puedo caer bajo su hechizo. No terminará bien para mí.

Pero dudo, aunque sé que es una mala idea, porque huele tan bien y recuerdo lo increíble que me hizo sentir.

Él percibe mi debilidad y una sonrisa curva sus labios seductores.

Luego da un paso más.

15

Cole

La apoyo contra la puerta, me abalanzo sobre ella y le pongo las manos a ambos lados de la cabeza.

Ella ladea su rostro hacia el mío, con los ojos brillantes.

—¿Qué quieres, Cole?

—Sabes lo que quiero.

Exhala temblorosamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres eso de mí? Tienes mujeres para elegir. ¿Por qué arriesgar nuestra relación profesional por esto?

Bajo la cabeza, mi nariz roza su mejilla hasta llegar a su oreja.

—Porque quiero probarte otra vez. Quiero ver si te correrás tan dulcemente para mí ahora como lo hiciste entonces.

Su respiración se entrecorta y me giro para que mis labios rocen la suave piel de su mejilla.

—Piénsalo. Paul estará aquí arriba, justo al otro lado de esta puerta. Estará sentado ahí afuera esperándome pacientemente mientras hago que te corras. Si eso no es venganza, no sé lo que es.

—No voy a tener sexo contigo en tu oficina. —Hay mucha menos convicción en esa declaración de lo que ella probablemente piensa.

Mis labios descienden hasta posarse sobre los suyos.

—No te estoy ofreciendo tener sexo en mi oficina.

—¿Entonces qué...

—No voy a follarte, pero voy a hacerte sentir bien. Solo tienes que confiar en mí y callarte como la buena chica que me demostraste que eres la noche que nos conocimos. ¿Puedes hacerlo?

Estoy casi seguro de que me rechazará, pero contengo la respiración mientras espero.

Pasan unos segundos antes de que ella diga:

—Puedo hacerlo.

Mierda, sí.

Estoy siendo imprudente. Lo sé, pero no me importa. En este momento, no pienso en nada más que en Delilah y en hacer que se corra. No estoy pensando en mi papá y lo que hizo. No estoy pensando en los inversionistas dudando de lo que mis hermanos y yo podemos lograr.

Ella es lo único que tengo en mente.

Bajo una mano y la deslizo por su muslo, enganchando el dobladillo de su falda y arrastrándolo hasta su trasero. Me retiro y observo su rostro mientras rozo sus bragas con mis dedos. Sus labios se entreabren y sus ojos se vuelven vidriosos. Mi pulgar encuentra un punto húmedo y, cuando lo presiono, sus caderas se estremecen y un gemido susurrado sale de sus labios. El triunfo se apodera de mí. Está mojada. Ella está en mi oficina con las bragas mojadas.

La necesidad de sacar mi polla y hundirme en ella es tan fuerte que me late el pulso, pero eso no puede ocurrir. Esto es todo lo que me permito. Una probada momentánea más de ella.

Paso la mano por debajo de la sedosa tela y rozo con los nudillos la suave piel de su coño.

—Cole —respira, y yo le muestro los dientes con una sonrisa que probablemente parezca más que un poco salvaje.

Presiono más profundamente, me deslizo en su calor resbaladizo y se me seca la boca al anticipar la sustitución de mis dedos por mi boca. El

aleteo en la base del cuello de Delilah me roba la mirada. Quiero presionar mis labios contra ella, rasparle la garganta con los dientes, chuparle la delicada piel hasta dejarle una marca, de modo que cuando vuelva a salir Paul sepa exactamente lo que pasó aquí dentro.

Pero no lo haré porque no tiene sentido. Me importa una mierda Paul y sus meteduras de pata, salvo que me permite hacer esto otra vez. No tengo ni puta idea de dónde viene el deseo de marcarla.

Froto mi pulgar contra su clítoris y deslizo el dedo hasta el fondo antes de sacarlo y repetir el proceso.

Ella gime y yo casi gimo también. Había olvidado lo apretada que está, su cuerpo se envuelve cómodamente alrededor de mis dedos que la penetran.

Sus caderas empiezan a moverse al ritmo de mi mano. Tiene los párpados semi cerrados y los labios entreabiertos mientras me observa.

—Más, Cole. Por favor.

Si cree que follarla con los dedos hasta el orgasmo es mi objetivo, se equivoca. Suelta un gritito cuando saco la mano de sus bragas y sus ojos se abren de par en par para mirarme. Un destello de duda cruza su rostro, como si pensara que terminé con ella. Como si pensara que le prometí que la haré sentir bien y luego la dejaré colgada.

Tiene mucho que aprender sobre mí.

Me arrodillo, mis dedos se enganchan en su ropa interior y la jalan hacia abajo.

Su grito ahogado me hace saber que no se lo esperaba.

—Fuera —le digo dándole un golpecito en el tobillo, y ella levanta cada pie a su vez, quitándose las bragas. Me las meto en el bolsillo—. Levántate la falda.

Tiene los ojos dilatados y las mejillas sonrojadas, pero hace lo que le ordeno, se recoge la falda, mueve las caderas para que la ajustada tela le suba por el trasero y luego se la agarra a la cintura.

Ya está resplandeciente de deseo, y la lujuria late con fuerza en mi sangre. Mi polla se tensa contra la bragueta.

Pero tendrá que esperar.

La separo con los pulgares y se me hace agua la boca al ver lo mojada que está. Luego me inclino hacia adelante y le paso la lengua desde la entrada hasta el clítoris de un tirón. Su sabor me hace cerrar los ojos. Es jodidamente deliciosa, como el mejor vino. ¿Cómo pude tenerla en este edificio durante el último mes y no haber hecho esto antes?

Entonces me acuerdo.

Paul.

Fue él quien la ha saboreado, haciéndola gemir y temblar. La idea me hace un nudo en los hombros, pero ya no. El idiota la cagó, y ahora soy yo el que tiene mi boca entre sus piernas.

Alterno la succión y los golpecitos en su clítoris, y luego vuelvo a meterle un dedo. Respira con rapidez, pero hasta ahora se ha mantenido callada. Eso cambia cuando le meto otro dedo. Su cabeza cae contra la puerta. No suena, porque es una puta puerta sólida, pero hace un ruido sordo.

Le rozo el clítoris con los dientes y la miro.

—Silencio, señorita West, a menos que quieras que toda la oficina se entere de que estabas aquí con mi lengua en tu coño.

—Cole —jadea, me agarra el cabello con las manos y yo vuelvo a lamerla y a penetrarla. Sé que está cerca cuando sus caderas empiezan a sacudirse contra mí—. Dios, Cole. Voy a correrme.

Antes de que pueda, cambio de posición, y mi pulgar se dirige a su clítoris, rodando sobre ese hinchado manojo de nervios a un ritmo rápido mientras mi lengua se clava en ella.

Delilah respira agitadamente y la doble estimulación es excesiva. Me aprieta el cabello con las manos, su pelvis se sacude hacia adelante, rechinando contra mi cara, y entonces se corre. Emite pequeños gemidos jadeantes mientras sus músculos internos sufren espasmos a mi

alrededor, y yo gimo contra su piel resbaladiza mientras saboreo la excitación que desprende.

Cuando se echa hacia atrás, le paso la lengua por última vez y me pongo de pie. Me llevo a la boca todos los dedos que tenía dentro y los lamo, luego me froto la mano por los labios y la barbilla. No me la estoy quitando de encima, me la estoy metiendo dentro. Cuando me inclino hacia adelante, mi boca se cierne sobre la suya, sus ojos se abren de par en par, probablemente pensando que voy a besarla, pero no lo hago. Porque no se trata de eso.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

En lugar de eso, deslizo mi lengua por sus labios y gimo cuando la suya se lanza a seguir el rastro de la mía.

—Ahora, cuando pases junto a Paul, tendrás nuestro sabor en los labios —gruño.

Me enderezo y me alejo de ella. Es un espectáculo glorioso. Las mejillas sonrojadas, los ojos ligeramente vidriosos, la falda aún sujeta a la cintura. Quiero inclinarla sobre mi escritorio y follármela, pero cierro los ojos y respiro hondo para contener las ganas.

—¿Me devuelves mis bragas? —pregunta.

—No.

Me mira fijamente, pero en lugar de discutir, se baja la falda por los muslos, alisando las arrugas. Luego se acomoda un poco el cabello, evitando mis ojos.

Aunque no dejaré que se salga con la suya.

—Parece que estamos haciendo un hábito de la venganza.

Su mirada se cruza con la mía y no estoy seguro de lo que veo en ella. Más vale que no sea arrepentimiento.

—No volverá a ocurrir —dice—. Ya no quiero tener nada que ver con Paul. No fuera del trabajo, al menos.

Asiento con la cabeza, satisfecho de oír que Paul está fuera. Menos satisfecho de que diga que será la última vez que la toque. Habiéndola

probado de nuevo, no estoy seguro de ser feliz hasta que me la haya follado otra vez para sacarla completamente de mi sistema, pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Termina de arreglarse y, en lugar de quedarme y hacerle saber que no estoy del todo de acuerdo con su declaración, vuelvo a mi mesa.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—¿No vas a... limpiarte? —Me mira la boca y luego la mano.

Sonrío.

—Cuando Paul entre, quiero que la mano que estreche esté cubierta de ti.

Se queda boquiabierta y sus mejillas enrojecen aún más, pero algo brilla en sus ojos y me pregunto si mi gatita no tendrá un lado más vengativo después de todo. En lugar de protestar, hace rodar el labio inferior entre los dientes y asiente.

Antes de lo que espero, se da la vuelta, abre la puerta y sale. Aunque me encantaría verla pasar junto a Paul sin bragas, con el rostro aún enrojecido por el orgasmo, yo no hago las cosas así.

En lugar de eso, espero unos minutos y pulso el intercomunicador, pidiéndole a Samson que haga pasar a Paul.

Cuando entra por la puerta, lo estoy esperando con la mano extendida.

Disimulo una sonrisa de satisfacción mientras la sacude.

—Siéntate, Paul.

Señalo la silla que hay frente a mi escritorio. Después de que él se sienta, lo rodeo para tomar asiento. Antes de decir lo que tengo que decir, me lamo los labios y cierro los ojos un segundo para saborear a Delilah. No me importa si eso me convierte en un idiota. Después de todo, hace falta ser uno para conocer uno, y yo sabía que Paul era un idiota desde el momento en que lo conocí.

Mi silencio debe de poner nervioso a Paul, porque se remueve en la silla y juega con la corbata. Luego se aclara la garganta.

—No sé muy bien por qué me llamaste hoy, Cole... —Mis cejas levantadas hacen que se atragante—. Quiero decir, señor King. Si quiere que lo ponga al día sobre el proyecto, no tengo nada preparado.

—No estoy buscando una actualización tuya. Delilah me dio todo lo que quería.

Si él supiera.

Un destello de ira cruza su rostro al mencionar a su ex novia. Casi vuelvo a lamerme los labios, pero me contengo.

—Te convoqué porque me hicieron saber algo que creo que hay que abordar.

Paul parece un poco confundido.

—Si usted tiene preocupaciones con uno de mi equipo…

—No uno de tu equipo. Tú.

La sorpresa le tuerce el rostro, pero la borra rápidamente.

—¿Yo?

—Sí. Llegó a mi conocimiento que has estado teniendo una relación personal con dos miembros de tu equipo. Al mismo tiempo.

Aprieta los labios y vuelve a ajustar su posición.

—No estoy seguro de lo que Delilah le dijo...

—Delilah no fue la fuente de mi información.

Su ceño se frunce como si no pudiera imaginar otra forma de que me enterara.

—Uh, okey. Bueno, quien quiera que haya pasado esta información, ese no es el caso.

Entrecierro la mirada y me reclino en la silla. Espero que Paul se dé cuenta de que en este momento está en terreno muy inestable.

—¿No es así?

Por el destello de pánico en sus ojos, sí.

—Sí, bueno. Actualmente no. No sé si lo sabe o no, pero yo terminé... Quiero decir, mi relación con la señorita West terminó. —La ira arde en mis entrañas. Iba a decir que él terminó su relación con Delilah, pero obviamente cambió de opinión cuando recordó que acababa de reunirme con ella.

—Puede ser, pero durante su tiempo con la señorita West, también estaba viendo a la señorita Grant, ¿correcto?

—No estoy seguro de que esto sea asunto suyo —dice.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas, Paul. Mi empresa está invirtiendo mucho dinero en este proyecto, y elegimos tu empresa basándonos en tus diseños y en el entendimiento de que tú y tu equipo se comportarían de forma profesional. Que mi jefe de proyecto tenga una aventura no con una, sino con dos de las miembros de su equipo es una situación que podría provocar fácilmente un trastorno emocional importante y, por tanto, afectar al buen funcionamiento del equipo. Eso es cien por ciento asunto mío.

Paul se queda blanco.

—Sí, entiendo lo que quiere decir. Bueno, la situación ya se resolvió, y puedo prometerle que nada parecido volverá a ocurrir.

—Espero que no. Porque si me entero de que actúas de forma poco profesional mientras estás contratado por King Group, me veré obligado a reevaluar tu posición en el equipo que se encarga de nuestro proyecto.

Una parte de mí quiere hacerlo de todos modos para enseñarle una lección sobre joder con Delilah, pero mi lado más lógico se da cuenta de que dejar que las emociones influyan en mis decisiones de negocios es ridículo. Aparte de sus malas decisiones con respecto a Delilah y Philippa, es un gerente de proyecto decente. Hay algo que puedo hacer que no tendrá un gran impacto en el proyecto, sin embargo.

Me inclino hacia adelante.

—Espero que organices un enlace de reemplazo para la señorita Grant inmediatamente.

Paul tartamudea.

—Pero Elite la asignó a este puesto. Yo no puedo...

—Sí que puedes. Porque si no lo arreglas tú, lo haré yo, y no creo que quieras que tus socios principales reciban una llamada mía. No me importa lo que les digas para conseguir que se haga el cambio, pero si me toca a mí hacerlo, les diré exactamente cuál es el problema. Te garantizo que eso no acabará bien ni para ti ni para la señorita Grant.

El trago de Paul es casi audible.

—Entiendo, señor King. Lo organizaré inmediatamente, y tiene mi promesa de que no haré nada que ponga en peligro el proyecto.

Le dirijo una mirada de evaluación y no puedo resistir pasarme el dedo por el labio inferior como si estuviera considerando sus palabras. En realidad, solo disfruto sabiendo que no tiene ni idea de que ese dedo estuvo hace poco enterrado en el coño de Delilah.

Ya tuve suficiente. Lo quiero fuera de mi oficina. No solo porque ya no tengo interés en hablar con él, sino porque necesito ocuparme de la palpitación dentro de mis pantalones.

Asiento con la cabeza como si hubiera tomado una decisión.

—Asegúrate de no hacerlo.

El alivio baja sus hombros de alrededor de sus orejas, y solo cuando lo miro fijamente en silencio durante unos segundos más se da cuenta de que fue despedido. Se apresura a levantarse.

—Gracias, señor King.

En cuanto se va, me levanto de la silla y me dirijo al baño. Otra vez. Esto se está volviendo ridículo. De alguna manera tengo que sacármela de la cabeza para poder concentrarme en los negocios. Esta empresa es lo único que nos une a mis hermanos y a mí, y no puedo dejar que una pequeña arquitecta, por muy tentadora que sea, me distraiga de ella.

Sin molestarme en cerrar la puerta detrás de mí, me desabrocho la bragueta y tengo la polla en la mano en cuestión de segundos.

Solo tengo que averiguar cómo demonios hacerlo.

16

Delilah

Por más de una razón, no puedo mirar a Paul cuando paso a su lado. Lo que acabo de hacer se repite una y otra vez en mi mente. Lo que dejé que Cole me hiciera. En su oficina. En el edificio donde trabajo. Con Paul sentado afuera.

¿Qué demonios me pasó?

Esta no soy yo. Soy la chica que baja la cabeza, trabaja duro y consigue lo que se propone. No soy la chica que deja que su jefe se le insinúe en su oficina. ¿Qué tiene Cole que me hace actuar tan fuera de lugar?

Vuelvo a mi mesa temblando. Si antes pensaba que no podía concentrarme, no es nada comparado con lo dispersa que estoy ahora.

Cada vez que pasa alguien, me sobresalto, imaginando que es Paul y que se enteró de alguna manera de lo que hice. No es que sea asunto suyo. Como no es propio de mí, tengo la sensación de que en cualquier momento alguien me señalará con el dedo y me acusará de conducta inapropiada.

Pero Paul no viene, y tampoco Cole. Aunque, ¿por qué lo haría? Está jugando conmigo. Con Paul. No sé por qué. ¿Tal vez está aburrido?

Lo único que sé es que este trabajo es importante para mí y que estoy en un terreno muy inestable en este momento.

Me obligo a concentrarme en mi modelo CAD y consigo llegar al final del día. Veo a Paul por la oficina, pero por suerte no se me acerca. No vi a Philippa en absoluto, lo cual no es raro, ya que solo viene a veces. En cualquier caso es un alivio. Cuando dan las cinco, cierro la sesión, tomo mi bolso y salgo.

Después de llegar a casa, me meto en la ducha y espero a que el agua caliente relaje mis músculos. Por mucho que lo intento, no puedo dejar de pensar en lo ocurrido en la oficina de Cole. Mis pezones se tensan, mi piel se sensibiliza y gimo. ¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza? Sí, el sexo que tuve con él fue mucho mejor que todo lo que tuve con Paul después, y en su oficina esta tarde..... bueno, eso fue más allá de cualquier cosa que cualquier hombre me haya hecho.

Pero sigue siendo un idiota arrogante y despiadado, aunque sepa cómo hacer cantar a mi cuerpo.

Después de secarme, me visto y me dirijo a la cocina para preparar la cena. Ceno, lavo y estoy sentada en el sofá con el portátil cuando una llave gira en la cerradura y entra Alex.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta, acercándose, inclinándose y dándome un abrazo—. ¿Viste a Paul?

—Me estaba esperando en mi mesa cuando llegué.

Frunce el ceño.

—Qué imbécil. Nunca le interesó darte lo que necesitabas.

Le lanzo una sonrisa de agradecimiento.

—Le dije que me dejara en paz, y lo hizo.

—¿Así que eso fue lo último que viste de él?

Me muerdo el labio.

—Bueno... lo vi afuera de la oficina de Cole por la tarde.

Sus cejas se levantan.

—¿Qué estaban haciendo afuera de la oficina de Cole?

El calor recorre mis mejillas.

—¿Qué hiciste, Dee?

—Solo fui a disculparme por lo que le dije el viernes por la noche, y a darle las gracias por hablarme de Paul.

—Okey, ¿y qué pasó? Obviamente algo pasó. Si no, tu cara no estaría roja como un tomate.

Me cubro la cara con las manos.

—Me comió mientras Paul estaba afuera esperando para reunirse con él.

Bajo las manos para ver la boca abierta de Alex.

—¿Hablas en serio?

Asiento con la cabeza, sin saber si reír o llorar.

Se le dibuja una enorme sonrisa en el rostro y suelta una carcajada.

—Odio decirlo, pero me gusta el estilo del tipo. Paul se lo merece, el idiota egoísta. —Entonces se fija en mi cara—. ¿Qué te pasa? ¿No puedes decirme que te sientes mal por él?

—No. Casi me siento mal porque no me siento mal por eso.

—Bien. Espero que te hayas pavoneado frente a él al salir.

Mis labios esbozan una sonrisa, pero pronto se desvanece.

—Creo que fue lo menos profesional que hice nunca. No sé cómo voy a volver a ver a Cole.

Alex se sienta a mi lado.

—¿Quién lo sugirió?

—Él lo hizo.

Alex asiente.

—¿Crees que Cole está perdiendo el tiempo preocupándose por si actuó profesionalmente? ¿Crees que en este momento está sentado en su casa, preocupado por verte mañana?

—Probablemente no.

—No hay oportunidad en el infierno, de hecho. Probablemente el hombre se esté masturbando y planeando lo que te hará la próxima vez que te tenga en su oficina.

—No habrá una próxima vez, incluso dijo que era solo una venganza.

Alex inclina la cabeza hacia un lado y sonríe.

—Oh, mi pobre e ingenua amiga. ¿Realmente crees que Cole se te insinuó por la bondad de su corazón? ¿Porque es una especie de buen samaritano sexual?

Suelto una carcajada.

—No, querida. Ese hombre probablemente se muere por probarte otra vez desde que volviste a su vida.

—¿Quieres decir después de que dejó de creer que solo me acosté con él para ganar ventaja con nuestra propuesta?

—Bueno, sí, después de eso, pero es obvio que te desea, y si yo fuera tú, lo aprovecharía. La próxima vez que te tenga a solas, dile que quieres la comida completa, no solo el aperitivo.

—Sinceramente no creo que eso vaya a ocurrir. Tiene acceso a las mujeres más bellas de Nueva York. ¿Por qué se arriesgaría a tener una relación secreta en el trabajo conmigo?

—Dudas demasiado de ti misma, Dee, y cualquier hombre que no crea que vales el riesgo es un tonto con el que no quieres estar de todos modos. —Su voz se suaviza—. No dejes que los idiotas de este mundo influyan en tu opinión de ti misma, ¿okey?

Le sonrío agradecida, sabiendo que no se refiere solo a Paul. Unos meses después de que nos fuéramos a vivir juntas, le conté lo de mi papá: la realeza de un pueblo pequeño, cuya empresa familiar era dueña de la mayoría de los negocios del pueblo. Mamá se enamoró de él, creyendo que sentía lo mismo por ella, hasta que un preservativo defectuoso demostró lo contrario. Él se alejó, diciéndole que ella fue divertida, pero que no quería tener un hijo, y menos con alguien que estaba "viviendo en los barrios bajos". No es que mamá lo dijera así, pero no era difícil leer entre líneas.

Nos rechazó a ella *y a* mí, luego se casó con una mujer de una familia igual de rica y tuvo dos hijos -mis medio hermanos-, que dudo que sepan siquiera que existo.

No es que me importe mi papá. Después de todo, ¿por qué querría tener algo que ver con un hombre que dejaría a una chica de dieciocho años criando sola a su bebé? Al menos, eso me decía a mí misma cuando crecía, pero de vez en cuando, cuando veía lo cansada que estaba mamá y lo mucho que trabajaba para mantenerme, me preguntaba por qué él no nos había querido.

La voz de Alex me devuelve al presente.

—Supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa, pero apuesto a que Cole te llamará a su oficina mañana a primera hora para repetirlo.

Sacudo la cabeza, pero Alex se limita a sonreír y se va. Miro el plano de mi pantalla, pero ahora no estoy pensando en el trabajo. ¿Alex podría tener razón sobre Cole? Y si es así, ¿qué haré exactamente al respecto?

Al día siguiente, en mi escritorio, me tiembla el pulso con cada notificación de correo electrónico, con cada timbrazo de mi teléfono. Casi espero que me convoquen en la oficina de Cole, y no sé si lo temo o lo estoy deseando. Recibo unos cuantos correos electrónicos de Paul, incluido uno en el que me informa de que el King Group nominó nuestros proyectos para los premios H+ Architectural Design Awards, lo que, incluso con mi actual confusión emocional, me hace sentir un rápido impulso de orgullo. Su correspondencia fue totalmente impersonal y relacionada con el proyecto, así que debe de haber aceptado por fin que no me interesa nada de lo que tenga que decir.

Cuando llega el final del día y no he sabido ni visto nada de Cole, y una mezcla caótica de emociones se arremolina en mi interior. Al parecer Alex se equivocó. Debería alegrarme por eso, así que ¿por qué la decepción se asienta como un peso de plomo en mi pecho?

Esa tarde, cuando Alex vuelve de dar sus clases, me pregunta qué pasó en la oficina. Cuando le digo que nada, se le cae el rostro. Luego dice que probablemente no quiere parecer demasiado ansioso y que seguro que mañana irá a buscarme.

Pero vuelve a equivocarse.

No lo veo ni sé nada de él en toda la semana. Cuando llega la reunión del viernes, no sé si podré mirarlo a los ojos. Estoy avergonzada, molesta

y estúpidamente dolida. Dejé que las palabras de Alex me afectaran, y ahora me pregunto si es porque una parte de mí *quiere* que Cole me quiera.

Cuando entro en la sala de conferencias para la reunión, mantengo la mirada apartada del hombre sentado al final de la mesa, decidida a disimular lo mucho que me molestó su silencio. Me siento lo más lejos posible de Paul, noto la ausencia de Philippa una vez más -no vino en toda la semana, para mi alivio-, y abro mi cuaderno, fingiendo tomar notas hasta que empieza la reunión.

Mis ojos se desvían hacia él cuando por fin empieza a hablar, porque no es la voz de Cole. El hombre que se dirige a nosotros es el hermano de Cole, Tate.

—Buenas tardes a todos. Cole me pidió que dirija la reunión de hoy ya que él no puede asistir. Vamos a proceder de la misma manera que lo hace normalmente, comenzando con un resumen de sus proyectos individuales. Empezaremos contigo.... —Mira sus notas—. Robert.

Estoy distraída mientras Robert habla. ¿Dónde está Cole? Seguro que no me está evitando. No puedo imaginarme que un hombre como Cole se rebaje a evitar a una mujer, sobre todo porque probablemente no haya pensado en absoluto en lo que pasó en su oficina el lunes.

Suelto un suspiro tranquilo. Estoy pensando demasiado en esto, lo cual es señal de que nunca debí dejar que pasara. Se me está metiendo en la cabeza y me hace perder de vista mis prioridades.

Para cuando Tate llega a mí, ya me he recompuesto y le doy un informe claro y conciso. Tate asiente y sus ojos se detienen en mí más de lo conveniente. Me retuerzo interiormente bajo su mirada. ¿Es posible que sepa algo?

Finalmente continúa, y yo respiro aliviada.

Tengo que sacarme a Cole de la cabeza. Lo que pasó fue una aberración y no va a pasar nada más entre nosotros. Alex se equivocó, y me alegro de eso porque ahora puedo seguir adelante y olvidarlo.

Tras salir de la reunión, vuelvo a mi mesa y termino el plan en el que estuve trabajando. Me quedo un rato más para dar los últimos retoques y poder pasar al siguiente el lunes.

Cuando termino, ya anocheció y salgo a toda prisa de la oficina casi vacía, ansiosa por llegar a casa y desconectarme durante el fin de semana. Salgo del ascensor y me detengo en el vestíbulo. Cole y sus hermanos están de pie frente a las amplias puertas de cristal, los tres vestidos de esmoquin, obviamente preparándose para asistir a algún tipo de evento formal.

Se me forma un nudo en la garganta y mi propósito de olvidar lo ocurrido se viene abajo. Cole no hizo ningún esfuerzo por verme o hablar conmigo esta semana y hoy no fue a nuestra reunión, pero está disponible para asistir a alguna que otra fiesta con sus hermanos.

Qué tonta soy. A pesar de todas mis protestas a Alex -y a mí misma-, me convencí de que las acciones de Cole significaban algo cuando, obviamente, no era así. Por lo que sé, les mete la lengua a las mujeres a diario.

Me alejo de las puertas de cristal, esperando a que se vayan, demasiado avergonzada para salir y verlo, sobre todo con sus hermanos cerca. Llega una limusina negra y suben los tres. Cole sube al último y, al girarse, mira hacia el interior del edificio y su mirada choca con la mía.

Me estremezco, humillada de que me haya visto merodeando por aquí, obviamente observándolo. Sus ojos se clavan en mí un segundo antes de que el conductor cierre la puerta, cortando nuestra conexión.

Trago saliva mientras el gran auto negro se aleja, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas. Esta última semana fue una de las peores de mi vida. Primero Paul y Philippa, luego Cole. Solo quiero irme a casa, servirme una copa de vino -o varias-, y olvidar lo que pasó en los últimos siete días.

17

Delilah

Entro en la oficina el lunes, renovada y lista para ser productiva. Después de beber vino con Alex el viernes por la noche y salir a bailar la noche del sábado, estoy decidida a dejar atrás todo lo relacionado con Paul y Cole.

Cuando suena mi teléfono a media mañana y veo que es el asistente personal de Cole, mi pulso salta, incluso mientras mi estómago se retuerce.

—Hola —respondo.

—Buenos días, Delilah. ¿Estás disponible para una reunión con el señor King?

Se me seca la boca y necesito aclararme la garganta antes de contestar.

—Sí, claro.

—Sube, entonces.

Cuelgo y me levanto, secándome las manos sudorosas en la falda. Cuando el ascensor me deja en la última planta, le sonrío a Samson, esperando que no se me noten los nervios en el rostro.

—Te está esperando, puedes entrar. —Hace un gesto con la cabeza hacia la oficina.

Cuando llamo a la puerta y oigo su voz grave diciéndome que pase, las mariposas vuelan en mi estómago. Entro, cierro la puerta tras de mí y me alejo rápidamente de ella. No necesito que me recuerde que hace una semana me apretó contra ella. Me detengo en medio de la oficina y

entrelazo los dedos, esperando que mi rostro sea tan inexpresivo como el suyo.

—Buenos días, señorita West —dice, con sus ojos azules brillantes recorriéndome.

—¿Hay algo que quiera de mí, señor King?

Su mirada se dirige a la mía y se me corta la respiración. ¿Por qué lo dije así?

—Sí —dice, señalando con la cabeza las sillas frente a su escritorio—. Quiero que te sientes.

Dejando escapar un suspiro silencioso, tomo asiento en una de ellas.

Me sorprende preguntándome:

—¿Cómo te va después de...? ?

Parpadeo. ¿Me está preguntando cómo estoy después de haberme hecho correrme la semana pasada? Un rubor recorre mis mejillas.

Sus cejas se fruncen.

—¿Te molestó Paul?

Oh. Se refería a cómo estoy después de descubrir que mi novio me engañó. Por supuesto que no le importa cómo estoy después de tener un orgasmo en su oficina. Si le hubiera importado eso, se habría puesto en contacto antes.

—Paul fue reservado, profesional.

Cole asiente, se levanta y camina hacia mi lado del escritorio, apoyándose en él y cruzando los brazos mientras me mira. Evito que mis ojos se posen en su ancho pecho. ¿Por qué tiene que verse tan increíble con traje?

—Voy a volar a Chicago a finales de esta semana para representar al King Group en una gala benéfica de etiqueta. Tengo previsto visitar el hotel cuando esté ahí. Ya que tienes una visita programada pronto, tiene sentido que vengas conmigo, y ya que estaremos ahí juntos, me gustaría que asistieras a la gala como mi acompañante.

Lo miro fijamente. Esto no es en absoluto lo que esperaba. No tiene nada que decir sobre lo que pasó entre nosotros ni sobre ignorarme durante toda la semana que le siguió, ¿pero quiere que lo acompañe una o dos noches fuera?

—No estoy segura... quiero decir, necesito ver el sitio, pero...

Frunce el ceño.

—¿Cuál es el problema, señorita West?

Me pongo en pie, necesitando ganar algo de igualdad.

—¿Crees que es una buena idea, después de... después de la semana pasada.

Baja los brazos.

—Creo que es una muy buena idea. Por eso lo sugerí.

Trago saliva con la garganta seca.

—Si me lo pides porque crees que vamos a repetir...

Sus cejas se fruncen.

—Te lo pido porque eres la arquitecta que trabaja en esta obra y que viajes conmigo en el avión de la empresa en lugar de hacerlo por separado tiene mucho sentido desde el punto de vista logístico. Te pido que asistas a la gala porque necesito una acompañante y no quiero preocuparme de encontrar a otra persona, y como habrá mucha gente del sector, te vendrá bien asistir. —Mueve la cabeza y frunce el ceño—. ¿De verdad crees que necesito manipular a una mujer para que se acueste conmigo?

Mi mandíbula se tensa.

—No. Seguro que no.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Tienes algún problema conmigo, señorita West?

—No —respondo automáticamente, pero entonces todo lo que pasó me desborda y levanto las manos mientras todo sale a borbotones—. Excepto que quizá habría estado bien que no hubieras desaparecido de

la faz de la tierra después de hacerme correrme la semana pasada. Lo que hicimos no fue nada profesional y no tenía ni idea de qué pensar al respecto. Paul me engañó, hicimos... eso, y luego no supe nada de ti ni te vi durante el resto de la semana. Ni siquiera viniste a la reunión del equipo, y te vi... —Me corto, no quería recordarle que estuve acechando y observando cómo él y sus hermanos se preparaban para ir a algún tipo de evento—. En fin. Puede que estés acostumbrado a follarte a empleadas en tu oficina y luego olvidarte de que existen, pero yo no estoy acostumbrada a eso. Sentí...

Me mira fijamente con ojos inescrutables.

—¿Qué sentiste?

Ya es demasiado tarde para volver atrás. Una respiración temblorosa sale de mí.

—Me sentí sola.

Su mirada se clava en la mía y me estremezco interiormente por todo lo que he admitido. Sin decir una palabra, se da la vuelta y vuelve a su lado del escritorio, pero no se sienta. Se inclina hacia adelante, apoya las manos en la superficie y clava sus ojos en los míos.

—Tuve que volar a nuestra oficina de California el lunes por la noche. Estuve ahí toda la semana, apagando incendios. Volé de vuelta el viernes por la tarde, a tiempo para asistir a la fiesta de compromiso de un antiguo socio.

Me mojo los labios.

—Oh.

—Y no sabía que hacer que te corrieras iba unido a la necesidad de ponerte al corriente de mi paradero en cada momento.

Se sienta y se frota la boca y la barbilla con la mano, y recuerdo cómo hizo lo mismo después de hacerme llegar al orgasmo. El calor se acumula en mi interior y me abofeteo mentalmente.

Estoy tan fuera de mi profundidad con este hombre. Todo en mi vida se ha descarrilado desde que me acosté con él hace unas semanas.

Aunque, hay que admitirlo, lo que pasó con Paul no tuvo nada que ver con Cole.

En cualquier caso, tengo que dejar de dejarme llevar por mis emociones cuando estoy con él. Obviamente está acostumbrado a este tipo de cosas, así que darle importancia solo me hará parecer inmadura. Si él puede actuar como si nada hubiera pasado entre nosotros, entonces yo también puedo.

—No debería haber dicho nada. No volverá a ocurrir. —Mantengo la mirada fija en la suya, aunque lo único que quiero es alejarme y fingir que nada de esto pasó.

—No te preocupes. —Me mira, con los ojos oscuros—. Ahora que aclaramos eso, espero que estés lista para un viaje nocturno a Chicago. El avión sale el viernes a las ocho de la mañana y volveremos el sábado. Te recogeré.

No dice nada más, solo sigue mirándome. Me paso las palmas húmedas por la falda.

—Estaré lista. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Me dirijo a la puerta de la oficina lo más rápido que puedo manteniendo algún tipo de dignidad, pero él me detiene justo cuando estoy a punto de girar el picaporte.

—Delilah.

Lo miro por encima del hombro.

Le tiembla la mandíbula y parece incómodo por primera vez desde que lo conozco.

—Siento haberte hecho sentir sola.

Mis cejas se arquean. Dudo que esté acostumbrado a disculparse con sus empleados. No puedo evitar dedicarle una pequeña sonrisa, pero murmuro: "Gracias" y me voy.

Mientras espero el ascensor, me tranquilizo pensando que puedo superar lo que pasó entre nosotros, y me entusiasma visitar el lugar. Por

mucho que las fotografías y los modelos tridimensionales del terreno sirvan para los diseños iniciales, entenderé mucho mejor el espacio una vez que lo haya visto en persona. No me entusiasma tanto la idea de asistir a la gala, ya que no tengo ni idea de lo que me espera y no tengo nada que ponerme. Tendré que preguntarle a Alex si puede ayudarme con eso. Tenemos una talla parecida y ella tiene unos vestidos geniales. Espero que tenga algo que prestarme.

Excepto que no tengo que pedirle a Alex que me preste un vestido, porque cuando vuelvo de mi pausa para comer, hay un sobre en mi mesa. Dentro hay una nota de Cole y una tarjeta de crédito corporativa negra y plateada con su nombre. Al menos, creo que es una tarjeta corporativa. Le doy la vuelta, pero no hay nada más que el nombre de Cole. Sacudo la cabeza y me río de mí misma. Es imposible que Cole me diera su tarjeta de crédito personal, así deben de ser las tarjetas VIP de la empresa. La dejo sobre el escritorio y leo la nota.

Señorita West:

Usa esta tarjeta para comprar un vestido y zapatos para la gala del viernes por la noche, así como cualquier otra cosa que puedas necesitar. Recuerda que estarás representando al King Group, así que asegúrate de aprovechar el presupuesto ilimitado.

Cole.

Vuelvo a mirar la tarjeta. Vaya. Vaya. Este es el tipo de cosas que solo vi en las películas. Es como algo sacado de *Pretty Woman*.

Quizá debería ser más reacia a gastar el dinero de su empresa, pero teniendo en cuenta que a Cole le preocupa el aspecto que pueda tener mientras los represento, me alegro de poder gastar más de lo que podría permitirme yo misma, incluso uno de los vestidos de Alex probablemente no cumpliría sus requisitos.

Rápidamente le envío un mensaje.

Yo: *¿Hay alguna posibilidad de que salgas de compras esta semana?*

Alex: *???*

Yo: *Tengo que comprarme un vestido para asistir a una gala el viernes por la noche.*

Alex: *¿Qué? ¿Dónde? ¿Con quién?*

Yo: *A Chicago. Con Cole.*

Suena mi teléfono en la mano y miro a mi alrededor, no quiero que nadie monte un escándalo por una llamada personal en horas de trabajo, pero no hay nadie lo bastante cerca como para preocuparme, así que contesto.

—No puedes decirme que tienes que comprarte un vestido elegante para salir con Cole en Chicago y no darme todos los detalles de lo que pasó hoy entre ustedes. Lo último que oí es que ibas a fingir que no pasó nada y seguir adelante.

—Bueno, primero, no es una cita, y segundo, ese sigue siendo el plan. Voy a estar en Chicago fingiendo que no pasó nada.

—Pero, ¿qué pasó hoy? ¿Cómo te lo ha pidió? Necesito saberlo todo.

Me río.

—Te pondré al corriente esta noche. Todo lo que necesitas saber es que me convocó a una reunión esta mañana y luego dijo que quería que fuera con él el viernes.

—¿Dijo algo sobre por qué te ignoró durante la última semana?

Mis mejillas se calientan por la vergüenza recordada.

—Estuvo fuera de la ciudad. Volvió el viernes por la tarde.

—¿Le crees?

Ni siquiera se me ocurrió dudar de él.

—No creo que alguien como Cole necesite mentirle a nadie sobre su paradero. Si no quisiera tener nada que ver conmigo, estoy segura de que estaría encantado de decírmelo a la cara.

Se ríe.

—Cierto. Entonces, ¿te vas a acostar con él?

—¿Qué? —Me doy cuenta de que levanté la voz y me agacho un poco por si llamé la atención de alguien.

—Vamos. Los dos solos juntos en otra ciudad durante una noche, probablemente durmiendo en habitaciones contiguas, y ya me dijiste lo bueno que fue el sexo con él. ¿Por qué no darle otra oportunidad?

—Porque ahora las cosas son diferentes. La situación es diferente.

—No era tan diferente cuando tenía su boca entre tus piernas la semana pasada.

—¡Alex! —susurro-grito.

Se ríe entre dientes.

—Solo digo.

—Bueno, no me digas. Seré completamente profesional, y él también.

—Mm-hmm. Bueno, vayamos de compras mañana a la hora de comer y encontremos un vestido que lo haga jadear. Aunque no pienses hacer nada al respecto, es bueno saber que tienes la opción. —Ella deja escapar un gemido—. No puedo creer que esto ocurra el fin de semana que vuelo a Los Ángeles para ver a Jaxson. No estaré ahí para escuchar todos los detalles jugosos cuando vuelvas. Tienes que llamarme en cuanto llegues a casa, ¿okey?

—No voy a interrumpir tu fin de semana con Jaxson solo para decirte que no pasó nada.

Consigue que le prometa que la llamaré de todas formas y colgamos.

Me quedo sentada, mirando el plano en mi pantalla por un momento. Alex tiene razón. Quiero quedar bien con Cole, y no estoy segura de lo que eso dice de mí. A pesar de eso, no puedo permitir que pase nada

más entre nosotros. Mi carrera y mis sentimientos están en peligro, no los suyos.

Y eso es lo que necesito recordar.

18

Cole

Jonathan detiene el auto frente al edificio donde Delilah espera. Apenas tiene tiempo de recoger la maleta que tiene a los pies antes de que él salga del asiento del conductor para quitársela y abrirle la puerta trasera. Ella le sonríe y se sienta frente a mí. Me la bebo con demasiada avaricia. Lleva el cabello largo y oscuro recogido en una coleta. La blusa verde con cuello en pico que lleva realza el color de sus ojos, y los jeans le quedan como una segunda piel. Todo es muy apropiado para asistir a una futura obra de construcción, y sin embargo sigue siendo tan sexy como el infierno en ella.

Su mirada se fija en mí, probablemente también en mi ropa, ya que es la primera vez que me ve vestido de manera informal. Disimulo la sonrisa cuando se fija en mi camiseta gris entallada y mis jeans, con el labio inferior entre los dientes.

Al darse cuenta de que estuvo mirando demasiado tiempo, sus ojos se desvían hacia los míos y luego hacia la ventana, con un ligero rubor en sus mejillas.

—¿Te compraste un vestido? —Le pregunto, obligándola a volver a mirarme a los ojos.

—Sí, y gracias por darme una tarjeta para usar, se la devolví a Samson el miércoles.

Asiento con la cabeza. Samson me la devolvió inmediatamente después de que ella la dejara, con la misma curiosidad que cuando le pedí que se la llevara, pero sabe que no debe hacer preguntas. La verdad es que no tenía una buena razón para darle mi tarjeta personal, salvo

que la idea de que lleve un vestido que yo le compré, aunque ella no lo sepa, me atrae demasiado.

Pasamos el resto del trayecto al aeropuerto en silencio. Contesto a los correos electrónicos en mi teléfono, incluido uno de Roman que me hace responder de inmediato. Vuelven a circular rumores de que Berrington está pensando en retirar sus inversiones. Tendremos que reunirnos y discutir cómo manejar la situación cuando regrese a Nueva York el sábado.

Cuando termino de responder a mis correos urgentes, vuelvo a centrarme en la mujer que tengo enfrente. Delilah tiene su tablet abierta y está haciendo marcas rápidas y eficientes en la pantalla con un lápiz óptico.

La miro durante unos instantes, admirando la curva de su mejilla y la plenitud de sus labios rosados. Una visión de esos labios envolviéndome rápidamente invade mi mente, y me doy la vuelta, pasando el resto del viaje mirando por la ventanilla y pensando.

Necesito contenerme cerca de ella. Sí, quiero follármela otra vez. Estaría más que feliz de pasar cada minuto de nuestro tiempo libre en Chicago en la cama con ella, pero dije la verdad cuando dije que no la invité por esa razón. En un raro momento de conciencia, me di cuenta de que quizá no estuviera en condiciones de pasarse toda la noche follando con su jefe. Al menos no tan pronto después de la traición de Paul, y teniendo en cuenta su reacción hacia mí después de lo que pasó en mi oficina, es obvio que no se siente cómoda con la idea del sexo casual, a pesar de lo que pasó cuando nos conocimos.

Dudo que pueda acostarme con ella esta noche y luego mandarla por su camino. Respeto a Delilah como profesional y quiero explorar su cuerpo el tiempo que haga falta para sacármela de encima, pero no quiero involucrarme en nada de lo que me cueste desprenderme, y tengo la sensación de que me costaría desprenderme de ella. Quiero más tiempo con ella, aunque ya la tuve una vez, lo que significa que ha despertado mi interés más que cualquier otra mujer con la que he estado, y eso no es algo con lo que me sienta cómodo.

Incluso sabiendo todo eso, es difícil resistir el impulso de tocarla cuando está tan cerca. Enrosco los dedos alrededor del celular para no cometer ninguna estupidez.

Cuando llegamos al aeropuerto, Jonathan nos lleva al aeródromo privado, donde el avión de la empresa brilla blanco bajo el sol.

Delilah mira por la ventana y se gira hacia mí.

—Esto es una mejora de lo que estoy acostumbrada.

—No tener que volar en avión comercial es sin duda una ventaja.

Ella enarca una ceja.

—¿Has volado alguna vez en comercial?

—Solo primera clase.

—¿Quieres decir que nunca has experimentado la emoción de luchar por el espacio del equipaje de mano o de lidiar con la persona de al lado que no cree en los límites personales?

—No. Solo las alegrías de los sillones de masaje y un bar bien surtido.

No me pierdo el pequeño gesto que hace antes de darse la vuelta y dejo escapar una sonrisa. Apuesto a que no pondrá los ojos en blanco cuando vea el interior del jet.

La sigo escaleras arriba, con los ojos clavados en su trasero con esos jeans ajustados, y casi choco con ella cuando se detiene dentro de la puerta. Se gira para mirarme con la boca abierta y me echo a reír. Es impresionante: alfombra clara, cuero crema y detalles de madera.

La azafata, Marigold, se queda a un lado con una amplia sonrisa en el rostro. Se ensancha cuando su mirada se posa en mí.

—Buenos días, señor King. Me alegro de volver a verlo. —La familiaridad y sugestión de su tono hace que la mirada de Delilah rebote entre Marigold y yo.

A pesar de lo que Delilah está pensando, no me he acostado con ella. Ella me dijo que le apetece, pero no me interesa ver a una mujer con la que me acosté cada vez que tengo que volar a algún sitio. Le doy los

buenos días y la acompaño a la zona de asientos con una mano en la espalda.

Se sienta en uno de los asientos de cuero de la ventanilla y se abrocha el cinturón, haciendo todo lo posible por evitar mi mirada. Tiene pequeñas manchas brillantes en las mejillas y me pregunto si son de rabia o de vergüenza.

Estoy deseando averiguarlo.

Aunque hay varios asientos disponibles, me abrocho frente a ella. El avión es espacioso, pero nuestras piernas están a una distancia que nos permite tocarnos. Delilah me mira y luego mira por la ventanilla, y yo me froto la boca con la mano para ocultar la sonrisa.

Ahora que estamos a bordo, los motores empiezan a calentarse. Marigold aparece a mi lado y me pone la mano en el hombro.

—¿Qué le sirvo de beber, señor King?

Levanto la vista hacia ella.

—Solo un agua tónic con limón esta mañana.

Ella asiente y mira a Delilah.

—¿Algo para usted, señorita?

—Un jugo de naranja estaría bien. Gracias. —Le sonríe a Marigold, que asiente y se dirige a la cocina por nuestras bebidas. Delilah me mira y ladea la cabeza—. ¿A qué viene esa mirada?

—Eres muy educada.

Sus cejas se arquean.

—¿No lo es la mayoría de la gente?

Me encojo de hombros. No lo es la gente con la que paso el tiempo. La competencia por estar siempre en la cima -ser el más rico, el más poderoso, el más bello-, significa que pueden ser despiadados si creen que alguien está compitiendo por lo que sea que tengan o quieran. No es que Delilah parezca quererme de esa manera. Quizá esa sea la diferencia, pero no me pierdo la respiración entrecortada cuando el avión avanza bruscamente y mi pierna se aprieta contra la suya.

—¿Tienes ganas de ver el sitio? —le pregunto.

—Sí. Los modelos 3D están muy bien, pero no hay nada como estar sobre el terreno y ver cómo va a existir realmente el edificio en su entorno.

Su entusiasmo es obvio y contagioso, y su sonrisa brillante. Solo visito el sitio porque de todos modos tengo que estar en Chicago para la gala. De lo contrario, no me habría molestado. Desde luego, no tengo tiempo para visitar todos los futuros sitios de desarrollo. Aunque también puede tener algo que ver que sea una buena excusa para que Delilah venga conmigo.

Es como una comezón que no puedo rascar. Solo puedo esperar que más tiempo con ella alivie esa comezón, que me haga dejar de desearla, o tal vez solo empeore las cosas.

¿Quién demonios lo sabe?

Marigold trae nuestras bebidas, pasando el jugo de Delilah con una cálida sonrisa. Cuando me mira, su sonrisa es perfectamente profesional y educada. Debe de pensar que Delilah es mi novia.

Mientras los motores giran y el avión ruge por la pista, Delilah cierra los ojos y aprieta los dedos alrededor de los reposabrazos. No esperaba esta reacción de su parte.

—¿Te da miedo volar? —le pregunto.

Parpadea un par de veces y luego se centra en mí.

—Un poco. Es manejable. Solo el despegue y el aterrizaje, de hecho. —Un pequeño bache cuando nos elevamos a través de una bolsa de aire hace que un jadeo salga de sus labios.

Me molesta que esté asustada.

—Nuestro piloto es un ex-piloto de la marina. Tiene una experiencia increíble.

Las comisuras de sus labios se levantan.

—Eso me tranquiliza. Gracias por decírmelo. —Pero sus dedos no se relajan hasta que el avión se estabiliza y el ruido del motor disminuye.

—¿Mejor? —pregunto.

Me sonríe.

—Mejor.

Yo también me relajo.

—Dime, ¿por qué decidiste ser arquitecta? —Su respuesta me interesa de verdad. Según mi experiencia, hay muy pocos arquitectos con licencia de la edad de Delilah. Tengo curiosidad por saber qué hay detrás de ese nivel de esfuerzo y compromiso.

—En la escuela siempre se me dieron bien las matemáticas y el arte. La arquitectura parecía una combinación natural de esas dos cosas, y hay algo increíble en imaginar una estructura en tu cabeza, plasmarla en papel y luego verla convertida en una realidad que, con suerte, perdurará mucho después de que te hayas ido. Saber que tu trabajo tiene un largo legado es algo increíble.

Asiento con la cabeza. Lo comprendo.

—Además, está bien pagado —añade.

—Siempre es una consideración importante. —Golpeo con los dedos el reposabrazos de cuero—. ¿Cómo sacaste la licencia siendo tan joven?

Se ríe ligeramente.

—Se llama no tener mucha vida.

—Entonces explica por qué una mujer inteligente, joven y guapa pondría su vida en pausa para conseguir eso.

Baja la vista hacia su vaso y pasa el dedo por el borde, luego levanta la mirada hacia la mía.

—Mi mamá me tuvo cuando era joven y me crió sola. Tuvo que tener varios trabajos para ganar lo suficiente para mantener un techo sobre nuestras cabezas y comida en nuestros platos. Al crecer, al ver lo duro que trabajaba, cómo dejaba de lado sus propios sueños para cuidar de mí, lo único que quería era cuidar de ella. Cuanto antes obtuviera la licencia, antes podría empezar a ganar el dinero para hacerlo.

Su educación es totalmente opuesta a la mía. Tardo un momento en darme cuenta de que el fuerte tirón que siento en el pecho es otra oleada de arrepentimiento por haberla acusado de intentar manipularme.

—Es admirable. —Le doy un sorbo a mi bebida—. ¿Te importa que te pregunte qué pasó con tu papá?

Su expresión se apaga.

—No quiso salir en la foto.

Obviamente es un tema incómodo para ella, así que vuelvo a temas más seguros.

—¿Cómo te las arreglaste para pagarte la universidad?

—Tuve suerte y recibí una beca. Eso significaba que solo tenía que trabajar a tiempo parcial para cubrir los gastos que me quedaban. Hice prácticas el resto del tiempo para poder empezar a registrar mis horas prácticas.

—Estoy impresionado. —Y lo estoy. Muy pocas personas me sorprenden, y aún menos me impresionan. Delilah acaba de hacer ambas cosas.

Deja el vaso vacío.

—En fin, ya basta de hablar de mí. ¿Por qué decidiste entrar en el negocio familiar?

Puede que yo la acribillara a preguntas, pero no estoy especialmente interesado en responder a ninguna sobre mí. Aún así, supongo que le debo la misma sinceridad que ella me dio a mí.

—En realidad no fue una decisión. Nacimos y crecimos en él.

Ella asiente, con sus ojos fijos en los míos.

—¿Lo disfrutas?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Lo disfruto? No es algo que me haya preguntado nunca.

—Me gusta tomar decisiones, tener el control. Disfruto teniendo poder, y disfruto teniendo dinero.

Sus cejas se levantan y una sonrisa coquetea con la comisura de sus labios.

—Eso suena como algo que diría un hombre rico y poderoso.

Me encojo de hombros.

—Funciona conmigo.

Se ríe en voz baja, y entonces me doy cuenta. Es la vez que más relajada la vi desde que nos conocimos. Los dos nos hemos pasado todos los encuentros frotándonos el uno contra el otro o frotándonos de la forma incorrecta. Por mucho que me guste ver las chispas que brillan en sus ojos cuando se enfada, también me gusta esta faceta suya.

—Supongo que podría acostumbrarme a esto —dice mientras pasa los dedos por el suave cuero crema del asiento—. Si tienes que volar, ésta es la forma de hacerlo. —Sus ojos se desvían hacia la parte trasera del avión, hacia la puerta cerrada detrás de mí—. ¿Qué hay ahí detrás?

—El dormitorio.

Sus ojos se giran hacia mí y un leve rubor tiñe sus pómulos.

—Oh.

Le dedico una sonrisa lenta mientras me imagino llevándola a esa habitación y haciendo que sus mejillas se sonrojen por un motivo diferente.

Mira hacia abajo, donde está jugando con su cinturón de seguridad.

Marigold vuelve para tomar nuestros vasos vacíos y preguntarnos si queremos algo más. Delilah mira de Marigold a la puerta de la habitación, luego de nuevo a Marigold, antes de posar su mirada en mí. Casi puedo ver cómo gira su mente. Está haciendo una suposición, probablemente lógica, pero en este caso incorrecta.

Ambos rechazamos otra bebida y, después de que Marigold se va, ninguno de los dos parece dispuesto a continuar la conversación. Delilah vuelve a sacar su tablet y se pone a trabajar. Decido unirme a ella, saco mi teléfono y respondo a los nuevos correos electrónicos que llegaron. Parece que nunca paran.

Dos horas después, el piloto nos avisa de que estamos a punto de descender en O'Hare. Delilah guarda su tablet y me dedica una sonrisa cohibida mientras se agarra a los reposabrazos. La distraigo haciéndole preguntas sobre su trabajo. Parece que surte efecto, sus hombros se relajan y su expresión se anima cuando me habla del primer edificio en el que trabajó y de cuál era su diseño favorito hasta ahora.

Estoy tan absorto observándola que la leve sacudida de las ruedas del avión al chocar contra la pista me sorprende.

Delilah también reacciona y mira a su alrededor.

—¿Aterrizamos?

—Te dije que era un buen piloto.

—Lo hiciste, gracias de nuevo. —Sus labios se curvan y sus ojos verdes brillan. Algo me aprieta el pecho. No recuerdo la última vez que alguien me sonrió con una felicidad tan genuina.

Aparto la mirada, observando el aeropuerto a través de la ventanilla mientras el avión se aleja de la pista. No estoy acostumbrado a sentir algo por las mujeres con las que estoy, o estuve, en el caso de Delilah. Es... desconcertante. Cuando nos detenemos en la terminal, me desabrocho el cinturón de seguridad y espero a que Delilah se desabroche el suyo, luego la sigo fuera del avión y bajo las escaleras hasta el auto que nos espera. Nos colocamos uno al lado del otro y el conductor arranca el auto para salir del aeródromo.

—Iremos al hotel a dejar las maletas y luego iremos directamente al sitio —digo.

—Okey. —Su mirada se aleja de la mía. Probablemente porque he evitado mirarla desde que me sonrió en el avión.

Cuando llegamos a nuestro hotel, y digo nuestro porque es un hotel propiedad de King Group, nos dirigimos directamente a nuestras habitaciones contiguas. Después de acomodar nuestras cosas, volvemos al auto. En cuanto llegamos al sitio, Delilah sale por la puerta.

No hay mucho por lo que entusiasmarme: es un espacio vacío entre otros dos edificios y, cuando lo miro, solo veo números, el potencial de

beneficio... pero el rostro de Delilah resplandece cuando se da la vuelta, mira a los edificios circundantes y sus ojos se elevan hasta el tejado.

—¿Te lo imaginas? —le pregunto.

Se gira hacia mí y el brillo de su sonrisa me atraviesa como una descarga eléctrica.

—Sí, y ya tengo una idea para mejorar aún más el diseño.

—¿Qué clase de idea?

Señala un ángulo al otro lado de la calle.

—Los edificios de la diagonal son más pequeños. En esa dirección, los pisos más bajos tendrán mejores vistas. Me gustaría intentar curvar la esquina noreste del hotel para aprovecharla al máximo.

—Y eso me va a costar más dinero.

Su rostro cae.

—¿Debería dejar de hacer cambios estructurales? Yo…

Dejo escapar mi sonrisa.

—Estoy bromeando, Delilah. ¿Por qué crees que estás aquí? Redacta las modificaciones y mándalas a presupuestar.

Me mira fijamente y suelta una pequeña carcajada.

—Creo que es la primera vez que haces una broma. Quiero decir, fue horrible, pero me gusta que lo hayas intentado. —Sonríe por encima del hombro y se gira para seguir caminando por el terreno.

La curvatura de sus labios y el balanceo de su trasero se funden para darme ganas de inclinarla sobre el capó del auto y follármela. Aparte de que la empresa no necesita que arresten a su director de operaciones por indecencia pública, si tengo la oportunidad de volver a tener a Delilah, no será sobre el capó de un auto en medio de una calle concurrida.

Pero la forma en que el impulso de tocarla se está apoderando de mi mente, no estoy seguro de lo imprudente que podría llegar a ser.

19

Delilah

Me miro una vez más en el espejo en y aliso con los dedos la sedosa tela del vestido rojo que llevo hasta el suelo. Con suerte, con un vestido tan bonito *y* caro, encajaré con el resto de invitados a la gala.

Me aparto del espejo y miro la hora. Cole vendrá pronto a recogerme. Ese pensamiento hace que todo un caleidoscopio de mariposas bata sus alas en mi estómago. No lo he visto desde que volvimos del hotel. Me dijo que podía hacer lo que quisiera el resto del día y luego desapareció en su habitación para una conferencia telefónica con sus hermanos.

Pasé un par de horas paseando por los alrededores y almorcé una deliciosa pizza al plato hondo. Después volví a la habitación del hotel y me distraje esbozando mis ideas para el diseño revisado del hotel.

Intenté por todos los medios olvidar lo que pasó en su oficina, pero no he dejado de pensar en eso desde que me metí en el auto esta mañana y lo vi tan guapo. Las imágenes de lo que podría ocurrir esta noche pasan por mi cabeza a gran velocidad y el calor se acumula en mi interior.

No es que me haya sugerido nada por el estilo, pero la forma en que sus ojos se detuvieron en mí esta mañana me dice que probablemente no diría que no si me ofreciera, pero no sé si ofrecerme es algo que deba hacer.

El golpe de sus nudillos en la puerta me sobresalta y respiro hondo antes de abrirla. Los brillantes ojos azules de Cole recorren lentamente mi cuerpo y vuelven a subir, fijándose en el escote de mi vestido. Ni siquiera se molesta en ocultar el deseo que agudiza su mirada.

Una parte de mí quiere agarrarlo por la camisa blanca y arrastrarlo a mi habitación. Hacer que me recuerde cómo se siente su cuerpo al moverse con el mío, pero la parte más sensata me retiene. El riesgo es demasiado alto y, a pesar de las pruebas recientes que demuestran lo contrario, no soy una persona que suela tirar la cautela al viento. Aunque la recompensa sería grande, también sería efímera. Tengo que ser inteligente y centrarme en mis objetivos a largo plazo, y entre ellos no está arruinar mi carrera acostándome con el cliente más importante de mi empresa.

Otra vez.

Salgo para reunirme con Cole y cierro la puerta tras de mí. Antes de que pueda preguntarle cómo ha estado el resto del día, su mano se dirige a mi espalda y sus dedos se deslizan hasta mi cintura.

Se inclina y su aliento agita los mechones de cabello de mi cuello.

—Te ves hermosa, gatita.

Se me pone la piel de gallina y suelto un suspiro tembloroso.

—Tú te ves muy... eh, guapo también.

Es un eufemismo. He visto a Cole en traje de negocios, pero ésta es la primera vez que lo veo de cerca en esmoquin, y es la definición de un hombre sexy, poderoso y rico. Su saco negro está perfectamente entallado para resaltar su estatura y sus anchos hombros. El calor de su mirada me abrasa la piel expuesta, y la curva de sus labios masculinos y seductores me recuerda exactamente lo que puede hacer con ellos.

Cuando me lamo los labios, repentinamente secos, sus dedos me aprietan la cintura y me recorre un estremecimiento de excitación. Dios, ¿por qué me cuesta tanto ignorarlo? Después de todo, conseguí ignorar a muchos hombres durante la universidad, y esos hombres eran mucho más de mi tipo que Cole: amables, considerados, respetuosos.

Exactamente igual que Paul al principio.

Me alejo de Cole y me dirijo al ascensor.

La gala se celebra en el Lakefront Plaza, otra propiedad de King Group, así que una limusina nos espera afuera para llevarnos. El conductor nos abre la puerta, entro yo primero y Cole me sigue.

Durante el trayecto, la tensión se arremolina en el aire. Ninguno de los dos habla, pero en lugar de resultar incómodo, la temperatura no hace más que subir. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo me ha tocado, en la sensación de sus músculos bajo las yemas de mis dedos, en lo fuerte que me hizo correrme.

El espacioso auto no es lo bastante grande para darme la distancia que mi cuerpo necesita. Casi puedo sentir su mirada clavándose en un lado de mi cara, pero me niego a mirarlo. Si lo hago, existe la posibilidad de que decida abrazar mi lado más temerario -el lado que solo parece aflorar en torno a Cole-, y desabrocharme el cinturón de seguridad para sentarme a horcajadas sobre él. No hay duda de lo húmedas que están ya mis bragas. Cierro los ojos y respiro hondo.

—Delilah, mírame. —La voz profunda de Cole es lo suficientemente autoritaria como para que me gire hacia él—. Te dije en Nueva York que no tengo que manipular a las mujeres para que se acuesten conmigo, y es verdad. Te traje aquí porque tenía sentido que te unieras a mí, pero tampoco voy a mentir, quiero follarte otra vez. No pude dejar de pensar en eso desde que entraste en la sala de reuniones aquel primer día, y estoy cansado de luchar contra eso.

Inhalo bruscamente y mis pezones se endurecen bajo la fina tela de mi vestido.

Él se da cuenta, y un músculo salta en su mandíbula.

—Te deseo esta noche, Delilah. Dime que puedo tenerte.

Mi corazón martillea. Abro la boca para responder, pero no sale nada. Me quedo paralizada, dividida entre el deseo de experimentar lo que sé que él puede darme y la conciencia de lo terriblemente mal que podría salir todo.

Cole alarga la mano y me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Quiero ver este labial untado en mi polla. Quiero mi lengua en lo más profundo de tu coño. Quiero que te corras hasta que físicamente no

puedas más, y lo quiero esta noche. Solo una noche y luego volvemos a Nueva York y a como son las cosas ahora, pero si estás de acuerdo, eres mía hasta mañana, y Delilah —dice, apretándome la mandíbula y obligándome a concentrarme en sus palabras por encima del latido de la sangre en mis oídos—. Si dices que sí, planeo hacerte olvidar que Paul existió.

Eso último me hace estremecerme, y su mano se retira.

—Piénsalo y dame tu respuesta antes de que salgamos de la gala esta noche. Si dices que sí, no esperaré a que volvamos al hotel para empezar. ¿Entiendes?

Estoy fuera de mi alcance con este hombre. Quiero gritarle al conductor que pare en este momento para poder desnudarme y restregarme sobre él. Quiero desabrochar su impoluta camisa blanca y besar su piel hasta que pueda bajarle la cremallera de los pantalones y metérmelo en la boca. Quiero subirme el vestido por los muslos y deslizarme sobre él. Quiero experimentar todo lo que mi cuerpo y el suyo pueden hacer juntos. Después de probar lo increíble que puede ser el sexo y de sentirme decepcionada con mi relación física con Paul, quiero volver a sentirlo.

Pero en vez de hacer nada de eso, fuerzo una palabra.

—Entiendo.

Cole se queda mirando por la ventana y yo permanezco en silencio, intentando averiguar qué debo hacer exactamente. Podría sacar el celular y mandarle un mensaje a Alex, pero no quiero interrumpir su día con Jaxson. Además, ya sé cuál será su consejo. Algo así como: "Móntalo, vaquera".

Me distraigo misericordiosamente del caos que me invade cuando nos acercamos al hotel. El edificio está iluminado, con una auténtica alfombra roja delante. Los fotógrafos se colocan a cada lado para tomar fotos de la gente que camina por ella.

—No sabía que fuera un acontecimiento tan importante —murmuro.

—Algunas de las personas más ricas de Estados Unidos están aquí esta noche —afirma Cole—. Y la gente con ese tipo de riqueza y poder quiere asegurarse de que todo el mundo los vea.

Me giro para mirarlo.

—¿Vas a muchas de estas?

—Normalmente es Roman o mi papá. —La línea de su mandíbula se tensa—. O solía ser así, al menos.

Me planteo preguntarle por su papá, por cómo se siente por lo ocurrido, pero no tengo tiempo -ni probablemente valor-, porque nuestro auto está llegando a la alfombra roja.

El conductor sale y abre la puerta del lado de Cole.

—¿Lista? —Cole pregunta.

No lo estoy, pero asiento de todos modos. Él sale y se gira para tenderme la mano. La tomo, sintiéndome completamente abrumada cuando la mete en su codo y empezamos a caminar por la alfombra roja. Los flashes de las cámaras me deslumbran y oigo voces que llaman a Cole.

—Señor King, ¿quién es su cita esta noche?

—Señor King, ¿quién está vistiendo a su cita?

—Señor King, ¿cómo responde a los rumores de que los inversionistas han perdido la confianza en el King Group tras la detención de su papá?

¿Qué clase de pregunta es esa en este tipo de evento?

Los músculos del brazo de Cole se tensan y miro al grupo de fotógrafos que se encuentra a un lado. Dos o tres personas sostienen micrófonos e intentan hacer preguntas a los asistentes, pero no puedo distinguir cuál de ellos preguntó por su papá. Cole no responde de todos modos, su expresión parece completamente inescrutable, pero estoy lo bastante cerca como para detectar el más leve tic en su mandíbula.

Enrosco los dedos alrededor de su bíceps y se lo aprieto para tranquilizarlo. Me mira con los ojos iluminados por la sorpresa. Levanta

una comisura de los labios durante un milisegundo y luego vuelve a mirar al frente mientras nos acercamos a la gran puerta abierta.

Ahora que casi acabamos con los fotógrafos y los periodistas, puedo relajarme y admirar el vestíbulo al entrar. Es hermoso, con relucientes suelos de mármol y techos altos adornados con brillantes lámparas de araña. El salón de baile donde se celebra la gala es igualmente impresionante. Es un espacio enorme, con intrincadas molduras, detalles de espejos y lámparas de araña aún más extravagantes. Una mesa con varios objetos colocados sobre ella recorre un lado de la sala. Cole mencionó una subasta silenciosa, así que debe ser para eso.

—Es un espacio increíble —murmuro, mientras mi mirada recorre el techo ornamentado.

—Lo es.

Le sonrío. ¿Parece realmente... relajado? La tensión de antes parece haber desaparecido, y algo parecido a una chispa de calidez reside en su mirada.

—Me gusta verte mirar la arquitectura —dice.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué?

—Tus ojos se iluminan y todo tu cuerpo se anima.

—Oh. —Calor se despliega en mi pecho. Era lo último que esperaba oír de él.

Su mirada sostiene la mía.

—Tu pasión es algo hermoso.

Se me corta la respiración cuando algo brilla en el aire entre nosotros: una conexión que nunca habría creído posible. Y, sin embargo, está ahí.

Quizá debería haber sabido que mi relación con Paul estaba condenada. Ni una sola vez se molestó en compartir su aprecio por mí como acaba de hacer Cole. Cada vez que íbamos a algún lugar con una arquitectura asombrosa, estaba demasiado ocupado sermoneándome sobre su experta opinión como para preocuparse por mi respuesta a ella.

—Gracias. —No sé qué más decir, así que aparto la mirada de él y miro a la gente que llena la enorme sala.

Cole tenía razón. Aquí todos son ricos y poderosos, y no tienen reparos en demostrarlo. Trajes caros y vestidos de diseñador, joyas que gotean de cuellos, muñecas y orejas, risas que suenan demasiado alto, como si solo se pronunciaran para llamar la atención. Es completamente diferente a todo a lo que estoy acostumbrada.

Cole se inclina y susurra:

—Quédate a mi lado o tendrás a todos los hombres solteros intentando llevarte a casa esta noche. Probablemente la mitad de los casados también. —Cuando lo miro, no hay humor en su expresión—. Busquemos nuestra mesa. —Me empuja hacia adelante, con su gran mano en la parte baja de mi espalda.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta que Cole localiza nuestra mesa designada en la parte delantera de la sala, y me pregunto si la colocación es deliberada. ¿Acaso los grandes multimillonarios se sientan delante y los pequeños quedan relegados al fondo?

Reprimo una carcajada y me recompongo rápidamente cuando Cole me mira con una ceja levantada.

Me saca el asiento y trato de hundirme en él con la mayor elegancia posible, luego se sienta a mi lado.

Un mesero se materializa a nuestro lado.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber esta noche?

Cole se gira hacia mí.

—¿Quieres champán u otra cosa?

El champán estaría bien, pero las burbujas se me subirán a la cabeza y esta noche tengo que mantener la cordura.

—Tomaré una copa de vino blanco, gracias.

Cole pide dos copas de vino blanco y el mesero se apresura a salir, sorteando a la gente. No tarda en volver con nuestras copas, y se lo agradezco con una sonrisa, recibiendo una sonrisa y un guiño como

respuesta. Cole murmura algo en voz baja y apoya el brazo en el respaldo de mi silla.

Pronto se nos unen en la mesa otras parejas, en su mayoría mayores que Cole y yo. Nos saludan familiarmente y Cole me presenta como su colega, lo que en realidad no es cierto. Probablemente lo dice para que la gente no piense que soy su cita o, Dios no lo quiera, su novia.

La última pareja se une a la mesa y, aunque Cole no muestra ninguna reacción física evidente, juraría que la tensión parece desprenderse de él cuando se sientan frente a nosotros, aunque su saludo parece bastante agradable mientras asiente en su dirección.

—Jessica, Tom.

La pareja parece de la edad de Cole. El hombre, anodinamente guapo, me recuerda a un muñeco Ken, y la mujer es un bombón. Es rubia, alta y con curvas, y su vestido negro muestra cada una de esas curvas. Sus ojos azul claro se fijan en Cole.

—No estaba segura de que fueras a venir esta noche —le dice—. Normalmente me avisas.

—Roman aceptó originalmente la invitación, pero tiene otros asuntos que atender.

No dice nada de por qué no le avisó de que venía. ¿Y eso qué significa? Seguro que no es su novia, teniendo en cuenta que ambos están aquí con otras personas.

Miro a Cole, pero él mantiene su atención fija en Jessica.

Ella se remueve en la silla y me mira brevemente.

—¿Quién es tu cita esta noche?

—Esta es Delilah. Es una arquitecta que trabaja en la nueva cadena hotelera, la traje a ver el sitio de Chicago.

Le sonrío a Jessica, y aunque ella me devuelve la sonrisa, los bordes son quebradizos.

—Qué conveniente —murmura.

Nos ahorramos la conversación con Jessica y su acompañante cuando el maestro de ceremonias sube al escenario para hablar del programa de esta noche, que incluye numerosos platos de comida y mucho ambiente, seguido de la subasta silenciosa y el baile. Una noche de viernes informal para multimillonarios.

Cuando todos están sentados, se sirve el primer plato. Es caviar, artísticamente servido sobre unas hojas de lechuga de aspecto elegante. Lo pruebo porque nunca lo había hecho y hago todo lo posible por no levantar la nariz con asco. Siento pánico. ¿Se considera de mala educación si no me lo como?

El muslo de Cole presiona el mío mientras me murmura al oído:

—No te lo comas si no te gusta. Es un gusto adquirido.

—Déjame adivinar. —Inclino mi cara hacia la suya—. ¿Lo has adquirido?

Se encoge de hombros.

—No me dieron muchas opciones cuando era niño.

Miro el montón de brillantes huevas de pez negras.

—No puedo creer que tus papás te dieran esto de pequeño. Yo solía armar un escándalo cuando mamá me hacía comer mis judías.

Las comisuras de sus labios se levantan.

—Se esperaba que mis hermanos y yo apreciáramos las cosas buenas de la vida desde muy temprano, quisiéramos o no.

Intento imaginarme a Cole de niño, forzando el caviar en la mesa porque era lo que se esperaba de él. Siento una punzada de tristeza. No sé nada de su educación, así que probablemente estoy haciendo una suposición exagerada, pero de alguna manera no parece el acto de unos papás cariñosos. Le toco el brazo.

—Lo siento. Eso no suena muy bien.

Me mira la mano y luego el rostro. La extraña intensidad de sus ojos me aprieta el estómago. Luego sacude la cabeza y me dedica una sonrisa ladeada.

—Solo tú te compadecerías de mí por mi infancia comiendo comida increíblemente cara, Delilah.

Se me calientan las mejillas, pero la forma en que sigue mirándome hace que se me corte la respiración. Cuando me doy la vuelta, Jessica llama mi atención. Tiene los ojos fijos en Cole y frunce el ceño. Está claro que pasa algo, ¿pero qué? ¿Es su ex? ¿O quiere una relación con él y él no está interesado?

Me distrae un mesero que se lleva mi plato, casi sin tocar. Pronto lo sustituye por algo mucho más apetitoso: una pequeña ración de raviolis de salmón con salsa de crema de azafrán. Está delicioso y tarareo con aprobación mientras me chupo la salsa de los labios.

Cole vuelve a inclinarse hacia mí.

—Sigue así y exigiré una respuesta antes. —Su voz grave y áspera me estremece.

Lo miro con los ojos muy abiertos. Luego, y no sé muy bien por qué lo hago, le sostengo la mirada y vuelvo a lamerme deliberadamente.

Casi me río de la expresión de su rostro, pero la forma en que mi cuerpo reacciona ante la expresión oscura y pecaminosa que se apodera de sus facciones es cualquier cosa menos divertida. Promete un castigo de lo más oscuro y decadente, y de repente, me pregunto por qué estoy dudando sobre esto.

Estamos aquí por una noche. Estoy arreglada y me veo tan bien como nunca, y Cole es... bueno, Cole es Cole. Siempre se ve increíble, pero ahora me mira como si quisiera comerme viva, y estoy segura de que yo lo miro como si quisiera que lo haga.

Me inclino hacia él, y el resplandor de sus pupilas hace que me irradie una excitación sin aliento.

—¿Y si estoy lista para darte mi respuesta ahora?

Deja escapar una respiración lenta y controlada.

—No lo hagas.

Parpadeo.

—Pero pensé...

—No me lo digas hasta que esté en posición de hacer algo al respecto. Si me lo dices ahora, te levantaré la falda por debajo de la mesa, te enterraré los dedos y haré que te corras delante de toda esta gente.

Un escalofrío me estremece y cierro los ojos por un instante, porque una pequeña parte oculta de mí desea que haga precisamente eso, que me reclame delante de toda esa gente, pero vuelvo a hundirme en la silla. Una cosa es una fantasía. La realidad sería muy distinta.

—Te diré cuando puedas contestarme —dice Cole, y yo asiento con la cabeza. Estoy segura de que mi excitación debe de ser visible para todos los comensales, y miro fijamente los restos de comida de mi plato hasta que también se los llevan.

Dos platos más se suceden antes de que el maestro de ceremonias nos diga que habrá una breve pausa para poder mezclarnos.

Cole se levanta inmediatamente de su silla y me toma de la mano para jalarme detrás de él.

—Cole, quiero hablar contigo sobre... —La voz de Jessica se interrumpe cuando Cole me aparta de la mesa. Solo veo de reojo la dura expresión de su rostro mientras intento no tropezar con mis tacones.

—¿Cómo conoces a Jessica? —le pregunto.

La mano de Cole se estrecha alrededor de la mía, pero no gira la cabeza.

—Es la hija de uno de nuestros mayores inversionistas.

Mis pies empiezan a arrastrarse.

—¿Ustedes dos tenían una relación? Porque tengo la impresión de que le molesta que estés aquí conmigo.

Esta vez me mira por encima del hombro.

—Nunca he tenido una relación con Jessica, aunque hemos pasado mucho tiempo juntos en este tipo de eventos.

La tensión en la base de mi cuello se alivia. Debe de estar molesta porque monopolizo a la persona con la que normalmente pasaría el tiempo.

Cole me conduce a través de una puerta situada en un lado del salón de baile.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras el ruido de la multitud se desvanece a nuestras espaldas—. ¿Podemos estar aquí?

—Yo sí —dice, y yo casi pongo los ojos en blanco.

Me arrastra hasta un nicho y me hace girar, presionando mi espalda contra la pared y apoyando sus manos a ambos lados de mis hombros.

—Tienes algo que decirme. —La dureza de su voz hace que los zarcillos de necesidad se tensen en un nudo caliente dentro de mí.

Dijo que solo quería oír mi respuesta cuando pudiera hacer algo al respecto. Entonces, ¿qué planea hacer exactamente aquí, en este lugar semipúblico?

El corazón me palpita en el pecho, mis pezones se aprietan con fuerza contra la fina tela del vestido.

Tirando la cautela al viento, inclino la cabeza hacia atrás y lo miro directamente a los ojos.

—Sí.

No me malinterpreta ni me pide aclaraciones. Sabe exactamente lo que digo.

Sus labios chocan contra los míos al apoderarse de mi boca, y me consume la llama de calor que estalla entre nosotros.

Me arqueo hacia él cuando una de sus manos abandona la pared y me baja por la espalda hasta el trasero, me lo toca y me empuja hacia él para que me apriete contra la larga y dura cresta de sus pantalones. Me froto descaradamente contra él, haciéndolo gemir en lo más profundo de su garganta.

Baja la mano y me recoge el vestido, lo arrastra por mis piernas y lo amontona en su mano hasta que está lo suficientemente alto como para

deslizar los dedos por debajo y llegar al pequeño trozo de encaje que forma mi tanga.

Se aparta para mirarme a la cara mientras hace contacto con mi clítoris, ya hinchado y palpitante, esperando su toque.

Jadeo y me estremezco cuando me pasa el pulgar por encima, y sé que no tardaré en desmoronarme bajo sus caricias. Debería avergonzarme, pero no lo hago, y teniendo en cuenta lo dilatadas que están sus pupilas -el azul de sus iris no es más que un fino anillo alrededor del negro-, no le importa en absoluto que ya esté en el límite del abismo.

Me mete un dedo largo y casi grito, pero por suerte me tapa la boca con la suya, amortiguando el sonido desesperado.

Sus dedos y su pulgar se mueven al unísono, y mis caderas se mueven al compás de ese movimiento mientras corro en busca de mi liberación. Las chispas brillan tras mis párpados cerrados y estoy tan cerca...

—¿Cole? —una voz femenina llama desde el pasillo—. Cole, ¿estás aquí abajo? Uno de los meseros me dijo que te vio venir por aquí.

Me quedo paralizada, parpadeando hacia Cole. Su rabia resbala en olas heladas y su mano se ralentiza pero no se detiene. Estoy atrapada, colgando en el límite. Si acelera sus movimientos, me arrojará al vacío. Teniendo en cuenta que la mujer que llama a Cole está cada vez más cerca, no estoy segura de querer que me arroje en este momento.

Lo último que necesito es que una extraña me vea llegar al orgasmo con los dedos de mi jefe.

—¿Cole? Tengo que hablar contigo sobre mi papá. —La voz está más cerca ahora.

Por un breve instante, Cole mueve los dedos más deprisa y creo que va a hacerlo. Creo que va a hacer que me corra de todas formas. Mi cuerpo se tensa de placer involuntario, apretando sus dedos, y abro los ojos, sacudiendo la cabeza.

Él gruñe, pero retira sus dedos, los levanta y me los unta en los labios antes de besarme ferozmente.

—Un pequeño aperitivo para más tarde —murmura en mi oído.

Entonces él retrocede y yo me aliso frenéticamente el vestido, intentando recomponerme.

Aparte de la oscura dilatación de sus ojos y el rubor en el arco de sus pómulos, parece tan arreglado como antes, aunque noto que sus dedos aún brillan por mi excitación. No se los ha limpiado, probablemente porque no quiere manchar su caro traje o mi vestido con mis fluidos corporales.

Pero es demasiado tarde para decir nada, porque me saca del nicho y nos encontramos cara a cara con Jessica.

Sonríe, pero se detiene ante sus ojos.

—Aquí estás. Necesito hablarte de algo que oí discutir a mi papá.

Ella no puede ser ajena a lo que interrumpió, y yo debería estar alarmada de que cualquier mención de lo que Cole y yo estábamos haciendo pudiera salir a la luz, pero en este momento solo estoy frustrada y cachonda. No conozco a esta mujer, pero en este momento estoy bastante segura de que me desagrada activamente.

—No estoy realmente interesado en hablar de negocios en este momento, Jessica —dice Cole—. ¿Puede esperar hasta que estemos de vuelta en Nueva York?

¿También vive en Nueva York?

—Oh, supongo que sí —dice. Me pregunto si todo era solo una excusa para cazar a Cole e interrumpir lo que estaba haciendo conmigo. Puede que no tuvieran una relación, pero parece como si ella deseara que la tuvieran, independientemente del hombre que dejó en la mesa.

—Volvamos entonces —dice Cole, haciéndole un gesto a Jessica para que vaya delante.

Ella me lanza una mirada que me recorre como si tuviera garras propias antes de volver por donde llegamos. Con ella de espaldas, Cole aprovecha para pasar su lengua por los dedos que acaba de tener dentro de mí, sosteniéndome la mirada todo el tiempo.

—¿Quién necesita postre?

Se me aprieta el estómago. Más aún cuando me toma de la mano y me lleva de vuelta a la sala principal.

Salvo por la interrupción, acabo de tener una pequeña muestra de lo que me espera esta noche.

Y creo que podría tener problemas.

20

Cole

Espero todo lo que puedo -hasta que he pujado y ganado un fin de semana en Aspen-, y luego nos saco de ahí. Le envié un mensaje a nuestro chofer para decirle que nos espere en la puerta, y nos está esperando cuando salimos. Miro a Delilah por el rabillo del ojo. Tiene las mejillas muy sonrojadas, y no es el calor lo que se lo provoca. Sabe exactamente lo que va a pasar en cuanto subamos al auto.

Después de tenerla tan cerca del orgasmo, probablemente se ha sentido tan frustrada como yo.

Maldita Jessica. No sé a qué está jugando, pero tendré que hablar con ella cuando volvamos a Nueva York. Descarté las señales que noté últimamente: la reticencia a irse cuando terminamos de follar y los intentos de ponerme celoso, o empezó a encariñarse o tiene algún otro motivo oculto. Tengo que averiguar cuál es y abordarlo de cualquier manera.

Pero no es algo en lo que pensar ahora. No cuando el conductor abre la puerta y Delilah se desliza dentro, mirándome con ojos de deseo.

Mi polla ya está dura y palpitante. Llevo mucho tiempo esperando este momento, desde que ella entró en mi oficina, antes incluso. En las semanas posteriores a nuestra noche juntos, me masturbé varias veces, cerrando los ojos y recordando lo jodidamente bueno que fue hacer que se desmoronara por mí. Incluso me encontré a mí mismo buscando por las calles su cabello oscuro y sus ojos verdes. Era ridículo. Nunca lo había hecho en toda mi puta vida.

Pero fue el impulso completamente irracional de volver al bar donde nos conocimos lo que me sacudió de mi extraña obsesión. Perseguir a

una mujer, acosarla, no es algo que haya hecho nunca -ni que vaya a hacer nunca-. Así que la aparté deliberadamente de mi mente.

Y luego ella volvió a meterse ahí, con sus largas piernas y su bonita sonrisa y esos ojos de gata, y esas malditas faldas que lleva. No demasiado cortas, pero lo suficientemente ajustadas como para cubrir la hermosa curva de su trasero.

Aprieto mis dedos. No será una falda la que cubra ese trasero esta noche.

Subo detrás de ella y el conductor me cierra la puerta.

Antes de levantar la barrera de privacidad, le digo que tome la ruta panorámica hasta el hotel. Sus ojos se cruzan con los míos en el retrovisor, me responde con una inclinación de cabeza y pulso el botón para levantar la mampara. No insonoriza el auto, pero debería amortiguar algunos de los sonidos que Delilah está a punto de hacer.

—Ven aquí —le digo.

Solo duda un segundo antes de deslizarse hacia mí. Le rodeo la cintura con el brazo, la subo a mi regazo y le bajo el corpiño del vestido. No lleva sujetador y la sombra de sus pezones me ha distraído toda la noche. Ahora voy a probarlos.

Me inclino y me meto en la boca uno de los apretados picos rosados, lo rozo con la lengua y gimo cuando se endurece lo suficiente para que pueda acariciarlo con los dientes.

—Cole —jadea, y me agarra del cabello para apretarme contra ella. Muerdo su otro pezón, disfrutando de su agudo jadeo mientras sus caderas se agitan hacia arriba. Apostaría dinero a que se disparó directamente a su clítoris.

Después de prodigarme en sus pechos, tomo el dobladillo de su vestido y lo subo por sus caderas para poder meter la mano por debajo. Su tanga apenas visible está empapada, e inhalo profundamente para calmarme. Tenemos toda la noche, ahora se trata de prepararla para lo que ocurrirá cuando volvamos a mi habitación de hotel.

Mis nudillos recorren su abertura y ella reprime un gemido.

—No hace falta que te calles —le digo—. El conductor sabe exactamente lo que está pasando. Si gimes lo suficientemente alto, probablemente le alegrarás la noche.

Le arden las mejillas y niega con la cabeza.

Me río por lo bajo.

—¿Has estado nerviosa toda la noche, gatita?

—Sí —respira.

Por muy molesto que esté con Jessica, una parte de mí se regocija en el hecho de que Delilah haya estado sentada a mi lado, desesperada y necesitada durante las últimas horas pensando en este momento, deseando mis dedos y mi boca sobre ella, con mi polla abriéndose camino en su interior.

La beso con fuerza. Quiero que su carmín nos manche el rostro a los dos. Nuestras lenguas se enredan y ella mueve las caderas. El roce de su trasero contra mi erección hace que se hinche aún más.

Con el pulgar en su clítoris, deslizo un dedo en su interior. Me aprieta los hombros con las manos y suelta un gemido. Su coñito está tan mojado y listo que le meto otro dedo mientras aumento la presión con el pulgar.

Miro hacia abajo, embriagado por la visión de ella extendida sobre mi regazo, con los pechos al aire, las piernas abiertas y mi mano desapareciendo bajo su vestido rojo. Añado un tercer dedo. Está tan apretada. Sé que siente el estiramiento, pero la estiraré más cuando volvamos a la habitación del hotel, así que mejor que se acostumbre ahora.

—C-Cole —gime más fuerte, y sus párpados se cierran.

—Mírame. —Quiero ver en sus ojos cuando se corra. No habrá forma de ocultarme su placer.

Vuelve a abrir los párpados y, por su mirada desenfocada y su cuerpo tenso, sé que está a punto. Me inclino sobre ella, vuelvo a meterme una punta rosada en la boca y chupo con fuerza. Sus gemidos se hacen más

fuertes, pero necesito que ceda y se deje llevar. Quiero que su hermosa mente se apague para que deje de pensar y empiece a sentir.

Enroscando los dedos y presionando contra su pared frontal, acaricio simultáneamente su clítoris con el pulgar y muerdo su pezón.

—¡Sí, Cole! —grita mientras su coño sufre espasmos alrededor de mi mano y su excitación prácticamente sale a borbotones.

Ralentizo el movimiento de mi mano y acaricio con la lengua el duro pico que tengo en la boca hasta que vuelve a bajar. Ella respira agitadamente y gira el rostro hacia mi cuello, temblando contra mí, y me invade una inesperada oleada de ternura. Lucho contra el impulso de apartarle el cabello del rostro y le doy un suave beso en los labios. Esta noche se trata de disfrutar del cuerpo del otro, no de compartir afecto.

Saco mi mano de sus bragas y llevo mis dedos húmedos a su boca, deslizando uno a lo largo de su suave y exuberante labio inferior.

—Chupa.

Sus ojos se dirigen a los míos, una arruga marca su ceño antes de abrirse para mí. Le meto los dedos. Su lengua los chupa, haciendo que mi polla se sacuda bajo su trasero.

Mierda.

Dejo que saboree su propio sabor unos segundos más y, a pesar de mi determinación de antes, aparto los dedos, agarro su cabeza y rozo sus labios con un beso. Empieza despacio, pero pronto inclino su cabeza para profundizar más y aprieto su cabello con mi mano mientras me pierdo en ella.

Cuando por fin me alejo, no es la única que respira con dificultad.

La voz del conductor llega por el intercomunicador.

—Nos acercamos al hotel, señor. ¿Quiere que siga conduciendo?

No hay duda de que incluso con la pantalla de privacidad levantada, oyó a Delilah. Probablemente asume que es seguro hacer la pregunta.

—Ya puedes llevarnos de vuelta, gracias.

Delilah intenta deslizarse fuera de mi regazo, y su mirada se aparta repentinamente de la mía.

Le agarro la barbilla.

—Uh-uh. Dijiste que eras mía por esta noche, lo que significa que harás lo que yo quiera, y lo que yo quiero es que te quedes donde estás.

Ella traga saliva.

—Okey. —La palabra es poco más que un leve suspiro, y sonrío.

Si Delilah cree que nuestro primer encuentro es un indicio de lo que pasará esta noche, se equivoca. Ella era virgen entonces. No soy un completo imbécil, así que no empujé ningún límite importante, pero ya no es virgen. Estuvo con otro hombre.

Mis músculos se tensan al pensarlo. Muevo los hombros para aflojarlos, ignorando mi reacción. No soy alguien a quien le importe si una mujer estuvo con otro. Lo único que me importa es que Delilah está conmigo en este momento y no tengo intención de tomármelo con calma.

En cuanto el auto se detiene frente al hotel, la llevo a mi habitación, incluso cuando la puerta se cierra tras nosotros, mis manos tocan su trasero y vuelvo a tomar su boca. Parece que no puedo parar. Sus gemidos me hacen profundizar el beso. Sabe tan dulce. Si fuera cualquier otro hombre, me volvería adicto.

La levanto y la aprieto contra la pared, meciéndome dentro de ella, apretando mi polla contra su coño. Ella gime y se agita contra mí. Se levanta el vestido y me rodea las caderas con las piernas. Mi necesidad de devorarla aumenta cuando sus uñas se clavan en mí, apretándome. Si le preocupa que vaya a algún sitio, no debería. No quiero estar en ningún otro lugar.

La bajo hasta el suelo, dejando que la sedosa tela de su vestido caiga alrededor de sus piernas.

—Hasta el final —gruño mientras me desabrocho los pantalones y me saco la polla.

Mira hacia donde mis dedos rodean mi adolorida polla y su rostro se ilumina de comprensión, y algo más.

Deseo.

Sus ojos se alzan para encontrarse con los míos y me pierdo en sus profundidades verdes, con el corazón retumbando a un ritmo errático en mi pecho. Rompe el hechizo arrodillándose y el vestido rojo cae al suelo a su alrededor. No estoy seguro de haber visto nada más sexy que Delilah mirándome con las mejillas manchadas de rosa, y sus labios carnosos a escasos centímetros de mi polla ya goteante.

Le meto el pulgar en la boca y, cuando me lo chupa, siento una fuerte tensión en mi interior. Me permito disfrutar de la sensación durante unos segundos antes de abrirle la mandíbula y deslizar la corona hinchada de mi polla sobre su lengua. Cuando la suelto, es solo para enredar mi mano en su cabello.

—Muéstrame cuánto puedes aguantar.

Sin romper el contacto visual, me rodea con los labios y se hunde lentamente hasta que llego al fondo de su garganta. Lame la parte inferior de mi polla, haciendo que me arda la piel, pero quiero más de ella. Quiero llevarla más allá de su zona de confort.

Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Voy a profundizar más, gatita. Respira por la nariz para mí.

Ella asiente, y yo la sujeto con la mano en el cabello mientras la meto hasta el fondo. Solo me detengo cuando le dan arcadas y se le humedecen los ojos, con lágrimas en las pestañas inferiores. No la he metido del todo, pero la forma en que su garganta se aprieta reflexivamente alrededor de la cabeza de mi polla provoca un placer casi insoportable.

Le agarro la mandíbula y dirijo su cara a la mía, admirando lo hermosa que es. Vuelvo a pasarle el pulgar por la mejilla.

—Qué jodida chica tan buena, tragándote mi polla tan bien —murmuro.

Sus pestañas se agitan y, mientras su gemido vibra a través de mí, me sacudo en su boca, hinchándome aún más.

Mierda. La sensación es tan intensa que una llamarada de advertencia sube por mi columna y mis músculos abdominales se contraen. Ya estoy demasiado cerca. Respiro hondo, manteniéndome firme y resistiendo el impulso de bombear mis caderas y follarle la boca hasta que me derrame por su garganta.

Lo dejaré para más tarde. Cuando me corra esta vez, quiero estar enterrado profundamente dentro del coño que estuve deseando durante demasiado tiempo.

Me aparto de ella y contemplo su rostro hermosamente deshecho, con las mejillas húmedas y los labios rojos e hinchados. En cuanto la ayudo a ponerse de pie, le meto los dedos en el cabello y le echo la cabeza hacia atrás para poder lamerle y besarle la mandíbula.

—Ahora voy a follarte, Delilah. Quítate el vestido y ponte de rodillas sobre la cama.

Sus ojos se abren de par en par ante mi tono exigente, pero estoy demasiado impaciente para esperar más.

—Ahora —gruño.

Se aleja unos pasos de mí, luego se detiene y mira por encima del hombro, con el labio inferior entre los dientes. Dios, sigue siendo tan jodidamente inexperta en lo que se refiere al sexo, y sé que no debería, pero jodidamente me encanta.

Al menos Paul hizo algo bien, para mis propósitos. No hay forma de que ese idiota haya hecho nada para satisfacer sus necesidades o ayudarla a explorar la sensualidad latente que emana de ella con cada mirada, movimiento y caricia. En cambio, soy yo quien lo hace. Aunque solo sea por una noche.

Delilah vuelve a mirar hacia adelante y se lleva la mano a la espalda para desabrocharse el vestido. Después de quitarse los tirantes de los hombros, se contonea un poco y lo deja caer, quedándose solo en tanga y tacones.

Aprieto la mano contra mi polla para aliviar el dolor, pero solo hundirla en ella me ayudará ahora.

—Espero que no le tengas cariño a ese trocito de encaje que llevas —le digo—, porque estoy a punto de arrancártelo para volver a saborearte.

Se queda paralizada y un escalofrío la recorre visiblemente. Luego sigue avanzando, se arrastra hasta la cama y se detiene sobre las manos y las rodillas, tal como le ordené.

Después de desnudarme, me acerco a ella. No puedo apartar los ojos de su trasero, la tela de su tanga forma una fina línea entre sus nalgas. Todavía la cubre demasiado, así que engancho los dedos en la tela de su cadera y la estiro, rompiéndola. Delilah jadea y yo hago lo mismo con el otro lado, arrugando la tela en mi mano. Las guardaré, pero por ahora las dejo caer al suelo junto a la cama.

Paso un dedo por la abertura de su coño. Está mojada, chorreando, y cuando deslizo la punta en su entrada, mi golosa chica se aprieta a mi alrededor.

Me inclino y le paso la lengua desde el clítoris hasta el apretado rosetón del trasero. Ella se sobresalta, pero yo no la suelto y le rodeo los muslos con el brazo para mantenerla quieta mientras lo hago una y otra vez.

—Cole —grita mientras la lamo y meto mi lengua en su coño. Dios, sabe increíble.

Me echo hacia atrás, acariciando mi erección de la raíz a la coronilla.

—¿Me deseas? —pregunto.

—Sí. —Es un jadeo sin aliento.

—¿Quieres que llene ese pequeño y perfecto coño tuyo con mi polla?

Se estremece de nuevo.

—Sí.

—Suplica por eso.

Gira la cabeza para mirarme por encima del hombro, la excitación en sus ojos es ensombrecida por la duda.

—Dios, Cole —dice, con voz vacilante—. No puedes... No puedo...

Le acaricio la espalda con la mano.

—Está bien que te guste, hermosa. No se trata de humillarte. Que supliques por mi polla no cambia la forma en que te veo, pero me excita muchísimo, y… —deslizo un dedo por su humedad, que prácticamente gotea por sus muslos—, creo que a ti también te excita. Así que deja de pensar y haz lo que te haga sentir bien.

La tensión de su cuerpo disminuye bajo mis caricias y asiente. Vuelvo a agarrar mi erección y deslizo la cabeza entre sus pliegues empapados hasta rozar su clítoris. Suelta un gemido y se balancea sobre las manos y las rodillas para obligarme a seguir moviéndome.

—Ruégame. —La empujo a dar el paso.

Se lame los labios.

—Por favor, Cole. —Su voz se quiebra con mi nombre—. Necesito tu polla. Necesito que me folles. Necesito que hagas que me corra.

Es música para mis malditos oídos.

Me enrollo rápidamente un condón, luego agarro su trasero y aprieto los dedos. Estoy indeciso. Quiero follármela así, pero también quiero mirarla a los ojos la primera vez que la vuelva a follar. La fuerza de ese impulso inusual me hace resistirme. En lugar de eso, deslizo mi polla entre sus piernas una vez más para impregnarme de su excitación, y luego rodeo sus caderas con las manos. De un fuerte empujón, me meto hasta la empuñadura.

—Dios —grita mientras su cuerpo se tensa a mi alrededor.

La sangre me retumba en los oídos mientras su coño me aprieta con tanta fuerza que apenas puedo moverme. Tenso los dientes y retrocedo antes de bombear de nuevo dentro de ella, follándola con movimientos largos y seguros.

Sus músculos internos se aferran a mi polla y ahora gime, arañando las sábanas y empujándose contra mí. Le agarro las nalgas y se las separo para ver cómo se estira a mi alrededor mientras la penetro. El

apretado anillo muscular entre sus nalgas capta mi atención y no puedo resistir el impulso de presionarlo con el pulgar.

Delilah respira agitadamente y gira la cabeza, su mirada sorprendida se cruza con la mía. A juzgar por su reacción, nunca la habían tocado aquí. Paso el pulgar por su humedad y lo uso para presionar un poco más. Sus ojos se abren de par en par.

—¿Cole?

—Dime que se siente mal y pararé.

Vacila brevemente, luego sacude la cabeza.

—No se siente mal.

Para recompensarla, deslizo la mano hacia su frente y le acaricio el paquete de nervios hinchados que tiene entre las piernas. La sensación añadida hace que se apriete aún más a mi alrededor y se me erizan las pelotas. Mierda, no voy a durar mucho esta primera ronda. Por suerte, ésta es solo la primera de muchas esta noche.

Con mis dedos trabajando su clítoris y mi pulgar empujando un poco más adentro de su trasero con cada empujón de mis caderas, no le doy a Delilah más opción que correrse. Su cuerpo se pone rígido y suelta un gemido mientras me aprieta con fuerza. Mi lucha por contenerme terminó. Me abalanzo sobre ella, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás con un gemido bajo mientras el fuego sale de mis pelotas, recorre mi cuerpo y estalla. Mis caderas siguen trabajando y parece que no puedo parar de correrme.

Cuando por fin dejo de bombear dentro de ella, mi pecho se agita y hasta las yemas de mis dedos hormiguean.

Delilah West acaba de destrozarme.

21

Delilah

La limusina se detiene frente a mi apartamento y miro a Cole. Estuvo distante durante todo el viaje de vuelta, y no sé muy bien por qué. No es que yo haya sido muy habladora, pero eso es porque no estoy acostumbrada a este tipo de aventuras casuales y estoy intentando hacerme a la idea de lo que viene a continuación. Noches como la de anoche deben ser territorio familiar para alguien como Cole.

Me costó mucho salir de su cama a primera hora de la mañana. Más de lo que pensé. Probablemente debería haberme ido después de que me diera mi quinto orgasmo de la noche, pero estaba tan relajada, llena del suave zumbido de los residuos del placer, que me quedé dormida con mi cuerpo todavía sobre el suyo.

Cuando me desperté unas horas después, me sorprendió encontrarme boca arriba con la mano de Cole extendida sobre mi estómago mientras dormía a mi lado. Esperaba que me hubiera despertado y me hubiera dicho que volviera a mi habitación. No quería tener esa conversación, así que salí de la cama, me puse el vestido y me fui en silencio, sin bragas, por supuesto.

El calor me recorre la piel al recordar cómo Cole me arrancó la tanga anoche, pero tomo ese golpe de lujuria, lo meto en una cajita en mi mente y lo archivo con el título de cosas que nunca olvidaré.

Como Cole sigue sin hablar y parece sumido en sus pensamientos, con una línea marcada en el entrecejo, supongo que me toca a mí poner fin a esto.

—Bueno, gracias por, eh, por la oportunidad de, eh, visitar el sitio y la gala y...

Dios, ¿podría ser más torpe? ¿Le doy las gracias por todos los orgasmos? ¿Hago como si nunca hubiera pasado?

Ahora me mira a los ojos y no sé si el brillo que veo en ellos es de diversión o de otra cosa.

—De nada, señorita West.

¿Señorita West? Supongo que nos quedaremos con la opción de fingir que no pasó nada. Intento ignorar la decepción que se agolpa en mi pecho. Sabía lo que era esto cuando acepté.

Asiento con la cabeza y pongo la mano en el pomo de la puerta.

—No terminé contigo, Delilah —dice en voz baja.

—Lo siento —le digo—. ¿Tienes algo de lo que quieras hablar antes de la reunión del equipo del viernes?

Asiente con la cabeza.

—Sí. —Me mira lentamente a la cara, baja hasta mis pechos y vuelve a subir—. Te quiero otra vez.

Mis labios se separan y lo miro pestañeando.

—¿Qué?

—Quiero follarte otra vez. Pensé que anoche sacaría esto de mi sistema, pero aún hay cosas que no he tenido la oportunidad de hacerte todavía.

Considerando lo que ya hizo, no estoy segura de qué más tiene en mente, pero teniendo en cuenta cómo se aceleró mi pulso, mi cuerpo realmente, realmente quiere averiguarlo.

—¿Así que quieres que hagamos esto otra vez? ¿Otra noche?

No contesta durante un momento, solo me mira fijamente con un músculo latiéndole en la mandíbula.

—Más de una noche.

Respiro entrecortadamente, intentando hacerme a la idea de lo que me está sugiriendo.

—¿Quieres salir conmigo?

Hago una mueca ante el pequeño bufido que se le escapa.

—Yo no salgo, pero no quiero que lo de anoche sea todo. Quiero que trabajemos esto fuera de nuestros sistemas, y eso toma el tiempo que tome.

Sacudo la cabeza, no sé si ofendida o halagada. No quiere salir conmigo, pero parece que una noche, no, *dos,* no es suficiente.

No puedo negar que una gran parte de mí también quiere más. Más de lo que hicimos anoche, más de cómo hizo que mi cuerpo cobrara vida, más orgasmos, pero no es solo el sexo. Me intriga. La mayor parte del tiempo parece un idiota arrogante, pero luego hay esos raros destellos de humanidad. Un atisbo del hombre que se esconde tras su imagen de multimillonario de corazón frío. El hombre que me dijo que mi pasión era hermosa, que me hizo sentir más vista en unas pocas palabras que Paul en los meses que estuvimos juntos.

Pero sé que no debo idealizar esta situación, Cole no es el tipo de hombre que deja entrar a la gente. Tengo que estar bien con eso si decido seguir adelante con este acuerdo. No puedo darle más vueltas.

No como mamá hizo con papá.

—¿Qué significaría eso para nuestra relación laboral? —me pregunto.

—No significa nada para nuestra relación laboral. Seguiremos siendo profesionales...

—¿Profesionales? —Lo miro mientras el recuerdo de ser presionada contra la puerta de su oficina y obligada a correrme fluye a través de mí.

Veo que el recuerdo lo golpea a él también, y una pequeña sonrisa curva sus labios. Inclina la cabeza y me mira a través de las pestañas, pareciendo de repente mucho más joven de lo que es.

—Exactamente tan profesionales como hemos sido hasta ahora.

Su expresión juguetona es tan inesperada que se me escapa una carcajada, y por un segundo nos sonreímos el uno al otro como si lo que sea que haya entre nosotros fuera el comienzo de algo dulce y hermoso,

y no una aventura de oficina en la que mi jefe consigue sacarme de su sistema.

El mismo pensamiento debe ocurrírsele a él porque su expresión se tranquiliza.

—¿Tienes una respuesta para mí?

Hay una tensión repentina en su voz, un chasquido en su tono que me pone los dientes de punta. Me pregunto por qué viene tan pronto después de ese momento juvenil por su parte. ¿Se arrepiente de haberme dejado ver esa faceta suya?

Ese vistazo empuja mi decisión más allá de la línea, pero necesito algunas garantías de su parte. No voy a ser ciega a lo que este acuerdo implica.

—Tengo algunas estipulaciones.

Sus ojos se llenan de satisfacción cuando se da cuenta de lo que quiero decir, pero su única reacción es reclinarse en el asiento, y su aparente relajación se ve contrarrestada por la forma en que sus manos se cierran en puños sobre los muslos. Inclina la cabeza para que continúe.

—Sé que esto es casual y temporal, pero tiene que ser exclusivo. Si decides que ya terminaste, tienes que decírmelo antes de pasar a otra persona.

La comprensión se dibuja en su rostro.

—Lo mismo va para ti —dice—. No quiero que dejes que otro hombre te toque mientras eres mía. —En su voz hay una pizca de grava, y esas palabras y ese tono hacen que se mi estómago se llene de calor y se me tensen los pezones. Cruzar los brazos solo atraerá su atención hacia mi reacción física, así que suplico que no vea cómo se aprietan contra el fino material de mi camisa.

Pero es inútil. Los ojos de Cole se posan en mi pecho y se entrecierran antes de centrarse en mi cara.

—Así que estamos de acuerdo —dice, y la gravilla que apenas había antes está ahora en toda su fuerza.

Trago saliva, preguntándome si realmente tengo alguna idea de lo que estoy haciendo, pero asiento de todos modos. Al parecer, una noche de sexo increíble me volvió imprudente.

Cole mueve la mandíbula de un lado a otro.

—Ven aquí.

Me acerco a él y suelto un grito ahogado cuando me rodea la cintura con el brazo y me empuja hacia él para que apoye las rodillas en el asiento y me siente a horcajadas sobre él.

—¿Qué estás...?

—Sellando el trato —gruñe, y al instante siguiente sus labios están sobre los míos en un beso áspero y exigente, sus dientes muerden mi labio inferior, su lengua empuja profundamente para reclamar mi boca.

Gimo cuando sus manos encuentran mis caderas y me arrastra hacia abajo hasta que me centro sobre la dura cresta de su polla. Cierro los ojos y me agarra para mecerme contra él. Pequeñas chispas de placer rebotan en mi interior.

Demasiado pronto, se echa hacia atrás y sus labios se curvan ante el pequeño sonido de protesta que hago.

—Aunque me encantaría que me cabalgaras en este momento, gatita, no quiero que Jonathan te oiga gritar.

—Anoche no te importó el chofer. —No sé por qué discuto el punto, ya que tampoco me siento particularmente cómoda con que Jonathan me escuche.

—No volverás a ver al chofer de anoche. No quiero que Jonathan piense en cómo suenas cuando te corres cada vez que te mira.

Me muerdo el labio para ocultar la sonrisa. No es exactamente lo más romántico que se puede decir, pero de algún modo me hace vibrar el corazón.

Me bajo de él y me arreglo la ropa para que no se note lo que acabo de hacer. Lo observo por debajo de las pestañas, pero su expresión vuelve a ser ilegible.

Una vez que estoy un poco más serena, me aclaro la garganta, completamente insegura de cómo proceder.

—Entonces, ¿nos vemos la semana que viene?

—Sí —dice, y su voz ha perdido el calor que la llenaba solo unos minutos antes.

Supongo que eso es todo. Asiento y abro la puerta, pero antes de que pueda salir, me detiene.

—Delilah.

Me giro hacia él.

—Estoy deseando que llegue.

Sonrío.

—Yo también.

22

Cole

El lunes a primera hora, Roman me pide que vaya a su oficina. Me dejo caer en una de las sillas al otro lado de su escritorio y tomo una cupcake con chispas de chocolate de la bandeja que su asistente le tiende todas las mañanas. Él nunca se come nada.

—Supongo que querrás saber cómo estuvo el viaje a Chicago. —le digo cuando no levanta la vista de los papeles que tiene delante. Es un clásico juego de poder de Roman que aprendió de papá. Hace tiempo que me volví inmune a él.

Por fin levanta la vista.

—Entre otras cosas, sí.

—El sitio es bueno —digo—. Delilah tenía algunas ideas para maximizar la vista.

Sus fríos ojos grises me absorben.

—Ella lo hizo, ¿no?

Lo miro sin inmutarme.

—Sí. Es una arquitecta con mucho talento.

—Seguro que lo que te interesa es su talento arquitectónico.

No le confirmaré que me acuesto con ella, aunque lo sospeche, pero tampoco dejaré que menosprecie sus habilidades.

—Ella es excelente en lo que hace y lo sabrías si te molestaras en mirar alguno de los planos.

Baja la mirada hacia sus papeles.

—Ya no lo necesito. Ese es tu trabajo, y confío en que lo hagas bien.

—No creo que... —Me detengo cuando asimilo lo que dijo. Nunca pensé que escucharía esas palabras de mi hermano mayor.

—Solo asegúrate de que estás pensando con la cabeza bien puesta en esto, Cole. No podemos permitirnos ningún error, y no podemos permitirnos perder inversionistas. No a menos que queramos ser los que digan que la empresa se hundió bajo nuestro mando. —Me clava la mirada.

Ah, ese es más parecido al Roman que conozco. Aún así, no puedo evitar cuestionarme. Delilah ya me tiene haciendo cosas que normalmente no haría. ¿Me estoy dejando distraer de asegurar que la empresa se mantenga fuerte?

No, tengo todo bajo control. Delilah y yo estamos en la misma página. No hay nada que nos impida disfrutar del cuerpo del otro sin dejar de centrarnos en hacer nuestro trabajo, y no lo digo porque me muera de ganas de volver a tenerla a solas.

—Entiendo tus dudas, pero no tienes nada de qué preocuparte.

Me estudia unos segundos más y luego asiente.

—Hay algo más. Tenemos que adelantar dos semanas el plazo de presentación.

—¿Por qué?

Se echa hacia atrás en la silla y se frota los ojos con una mano.

—Acabo de recibir noticias del departamento jurídico. Hay nuevos requisitos para los estudios de impacto ambiental que afectarán a los emplazamientos de Dallas y Phoenix. No quiero anunciar un retraso si lo solicitamos y luego tenemos que hacer ajustes tras la solicitud. Así que...

—Así que lo solicitamos antes y recibimos información con tiempo suficiente para hacer ajustes y, aun así, volver a presentarlo a tiempo para cumplir nuestro plazo original.

Roman asiente.

—¿Puedes hacerlo?

El equipo es bueno. No tengo ninguna duda de que pueden lograrlo.

—Convocaré una reunión esta mañana y se los haré saber. No preveo ningún problema.

—Bien, avísame si surge algún problema —dice.

Me levanto y me enderezo los puños.

—No olvides que el fin de semana siguiente se celebra la Gala Filantrópica de Manhattan. No estaría mal ir con Jessica. Habrá mucha prensa ahí, y ser visto con la hija de Berrington enviará un mensaje a cualquiera que albergue dudas sobre la estabilidad de la empresa.

Si le preocupa que aparezca con Delilah del brazo, debería saberlo mejor. Dejando a un lado el fin de semana pasado, lo que ella y yo estamos haciendo permanecerá estrictamente a puerta cerrada.

—Sé lo que hace falta —digo, y me dirijo a la puerta, saliendo de su oficina y volviendo a la mía.

Me paso por la mesa de Samson y le pido que organice una reunión con los arquitectos, luego me siento en mi mesa para empezar a tratar varios asuntos que surgieron durante mi ausencia. Cinco minutos después, Samson me llama para decirme que programó la reunión para después de comer. Mientras espero la llamada de nuestra oficina en el Reino Unido, me tomo un segundo para pensar en ver a Delilah hoy. No lo había planeado, lo último que quiero es crear la expectativa de que esto es algo más que una relación física casual. Sin embargo, no puedo negar que la idea no me hace precisamente infeliz.

Visiones del viernes por la noche y del sábado por la mañana invaden mi cabeza, y la excitación hierve a fuego lento en mi sangre. Por suerte, suena mi teléfono y me distraigo. Al descolgar, se me dibuja una sonrisa en el rostro, y no es por hablar de las condiciones del mercado en Europa.

Tengo muchas cosas planeadas para Delilah en las próximas semanas. Espero que esté preparada.

Mientras ojeo los mensajes que Samson me reenvió, noto que Delilah entra en la sala de reuniones. Levanto la vista y veo que sus hermosos ojos verdes se posan en mí. Se ve muy sexy con una blusa de seda blanca desabrochada que deja ver un poco de escote y una falda lápiz que resalta su esbelta cintura y la curva de sus caderas. Mueve los labios antes de desviar la atención, como si temiera que alguien la sorprendiera sonriéndome.

Paul entra a continuación y decide sentarse a su lado. Entrecierro los ojos, Delilah no lo mira e inclina deliberadamente el cuerpo hacia el otro lado. Barro la habitación y encuentro a Bruce, el nuevo enlace de Elite con el proyecto, sentado al final de la mesa. Por suerte para Paul, cumplió lo prometido y Philippa desapareció silenciosamente de la oficina. Esperaba recibir una llamada de uno de los socios principales de Elite sobre la petición, pero no llegó ninguna, así que debió de pensar en una razón lo bastante convincente para echarla.

Aunque pensé que era lo suficientemente inteligente como para dejar Delilah en paz. No sé por qué piensa que sentarse a su lado es una buena idea, seguro que no cree que pueda recuperarla. La idea de que lo intente debería hacerme reír. Después de todo, Delilah es demasiado lista para darle más oportunidades. Pero cuando se acerca a ella, aprieto los dedos en torno al bolígrafo y siento el impulso repentino de ir hacia ahí, arrancarlo de la silla y echarlo de la habitación. Verlo intentar explicárselo a sus socios principales.

¿De dónde demonios vienen estos pensamientos irracionales? Sacudo la cabeza. Tengo que concentrarme en esta reunión, no en lo extraño de mis reacciones cuando se trata de Delilah.

Me aclaro la garganta y toda conversación en la mesa se apaga. Empiezo la reunión poniendo a todos al día del calendario actualizado del proyecto. Mirando directamente a Paul, menciono la visita que Delilah y yo hicimos el viernes a las instalaciones de Chicago y por la forma en que aprieta la mandíbula, tengo la sensación de que sospecha que durante el viaje hubo algo más que trabajo.

Tiene razón, por supuesto, pero me importa una mierda si sospecha algo. No puede hacer nada al respecto, salvo arrepentirse de sus actos.

Me limito a dedicarle una sonrisa fría que hace que apriete el puño sobre la mesa antes de bajar la vista a su bloc de notas y tomar el bolígrafo como si estuviera escribiendo.

Después de que todos me informan de sus planes para la semana que empieza, abro el turno de preguntas. Una vez terminada la reunión, me levanto y me dirijo a la puerta mientras el equipo recoge sus notas y me sigue a la salida.

Con la excusa de hacer una pausa para enviarle un correo electrónico rápido a Roman desde mi teléfono, espero a que Delilah salga de la habitación. Cuando sale y Paul camina a su lado, con la cabeza inclinada para hablarle directamente al oído, mis músculos se tensan. No estoy seguro de lo que le está diciendo, pero por la expresión rígida de su rostro, ella no parece muy feliz. Resisto el impulso de intervenir. Después de todo, a pesar de mis nuevos y desconcertantes sentimientos de posesividad, Delilah es más que capaz de cuidar de sí misma.

Se detiene frente a él, levanta una mano y le presiona el pecho, obligándolo a dejarle un poco de espacio. No puedo ver lo que dice, pero tiene la barbilla levantada y su delicada mandíbula es firme mientras habla. Paul frunce el ceño y se pasa la mano por la boca, pero asiente y da un paso atrás. Delilah sigue hacia el ascensor.

—Señorita West. ¿Puedo verla en mi oficina? —le digo.

Parece sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de que estoy ahí, pero asiente y cambia de rumbo.

Mis ojos se cruzan con los de Paul y, por la rabia que desprende, me doy cuenta de que sabe, o al menos sospecha, que me la estoy follando. No debería darme tanto placer, pero me lo da, y dejo que se me note en el rostro.

Sigo sonriendo mientras le doy la espalda y sigo a Delilah hasta mi oficina. Casi puedo sentir las dagas que me lanza por la espalda, pero me importa una mierda si está molesto o no. La cagó con Delilah. Dos veces. No la merece.

La alcanzo cuando se detiene frente a mi puerta.

—¿Qué quieres...?

—Adentro —le digo, abro la puerta de un empujón y la hago pasar con una mano en la espalda. No me molesto en comprobar si Paul sigue mirando.

En cuanto cierro la puerta, me giro y la aprieto contra ella, tragándome su jadeo mientras mis manos recorren sus curvas.

—Cole, ¿qué haces? —respira mientras mis labios rozan la suave piel de su cuello.

Enredo su cabello alrededor de mi puño e inclino su cabeza para que me mire.

—¿Qué te estaba diciendo Paul?

Ella parpadea.

—Preguntó qué pasó mientras estábamos en Chicago.

—¿Qué le dijiste?

Aprieta los labios.

—Le dije que considerando que él no creyó que yo tuviera derecho a saber que se acostaba con Philippa cuando estábamos juntos, no tiene derecho a saber con quién me acuesto cuando no lo estamos.

Esa es mi chica.

Jalo su cabeza hacia atrás y rozo con mis labios el punto del pulso que se agita en la base de su garganta.

—¿A qué hora terminas hoy?

—Probablemente trabajaré hasta las seis.

—Ven a casa conmigo esta noche. —Hago una mueca de dolor, incluso cuando me oigo decir las palabras. No llevo mujeres a mi ático. Es mi santuario privado, pero ahora que lo dije, no puedo retractarme. Si la llevo al hotel donde pasamos la primera noche, tendrá preguntas.

Pero resulta que no tengo que preocuparme por eso.

—No puedo esta noche. Voy a cenar con Alex, iré directamente desde el trabajo.

¿Me está dejando plantado para cenar con otro hombre?

—¿Quién es Alex? —Incluso para mí, mi voz suena más áspera que de costumbre.

—Mi compañera de apartamento. Tenemos una cita permanente para cenar los lunes. Extraña a su prometido, así que no quiero saltármela.

No sabía que mis músculos se habían tensado, pero ahora se relajan. Aunque no estoy especialmente feliz por no tenerla esta noche, lo que me preocupa es la reacción visceral que me produce la idea de que cene con otro hombre. Aunque estuve de acuerdo con su estipulación de mantener este acuerdo exclusivo, no esperaba que me molestara con quién pasaba el tiempo.

—Okey —digo secamente, la suelto y me dirijo a mi escritorio

Cuando me siento, sigue de pie junto a la puerta. Se mete la blusa por dentro y vuelve a estar arreglada. Por muy guapa que sea, prefiero verla con las huellas de mis caricias por todas partes.

—Mañana por la noche estoy libre —dice, con la cabeza ladeada mientras me estudia.

—Tengo planes. —Es verdad. También es algo que podría reprogramar, pero mis reacciones irracionalmente posesivas unidas a las anteriores palabras de advertencia de Roman hacen que de repente necesite refrenar mi deseo por ella, demostrarme a mí mismo que tengo esto bajo control.

Se queda ahí un momento, mirándome, e incluso ahora lucho contra el impulso de acercarme, meterle la mano por debajo de la falda y meter mis dedos en su calor resbaladizo.

—Tengo que irme —dice.

—Okey.

Duda otro segundo, pero cuando no digo nada más, se da la vuelta y sale por la puerta.

Me reclino en la silla y me pellizco el puente de la nariz.

¿Qué demonios me pasa?

23

Delilah

Alex deja su copa de vino.

—¿Rechazaste una noche en el ático de un multimillonario por mí? Me siento halagada, pero no deberías haberlo hecho.

—Sí, debería —digo, dándole un sorbo a mi vino—. Él es muy... abrumador, ¿sabes? Quiero decir, hacer algo así en primer lugar no es propio de mí. No puedo dejarme absorber completamente por él, porque me masticaría y me escupiría. Tampoco puedo permitirme fastidiar este trabajo.

Alex arruga el ceño.

—¿Entonces por qué lo haces?

Paso el dedo por el borde de la copa y suelto un suspiro.

—No estoy segura. Nunca había sentido algo así, ¿sabes? Nunca me he dejado llevar por nada ni por nadie. Siempre hice lo más inteligente.

Me pasé la vida alcanzando una meta tras otra, pero ese nivel de compromiso tiene un precio. No estaba segura de haber pensado dos veces en pagarlo hasta la primera noche que Cole me tocó. Él me mostró otra faceta de la vida que pasé por alto en mi empeño por asegurar el futuro económico de mi mamá y el mío propio.

—Sí, lo entiendo. Desde que te conocí has estado muy centrada en el trabajo, así que no odio la idea de que hagas algo que te saque de la oficina, pero...

Me pongo firme.

—¿Pero qué?

—Por más caliente que sea, y por mucho que me haya gustado que el multimillonario sexy te diera orgasmos múltiples, no puedo evitar desear que alguien que no fuera él hubiera barrido la alfombra debajo de ti. Después de todo lo que dijiste, no parece el hombre más disponible emocionalmente.

—Si es solo una aventura casual, ¿importa si está emocionalmente disponible?

La sonrisa de Alex es amable.

—Si pensara que se va a quedar en una aventura casual, estaría de acuerdo contigo, pero ya sabes cómo van estas cosas. Normalmente alguien mete sentimientos, y por lo que me dijiste, no parece que vaya a ser Cole.

Me detengo cuando el mesero nos trae la comida y nos pone delante los platos llenos de pasta. A pesar de lo delicioso que parece, no lo pruebo de inmediato.

—Estuve con Paul durante meses y no me enamoré de él.

Alex se traga el bocado que ya ha tomado y levanta las cejas mirándome.

—Yo no compararía exactamente a Paul con Cole.

Me río.

—Buen punto.

Alex cruza la mesa y me aprieta la mano.

—Mientras te diviertas y cuides tu corazón.

Le devuelvo el apretón.

—Lo hago. Estoy haciendo las dos cosas.

—Bien. —Vuelve a comer—. Entonces, ¿cuál es el plan? Lo rechazaste esta noche. ¿Aceptarás su próxima oferta? O tal vez deberías ir a su oficina mañana, cerrar la puerta y montarlo.

Resoplo.

—Eso podría ser un poco más avanzado de lo que soy capaz en este momento.

—Aprende haciendo, Dee. Aprende haciendo.

Hago girar los espaguetis alrededor del tenedor.

—Podría trabajar mi camino hasta esa lección.

—Eso suena bien. —Levanta su copa de vino con una sonrisa—. Bueno, por divertirse con un sexy multimillonario.

Vuelvo a reír y choco mi copa contra la suya.

—Salud por eso.

Y por vivir la vida más plenamente que nunca.

A la mañana siguiente, estoy dándole los últimos retoques a una imagen 3D exterior modificada cuando Paul se acerca. Pone una mano en mi mesa y se inclina sobre mí.

—Tenemos que hablar.

Levanto la vista hacia el rostro que antes me parecía guapo.

—¿Esto es por trabajo?

—Por supuesto. Esas fueron tus instrucciones, ¿no?

No me gusta el tono sarcástico de su voz, pero sigue siendo mi jefe de proyecto y tengo que ser madura al respecto.

—Okey —le digo, poniéndome de pie y bajándome la falda por los muslos. Me lleva a su despacho, que está en un rincón de la oficina abierta.

Me hace pasar y tomo asiento. En lugar de sentarse en su escritorio, se apoya en él y se cruza de brazos, mirándome.

—¿A qué estás jugando, Delilah?

Frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Cole King —sisea—. ¿Estás loca, o es solo tu manera de vengarte?

Me pongo de pie apresuradamente.

—Pensé que habías dicho que esto era por trabajo.

—Lo es. Si estás follando al cliente más grande que esta firma ha tenido, estás arriesgando nuestra reputación, y eso significa que estás arriesgando tu trabajo.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Es una amenaza?

—No, no es una amenaza. Solo digo que no es propio de ti tomar decisiones tan imprudentes.

—Bueno, tal vez ya es hora de que empiece a tomar decisiones imprudentes —digo.

—Suena como si las hubieras estado tomando desde la primera vez que terminamos. Por el amor de Dios, Delilah, te follaste a un cualquiera en un bar. Tal vez si me hubieras dado lo que le diste a él, no estaríamos en esta situación.

Tiemblo de rabia.

—¿De qué situación estás hablando? ¿Aquella en la que eres un idiota que me engañó y ahora no puedes soportar la idea de que yo pueda haber seguido adelante con alguien cien veces mejor que tú? ¿Cómo está Philippa, por cierto? Me sorprendió cuando Bruce asumió el papel.

Se aclara la garganta.

—Decidí que sería mejor que no estuviera aquí, y de todas formas le tocaba un permiso. —Su tono cambia, volviéndose más suave—. Estaba pensando en ti, Delilah. No quería hacerte más daño del que ya te hice. ¿No lo ves? Lamento lo que hice. Fue un terrible error y me arrepiento. No arriesgues tu trabajo solo para vengarte de mí. Sabes el tipo de hombre que es Cole. Te romperá el corazón peor de lo que yo podría. Todo lo que quiero es una segunda oportunidad contigo. Para mostrarte cómo cambié.

—Ya tuviste una segunda oportunidad, después de que terminaste conmigo porque no me metí en tu cama.

—Pero no te costó saltar a la cama con otro, ¿verdad? ¿Cole sabe que eres el tipo de mujer que sale a los bares a ligar con desconocidos?

Estoy tan molesta que casi suelto que Cole sabe muy bien que soy esa clase de mujer y que, desde luego, no tuvo ningún problema, pero me niego a ser tan poco profesional como Paul. En lugar de eso, hago la pregunta candente.

—¿Por eso me engañaste? ¿Porque me acosté con otro después de que terminaras conmigo? ¿Se suponía que era algún tipo de castigo?

Se cruza de brazos y mira por la ventana un momento, y al menos tiene la delicadeza de parecer avergonzado.

—Me debes la verdad —le digo.

Se gira hacia mí y sus hombros se hunden.

—No empezó de esa manera, para castigarte.

—¿Entonces cómo?

—Cuando estaba en la oficina de Londres, Philippa y yo nos enrollamos. Solo pretendía ser casual, y terminó cuando volví a casa. Entonces tú y yo empezamos a salir, pero cuando ella vino del Reino Unido, me dijo que quería continuar nuestra relación. Esperaba que las cosas progresaran entre tú y yo, pero obviamente no fue así. Como Philippa dejó claro que quería que siguiéramos donde lo habíamos dejado, decidí que lo mejor era terminar contigo.

—Así que mientras estábamos separados, tú y Philippa...

—Sí, pero Delilah, lo que Philippa y yo teníamos era solo físico. Después de que tú y yo nos separamos, te extrañé.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y fue entonces cuando decidiste disculparte y pedirme que volviera contigo? ¿Y entonces qué, se te olvidó avisarle a Philippa?

—No. —Se pasa la mano por el rostro—. Terminé con ella, pero entonces me dijiste que te acostaste con otro mientras estábamos

separados, y... —Se encoge de hombros con impotencia—. Intenté estar bien con eso, de verdad, pero estaba molesto. Philippa y yo estábamos trabajando hasta tarde una noche, y... bueno, ya sabes cómo pueden pasar esas cosas.

—No, no sé cómo pueden pasar cosas así. Porque yo nunca engañaría a alguien.

Frunce el ceño.

—Claro que no. Solo te follarías al cliente de tu empresa. Qué concienzudo por tu parte.

Ya tuve suficiente de su mezquindad. Tengo una respuesta a lo que pasó y no quiero volver a mirarlo a la cara. Me abro paso a empujones y salgo a la oficina principal, pero me detengo en seco cuando veo el cuerpo que hay junto a mi mesa.

¿Qué hace Cole aquí?

Paul me sigue fuera de su oficina y, obviamente, sin esperar que me detuviera justo fuera de ella, corre hacia mí, agarrándome de las caderas para estabilizarnos a los dos.

Los ojos de Cole se posan en las manos de Paul, y es como si cada músculo de su cuerpo se tensara, como un gato depredador a punto de atacar.

Doy un paso adelante y me suelto de Paul. Cuando le echo un vistazo por encima del hombro, veo que está intentando mirar fijamente a Cole.

Esto no es bueno.

Camino enérgicamente hacia mi escritorio.

—Señor King, ¿puedo ayudarte en algo?

Está mirando a Paul por encima de mi cabeza, pero al oír mis palabras, baja la mirada hacia mí. Sus ojos se entrecierran ligeramente.

—Vine a ver cómo van los nuevos planes para la construcción de Chicago.

No sé si creerle. Es la primera vez que baja a la oficina desde que estamos aquí; normalmente nos llama si nos necesita. Una parte de mí

está ridículamente emocionada ante la idea de que haya venido solo para verme. La otra parte está nerviosa por lo que pueda parecerle al resto de la oficina.

Aun así, le sonrío, esperando aliviar la tensión de sus ojos.

—Por supuesto, las tengo aquí si quieres verlas.

Asiente bruscamente y yo revuelvo la pila de planos de mi mesa hasta encontrar los que voy a modificar. Cole está a mi lado y me roza con el brazo. Paul merodea cerca, pero cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, frunce el ceño y vuelve a su oficina. El resto del equipo echa miradas furtivas, pero nadie me mira abiertamente.

Mientras señalo los cambios, siento un ligero roce de las yemas de los dedos en la parte posterior de mi muslo. Respiro y mi voz se entrecorta por un momento. Por suerte, mi mesa está pegada a una pared y las pantallas de mi ordenador bloquean la vista de la oficina.

—Continúa —dice, y yo me aclaro la garganta y hablo de los cambios estructurales que hice en el edificio para que pueda soportar el peso extra del tejado verde, así como de las modificaciones que sugerí durante nuestro viaje a Chicago, y mientras lo hago, su mano se desliza bajo mi falda y sus nudillos rozan mis bragas.

—Cole —susurro, incluso cuando sus dedos se deslizan bajo la tela. Suelto un suspiro tembloroso—. ¿Qué estás...?

—¿Qué estabas haciendo con Paul?

Antes de que pueda responder, me mete un dedo y necesito todo lo que tengo para contener el gemido que sale de mis labios. Mi mirada recorre la habitación y me alivia ver que todo el mundo volvió a su trabajo y nadie nos mira a Cole y a mí.

Cierro los ojos un segundo, preguntándome si está mal que disfrute con lo que me está haciendo en una oficina lleno de compañeros. Sobre todo porque oigo el hilo de acusación que recorre sus palabras.

Su dedo entra y sale de mí mientras miramos los planos que tenemos delante. Me cuesta encontrar las palabras.

—Estaba... eh... quería saber por qué sería tan imprudente como para acostarme contigo, y luego... y luego...

Suelto un pequeño gemido cuando añade un segundo dedo.

—¿Y luego qué, gatita? —Su tono es oscuro, seductor.

—Y luego le pedí que me explicara por qué me engañó.

—¿Te dio una buena razón?

Entrecierro los ojos hacia él.

—¿Alguna vez hay una buena razón?

No responde a la pregunta, solo me estudia, sus ojos se clavan en mis labios.

—¿Estás buscando una excusa para volver con él?

Empiezo a enderezarme, pero me mete los dedos y me veo obligada a apoyar las manos en el escritorio.

—No, claro que no.

Sus dedos dejan de moverse dentro de mí y se inclina más.

—Bien, porque aún no terminé con este dulce coñito. —Se inclina un poco más—. Y tengo planes para él.

Saca sus dedos, alisando la tela de mis bragas sobre mí.

—¿Puedes enseñarme las estimaciones? —pregunta, como si no hubiera estado metido hasta los nudillos.

Con las manos temblorosas, saco la hoja y la coloco encima de los planos, pero a él no le importan las estimaciones. Es solo una excusa para inclinarse y murmurarme al oído.

—Esta noche irás a mi casa, quédate hasta tarde, iremos directamente desde el trabajo.

—Pensé que tenías planes para esta noche.

—Tenía, ahora ya no.

—¿Qué pasa con el trabajo mañana? —pregunto.

Se ríe entre dientes.

—No te preocupes, no te mantendré fuera hasta muy tarde en una noche de escuela.

Bueno, eso responde a la pregunta que no hice. Obviamente no me quedaré a pasar la noche, y aunque no puedo evitar el dolor instintivo que siento porque solo me quiere para una cosa, soy muy consciente de que eso es para lo que me apunté. Por no mencionar que aún siento un hormigueo por la sensación ilícita de tener sus dedos dentro de mí delante de mis compañeros de trabajo, y necesito que termine lo que empezó.

—Di que sí —me murmura al oído mientras otro ligero roce me acaricia el muslo.

—Sí, Cole.

Lo miro a tiempo de ver cómo se le levantan las comisuras de los labios y le brillan los ojos, provocándome un delicioso escalofrío.

No me está usando, nos estamos usando el uno al otro.

¿Y quién iba a decir que podría sentirse tan bien?

24

Cole

Cuando esa noche entro en la oficina del equipo de arquitectos, es lo bastante tarde como para que el lugar esté vacío. Excepto Delilah. Está sentada en su mesa y me detengo un momento a observarla.

Lleva el cabello largo y oscuro recogido en una coleta y algunos mechones sueltos le caen hacia adelante para enmarcarle el rostro mientras mira lo que está haciendo. Tiene el labio inferior entre los dientes y el ceño ligeramente fruncido mientras se concentra.

Es jodidamente hermosa, y mi polla se agita en mis pantalones mientras anticipo las horas que vendrán, pero no me muevo de donde estoy merodeando en la puerta. Mi comportamiento de esta tarde me está confundiendo. Decidí refrenar mi atracción por ella, pero después de no verla anoche, las ganas de verla hoy se apoderaron de mí. Cancelé la cena que tenía prevista con uno de mis antiguos compañeros de la universidad e hice algo que no había hecho desde que su equipo se mudó al edificio. Fui a verla.

Las miradas que recibí al entrar me recordaron por qué rara vez me mezclo con los trabajadores. Todos se pusieron rígidos ante mi presencia y se apresuraron a parecer lo más ocupados posible. Me dirigí a la mesa vacía de Delilah, preguntándome dónde estaría y qué debía hacer ahora que yo estaba ahí y ella no.

Fue entonces cuando salió de un despacho cercano al fondo de la sala, con un aspecto de puta fantasía, con una falda que se ceñía a sus caderas antes de ensancharse para coquetear con sus muslos, y una blusa rosa pálido que dejaba entrever el más mínimo atisbo de encaje bajo ella.

Pero cuando Paul salió y se colocó detrás de ella, con las manos agarrándole las caderas, una oleada de posesividad se abatió sobre mí.

Rara vez he sentido el impulso de golpear a alguien. En mi posición, la gente no suele atreverse a llevarme la contraria, pero ver a Paul tocándola, tocando lo que yo ya había reclamado como mío, aunque solo fuera temporalmente, me hizo enrojecer como nunca lo había hecho.

Y ahora aquí estoy, observando su trabajo como si fuera un loco.

Suficiente.

Me acerco a su mesa. Ella se sobresalta al verme y se lleva la mano al pecho, luego suelta una ligera carcajada.

—Me asustaste.

—Quizá deberías tener miedo —le digo.

Me mira con expresión juguetona.

—¿Debería? ¿Por qué, señor King?

Me inclino sobre ella, apoyando una mano en su escritorio y la otra en el respaldo de su silla.

—Porque antes de que acabe la noche, voy a hacerte gritar.

Sus labios se entreabren, sus pupilas se dilatan y su voz se reduce a un susurro.

—¿Debería huir, entonces?

Me inclino aún más y gruño.

—Yo no lo recomendaría.

Ella suelta un suspiro.

—Eres bueno en esto.

Me enderezo con una sonrisa de satisfacción.

—Te enseñaré lo bueno que soy cuando vayamos a mi casa. Así que vamos, antes de que te doble sobre esta mesa y te folle aquí mismo.

Se levanta apresuradamente.

—Diría que estás bromeando, pero a estas alturas no me extrañaría.

—Chica lista.

Me lanza una sonrisa que le traerá problemas, pero no digo nada. Espero a que recoja sus cosas, le pongo la mano en la espalda y la guío hacia la puerta.

Jonathan tiene el auto esperándonos fuera. Delilah mira a su alrededor mientras él le abre la puerta, como si le preocupara que alguien pudiera vernos. Comprendo su preocupación, pero es poco probable que nadie, aparte de mis hermanos y sus asistentes, merodee a estas horas, y no me preocupan sus opiniones.

Pero, por suerte para ella, no intenta cambiar de opinión, se desliza en el asiento trasero y me mira mientras la sigo.

Cuando Jonathan pone el auto en marcha, mi mirada sigue clavada en la de Delilah; no puedo apartarla. En mi mente revolotean visiones de ella tendida ante mí en la cama, y de las cosas que puedo hacerle. Un menú del que puedo elegir. Sorprendentemente, la idea de tenerla en mi propia cama no me perturba tanto como esperaba.

La idea de verla extendida sobre mis sábanas de seda negra, o su rostro enterrado en una de mis almohadas mientras la follo por detrás, hace que la sangre suba a toda velocidad. Estoy a punto de alcanzarla cuando el timbre de su bolso rompe la conexión entre nosotros.

Busca y saca su teléfono, sus ojos se desvían hacia mí.

Levanto una ceja.

—Puedes contestar. —Al menos así sabré si es un hombre o no.

—Gracias. —Desliza la pantalla y se la lleva a la oreja—. Hola, mamá.

Me relajo, aunque para empezar no sabía que estaba tenso.

—Oh... estoy... de camino a casa de un amigo —dice, y sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

Sonrío para mis adentros y me giro hacia la ventanilla, dándole toda la intimidad que puedo, pero no puedo evitar oír su conversación en los estrechos confines del auto. Renuncio a intentar no escuchar.

—Ya me conoces, me gusta estar ocupada —dice. Luego se ríe—. Puede que no salga de fiesta todas las noches, pero no me encierro exactamente en casa.... no. Todavía no salgo con nadie —dice, y baja la voz—. Mira, mamá, ya casi estoy en casa de mi amigo, así que probablemente debería colgar. Te llamaré esta semana. —Se queda callada un segundo—. Yo también te extraño. Organizaré un vuelo a casa en cuanto pueda y podremos pasar el fin de semana juntas. Okey. Yo también te quiero. Adiós, mamá.

Me sorprende la calidez y el afecto genuinos en su voz. ¿Alguna vez le hablé así a alguno de mis papás? Quizá cuando era joven. Antes de darme cuenta de que nos consideraban a mis hermanos y a mí meros peones de su legado genético.

—Lo siento —dice mientras mete el teléfono en el bolso.

—No hace falta que te disculpes. —Me aclaro la garganta—. ¿Tú y tu mamá son cercanas?

Ella sonríe, sus ojos se suavizan.

—Sí. Siempre hemos sido ella y yo. Somos la mejor amiga la una de la otra.

—Antes mencionaste que tu papá no estaba en la foto. —No lo planteo como una pregunta -aunque lo es-, así que me sorprendo cuando, tras una pequeña pausa, responde.

—Mamá se quedó embarazada de mí cuando tenía dieciocho años. Él era mayor que ella, pero no le interesaba formar una familia. Al menos, no con nosotras. —Su voz es despreocupada, casi frívola, pero la sombra de sus ojos me dice que su tono es mentira.

—¿Lo ves?

—Lo veía de vez en cuando por la ciudad cuando era pequeña, pero no desde que tenía dieciséis años.

—¿Qué pasó cuando tenías dieciséis años?

Se encoge de hombros.

—Nada en particular. Simplemente pasó junto a mí en la calle.

La ira creciente me aprieta las costillas.

—¿Te habló? ¿Te reconoció?

Desvía la mirada antes de volver a mirarme.

—Me vio, pero siguió su camino. Se subió a su Mercedes y se fue. No esperaba nada diferente.

Aflojo conscientemente los puños que mis manos han cerrado sin darme cuenta. No tengo muchas cosas buenas que decir de mi papá, pero tengo aún menos que decir sobre el de Delilah.

—Yo diría que estabas mejor sin él.

—Me gusta pensar que sí —dice, mostrándome una pequeña sonrisa que hace que mi corazón haga algo raro en mi pecho.

—¿A qué se dedica tu mamá?

—Es peluquera. —Delilah se toca distraídamente el extremo de la coleta, e imagino que probablemente su mamá le cortaba el cabello cuando era más joven.

Asiento, pero en lugar de continuar la conversación, miro por la ventana. No suelo hacerles tantas preguntas a las mujeres con las que estoy. Mi interés por Delilah es... inusual. Quizá porque es diferente de las mujeres con las que me acuesto normalmente. Considerando que la mayoría de ellas son parte de una esfera social donde la apariencia lo es todo, la vulnerabilidad es considerada una debilidad letal, y el amor... bueno, el amor es una transacción.

Pero esta noche no se trata de conocernos. Se trata de una cosa y solo una cosa. Cuanto menos compartamos sobre nuestras vidas privadas, más fácil será para ella mantenerlo claro en su mente.

Recorremos el resto del trayecto en silencio. Mi ático no está lejos de la oficina, y me alegro porque tengo ganas de despojarla de esa ropa y terminar lo que empecé esta tarde en su oficina.

Cuando nos estacionamos frente a mi edificio y Jonathan abre la puerta a Delilah, ella sale con elegancia y se detiene a mirar el edificio y luego los árboles de Central Park que se alzan al otro lado de la calle.

Su mirada se cruza con la mía.

—Sabía que eras rico, pero.... —Vuelve a desviar la mirada hacia el enorme edificio de acero y cristal que se eleva hacia el cielo—. A veces la realidad supera la imaginación.

Me lo imagino a través de sus ojos. Por lo que me ha contado, su mamá luchó por darle lo que necesitaba, por mantener un techo seguro y cómodo sobre sus cabezas, y ahora estoy a punto de llevarla a mi ático multimillonario que compré sin pensarlo dos veces.

No me avergüenzo de mi riqueza -¿por qué iba a avergonzarme?-, y, sin embargo, en este momento siento algo que nunca había sentido. No vergüenza, sino quizás el deseo de que alguien hubiera estado ahí para ayudar a su mamá y a ella cuando estaba creciendo.

Alguien como su papá.

Me dan ganas de averiguar quién es y a qué se dedica, de saber si puedo hacerle la vida un poco más difícil. Hago una nota mental para que Samson lo investigue mañana. No está de más averiguar su nombre y ver a qué se dedica.

El portero nos está observando atentamente, esperando para entrar en acción, así que me dirijo hacia él. Apenas he dado un par de pasos cuando me doy cuenta de que Delilah no está a mi lado. Está mirando de nuevo a Central Park, con una leve sonrisa en el rostro mientras ve pasar a una pareja tomada del brazo e inclinando la cabeza para reírse de algo.

Le tiendo la mano y la entrelazo con la suya. Su mirada se desvía de la pareja hacia donde están unidas nuestras manos y luego hacia mi cara. La curva que se dibuja en sus labios y la forma en que sus dedos se enroscan alrededor de los míos me provocan una extraña sensación de calor.

Me aclaro la garganta.

—Vamos —digo, bruscamente.

Como era de esperar, el portero salta hacia adelante, abre la puerta y se quita el sombrero ante nosotros.

—Buenas noches, señor, señorita.

Le hago un gesto con la cabeza.

—Buenas noches, Jeffrey.

—Hola. —Delilah le dedica una sonrisa que hace enrojecer sus arrugadas mejillas.

Refunfuño para mis adentros y la jalo.

Subimos a mi ático en mi ascensor privado y, cuando las puertas dan directamente a mi vestíbulo, oigo su respiración entrecortada. Solo cuando la conduzco afuera me doy cuenta de que aún la llevo de la mano.

Aprovecho la excusa de quitarme el saco para soltarla, pero ella no parece darse cuenta. El vestíbulo da directamente a la sala de estar abierta, y ella está concentrada en la vista del parque y el brillo del perfil de la ciudad, ambos visibles desde los ventanales del suelo al techo que bordean la habitación.

—No puedo creer que puedas contemplar estas vistas todos los días —dice.

Me pongo a su lado.

—Te acostumbras después de un tiempo.

Levanta la cabeza hacia mí.

—Es una pena. —Cuando no respondo, pasa a mi lado y se queda con la boca abierta—. Oh, Dios.

El salón principal es enorme, elegante y moderno, con techos altos, suelos de madera y costosas obras de arte colgadas en las paredes. La cocina se ve en el otro extremo de la sala. Es de un blanco impoluto, con electrodomésticos de última generación que nunca se usan porque cocinar no es una de mis habilidades.

Delilah se gira hacia mí.

—Tu casa es hermosa, Cole.

—Entonces mi diseñadora de interiores se ganó su paga. —No me molesto en mencionar que este lugar nunca se ha sentido como un

hogar, pero entonces, no estoy seguro de si cualquier lugar en el que he vivido se ha sentido de esa manera.

Delilah pone los ojos en blanco y se ríe suavemente. El sonido me provoca cosas que no son nada suaves.

La tomo, la acerco y dejo caer mi cabeza para que mis labios rocen la curva de su cuello y pueda respirarla. Mi polla, ya endurecida, se hincha aún más al sentirla contra mí.

No quiero hablar de mi apartamento, o de su familia. Definitivamente no quiero hablar de *mi* familia. Solo quiero esto. Su cuerpo y el mío. Juntos.

Y no voy a esperar ni un minuto más.

Hago un nudo en el condón y lo tiro a la basura. Cuando me doy la vuelta para salir del baño, me miro en el espejo. Una fina capa de sudor cubre mi cuerpo, y el brillo de satisfacción en mis ojos tiene todo que ver con los orgasmos que he tenido en las últimas dos horas, y aún más, los que le he dado a Delilah.

Aunque me corrí hace solo unos minutos, pensar en ella acostada y desnuda en mi cama me vuelve a poner duro.

Es tarde y probablemente esté cansada, pero creo que puedo arrancarle otro orgasmo antes de enviarla a casa. Salgo del baño, pero me detengo cuando veo a Delilah de pie junto a la cama, subiéndose la falda por la curva del trasero.

Ya lleva puesto el sujetador y, mientras la miro, se pone la blusa.

Cruzo los brazos y apoyo el hombro en el marco de la puerta.

—¿Vas a alguna parte?

Me mira por encima del hombro, con una sonrisa tímida en los labios.

—Creo que cinco es probablemente mi límite, y no quería....

—¿Qué? —pregunto.

Se da la vuelta.

—Me he quedado demasiado tiempo.

Quiero ir hacia ella, desnudarla de nuevo y volver a tirarla sobre mi cama, pero no lo hago. Porque es tarde, y ella tiene razón. Ya debería estar saciado de ella. Puede que el objetivo sea sacármela de encima, pero es obvio que eso no ocurrirá en una sola noche.

Así que, en lugar de hacer lo que me apetece, asiento con la cabeza y me dirijo a mi cómoda para tomar un pantalón de pijama.

Nos vestimos en silencio. Aunque normalmente no tengo ningún problema con la parte de la noche que implica enviar a una mujer a casa, hay algo que no me gusta, y no saber lo que es o por qué lo siento me irrita.

—Okey —dice Delilah, sacándome de mi ensoñación—. ¿Todavía está bien que me lleven a casa, o sería mejor llamar a un Uber? Es muy tarde, no quisiera despertar a Jonathan.

—No te preocupes por Jonathan. Le pago un buen sueldo para que esté disponible siempre que lo necesite, y además —añado—, no me fiaría de un auto compartido contigo. Sobre todo a estas horas de la noche.

Una suave sonrisa curva sus labios. Se acerca a mí, se pone de puntillas y me roza la mandíbula con los labios.

—Gracias.

Algo caliente y potente me recorre las venas, le rodeo la cintura con el brazo y la atraigo hacia mí, estrechando su cuerpo contra el mío. Quiero besarla, pero no lo hago. Las emociones que Delilah despierta en mí son desconocidas, me hacen sentir fuera de control, y no me gusta sentirme fuera de control. Así que dejo caer la cabeza y respiro su aroma, el tenue aroma del perfume de flores silvestres que aún perdura en su piel. Luego la suelto.

—Llamaré a Jonathan y le diré que se reúna contigo afuera.

—Está bien, lo esperaré abajo.

Tomo una camiseta, pero Delilah me detiene.

—No tienes que bajar conmigo, estoy bien esperando sola. —Se da la vuelta y sale del dormitorio.

Tras dudar un momento, vuelvo a meter la camiseta en el cajón y la sigo. Caminamos por mi enorme apartamento hasta llegar al vestíbulo y a mi ascensor privado.

Pulso el botón y las puertas se abren sin ruido. Me mira y me dedica una sonrisa un poco torcida.

—Gracias. Por lo de esta noche. Me divertí.

Se me escapa una carcajada.

—Creo que necesitas más práctica en esta parte.

Ella gime y se cubre el rostro con las manos, luego se ríe también.

—Puede que tengas razón.

Cedo al impulso que me oprime el pecho y la agarro por la cintura, empujándola hacia atrás hasta que se apoya en la pared junto al ascensor. Luego le rodeo el esbelto cuello con la mano y uso el pulgar para inclinar su rostro hacia el mío. Tomo su boca como quería hacerlo antes. Las puertas del ascensor se abren a nuestro lado, pero las ignoro.

Su sabor es embriagador. Como la mejor cosecha de mi bodega, y si pudiera, me pasaría el resto de la noche emborrachándome con ella, pero antes de hacer algo de lo que me arrepentiré por la mañana, separo mi boca de la suya y golpeo el botón que hay junto a nosotros, haciendo que las puertas vuelvan a abrirse.

Doy un paso atrás y la observo de pie, con la espalda pegada a la pared, el pecho subiendo y bajando, y la boca hinchada por la intensidad de mi beso. Luego parpadea, se lame los labios hinchados y suelta un suspiro tembloroso antes de despegarse de la pared y entrar en el ascensor.

Su mirada sostiene la mía.

—Buenas noches, Cole.

—Buenas noches, Delilah. —Mi voz sale ronca.

Y entonces ella se va, y mi apartamento está de repente vacío.

25

Delilah

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —Me meto el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras dejo caer la bolsita de té en la taza y vierto el agua caliente. Es viernes por la noche y, como Cole tiene planes, decidí salir de la oficina a una hora normal, relajarme en casa y llamar a mamá. Teniendo en cuenta lo distraída que estuve con el trabajo y con Cole durante las dos últimas semanas, no hemos hablado tan a menudo como de costumbre.

—Por fin Llegó un libro que tenía pendiente desde hace semanas en la biblioteca, así que voy a tomarlo mañana por la mañana y me pasaré todo el fin de semana devorándolo —dice mamá.

Me río.

—Suena perfecto.

Ella suspira feliz.

—¿Verdad que sí? Algún día, cuando tenga la casa de mis sueños, me aseguraré de que tenga su propia biblioteca. Una con una escalera para llegar a los estantes superiores.

—¿Y un asiento en la ventana?

—Por supuesto. Un asiento en la ventana es esencial para cualquier biblioteca doméstica. Ah, y tiene que ser un mirador con vistas a un hermoso jardín.

Este es un juego al que jugamos mi mamá y yo. Empezó cuando era joven y una de mis amigas me señaló una casa grande y hermosa que había detrás de una verja negra de hierro forjado y me enumeró con

envidia todas las cosas lujosas que debía haber dentro. Ella no sabía que la casa pertenecía a la familia de mi papá, pero yo sí. Mamá siempre fue sincera conmigo, y eso incluía responder a mis preguntas cuando empecé a preguntar por mi papá.

Cuando vi a mamá aquella tarde y se lo mencioné, me sentó y me dijo que una casa puede ser grande y bonita y estar llena de cosas caras, pero eso no significa que esté llena de amor, y entonces, juntas, empezamos a soñar con todas las cosas maravillosas que pondríamos en la casa de nuestros sueños. Una que estaría llena de todo lo que nos daba alegría.

Y lo seguimos haciendo hoy en día.

Después de charlar un rato más, me despido de mamá e inmediatamente me dirijo a mi pequeño escritorio en la esquina de la habitación. Saco los planos que guardo enrollados dentro de un porta documentos y los extiendo sobre mi escritorio.

Mamá no lo sabe, pero describir la casa de nuestros sueños aquel día encendió mi deseo de ser arquitecta. Quería ser yo quien diseñara la casa perfecta de mi mamá. Durante la preparatoria, solía garabatear ideas en el reverso de mis libros de texto. Cuando empecé la universidad y adquirí los conocimientos necesarios, empecé a dibujarlas. La idea de sorprenderla algún día con los planos y, con el tiempo, tener dinero suficiente para construirla para ella, fue el sueño que me hizo seguir adelante durante años de estudio, y después, el duro trabajo para conseguir mi licencia.

Imaginar su felicidad cuando por fin pueda vivir en la casa de sus sueños -una que superaría con creces la casa en la que vivió mi papá cuando yo era joven, porque estaba llena de todo lo que ella amaba-, siempre me hizo feliz.

Hago algunos cambios en el plano que tengo delante. Ya he añadido una biblioteca, ya que es algo que ella mencionó antes, pero ahora quiero hacerla más grande y añadir el mirador. Esta no es la primera versión que hago de la casa de mamá. Hice bastantes variaciones a lo largo de los años. A medida que aumentaban mis habilidades y se me ocurrían ideas diferentes, o cuando mamá mencionaba algo que le gustaría y que yo aún no había pensado, iba haciendo cambios.

Estoy tan enfrascada en perfeccionar la biblioteca de mamá que no me doy cuenta de que Alex está en casa hasta que habla detrás de mí.

—¿Trabajando en la casa de tu mamá otra vez?

Dejo el lápiz de dibujo y me estiro antes de girarme hacia ella.

—Quiero que esté perfecta para cuando por fin tenga el dinero para construirla para ella.

Me mira por encima del hombro.

—A mí me parece perfecta.

—Está llegando. —Enrollo los planos y los vuelvo a guardar en el rincón. Luego me levanto y me dirijo al sofá mientras Alex busca en la pequeña cocina, preparando una cena con sobras. Más o menos lo que yo hice hacía varias horas.

—¿No vas a pasar la noche con tu amante esta noche? —pregunta mientras mete comida china de hace un par de días en el microondas.

—No. Tiene algún tipo de evento al que tiene que asistir esta noche.

—Hacía unas semanas que no teníamos un viernes por la noche juntas —dice.

Hago una mueca.

—Lo sé. Lo siento. He sido una mala amiga.

—No, no lo eres. Solo estoy bromeando. Es bueno que estés recibiendo algo tan regularmente. Al menos una de nosotras sí. —Suena el microondas y ella saca el plato humeante de comida, luego se acerca y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Jaxson tiene planes para visitarte? —pregunto.

Suspira.

—No por un tiempo. Está ocupado atendiendo eventos de relaciones públicas y luego estarán en el estudio para grabar su álbum.

—¿Dijo algo más sobre sus planes? ¿Siguen pensando en mudarse a Los Ángeles?

Los hombros de Alex se hunden un poco.

—Todavía lo están debatiendo. Tiene sentido que estén ahí, pero los cuatro han vivido en Nueva York toda su vida. Es una gran decisión.

—Y estás tú. No olvides que tú también eres su futuro, no solo su música. ¿Le dijiste cuánto lo extrañas?

Alex se muerde el labio.

—Intenté ocultarlo. Quiero que Jaxson haga lo correcto para él y su banda sin preocuparse por cómo me siento, pero, sinceramente, esta pequeña prueba de tener una relación a distancia fue más dura de lo que esperaba.

—¿Qué hay de tu idea de conseguir un trabajo en la oficina de Los Ángeles?

—Pregunté al respecto, pero no tienen ningún puesto disponible. Puede que se abra algo en el futuro, pero de momento nada.

—¿Considerarías unirte a otra empresa?

—Si tengo que hacerlo. Supongo que esperaré hasta que los chicos se decidan sobre lo que van a hacer, y entonces decidiré.

Me acerco y la abrazo.

—Lo siento. Sé que es duro y que lo extrañas. No debería haberte dejado aquí sola tanto tiempo.

Alex levanta la mano y recupera su sonrisa habitual.

—No lo hiciste, y no es que esté acurrucada en la cama llorando. Sí, lo extraño, pero hablamos todas las noches y tengo mis clases, y no es que seas mi única amiga. —Me da un golpe en el estómago—. Salgo mucho con mis otras amigas. Eso no significa que no monopolice tu atención y que me pongas al día de lo que pasa con el alto, oscuro, rico y guapo cuando estás aquí.

Estiro las piernas delante de mí.

—No sé si hay mucho de qué ponerte al día. Voy a su casa. Tenemos sexo. Vuelvo a casa.

Alex me mira con escepticismo.

—En las últimas dos semanas, has estado en su casa casi cada dos noches. Debe de haber algo más que sexo.

—No sé, quiero decir... ¿recuerdas que mencioné que él es abrumador? Bueno, lo es, y a veces es difícil separar lo que es él siendo el hombre que es, de que sienta algo más que lujuria. De vez en cuando hace algo que me hace pensar que podría haber algo más entre nosotros, pero al minuto siguiente hace algo que me recuerda que para él esto es solo sexo casual.

Alex sorbe un fideo.

—Tal vez él todavía está trabajando en cómo se siente.

—O tal vez yo estoy leyendo demasiado en las cosas, y así es como es con las mujeres con las que se acuesta: intenso.

—Bueno, ¿tú qué sientes por él?

Es una pregunta capciosa que he evitado hacerme deliberadamente. Quiero creer que puedo mantener esto entre Cole y yo solo físico. Que puedo disfrutar de lo que me ofrece, sabiendo que un día terminará y él se irá sin pensarlo dos veces, pero lo que le dije a Alex es cierto. Es intenso, y su actitud ocasional de frío y calor me da latigazos.

Está encima de mí cuando estoy con él, repartiendo orgasmo tras orgasmo hasta que me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo caminar, pero en cuanto llega el momento de irme, se queda frío. Desde aquella primera noche, no me besa cuando me voy. Me besa mucho mientras estamos desnudos y retorciéndonos juntos en su cama o en su sofá o en su mesa de comedor, pero cuando estoy vestida y a las puertas del ascensor, lo único que recibo es una fría despedida.

Eso debería ser más que suficiente para mantener mi corazón en secreto, pero hay algo en la forma en que su mirada se detiene en mí hasta que se cierran las puertas del ascensor que hace que mi corazón haga locuras, y también hay otros momentos. Cuando veo una de sus raras sonrisas o escucho una de sus aún más raras carcajadas. Cuando me pasa los labios por el cuello con ternura o traza el contorno de mi boca con la punta del dedo, como si memorizara su forma.

Es confuso. *Él* es confuso.

—Creo que si seguimos así, existe la posibilidad de que me enamore de él —admito.

Alex deja de comer, y una línea se forma entre sus cejas.

—Entonces, ¿tal vez deberías dejarlo? Sobre todo si no te dio ninguna señal de que quiera que esto se convierta en algo más.

—Apenas pasaron unas semanas y aún no estoy segura de estar lista para dejarlo. Si siento que me estoy acercando al punto de no retorno, será entonces cuando le diga que creo que deberíamos dejarlo.

El ceño fruncido de Alex revela su preocupación, pero no me presiona al respecto.

—¿Cuándo se supone que vas a volver a verlo?

—Iré a su casa mañana por la noche, pero estaba pensando que tal vez tú y yo podríamos salir a comer antes.

Ella asiente.

—Me gustaría.

Encendemos la televisión y nos enganchamos a una nueva comedia romántica, pero al final, mi mente se desvía hacia Cole, como me pasa a menudo estos días. Sonrío al pensar en la noche de mañana y en lo bien que me hará sentir. Disfrutaré del increíble sexo mientras pueda, porque sé muy bien que entregarle mi corazón a un hombre como Cole es un riesgo, un riesgo que no puedo correr.

Aunque, por la forma en que se mis mariposas revolotean en mi estómago al pensar en volver a estar con él, es posible que ya haya empezado a bajar por esa pendiente resbaladiza.

26

Cole

Tan pronto como salgo de la limusina, los flashes de las cámaras estallan en mi cara. Extiendo una mano hacia el interior del auto para ayudar a Jessica a salir. Sus fríos dedos rodean los míos y me sonríe al salir, con un vestido tan escotado que resulta indecente. Me mete la mano en el codo y me acompaña mientras nos dirigimos a la entrada.

—Es bueno saber que te acordaste de mi número de teléfono —me dice cuando por fin entramos. Sabía que estaba pensando en algo. Jessica nunca fue la persona más cálida. No es algo que me haya molestado antes, pero el hielo que salía de ella en la limusina era palpable.

Teniendo en cuenta que nunca ha habido nada entre nosotros -aparte del beneficio de la conveniencia-, no sé por qué finge estar molesta por eso.

—¿Hay algo que quieras decir? —No oculto el aburrimiento en mi voz. Últimamente insiste mucho y sabe que no me interesa.

Ella hace un mohín, pero yo solo enarco una ceja.

Se le escapa un suspiro.

—Es que pasó tiempo —dice—. Me decepcionó que no nos pusiéramos al día cuando estuviste en Chicago. Tenía planes para esa hermosa habitación de hotel y esa cama tan grande que tienes. Pensé que no irías cuando no supe de ti, pero luego apareciste con esa... arquitecta tuya.

La irritación estalla.

—Delilah está trabajando en el hotel de Chicago. La llevé para que viera el lugar. No iba a dejarla en su habitación de hotel mientras yo salía.

—Lo entiendo. Es linda. Espero que hayas aprovechado esa cama grande como Tom y yo.

No quiero que Jessica ponga sus garras en Delilah. Sé lo despiadada que puede ser. Si de alguna manera ha malinterpretado la realidad de nuestro acuerdo, lo último que quiero es que vea a Delilah como una rival potencial.

La atravieso con la mirada y no digo nada. Ella capta el mensaje.

—Como sea, Tom y yo lo pasamos muy bien.

—Me alegro de oírlo. ¿Vamos? —La acompaño a nuestra mesa.

Los discursos duran una eternidad y mi mente divaga. Imágenes de Delilah se abren paso en mis pensamientos. ¿Qué estará haciendo esta noche? ¿Estará pensando en las cosas que pienso hacerle la próxima vez que la tenga a solas? Si salgo lo bastante temprano, Jonathan puede pasar por delante de su casa después de dejar a Jessica y yo puedo llevármela a mi ático, acostarla en mi cama y saciarme de ella.

Me muevo en la silla mientras mi polla se endurece. Este no es el mejor lugar para tener una erección, no cuando tengo que dar un discurso pronto.

Una mano se posa en mi muslo y se desliza hacia arriba. Agarro a Jessica por la muñeca justo cuando llega al punto en el que estoy tensando la tela de mis pantalones de esmoquin. La aparto de mí, pero cuando la miro, tiene una sonrisa tímida en el rostro.

—¿Estás pensando en lo que va a pasar cuando esto termine? —Su voz es un susurro ronco en mi oído.

Lo hago, pero no como ella piensa.

—No pasará nada después de que esto termine.

Sus ojos se encienden.

—¿Qué pasa, Cole? No es propio de ti rechazar tener sexo sin compromiso.

—No pasa nada. Tú y yo no tenemos una relación. No nos hicimos ninguna promesa. Si yo quiero follar y tú quieres follar, follamos, pero eso es todo, y esta noche, no me interesa.

Sus ojos se entrecierran y se vuelven azules como el hielo.

—¿Tiene esto que ver con...

Mi dura mirada es suficiente para hacerla callar. El hombre del podio está terminando su discurso, así que empujo hacia atrás mi silla y me pongo de pie, luego me dirijo a la parte delantera de la sala. En cuanto termine, me voy. Hablaré con Jessica para ver si quiere que la lleve o si quiere quedarse aquí y mezclarse, quizá encontrar a otro hombre que le pique el gusanillo esta noche, y luego iré a buscar a Delilah, la llevaré a casa y cederé a mi antojo.

Es ese pensamiento el que me hace sonreír cuando subo al escenario. Mi discurso versa sobre el compromiso del King Group con la responsabilidad social y nuestra dedicación a influir positivamente en el mundo a través de nuestra fundación benéfica. Sin embargo, teniendo en cuenta los recientes acontecimientos, tengo que abordar el elefante en la habitación antes de lanzarme al núcleo de mi discurso. Reconozco la gravedad de la detención de mi papá y subrayo que, a pesar de las acciones del anterior Director General, el King Group se compromete a operar con transparencia e integridad.

Veinte minutos después, mientras los aplausos recorren la sala, saludo al público con la cabeza, bajo del escenario y me abro paso entre las mesas hasta llegar a Jessica y su expresión ilegible.

En lugar de sentarme, me inclino y le murmuro al oído.

—Ya me voy. ¿Quieres que te vaya a dejar, o te vas a quedar?

Me estudia, se limpia los labios con la servilleta y se levanta.

—Te agradecería que me dejaras.

No estoy seguro de confiar en esta versión más apagada de Jessica, pero estoy demasiado ocupado pensando en lo que le haré a Delilah

como para preocuparme por lo que le pasa. Suena cruel, pero nunca ha habido intimidad emocional entre ella y yo. No empezaré a complacerla ahora que está molesta porque no quiero acostarme con ella.

Cuando salimos, todavía hay algunos fotógrafos acérrimos merodeando probablemente con la esperanza de conseguir una foto del desenfreno de los ricos y famosos que llenan el salón de baile. Me dirijo a zancadas hacia donde Jonathan está estacionado esperándonos, pero aminoro el paso cuando me doy cuenta de que Jessica se está tomando su tiempo, asegurándose de que los fotógrafos tomen muchas fotos.

Por fin llegamos al auto, pero antes de que pueda abrirle la puerta, Jessica me detiene con una mano en el hombro. Impaciente, me doy la vuelta y ella me rodea el cuello con los brazos y golpea sus labios contra los míos.

Llevo mis manos a su cintura. Soy consciente de los flashes de las cámaras que nos rodean, así que no me zafo inmediatamente, aunque la ira hierve en mis venas. Cuando finalmente la alejo de mí, sé que puede ver la furia en mis ojos, pero como buen hombre de negocios, no dejo que se me note en el rostro.

—¿Qué demonios fue eso? —digo apretando los dientes.

Me pasa la mano por la solapa.

—Solo quería recordarte lo que te vas a perder.

—No necesito un recordatorio. No me interesa.

Ella retrocede, yo me acerco a la puerta y se la abro.

—Entra en el auto.

Se adelanta y yo la sigo al interior. En cuanto la puerta se cierra, pulso el botón y le digo a Jonathan que nos lleve al edificio de Jessica.

La fulmino con la mirada.

—Nunca vuelvas a hacer un truco como ese.

Me hace un mohín.

—No es que no hayamos hecho mucho más que besarnos antes.

—Así no, y nunca en público.

—¿Qué importa? No es como si tuvieras novia. Todo el mundo sabe que Cole King no tiene novias. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Importa porque es inaceptable. Si vuelves a intentar algo así, descubrirás lo poco que aprecio que la gente cruce los límites.

—Bien. —Se alisa las manos bajo la falda—. Solo espero que saques lo que sea de tu sistema antes de que hagas algo de lo que te arrepientas.

No me molesto en responder, lo que estoy haciendo con Delilah no es asunto de Jessica.

Pasamos los siguientes minutos en silencio. El edificio de Jessica no está lejos y no tardamos en llegar al amplio vestíbulo acristalado. Jonathan le abre la puerta, pero justo antes de salir, se gira hacia mí.

—No es demasiado tarde. Todavía puedes venir a mi casa.

Me limito a arquear una ceja, ella suelta un suspiro y sale. Jonathan cierra la puerta tras ella y vuelve a sentarse en el asiento del conductor.

—¿Lo llevo a casa, señor?

Pienso en mi plan de pasar por casa de Delilah y recogerla, pero ahora no estoy tan seguro. Últimamente la veo mucho, quizá demasiado. Quizá sea mejor tomarme un descanso. Considero brevemente la posibilidad de contarle que Jessica me besó, pero fue irrelevante para mí, así que no le veo el punto. No creo que llegue a ver las fotos que se publicarán en los tabloides. Dudo que lea las columnas de chismes.

—Sí, gracias, Jonathan.

El auto se desliza entre el tráfico, me reclino en el asiento y miro por la ventanilla. Tengo que ver a Delilah mañana por la noche, pero puede que necesite dar un paso atrás, darnos un respiro a los dos. Vernos tan a menudo no es una buena idea. No quiero darle una impresión equivocada de lo que hay entre nosotros.

Aunque no estoy demasiado feliz con mi decisión, fuerzo mi mente hacia otras cosas. Siempre hay mucho trabajo del que ocuparse.

Saco mi teléfono y empiezo a leer correos electrónicos.

27

Delilah

Le doy los últimos retoques al plano interior en el que estoy trabajando e intento no pensar en que Cole me canceló la cita este fin de semana. Después de todo, como le dije a Alex, esto solo pretende ser casual. Tengo que tomar las cosas como vienen en lugar de invertir demasiado tiempo y esfuerzo en tratar de averiguar lo que está pasando en su cabeza.

Aun así, la decepción me persiguió durante el resto del fin de semana después de que me llamara el sábado por la mañana y me dijera que surgió algo. Tenía muchas ganas de verlo.

Trazo una última línea en el plano y hago clic en imprimir. Me doy cuenta de que Paul está en el otro extremo de la habitación. Percibo sus ojos clavados en mí, y no sé por qué. Desde que nos vimos en su oficina, ha mantenido las distancias, salvo cuando ha tenido que hablar conmigo de algo relacionado con el trabajo.

Me ruge el estómago y miro la hora. Ya pasó la hora de comer y no he comido nada desde el desayuno. Me dirijo a la cocina por la ensalada que hice esta mañana, pero justo cuando cierro la puerta del refrigerador, Paul me acorrala. Cuando intento esquivarlo, me pone la mano en el brazo y me retiene. Miro su mano antes de volver a fijarme en su rostro. Sonríe, pero tiene algo que no me gusta.

—Necesito hablarte de algo —me dice.

—¿Podemos hacerlo en mi escritorio?

—No quiero a nadie más cerca cuando te enseñe esto —dice, levantando su teléfono.

No puedo evitar mirar y, cuando lo hago, mi corazón hace un doloroso tartamudeo. Es una foto de Cole besando a una rubia. Va vestido de esmoquin y sus manos rodean la esbelta cintura de la mujer, mientras ella le rodea el cuello con los brazos. Mantengo una expresión neutra, no quiero que Paul obtenga una reacción de mí, sobre todo porque nunca he confirmado que Cole y yo estemos pasando tiempo juntos, y después de todo, hay muchas fotos por ahí de Cole con varias mujeres.

—No sé por qué me enseñas esto.

—¿Ah, no? —dice, con una sonrisa desagradable asomando en la comisura de sus labios—. Es curioso. Tenía la impresión de que había algo entre ustedes dos, así que cuando vi esta foto del viernes por la noche, pensé que debía hacértelo saber. Mi error, supongo.

Se me cae el estómago. ¿Del viernes por la noche? No puede ser. Cole no dijo nada de llevar una cita al evento, y teníamos un acuerdo. Estábamos destinados a ser exclusivos mientras estuviéramos... haciendo lo que sea que estuviéramos haciendo. ¿Es por eso que me canceló? ¿Estaba con ella?

Paul pasa el dedo por la pantalla.

—Es muy guapa. —Vuelve a enseñarme el celular, y esta vez la foto es de la mujer a punto de subir al auto de Cole. Él le pone la mano en la espalda, pero esa no es la única razón por la que me duele. Es el rostro de la mujer. Porque la reconozco. Jessica. Una mujer con la que Cole me aseguró que no tenía ninguna relación antes de acostarme con él por segunda vez.

Soy tan estúpida. Por supuesto que dijo eso. Si alguien le preguntara por mí, probablemente diría lo mismo. Porque *no* estamos en una relación. Nos estamos acostando. Follando. Rascando un picor. Estoy segura de que así es como él lo ve, por lo menos.

Hago fuerza con los labios para esbozar una sonrisa despreocupada.

—Incluso si hubiera algo entre Cole y yo, serías la última persona de la que querría ayuda. Así que si eso es todo... —Lo empujo y vuelvo a mi

mesa, pero las náuseas me revuelven el estómago y ya no me apetece comerme la ensalada que tengo en la mano.

Mi comida se queda sin comer a mi lado mientras tomo el celular y entro en la página web que me enseñó Paul. Como una masoquista, veo las fotos. No hay muchas, solo cuatro, pero lo que muestran es condenatorio. Los dos llegando juntos, la mano posesiva de Cole en la espalda de ella, y luego su partida y el beso antes de que él la ayude a subir a su limusina. Si conozco a Cole, probablemente se la folló en la parte de atrás o se la llevó a su ático para follársela ahí.

Pongo el teléfono boca abajo sobre el escritorio, con el calor punzándome en la parte posterior de los ojos. No sé si es peor que no haya intentado ocultarlo. Al menos Paul me ocultó que me engañaba porque no quería perderme. Al parecer, a Cole no le importa que me entere.

Incapaz de quedarme ahí sentada ni un segundo más, meto mi recipiente de ensalada en el bolso y cierro la sesión del ordenador. Paul merodea cerca, probablemente esperando a ver el caos que ha provocado. Por desgracia, no puedo irme sin hablar con él, así que me acerco.

—No me siento bien. Voy a trabajar desde casa el resto del día.

Su falsa compasión me revuelve el estómago, pero me contengo.

—No hay problema. Espero que mañana te encuentres mejor. —Es todo sonrisa dentada, y me imagino dándole una bofetada incluso mientras sostengo su mirada con la barbilla alta.

Me doy la vuelta y me alejo lo más tranquilamente que puedo, pero en cuanto entro en el ascensor, se me caen los hombros. No puedo creer que haya sido tan estúpida. Los hombres como Cole -como mi papá-, son todos iguales. Una vez que consiguen lo que quieren, te descartan sin pensarlo dos veces.

El ascensor suena y salgo, dando solo unos pasos antes de ver quién está ahí con un grupo de hombres. Fuera de las reuniones o cuando me ha buscado, puedo contar con los dedos de una mano las veces que vi a Cole por el edificio. Cierro los ojos. Claro que es él.

Me mira a los ojos y frunce el ceño, pero me doy la vuelta y sigo caminando hacia la entrada.

—Señorita West. —Su voz viene de detrás de mí, y maldigo para mis adentros. No tengo más remedio que detenerme. Sigue siendo mi jefe y estoy en mi lugar de trabajo.

Respiro hondo y me giro hacia él. Le dice algo al grupo de hombres y camina hacia mí. La ira se mezcla con el dolor en mi pecho mientras lo espero.

Se detiene frente a mí y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —me pregunta en voz baja.

La intensidad de su mirada me golpea como un puñetazo en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas me miraste al pasar, y no es propio de ti irte antes de tiempo.

—No me siento bien. Me voy a casa.

Se me acelera el pulso y quiero gritarle, preguntarle cómo pudo hacerme algo así cuando yo pensaba... bueno, pensé mal. Decir algo así es la forma más rápida de que me despidan, así que lo reprimo todo y lo meto donde tiene que estar hasta que pueda estar sola porque no voy a perder por todo por lo que trabajé por este hombre.

Él frunce el ceño. Miro por encima de su hombro y veo al grupo de hombres con el que estaba mirándome con curiosidad. Uno de ellos mira el reloj y les dice algo a los demás.

Me alejo un paso de Cole, esperando que me deje ir, ya que su grupo lo está esperando.

—Delilah —gruñe—. Dime qué está pasando.

El brillo de la conciencia en sus ojos me hace pensar que sabe exactamente lo que está pasando. ¿Cómo puede no imaginarse que exista la posibilidad de que yo vea las fotos?

Pero de repente quiero que lo sepa. Que se dé cuenta de que no está bien hacerle daño a la gente solo porque no hay repercusiones para él.

El ascensor detrás de él suena y los hombres suben, manteniendo la puerta abierta.

—¿Cole? —grita uno de ellos.

Doy otro paso atrás.

—Te veré luego, Cole. Me alegro de que Jessica y tú la pasaran bien el viernes por la noche.

Aprieta la mandíbula, pero no dice nada mientras giro sobre mis talones y me dirijo a la puerta principal. Tengo la boca seca y necesito llegar a casa para ahogar mis penas. Es media tarde, pero me doy permiso para abrir una botella de vino.

Salgo y respiro hondo. No soporto la idea de tomar el tren para volver a casa, así que pido un taxi. Mi teléfono suena en el bolso y lo saco para ver un mensaje de Cole.

Cole: *Tenemos que hablar.*

Lo vuelvo a meter en el bolso y parpadeo para contener las lágrimas. ¿En qué estaba pensando? Sinceramente, ¿cómo se me ocurrió que acostarme con él era una buena idea? Soy una idiota. Las lágrimas me nublan la vista, pero no puedo ser esa mujer que llora en el asiento trasero de un taxi por un hombre. No lo seré.

A pesar de toda mi determinación, en el momento en que la puerta de mi apartamento se cierra tras de mí, la presa se desborda. Lágrimas calientes salpican mis mejillas y me hundo en el sofá. ¿Por qué estoy tan dolida? No era una relación de verdad. Solo era sexo. Solo disfrutábamos del cuerpo del otro. Sí, me mintió, pero haber sido tan estúpida como para creerle, para dejarme sentir más de lo que debía... Eso fue culpa mía.

Se me escapan más lágrimas y me las limpio. Dios, esto es ridículo. Quiero pensar que es humillación, y sin duda es parte de eso. A nadie le gusta que le vean la cara, y es la segunda vez que me pasa, pero la verdad es que hice exactamente lo que me prometí que no haría.

Me permití empezar a sentir cosas por Cole, y esta es la consecuencia.

Mi teléfono vuelve a sonar y, cuando veo su nombre, no puedo evitar leer el mensaje.

Cole: *No me ignores, Delilah.*

Resoplo. En algún momento tendré que hablar con él para ponerle fin oficialmente a este asunto entre nosotros, pero quiero estar tranquila y controlada cuando lo haga para no decir algo estúpido y acabar fuera del proyecto y potencialmente sin trabajo. Si hablo con él ahora, no tendré la calma ni el control.

Mi teléfono se ilumina con el nombre de Cole en la pantalla, pero rechazo la llamada. No entiendo por qué se molesta. No ha perdido nada que no pueda reemplazar fácilmente. ¿Por qué no puede dejarme en paz para respirar y superar estas emociones?

Otra notificación de mensaje y mis ojos bajan automáticamente a la pantalla de mi teléfono.

Cole: *Contesta tu teléfono, Delilah.*

La ira seca mis lágrimas. *¿Cuál es su problema?*

Un minuto después, mi teléfono vuelve a sonar y lo miro fijamente, con el pulso palpitándome en la sien mientras mi mal genio aumenta aún más. Me siento bien dejándome llevar por la ira. Es rico y poderoso y, técnicamente, ahora trabajo para él, pero eso no significa que pueda tratarme así. Como alguien a quien puede desechar con crueldad desconsiderada.

Antes de que me dé tiempo a pensarlo demasiado, respondo.

—Delilah —dice.

—¿Qué es lo que quieres decir, Cole? —Me alegro de que mi voz sea firme. Más firme de lo que me siento.

—¿Por qué no respondiste mis mensajes?

—Porque no quiero hablar contigo.

Deja escapar un suspiro que parece estar hecho de pura irritación.

—Obviamente viste las fotos.

Su tono aviva mi ira.

—Sí. —Sale entre dientes apretados.

—No es lo que piensas. —No hay disculpa en su voz. No cree que haya hecho nada por lo que valga la pena disculparse, o tal vez es que no vale la pena disculparse conmigo.

—¿En serio? ¿Quieres decir que no eres tú besando a otra mujer cuando me dijiste que no estarías con nadie más mientras estuviéramos juntos? ¿O quieres decir que no eres tú besando a Jessica, con quien me dijiste que no estabas involucrado?

—Te dije que Jessica y yo no tenemos una relación, y nunca la hemos tenido.

—No soy estúpida, Cole, o me estás mintiendo directamente, o estás mintiendo por omisión. Puede que no tenga tanta experiencia con hombres, pero puedo garantizarte que así no se besa a una mujer que es solo una conocida.

Hay una pausa en el teléfono. Sabe que lo atrapé.

—Tengo una junta de accionistas dentro de media hora a la que no puedo faltar, pero enviaré a Jonathan a buscarte esta noche y te lo explicaré —dice por fin.

—No me interesa verte.

—Ser inmadura con esto no ayuda. —Baja el tono—. Al menos dame el respeto de escuchar lo que tengo que decir.

Un destello brillante se enciende detrás de mis ojos.

—¿Respeto? ¿Me estás hablando de respeto? Adivinaste que vi las fotos, por eso me estás mandando mensajes. Lo que significa que ya sabías exactamente cómo me haría sentir verlas, y lo sabes porque es como se sentirían la mayoría de los seres humanos normales cuando se dan cuenta de que han jugado con ellos. Así que no me tildes de infantil por reaccionar exactamente como esperabas que lo hiciera. Mi falta de respuesta a tus mensajes y llamadas debería haberte dicho que necesitaba tiempo para asimilar mis emociones, pero te negaste a dármelo. En lugar de eso, decidiste que la mejor forma de manejar esto es acosarme y, cuando respondo, me dices que estoy siendo inmadura.

Mis dedos se aprietan alrededor de mi teléfono.

—Te pregunté directamente a la cara sobre Jessica, Cole. Quería saber en qué me estaba metiendo si te decía que sí para protegerme de salir lastimada, pero en lugar de decirme la verdad, dijiste lo que tenías que decir para conseguir lo que querías. Me humillaste, y me l-lastimaste. —Lo estaba haciendo muy bien, pero al final se me saltan las lágrimas.

—Delilah...

Me repongo.

—No, Cole. No terminé. Obviamente estás acostumbrado a conseguir lo que quieres cuando lo quieres. Obviamente no te importa lo que tengas que hacer o decir para conseguirlo. Así que, si lo que querías cuando besaste a Jessica el viernes por la noche era una forma rápida y fácil de deshacerte de tu aventura inmadura en el lugar de trabajo que ya lleva demasiado tiempo, felicidades. Lo lograste.

Con un dedo tembloroso, termino la llamada, luego me desplomo en el sofá y dejo caer las lágrimas.

28

Cole

Apenas me contengo de lanzar mi teléfono contra la pared. Por esto. Esto es por lo que no me interesan las relaciones. Intenté hacer lo correcto y mira a dónde me llevó. Empujo la silla hacia atrás y me pongo de pie, dando zancadas hacia la ventana y mirando Nueva York que se extiende bajo mis pies.

Tal vez sea mejor que termine de todos modos. Tengo demasiado trabajo en este momento, y pasar tanto tiempo con una mujer puede ser una novedad, pero eso siempre estuvo destinado a desaparecer con el tiempo.

Entonces, ¿por qué demonios siento el pecho tan jodidamente apretado? La forma en que vaciló su voz cuando me dijo que la lastimé me atravesó las costillas hasta llegar al corazón. ¿Cuándo fue la última vez que algo llegó a ese órgano helado?

Apoyo una mano en el cristal y miro las calles de abajo. Mirar a todo el mundo desde aquí arriba normalmente me hace sentir vivo, me hace sentir que tengo el control, pero ahora no funciona.

Necesito sacar a Delilah de mi mente y volver a donde pertenece. Como Roman ya insinuó, ella se ha convertido en una distracción que no necesito. Es mejor para ambos si se acabó.

Me siento, pero en lugar de prepararme para la reunión, abro el navegador y busco las fotos del viernes por la noche. Aparecen ante mí y hago una mueca de dolor. Fingí cuando Jessica me besó, con los rumores del apoyo vacilante de su papá, no quise rechazarla públicamente. Aunque no nos hundiremos si Berrington retira sus inversiones, no

quiero que sus colegas sigan su ejemplo. Lo último que necesitamos es un éxodo de pánico sin otra razón que haber avergonzado a su hija.

Desgraciadamente, mi falta de reacción negativa ante su beso aparece en las fotos como entusiasmo.

Frunzo el ceño y me reclino en la silla, restregándome la mano por el rostro mientras el remordimiento tira de cuerdas en mi interior de las que no se ha tirado en mucho tiempo.

En ese momento, mi puerta se abre y entra Tate. Se detiene y enarca las cejas al verme. Luego sonríe, entra en la habitación, toma asiento y estira sus largas piernas.

—No estoy acostumbrado a que parezcas tan fuera de ti —dice—. ¿Cuál es el motivo?

Hago clic para salir de la página web.

—¿Qué quieres, Tate?

—¿No puedo disparar la mierda con mi hermano mayor?

Tate podría ser justo la distracción que necesito en este momento.

—No sé si alguna vez hemos disparar la mierda, pero si estás diciendo que tienes algo que discutir conmigo, entonces por favor, adelante.

Sonríe, se inclina hacia adelante en la silla y apoya los codos en las rodillas.

—El departamento de marketing informa de un menor compromiso y más comentarios negativos en las redes sociales. Las indiscreciones de nuestro viejo y querido papá están circulando más ampliamente y la confianza en nuestra marca parece estar disminuyendo. Necesitamos una victoria rápida para mejorar la percepción pública y mantener a todos felices.

—Supongo que tienes una idea.

Asiente con la cabeza.

—El equipo estuvo intercambiando ideas y quieren hacer algunas campañas de prensa sobre el desarrollo del hotel. Etapas tempranas,

planes de concepto preliminares con un fuerte enfoque en los aspectos de sostenibilidad.

—Bien, consigue lo que necesites de los arquitectos. —Lo que me hace pensar en Delilah. Una vez más, algo tira dolorosamente en mi pecho.

—También están pensando en filmar a nuestros contratistas sonriendo y pareciendo competentes, ese tipo de cosas. Tal vez esa pequeña y sexy arquitecta tuya podría ser nuestra estrella.

—Ella no es mía —le digo bruscamente.

Sus cejas se arquean de nuevo.

—Un poco a la defensiva, ¿no? Solo quería decir que es parte de tu equipo.

Me obligo a relajarme y él me observa con una sonrisa retorcida.

—¿Es ella la que te tenía descolocado cuando entré? No te culpo. Si estuviera trabajando para mí, la habría doblado sobre mi escritorio...

—No lo hagas —gruño, y él suelta una carcajada.

—Oh, eso tiene una reacción. ¿Así que *estás* tocando ese buen pedazo de trasero?

No sé por qué está tan hablador, o por qué aún no lo he echado de mi oficina. Tal vez sea porque en este momento, con los pensamientos de Delilah tratando de apoderarse de mi mente, no odio tenerlo aquí.

Tamborileo con los dedos sobre el escritorio.

—Puede que hayamos tenido una... cosa.

—¿Una cosa? ¿De qué tipo de cosa estás hablando exactamente? —Sus astutos ojos me escrutan antes de ensancharse—. No estabas saliendo con ella, ¿verdad? —La expresión de asombro en su rostro sería divertida si el tema de Delilah no fuera tan delicado en este momento.

—Fue algo casual —le digo—. Solo unas semanas.

Se pasa el dedo índice por el labio inferior mientras me observa.

—¿Así que terminaron, entonces? ¿Se volvió pegajosa, o te aburriste?

Tomo un bolígrafo y lo hago girar entre mis dedos, debatiéndome entre decir algo o no. Está ahí sentado, relajado, con sus ojos castaños brillantes de curiosidad. Me hace retroceder a una época en la que los tres éramos más unidos. Cuando éramos amigos, en lugar de... lo que sea que seamos ahora.

Así que le digo.

—Ella lo terminó, justo antes de que entraras.

Sus cejas se disparan hacia arriba.

—¿Ella lo terminó?

Aprieto la mandíbula y asiento con la cabeza.

—Te preguntaría cuándo fue la última vez que una mujer terminó una relación contigo, pero como no recuerdo cuándo fue la última vez que tuviste una relación, es un punto discutible.

Cuando no digo nada, una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

—Te gusta.

Es una afirmación, no una pregunta, pero le contesto de todos modos.

—Disfruté pasando tiempo con ella, eso es todo.

—¿Qué pasó entonces? —pregunta.

Mi mirada baja hasta el ordenador y se me aprieta el pecho al imaginar las fotos que vi en la pantalla momentos antes.

—La lastimé.

—¿Estaba enamorada de ti?

Me centro en él.

—No lo creo. Nunca dijo nada que indicara que lo estuviera.

—Bueno, obviamente siente algo por ti si se sintió tan herida como para terminar las cosas.

Se supone que debo distraerme de Delilah, no verme obligado a enfrentarme a mis errores. Agito la mano en el aire.

—Ya no importa. Se acabó. Ella puede irse con alguien que le dé el tipo de compromiso que busca, y yo puedo volver a...

—¿Follar con mujeres guapas al azar y ganar una puta tonelada de dinero?

Levanto las cejas.

—Es el negocio familiar, ¿no?

—No estoy seguro de que mamá estuviera de acuerdo —dice.

—No, en el caso de mamá es tener aventuras semi discretas y aprovecharse del dinero que ganamos para ella. —Tate guarda silencio y yo sacudo la cabeza—. Lo siento.

Se encoge de hombros, pero la diversión en su mirada se ha atenuado. Teniendo en cuenta que él es el resultado de una de las aventuras de mamá, es un tema delicado para él. Apenas es un secreto. Su cabello rubio podría venir de mamá, pero sus sorprendentes ojos cobrizos no proceden de ninguna parte de nuestro árbol genealógico. Eso explica por qué papá también fue siempre más duro con él, aunque Tate siga siendo su hijo sobre el papel. Como la mayoría de las cosas en nuestro mundo, todo es cuestión de apariencias. La gente puede susurrar lo que quiera a puerta cerrada, y mientras no afecte a nuestra riqueza y estatus, no nos importa.

Excepto que recuerdo una época en la que a Tate le importaba mucho.

También recuerdo las veces que Roman y yo nos peleábamos con los chicos que pensaban que era buena idea burlarse de él por su filiación. Eso fue antes de que las cosas cambiaran, antes de que nos distanciáramos, convirtiéndonos en extraños el uno para el otro.

Quizá trabajar juntos así nos dé a Tate y a mí la oportunidad de reconectar. Tomo nota mentalmente de que debo hablar con él de temas no relacionados con el trabajo con más regularidad.

—¿Planeas recuperarla? —me pregunta.

He perdido el hilo de nuestra conversación.

—¿Qué?

—Tu arquitecta. ¿Vas a recuperarla?

—Creo que ambos estaremos mejor si lo dejamos. —Se me forma un nudo en el pecho al darme cuenta de que la última vez que la toqué fue sin que yo lo supiera.

—¿Estás seguro de eso?

Aparto los ojos de la mirada demasiado perspicaz de Tate. La mejor forma de distraerme de Delilah es concentrarme en lo importante: el trabajo.

—Tengo que prepararme para esta reunión. Siéntete libre de ir directamente al equipo de arquitectura si quieres usarlos en alguna promo.

—¿Eso es todo? —Tate protesta—. ¿Eso es todo lo que me vas a dar?

—Tienes suerte de haber conseguido tanto. Ahora déjame volver al trabajo.

Resopla, se golpea los muslos con las manos y se levanta.

—Bien. Entonces, déjame colgado.

Gruño y vuelvo a mis notas, sin molestarme en verlo cruzar hacia la puerta.

—Así que si ella está soltera ahora, ¿no te importará si la invito a salir?

Mi mirada se dispara hacia él, y la rabia burbujea en mi pecho. Él es más mujeriego que cualquiera de nosotros.

—Mantén tus putas manos lejos de ella.

Todavía se está riendo cuando cierra la puerta tras él.

29

Delilah

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Alex mientras recojo el bolso y me preparo para salir por la puerta. Cuando volvió del trabajo anoche, enseguida supo que algo iba mal. Probablemente porque tenía los ojos enrojecidos de llorar. Cuando le expliqué lo que pasó, me abrazó y me dijo que Cole era un idiota que no me merecía. Luego pidió la cena y puso una película de suspenso sin nada de romanticismo, y conseguí desconectarme durante un par de horas.

Esta mañana, estoy preparada -aunque no exactamente lista-, para enfrentarme a Cole y Paul. Al primero probablemente ni lo vea, y al segundo, bueno, tendré que aguantar su petulancia.

—Voy a estar bien. No dejaré que un hombre tan egocéntrico como Cole King me deprima. Solo necesito terminar este proyecto y entonces no tendré que volver a verlo.

Se acerca y me da un abrazo.

—Me alegro por ti. Mantén la cabeza alta e ignora a esos idiotas. Vales el doble que ellos dos juntos.

Sonrío y le devuelvo el abrazo.

—Gracias. —Después de un suspiro, me subo la correa del bolso al hombro y salgo.

Cuando llego a la oficina, examino rápidamente el vestíbulo antes de pulsar el botón del ascensor. Lo último que necesito es quedarme atrapada en una caja metálica durante varios pisos con alguno de los dos hombres que intento evitar. Por suerte, no los veo y subo con varias

personas que no conozco. Cuando llego a nuestra planta, me escabullo entre ellos y me apresuro a llegar a mi escritorio.

Me conecto a mi sistema y empiezo con mis planes. Quiero que estén firmados para la semana que viene. Por lo que a mí respecta, cuanto antes termine este proyecto, antes podré salir de este edificio y alejarme de Cole. Solo quiero dejar atrás lo que pasó.

Consigo absorberme en mi trabajo, desconectando de todo lo que me rodea, hasta que suena el teléfono de mi mesa. No reconozco el nombre en la pantalla, pero contesto.

—¿Sí?

—Hola, ¿Delilah? Habla Sophie, la asistente personal de Tate King.

—Oh, hola —digo tímidamente.

—A Tate le gustaría hablar contigo en su oficina. ¿Tienes un momento libre?

—Sí, por supuesto.

—Genial, y si tienes algún plano terminado o renderizado en 3D, ¿puedes traer alguno también?

Parpadeo y miro los planos que tengo sobre la mesa.

—Okey. ¿Puedo preguntar para qué es esto?

—Él lo hablará contigo cuando llegues —me dice con bastante amabilidad.

—Okey, gracias. Subiré enseguida.

Cuelgo y me levanto, alisándome las arrugas del vestido. No sé de qué querrá hablarme el jefe de marketing, pero el momento elegido por Tate me hace preguntarme si tendrá algo que ver con lo que pasó entre Cole y yo. Seguro que no, los multimillonarios tienen cosas más importantes que hacer que involucrarse en los fracasos amorosos de los demás.

Después de reunir varios de mis planos, me dirijo a la última planta, odiando tanto la esperanza de evitar a Cole como el deseo de echarle un pequeño vistazo. Enderezo la columna al salir del ascensor y hago todo lo posible por no girar la cabeza hacia la puerta de su oficina al pasar. En

mi visión periférica, veo que está cerrada. Continúo por el pasillo hasta llegar al despacho de Tate y me acerco a la mujer que está sentada en el escritorio, que supongo que es Sophie.

—Hola, soy Delilah. Vengo a ver al señor King.

Ella me ofrece una cálida sonrisa.

—Encantada de conocerte, Delilah. Puedes entrar, Tate te está esperando.

Le doy las gracias con la cabeza, llamo a su puerta y entro cuando me invita a pasar. Echo un vistazo rápido a la gran sala antes de centrarme en Tate, sentado detrás de su escritorio. La oficina no es muy diferente de la de Cole. Tiene los mismos ventanales con las mismas vistas increíbles. Las paredes están decoradas con elegantes estampados y el suelo está dominado por hermosos muebles de madera.

Tate se reclina en su silla y me sonríe. Se me corta la respiración. Nunca había visto de cerca al hermano menor de Cole. A diferencia de Cole, que suele llevar siempre un traje de tres piezas en el trabajo, Tate se quitó el saco y las mangas de la camisa arremangadas para dejar al descubierto sus musculosos antebrazos. Al igual que su hermano, es guapísimo, aunque se ve muy diferente a Cole y Roman. Mientras que ellos tienen el cabello oscuro y los ojos de hielo, Tate es rubio dorado y ojos leonados. Igual de guapo e igual de letal para los corazones de las mujeres, imagino. Seguro que usa su atractivo y su encanto para enamorar a las mujeres con la misma facilidad que Cole.

—Buenos días, señorita West —dice.

—Por favor, llámeme Delilah —le digo.

Asiente con la cabeza.

—Siéntete libre de llamarme Tate. Con tantos señor King en el edificio, se vuelve confuso.

Le sonrío y me giro para cerrar la puerta.

—Puedes dejarla abierta —me dice, deteniéndome.

Qué raro. ¿Cree que me aprovecharé de él si la puerta está cerrada? ¿Cole le habló de nosotros, y ahora piensa que yo también me le insinuaré?

Ese pensamiento me hace levantar la barbilla mientras me acerco unos pasos a su gran escritorio.

—Traje algunos de mis planos, como me pediste.

—Genial, los tomaré. —Se levanta y me tiende la mano. Me acerco y le paso los planos enrollados, que abre y coloca sobre su escritorio.

—¿Puedes enseñarme qué son en concreto? —pregunta.

Sigo sin entender lo que quiere, pero me acerco y me inclino ligeramente sobre el escritorio para mostrarle los planos que traje.

—Estos son los diseños conceptuales iniciales. Estas son las modificaciones que hice después de la visita. —Levanto la vista, justo a tiempo para verlo mirando por encima de mi hombro. Antes de que me dé tiempo a girarme para ver qué le llamó la atención, vuelve a concentrarse en mí.

—¿Tienes planos interiores?

Busco en los planos, saco uno que muestra una sección interna y lo coloco encima.

—Estos no están completos todavía, es en lo que estoy trabajando ahora.

Vuelve a mirarme por encima del hombro y esta vez me giro para mirar. No veo nada a través de la puerta abierta de la oficina, y me molesto un poco. Sigo sin saber qué hago aquí y ahora Tate ni siquiera parece interesado en lo que le enseño.

—¿Puedo preguntar qué es lo que estás buscando? —Mi tono es ligeramente más brusco de lo justificado, teniendo en cuenta quién es él y quién soy yo, pero hoy definitivamente no es mi mejor día. Solo quiero volver a mi escritorio en lugar de holgazanear en este piso.

Tate se echa hacia atrás en su silla y me sonríe, y yo parpadeo un par de veces porque su sonrisa es encantadora y perversa a partes iguales.

—El equipo de marketing quiere algunos de los planos CAD, los planos interiores y los renders 3D para algunas ideas de marketing que están montando.

Mis cejas se levantan.

—Okey.

Su boca se tuerce.

—¿Hay algo malo en eso?

—No, en absoluto —digo—. Supongo que me pregunto ¿por qué yo? ¿Y por qué tú? ¿Por qué esto no pasó por Paul? ¿Y por qué no se encarga de esto alguien del equipo de marketing? Pareces un poco... superior para ser tú quien se ocupe de esto.

Se ríe entre dientes.

—Tienes razón. Esto no es algo que haría normalmente, pero tenía un motivo oculto para pedirte que vinieras.

Inclino la cabeza y lo estudio mientras espero a que se explaye.

—Digamos que quería conocer a la mujer que ayer tenía a mi hermano de un humor poco agradable.

¿Cole estaba de mal humor ayer por mi culpa? Me sorprende que le importara tanto como para dejar que le afectara, y Dios, Tate sabe que me acostaba con su hermano. Se me calientan las mejillas, pero no aparto la mirada. Tomé una decisión y no voy a avergonzarme por eso.

Me inclino sobre su escritorio y empiezo a recoger mis planos.

—Entonces supongo que no necesitas verlos.

Una vez más, mira por encima de mi hombro, y esta vez una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Me enderezo y miro detrás de mí, pero sigue sin haber nadie. ¿Qué le pasa?

—¿Quieres que lleve esto al equipo de marketing? ¿O era solo una excusa para traerme aquí?

—No era una excusa, el equipo realmente necesita copias de esto.

—Okey —digo—. Yo solo...

El timbre de su teléfono me interrumpe y sonríe como si lo esperara. Me levanta un dedo y dejo de hacer lo que estaba haciendo, sintiéndome incómoda por escuchar su conversación.

—¿A qué debo el honor de esta llam…

Se detiene, me mira a los ojos y me guiña un ojo mientras se reclina en su silla.

Frunzo el ceño y juego con los planos que sostengo mientras hago todo lo posible por ignorar su llamada privada.

—Uh-huh. Ajá. Estoy sintiendo un poco de irritación de tu parte, Cole.

Mi mirada vuelve a la suya cuando me doy cuenta de con quién está hablando.

—Solo hablaba con la señorita West sobre los planes de marketing. —Él escucha un momento—. Estoy de acuerdo, ese no es mi trabajo. Por eso Delilah se los va a dejar ahora al equipo. —Vuelve a hacer una pausa—. No sé de qué estás hablando. Esta reunión es completamente profesional. Mi puerta permaneció abierta todo el tiempo. Como obviamente viste cuando pasaste.

¿Por eso miraba por encima de mi hombro? ¿Quería que Cole me viera aquí con él?

Mi ira aumenta ahora. No estoy segura de lo que pasa entre estos dos, pero no me interesa involucrarme en los juegos que se traen entre manos los multimillonarios. Trabajé demasiado duro para llegar donde estoy. Puede que me haya dejado distraer por el sexo, pero aprendí la lección. Dejarme llevar por un hombre, especialmente un hombre como Cole, no me hace ningún favor. Igual que no le hizo ningún favor a mamá.

Cruzo el escritorio de Tate y recojo el resto de mis planos. Él me mira mientras sigue escuchando lo que Cole le está diciendo. Me aguanto las ganas de salir. A pesar de lo irritada que estoy por lo que esté haciendo, sigue teniendo autoridad sobre mí y estoy en una situación precaria con lo que pasó con Paul y Cole. Así que me quedo de pie, rígida, hasta que finalmente cuelga.

En cuanto lo hace, le digo:

—Si terminamos aquí, llevaré esto a marketing.

Lo que sea que esté leyendo en mi tono o en mi cara hace que las comisuras de sus labios se inclinen hacia arriba. Es evidente que no estoy ocultando muy bien lo que siento, pero él no dice nada al respecto. En lugar de eso, me estudia y yo hago todo lo que puedo para mantenerme quieta bajo su mirada.

El humor que bullía bajo la superficie de su expresión se desvanece. Su mirada se vuelve distante y asiente.

—Gracias, Delilah.

Salgo de ahí y le sonrío a Sophie al pasar junto a su mesa.

Para volver al ascensor, tengo que pasar por la oficina de Cole. Espero poder pasar sin que se entere. Se me encoge el corazón cuando veo el escritorio de su asistente y veo una figura alta y ancha junto a él.

Levanto la barbilla y mantengo el paso uniforme. Le dirijo una cortés inclinación de cabeza y continúo hacia el ascensor.

Pero en cuanto sus ojos se fijan en los míos y su mirada se estrecha, sé que no será tan fácil.

—Señorita West —dice, y trago saliva al oír el tono oscuro de su voz.

Me detengo a unos metros de él, consciente de la mirada de Samson que rebota entre nosotros.

—¿Sí, señor King?

—Me gustaría hablar contigo un momento, si no te importa.

Me planteo decirle que sí, que me importa, pero al final tengo que enfrentarme a él. Así que asiento con la cabeza, respiro hondo y lo sigo hasta su oficina.

30

Cole

Cuando pasé por delante de la oficina de Tate después de mi reunión y vi a Delilah inclinada sobre su mesa, con el trasero recogido por el vestido ajustado, apreté tanto la mandíbula que me sorprende que la gente que caminaba a mi lado no me oyera rechinar los dientes. ¿A qué demonios estaba jugando mi hermano? Ayer le dejé claro que no debía tocarla, y al día siguiente la tiene en su oficina con sus largas piernas, su falda ajustada y sus bonitos ojos verdes.

En cuanto colgué el teléfono con él, salí por mi puerta y me inventé una excusa para hablar con Samson de algo, esperando a que viniera por el pasillo. Probablemente debería cuestionarme por qué estoy actuando de forma tan irracional al respecto cuando ya decidí que es lo mejor, pero no lo haré. Si Tate cree que lo dejaré tener a Delilah, está tristemente equivocado.

Me sigue hasta mi oficina y su dulce aroma a sol y flores silvestres me provoca. Una imagen vívida crece en mi mente. En ella, me doy la vuelta y la aprieto contra la puerta, recorriendo con la nariz la columna de su garganta y chupando la tierna piel de la base, marcándola para que, si Tate vuelve a llamarla, vea mi reclamo.

Lo cual es jodidamente ridículo. Delilah ya dejó claro que nuestro acuerdo terminó.

Me dirijo a mi mesa, pero no la rodeo para sentarme. En lugar de eso, me planto delante con los brazos cruzados, mientras Delilah se queda cerca de la puerta.

—Cierra la puerta —le digo.

Ella obedece, con los hombros rígidos, y luego se gira hacia mí.

—¿Qué quería Tate? —le pregunto.

Frunce el ceño.

—¿No te lo dijo por teléfono?

—Quiero oírlo de ti.

Inclina la cabeza.

—¿Crees que mentía? ¿Por qué iba a hacerlo? Es tu hermano.

Me apoyo en mi escritorio.

—Él y yo no tenemos una relación muy estrecha. No estoy seguro de confiar en que me diga la verdad —digo, y luego me pregunto por qué se lo dije.

—Bueno, eso es triste. —Una simpatía genuina se dibuja en su rostro. Ella es muy unida a su mamá, así que quizá no entienda lo que es estar distanciado de tus familiares, pero así son las cosas en familias como la nuestra. El amor, el afecto, la confianza... no forman parte de la ecuación.

—Así son las cosas. —Intento retomar el camino—. Entonces, dime...

—¿Y Roman?

La miro fijamente.

—¿Qué?

—¿Eres más cercano a él?

—No.

—Quizá eso lo explique —dice, casi para sí misma.

—¿Explique qué?

Sacude la cabeza, como si se diera cuenta de que nos distrajimos. Endereza los hombros.

—¿De qué querías hablarme?

Sus hermosos ojos están fijos en los míos, pero hay una sombra en ellos que antes no estaba. El remordimiento vuelve a apoderarse de mí.

Yo le hice eso. Porque tenía razón. Le oculté la verdad para conseguir lo que quería, y lo que quería era a ella. Si soy honesto conmigo mismo, todavía la quiero. En contra de toda mi puta lógica personal.

Estaba molesto cuando la llamé. Molesto porque Tate tenía su atención, porque él era el destinatario de su bonita sonrisa cuando yo quería que me la dirigiera a mí.

¿Pero qué esperaba? Ella me lo echó en cara ayer. La lastimé y ni siquiera me disculpé. No estoy acostumbrado a pedir perdón, y no es algo que me guste hacer, pero fui poco sincero con ella cuando, que yo sepa, ella siempre fue sincera conmigo.

Contengo mi ira irracional y me acerco a ella despacio, como si fuera una criatura salvaje que pudiera huir de mí antes de que tenga la oportunidad de tocarla. Traga saliva cuando me detengo frente a ella, pero se queda donde está mientras invado su espacio personal.

Tomo un mechón de su sedoso cabello y lo dejo resbalar entre mis dedos.

—Lo siento —murmuro—. Debería haberte dicho la verdad sobre Jessica.

Sus ojos se abren de par en par.

—Eh —dice, claramente sorprendida—. S-sí, deberías haberlo hecho.

—No es excusa, pero no considero que lo que Jessica y yo tuvimos en el pasado sea una relación.

—A mí no me pareció que fuera del pasado.

Frunzo el ceño al recordar el comportamiento de Jessica el viernes por la noche.

—Eso fue todo de ella. Yo no la invité, y no quería. Se enojó porque rechacé nuestro acuerdo habitual, y decidió que era buena idea forzar mi mano.

Su suave ceño se frunce.

—Tu arreglo habitual.

Mierda. Realmente no quiero entrar en eso, pero si planeo ser honesto con ella, tengo que ser completamente honesto.

—Lo que Jessica y yo teníamos era una cuestión de conveniencia. Nuestras familias se mueven en los mismos círculos. Su papá es uno de los mayores inversionistas del King Group, así que a menudo estamos en los mismos eventos sociales. Como a ninguno de los dos nos interesan las relaciones, tenía sentido que asistiéramos juntos a esos eventos, y después.... —Me encojo de hombros, no estoy seguro de cuántos detalles quiere Delilah que le cuente.

Aprieta los labios, pero solo asiente.

—Gracias por decírmelo.

No parece feliz, ni siquiera aliviada, y me doy cuenta de que lo que le dije puede no haber aclarado las cosas adecuadamente.

—No me acosté con ella el viernes por la noche. No estuve con ella desde que te conocí.

Suelta un pequeño suspiro, y parte de la tensión de sus hombros se afloja.

—Okey.

Me estoy frustrando.

—No la detuve cuando me besó porque no quería que me fotografiaran públicamente rechazando a la hija de nuestro principal inversionista, pero ella sabe que no debe volver a hacerlo.

Delilah asiente y junta las manos delante de ella.

—Me alegro de que hayamos aclarado eso. Si no hay nada más, tengo que volver a mi mesa y terminar mi trabajo.

Entrecierro los ojos hacia ella. Me disculpé, pero no parece haber arreglado nada. ¿Qué es lo que quiere? Actúa como si las últimas semanas no hubieran pasado. Quizá esto sea otro recordatorio de por qué no me gustan las relaciones. Quizá ahora que me disculpé y me he desahogado, pueda alejarme y dejar de pensar en ella.

—Eso es todo lo que tenía que decir.

Puede que solo sea mi imaginación lo que la hace dudar antes de girarse hacia la puerta, pero es esa vacilación posiblemente imaginaria, junto con el contoneo de sus caderas y la caída de su cabello oscuro por la espalda mientras se aleja de mí -cabello que recuerdo con demasiada facilidad apretando con la mano mientras la follaba por detrás-, lo que me hace avanzar a grandes zancadas.

Antes de que ella pueda abrir la puerta, la cierro con la mano. Me coloco detrás de ella, encerrándola, con mi pecho rozándole los omóplatos y mi polla, que se endurece rápidamente, presionándole el trasero.

Ella inhala bruscamente, su cuerpo se queda quieto.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruño.

Inclina la cabeza hacia mí, lo suficiente para que pueda ver la curva de su mejilla y la oscura longitud de sus pestañas.

—¿Qué quieres decir? —Su voz no es tan firme como antes, lo que me produce una oleada de satisfacción. No es tan indiferente como parece.

Paso la mano por su cadera hasta que mis dedos se curvan alrededor de su cintura.

—Me disculpé. Te expliqué lo que pasó. Te dije que no estuve con ella desde antes de conocerte, y no me das nada. —Con la otra mano, le retiro el cabello del cuello para poder recorrer con mi nariz su suave piel y respirar su aroma—. ¿Quieres que crea que terminaste conmigo -con *esto*-, porque cometí un error?

Se le escapa un suspiro cuando mi mano se desliza por su cintura hasta tocar su pecho, y sonrío al sentir su duro pezón presionando mi palma.

Su cabeza cae hacia adelante.

—Me lastimaste, y no se suponía que se tratara de eso. Creo que sería mejor que dejáramos las cosas así.

La conmoción me sacude, seguido de un rápido pinchazo detrás de las costillas.

—¿Y si no quiero dejar las cosas así?

Se gira, apoya la espalda contra la puerta y me mira.

—¿Por qué no lo harías? ¿Qué te doy yo que no puedan darte las Jessicas del mundo? No quieres una relación conmigo, así que si lo único que quieres es sexo, ¿por qué no conseguirlo de alguien a quien no le importe que le mientas?

Porque no hay comparación entre Jessica y ella. Porque ella saca de mí algo que ni siquiera sabía que estaba ahí. Por eso parece que no puedo alejarme, incluso cuando sé que debería hacerlo. Le acaricio el cuello, rozo su mandíbula con el pulgar.

—No siento nada cuando estoy con Jessica. El sexo entre nosotros siempre fue.... —Sacudo la cabeza—. Jodidamente frío y vacío. Contigo es diferente. Cuando te toco, es puro puto calor, y no he tenido suficiente. Quiero más contigo.

Su aliento revolotea entre sus labios entreabiertos, sus ojos buscan los míos.

—¿Más de qué?

—Todo. Más tiempo. Más de tu cuerpo. —Inclino la cabeza y paso mis labios por los suyos—. Más de esto. —Dudo un instante y me obligo a continuar. Para decirle la verdad que se merece—. Quiero tu calor, Delilah. Eres la única fuente de calor que tengo, no quiero renunciar a eso por Jessica.

Sus ojos se suavizan ante mi confesión. Nunca le dije nada así a nadie, y una parte de mí quiere retirar las palabras. Son demasiado íntimas. Demasiado cerca de revelar una debilidad que creí haber enterrado hace mucho tiempo.

Su mirada es directa, pero hay sombras en sus ojos.

—No sé si puedo confiar en ti.

—No suelo mentir. No llevaré a Jessica a más eventos, y te prometo que no dejaré que me vuelva a besar.

—¿Quieres decir hasta que esto entre nosotros termine?

Quiere que la contradiga, pero acabo de asegurarle que no soy un mentiroso. No puedo hacerle una promesa que no estoy seguro de poder cumplir.

—Tal vez ni siquiera entonces. —Es todo lo que puedo ofrecer, aunque por primera vez en mi vida desearía tener algo más que vacío dentro de mí para darle a alguien.

Sigue buscando en mi rostro, levanto la mano y le rozo la mandíbula con los nudillos.

—Lo siento —vuelvo a decir, esta vez más bajo. Le inclino la barbilla y mis labios se ciernen sobre los suyos—. No me gusta haberte lastimado y lo siento. ¿Aceptas mis disculpas?

—¿No más omisiones? ¿No más medias verdades?

Sacudo la cabeza.

—No más.

Sigue sin darme lo que quiero, y la urgencia me recorre las venas. Con mi pulgar en su mandíbula, inclino más la cabeza hacia atrás, de modo que nuestros labios quedan a un suspiro de distancia.

—Delilah —gruño—. ¿Aceptas mis disculpas?

Sus pupilas se iluminan y en sus labios se dibuja una sonrisa que me alivia.

—Quizá deberías mostrarme cuánto lo sientes —susurra.

Incluso cuando la tensión de mi pecho afloja, mi polla se hincha.

—¿Quieres que me ponga de rodillas y me arrastre, gatita?

Su pulso fluctúa contra mi palma y ella asiente lentamente.

Si cualquier otra mujer me lo pidiera, me reiría y le enseñaría la puerta. Como tantas cosas con Delilah, mi reacción es diferente.

—Antes de hacer eso, necesito besarte.

Se humedece los labios.

—Te lo permitiré.

Me encanta que juegue con fuego. La agarro por el trasero y la aprieto contra mí para que sienta exactamente lo que me está haciendo, jadea y aprovecho la oportunidad para acortar la distancia entre nuestros labios y volver a saborear la dulzura de su boca.

Con la mano enredada en su cabello, gimo mientras ella me aprieta. Mierda, es como una droga a la que me he vuelto demasiado adicto, y en este momento, no me importa.

Le rodeo la cintura con las manos y la giro, haciéndola retroceder por la oficina hasta apretarla contra mi escritorio.

—Voy a demostrarte cuánto lo siento —le digo con rudeza, levantándola y colocando su trasero encima para que pueda subirle las manos por las piernas y separarle los muslos—. Voy a comerte ese hermoso coño hasta que te corras en mi cara, y entonces sabré que me has perdonado.

—No cerré la puerta detrás de mí —dice, sin aliento.

—Me da igual. Los únicos que entrarán aquí sin invitación son mis hermanos, y si te ven extendida con mi boca enterrada en tu coño, sabrán que eres mía y será mejor que hagan lo educado y se larguen de nuevo. Ahora recuéstate.

Sin dudarlo ni un segundo, hace lo que le ordeno. Le bajo la falda por las caderas y me arrodillo. Sus bragas son un pequeño trozo de tela que le arranco sin pensarlo dos veces. Inhala con fuerza, pero me las meto en el bolsillo.

Y luego me perdona.

Dos veces.

31

Delilah

Estoy en pijama el viernes por la noche, sentada frente al televisor con una copa de vino y mi tablet en el regazo. Alex me invitó a salir con ella y sus otras amigas, pero yo quería terminar algo de trabajo, así que decliné la invitación.

Pasó una semana desde que Cole se *disculpó* conmigo en su oficina, y desde entonces no hemos estado juntos físicamente. Esperaba que me invitara a su ático esa noche y estaba totalmente dispuesta a negarme. No solo por la cena que tenía pendiente con Alex, sino porque no estaba dispuesta a volver a acostarme con él de inmediato. Sin embargo, no me lo pidió. Me besó en la puerta de su oficina, me dijo que esperaba que Alex y yo disfrutáramos de la cena y que me vería pronto.

Le agradecí que me diera un respiro, pero, por desgracia, desde entonces estuvo fuera la mayor parte del tiempo por trabajo, y aunque lo que necesitaba era espacio, ya tuve más que suficiente. Volverá tarde esta noche, pero no nos veremos hasta mañana por la noche. Mentiría si dijera que no lo estoy deseando.

No sé qué tiene Cole, pero cuando estoy con él, me siento... libre. Hago cosas que antes no me habría planteado, y me gusta.

Me gusta *él*.

El destello de vulnerabilidad en sus ojos cuando me dijo que no tenía calor en su vida hizo que me doliera el corazón. Quizá debería haberme ido, pero no me atreví a hacerlo. Al igual que él, quiero más de lo que sea que arde entre nosotros, aunque probablemente se apague demasiado pronto.

Tomo un trago de vino para aliviar el pinchazo en el pecho. Casual y temporal es lo que acepté, y cuando se trata de Cole, es todo lo que se ofrece, pero está bien, porque también es lo mejor para mí. Aclaramos las cosas, así que podemos seguir disfrutando de nuestra conexión física, y yo puedo seguir centrándome en mi carrera. Pronto tendré suficiente dinero para empezar a ahorrar para la casa de mamá. Ese es el objetivo por el que trabajé durante años, y dejarme distraer por una relación complicada sería una tontería. Cole nunca querrá nada más que esto conmigo, y eso es perfecto.

Mientras siga recordándomelo, no me decepcionaré cuando termine.

Suena el teléfono en la mesita y dejo la copa para contestar. El nombre de Cole aparece en la pantalla y mi pecho se desinfla un poco. Puede que cancele lo de mañana por la noche.

Acepto la llamada.

—¡Hola! ¿Qué tal el viaje?

—Estoy afuera de tu edificio —dice, ignorando mi pregunta.

—¿En serio? —Me levanto, camino hacia la ventana y veo el gran auto negro estacionado debajo—. ¿Quieres subir?

—No. Quiero que bajes. —Suena tenso.

—Okey, bajaré en un minuto.

—Deja tus bragas ahí —dice.

Dejo lo que estoy haciendo, ya que sé lo que eso significa.

—¿Pensé que iría a tu casa mañana?

—Ibas a hacerlo. Ahora vienes esta noche.

Parece que el arrogante Cole volvió. Su actitud me saca de quicio, aunque estaba pensando en lo dispuesta que estoy a volver a verlo.

—Estoy terminando algo de trabajo.

—Son las diez de la noche de un viernes. ¿Por qué demonios estás trabajando?

—Acabas de volver de trabajar —señalo.

—Y ahora quiero dejar de trabajar y follarte. Así que trae tu trasero aquí.

Por mucho que me muera por verlo, me siento en el sofá.

—Realmente sabes cómo arrasar con una mujer, ¿no?

Exhala un fuerte suspiro, y cuando vuelve a hablar, su tono es más suave.

—Delilah, tuve tres largos días de reuniones, nuestros inversionistas no parecen aceptar las cifras que les muestro, y lo único que quiero es follarte con la lengua y que me cabalgues hasta que nos corramos los dos. ¿Es mucho pedir?

El agotamiento enhebra sus palabras y frunzo el ceño, sobre todo porque su preocupación por los inversionistas se filtra a través del teléfono. No es que no haya trabajado toda la semana, no hay razón para que no me permita un par de orgasmos mientras ayudo a Cole a relajarse.

—Okey —le digo—. Bajaré en cinco minutos.

Me cepillo los dientes, me echo un poco de agua en el rostro y me peino con los dedos para estar presentable. Luego cierro detrás de mí y bajo las escaleras.

Jonathan me espera cuando salgo y le sonrío. Inclina la barbilla, pero su expresión sigue siendo inescrutable mientras me abre la puerta.

Me deslizo dentro, mi atención es inmediatamente captada por los ojos azules de Cole. Le sonrío.

—Me alegro de verte —le digo, sin dejar de mirarlo.

Está tan guapo como siempre. No lleva saco y se ha arremangado las mangas de la camisa. Observo los músculos tensos de sus antebrazos y me vienen a la cabeza imágenes de ellos rodeándome.

Entonces, lo miro de verdad, notando las sombras bajo sus ojos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

No responde a mi pregunta.

—Ven aquí —me dice, tendiéndome el brazo.

Cruzo el auto y me deslizo hasta el asiento de al lado, pero él me rodea la cintura con el brazo y me sube a su regazo mientras Jonathan arranca el auto. Cole me presiona el cuello con los labios y gime.

—Mierda, llevo días sin pensar en otra cosa que en volver a probarte.

Sus dientes rozan mi pulso.

—Yo también estuve pensando en ti.

—¿En qué has estado pensando exactamente? —me dice mientras sus manos rozan bajo mi camisa.

—En esto. —Paso mis labios por los suyos, apenas rozándolos.

Cole me aprieta la cintura con los dedos y gime, profundizando el beso. Sabe al whisky que debe de haber tomado en el avión. Su duro cuerpo me aprieta hasta el fondo y, como no llevo bragas, casi espero que me penetre en este momento. Sorprendentemente, parece feliz con besarme mientras sus manos recorren mi piel. Este lento y sensual amoldamiento de nuestras bocas es algo nuevo. Cuando llegamos a su edificio, la sangre me hierve en las venas y estoy segura de que le he dejado una mancha húmeda en los pantalones.

Continúa su metódico asalto en el ascensor de camino a su ático. En cuanto se abren las puertas de su vestíbulo, dejo caer el bolso al suelo y él me quita la camisa por la cabeza mientras mis dedos buscan sus botones.

Fiel a su palabra, me acuesta de espaldas sobre la alfombra de felpa frente a la chimenea y su boca me hace jadear y gemir. Segundos después de correrme, se coloca un condón y se entierra dentro de mí. No es la suave seducción a la que me tiene acostumbrada, pero me encanta. Me hace sentir que me estuvo deseando tanto como yo a él.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación.

Cole me está dando besos en el estómago de camino a provocarme un tercer orgasmo cuando mi estómago gruñe ruidosamente.

—Dios —digo, pasándome la mano por los ojos avergonzada.

Suelta una carcajada contra mi piel, un ruido sordo que me hace mirarlo sorprendida. No estoy acostumbrada a su buen humor.

Me mira y en sus ojos hay un brillo que no había cuando me recogió.

—¿Tengo que alimentarte antes de que yo pueda volver a comer?

Me río y me apoyo en los codos.

—No me vendría mal. ¿Qué tienes en casa? ¿Podría preparar algo para nosotros?

Me acaricia el estómago con la nariz.

—Yo no cocino, así que en realidad no hay nada. Pediré algo.

Me inclino y le jalo el cabello hasta que me mira.

—¿No tienes ni una sola cosa en ese enorme refrigerador tuyo?

Se arrastra por mi cuerpo y presiona sus labios contra los míos, luego dice:

—Algo de vino, pan, posiblemente un bloque o dos de queso. Nada con lo que puedas hacer una comida decente. —Se mete un pezón en la boca y lo muerde bruscamente, arrancándome un grito ahogado.

Me recuesto en la alfombra mientras me chupa y lame el pecho hasta llegar al otro pecho.

—Cole. —Me río y vuelvo a pasarle los dedos por el cabello. Luego le doy la vuelta y me siento a horcajadas sobre él. Sus ojos se oscurecen y me agarra por las caderas. Sacudo la cabeza y, cuando frunce el ceño, me inclino y rozo sus labios—. Voy a prepararnos la cena y luego voy a montarte como a un poni.

Se me queda mirando un segundo y luego se echa a reír.

—¿Como un poni?

Estoy secretamente encantada de verlo tan relajado.

—Okey, no soy buena con las palabras sucias. ¿Hubiera sido mejor si hubiera dicho como un semental?

—Marginalmente —dice.

Me bajo de él y busco mi camisa, pero sus manos me rodean la cintura.

—Ponte mi camisa —me murmura al oído.

Toma su camisa abotonada del sofá y yo deslizo los brazos en ella, con el corazón latiéndome a toda velocidad en el pecho.

Sus nudillos rozan mis pechos mientras alisa lentamente la tela sobre mí. Me estremezco y mis pezones se erizan en la lujosa tela. Busco los botones, pero él me aparta las manos.

—Déjala así.

Miro hacia las ventanas del suelo al techo que rodean su enorme apartamento, pero él se limita a negar con la cabeza, pasando los dedos por mi abdomen y bajándolos hasta que se deslizan entre mis resbaladizos pliegues.

—Alguien podría ver si están buscando, y si miran bien, podrían ver este bonito coño. —Desliza los dedos dentro de mí y me pongo de puntillas, apoyándome en su hombro y apoyando la frente en su pecho mientras jadeo—. Si lo hacen, se pondrán celosos, sabiendo que esta noche me pertenece a mí. —Me quita los dedos y se los lleva a la boca, deslizándolos entre sus labios. Cierra los ojos mientras los lame. Mis mejillas se sonrojan y, cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, brillan con intensidad—. Mi aperitivo favorito.

—Dios, Cole —suspiro, y él me dedica una sonrisa lenta y seductora que me hace retorcerme, pero entonces mi estómago vuelve a gruñir, rompiendo la tensión que se arremolina entre nosotros.

Cole se ríe entre dientes.

—Vamos. Veamos qué maravillas puedes crear con lo que haya en mi refrigerador.

Se pone los bóxers, me sigue hasta el enorme refrigerador de doble puerta y se queda detrás de mí mientras miro lo que tiene dentro. Tenía razón. No hay mucho. Algunos quesos caros, mantequilla, algunos

condimentos, una botella de vino blanco y unas mil botellas de agua. Le echo un vistazo por encima del hombro.

—¿Dijiste que tenías pan?

—Creo que sí. Aunque no sé qué tan fresco está.

Camina descalzo hasta un armario. Cuando lo abre, en realidad es una despensa. Curiosa, me asomo. Es enorme, pero, una vez más, apenas hay nada.

Cole saca una bolsa de papel marrón y me la da. Miro dentro y veo media barra de pan blanco crujiente. Lo saco y tiene razón. Está un poco duro, pero no importa. No será un problema para lo que tengo pensado.

Le pido a Cole una tabla de cortar y un cuchillo, que saca de varios compartimentos ocultos de su enorme cocina.

—¿Puedo ayudar? —me pregunta mientras corto cuatro rebanadas.

Me acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja y le sonrío.

—¿Puedes traer el vino y un bote de mostaza?

Recoge la botella y el bote y los deposita en la encimera junto a mí.

—¿Qué estás haciendo? ¿Queso a la plancha?

—Una variación. —Lo miro—. ¿Te gusta el queso gratinado?

Se encoge de hombros.

—¿No le gusta a la mayoría de la gente?

—Bueno, no estaba segura de lo que los multimillonarios comen en casa, y tú no pareces exactamente del tipo de comida reconfortante.

—¿Eso es lo que es para ti? ¿Comida reconfortante?

—Sí. —Sonrío para mis adentros—. Mi mamá solía hacérmelo siempre que tenía un mal día. Cuando me hice mayor, y mamá tenía dos trabajos, empecé a hacérselos cuando llegaba demasiado tarde a casa para cenar. Cuando era estudiante universitaria pobre, experimenté. Esta es mi variante favorita. Aunque —sostengo el queso y el vino que me dio—, nunca he tenido ingredientes tan caros.

La comisura de sus labios se tuerce.

—Supongo que no. Esa botella costó quinientos dólares.

Me paralizo.

—Oh, no, no puedo usar...

—Úsala.

Me muerdo el labio, luego asiento con la cabeza y continúo con lo que estoy haciendo.

Él me observa en silencio mientras derrito el queso cheddar y el brie en una sartén y añado un poco de vino.

Cole trae dos copas, luego toma la botella y las llena. Acepto la que me tiende y bebo un sorbo. El sabor ácido y fresco explota en mi lengua.

—Mmm, es bueno.

Y ahora sé a qué sabe una botella de vino de quinientos dólares.

Cole aún no se bebió nada. Me mira con una expresión inescrutable en el rostro. Me pone un poco nerviosa, así que, mientras combino la mantequilla y la mostaza en un cuenco pequeño, le pregunto:

—¿Alguna vez te hizo tu mamá queso a la plancha cuando eras pequeño?

No contesta y lo miro. Tiene la mandíbula tensa, pero se limita a negar con la cabeza.

—Teníamos un chef. A veces, si lo acosábamos lo suficiente, nos preparaba uno, pero no le gustaba hacerlo. Estaba por debajo de su talento culinario.

Cierto. Supongo que el caviar era más lo suyo.

—Bueno, nosotros somos los chefs esta noche —le digo—. Así que, toma. —Le paso un plato con dos rebanadas de pan, junto con el cuenco de mantequilla y mostaza—. Unta el queso fundido y luego unta la parte superior con esto.

Él lo hace, y yo hago lo mismo con los míos. Cuando terminamos, busco una sartén y frío los sándwiches hasta que el pan está dorado y

crujiente. Cuando le acerco el plato de Cole a la isla, lo mira y luego vuelve a mirarme, con un cambio en la mirada.

—Gracias —dice en voz baja.

¿Cuándo fue la última vez que alguien que no fuera un chef profesional le preparó una comida? Sonrío.

—De nada.

Sigo de pie al otro lado del banco, pero él usa el pie para empujar el taburete que tiene al lado y lo señala con la cabeza.

—Ven aquí.

Llevo mi plato y mi copa de vino hasta el banco y deslizo el trasero en el taburete. La tensión de su rostro se relaja y me sonríe. Una vez más, esa expresión hace que se me corte la respiración. Realmente es increíblemente guapo, y más aún con esa expresión en el rostro en lugar de la severa que suele poner. Aunque la expresión severa que pone cuando está al frente de una mesa de conferencias, controlando una sala llena de gente con una sola mirada, tampoco está nada mal.

Tomo mi sándwich y le doy una mordida. La mezcla de queso cheddar fuerte y el queso brie cremoso combina de maravilla con la mostaza y el toque de vino. Lo observo mientras muerde el suyo y mastica, y estoy más nerviosa de lo que debería por oír lo que piensa.

Sus ojos se cruzan con los míos.

—Esto está delicioso —dice por fin, con un poco de sorpresa en la voz.

No puedo evitar la sonrisa que me cruza el rostro y le doy un sorbo a mi vino.

—Ahora que sabes cómo hacerlo, puedes hacer uno de estos cada vez que te den ganas de picar algo.

—Probablemente llamaré a mi restaurante favorito y les diré cómo prepararlo, luego haré que me lo traigan.

Lo miro con la boca abierta. Su cara es inexpresiva y no sé si habla en serio hasta que esboza una sonrisa y se ríe.

Yo también me río.

—Wow. Otra vez ese sentido del humor.

—Sale de vez en cuando.

Le doy el último mordisco a mi sándwich y, con un zumbido de satisfacción, me chupo el último trozo de grasa de los dedos.

Levanto la vista a tiempo para ver los ojos de Cole fijos en mi boca. Se han oscurecido. Pone el resto del sándwich en su plato, lo aparta de él, engancha el pie alrededor de la pata de mi taburete y me arrastra más cerca, obligándome a soltar un grito ahogado.

—Cole, yo...

Sacude la cabeza y me interrumpe antes de tomar el vino y llevárselo a la boca. Bebe un sorbo directamente de la botella y luego la inclina hacia mí.

—Bebe.

El Cole relajado se va, el Cole intenso volvió. Se me aprieta el estómago y tomo la botella. Vuelve a sacudir la cabeza y me acerca el borde a los labios. Cuando los separo, la inclina hasta que un hilo de delicioso líquido me llena la boca. Apenas puedo tragar antes de que me agarre por la nuca y me arrastre hacia él. Su lengua se encuentra con la mía con una urgencia que igualo.

Es casi la una de la madrugada, debería estar cansada después de una larga semana de trabajo y de haber tenido sexo ya una vez con él, pero no lo estoy. En lugar de eso, estoy llena de una extraña energía que recorre mis terminaciones nerviosas, despertando mi cuerpo como solo él lo sabe hacer.

Le paso las manos por el cabello, rozándole el cuero cabelludo con las puntas de los dedos, y él gime contra mis labios. Antes de que me dé cuenta, me ha quitado la camisa de los hombros y estoy desnuda delante de él. Rompe el beso y me recorre con la mirada, haciendo que mis pezones se ericen en picos sensibles y apretados.

—Eres jodidamente sexy —gruñe. Se levanta, aparta los platos y me sube a la isla. Jadeo cuando el frío mármol entra en contacto con mi piel y enseguida miro la pared de cristal que nos rodea.

—Si alguien está mirando, déjalo. Que vean cómo te hago mía —dice Cole, y me estremezco cuando la parte de mí que anhela ser temeraria y libre empuja contra mis restricciones.

Luego me presiona y yo lo dejo, con el corazón desbocado mientras sus grandes manos separan mis muslos. Tengo los ojos cerrados y la respiración se me escapa a borbotones. Entonces tiene su boca sobre mí, caliente y húmeda, y me come como si fuera un hombre hambriento, introduciendo su lengua en mi abertura y arrancándome un grito ahogado.

Sus dedos sustituyen a su lengua, que traza un camino hasta mi clítoris, el sensible manojo de nervios ya hinchado por la necesidad. Me lo muerde y luego me lo chupa entre los dientes. Estoy tan cerca que mis caderas se agitan contra él. Justo antes de perder el control, se detiene y grito de frustración, con los párpados abiertos.

Cole me mira fijamente con sus ojos calientes y hambrientos. Entonces toma la botella de vino casi vacía y la inclina de modo que un pequeño chorro cae sobre mi coño. Casi grito por la sensación, pero antes de que pueda decir nada, está lamiendo pecaminosamente el líquido que me cubre.

Me retuerzo.

—Dios, Cole, eso se siente tan bien.

Con una mano bajo mi trasero, me levanta las caderas, y entonces el frío cristal de la botella roza la cara interna de mi muslo mientras me echa otro chorrito. Esta vez, con el ángulo en que me puso, siento cómo se acumula en mi entrada. Su boca me cubre y bebe. La sola idea de lo que está haciendo me excita y, aunque no me estimula directamente el clítoris, mi orgasmo se acerca a pasos agigantados, pero no es suficiente para llevarme al límite.

Le meto los dedos en el cabello, jalándolo para llevarlo a donde más lo necesito. Con un último movimiento de su lengua, sube. Me quedo sin aliento cuando se aferra a mi clítoris y lo succiona entre sus labios.

Y entonces el suave borde de la botella presiona mi entrada y jadeo, poniéndome casi erguida.

—¿Cole?

—Acuéstate —gruñe, y yo obedezco, desplomándome contra la isla. La punta de la botella se introduce en mí y no sé si avergonzarme o excitarme. Mi cuerpo decide por mí y mis músculos internos se aprietan alrededor del cuello. La fría dureza del cristal me resulta increíble, sobre todo cuando Cole me aprieta el clítoris.

Empuja la botella, pero no tan fuerte como para resultar incómodo, solo lo suficiente para darme algo de presión y fricción donde lo estoy deseando. Imagino qué aspecto tendríamos si alguien nos viera: yo, acostada desnuda sobre la isla con las piernas abiertas, y un hombre sin camisa con la cabeza hundida entre mis muslos, follándome con la boca y el cuello de una botella de vino.

La imagen mental y las sensaciones físicas bastan para catapultarme al límite, y grito cuando llega mi clímax. Mi canal se aprieta alrededor de la botella y mi clítoris palpita con cada latigazo de la lengua de Cole. Cuando termina, soy un desastre sudoroso y tembloroso. Finalmente, Cole se levanta y me quita la botella. Lo único que puedo hacer es acostarme sin fuerzas sobre la isla y mirarlo mientras me dedica una sonrisa oscura y sensual. Se lleva la botella a los labios y la inclina hacia arriba, moviendo la fuerte columna de su garganta mientras bebe la mayor parte del vino que queda en su interior.

Su brazo pasa por debajo de mi espalda, me levanta y me lleva la botella a los labios.

—Sabes jodidamente divino —me dice.

Abro la boca y dejo que vierta las últimas gotas de vino en mi lengua. Se sienta, me sube a su regazo y vuelve a besarme para que compartamos el sabor del vino y el mío. Mi cuerpo se estremece casi tanto como mi corazón y mi mente. Cole es demasiado para mí, demasiado de todo lo que no soy. Y, sin embargo, la sensación que me produce cuando estoy así con él y puedo dejarme llevar es adictiva.

Demasiado adictiva.

La forma en que su boca reclama la mía, el agarre posesivo de sus manos sobre mi cuerpo... nada de eso parece casual o temporal. No

quiero moverme de donde estoy. Quiero quedarme aquí, apretada contra él, sin recordarme a mí misma que esto tiene que acabar.

Pero no puedo, así que me repongo y me alejo. Cuando intento deslizarme fuera de su regazo, me abraza con fuerza.

—¿A dónde crees que vas?

—Probablemente debería irme a casa.

Me recorre el cuello con los labios.

—Quédate —murmura contra mi piel.

—¿Qué? —Me inclino hacia atrás para encontrarme con su mirada.

Tiene el ceño fruncido, como si no estuviera seguro de lo que dice.

—Es tarde. Deberías quedarte.

—Tú... ¿quieres que me quede esta noche?

No se molesta en responder a mi pregunta.

—Te traeré una de mis camisetas para que te la pongas. —Me levanta y desaparece por el pasillo hacia su dormitorio y lo sigo. Nunca me había pedido que me quedara. Nunca esperé que lo hiciera. Supuse que era una forma de mantener la realidad de nuestra no relación en el centro de mi mente.

Pero ahora... ahora estoy confundida. Entro en su habitación y lo encuentro buscando en un cajón. Se gira hacia mí y me tiende una camiseta blanca que me quedará demasiado grande, pero que es mejor que dormir con la que he llevado toda la noche y que tendré que ponerme mañana.

La tomo, mis dedos rozan los suyos, y un pequeño rizo de calor florece en mi estómago. Hago todo lo posible por reprimirlo. No quiero caer en la tentación de pensar que esto significa algo.

Y sin embargo...

Me pongo la camiseta por encima. Me cuelga hasta medio muslo, pero la tela es suave y lujosa. Cole me mira fijamente y la intensidad de su mirada calienta cada centímetro de mi piel. Se frota la boca con la mano,

se da la vuelta bruscamente y desaparece en el cuarto de baño, del que sale con un cepillo de dientes nuevo para que yo lo use. Nos aseamos rápidamente y, antes de que me dé cuenta, se mete en su enorme cama y sujeta las mantas para mí.

Me meto debajo, pero, acostada a su lado, no sé qué hacer conmigo misma. Cole no parece exactamente de los que se acurrucan, pero entonces rueda hacia mí y me pone la mano grande en el estómago, el calor de su palma se filtra a través de la camiseta y me relaja.

Puede que no estemos acurrucados, pero estar aquí con él así sigue siendo especial. Creo que estoy sonriendo mientras me duermo.

32

Cole

Me despierto y siento que algo caliente me aprieta el costado. Abro los ojos y enseguida veo a la mujer acurrucada a mi lado, con el cabello oscuro sobre mi brazo y el resto cubriéndole parcialmente el rostro. Sus largas y oscuras pestañas se agitan contra sus mejillas mientras sueña.

No sé qué me pasó anoche cuando le pedí que se quedara. No. Eso no es verdad. Sé exactamente lo que estaba pensando. Estaba pensando que me gustó que cocinara para mí, me gustó que se riera conmigo, me gustó mucho lo que me dejó hacerle después. Tenerla conmigo después de una jodida semana larga de trabajo me sentó bien. Más que bien. No quería que esa sensación desapareciera.

No quería que *ella* se fuera, y no sé qué demonios hacer con eso.

Me separo de ella y salgo de la cama. Suelta un pequeño gemido y se acurruca sobre sí misma, y yo quiero volver a meterme bajo las sábanas, ponerla boca arriba y enterrar mi cabeza entre sus piernas. Mis pensamientos están desordenados y necesito concentrarme en otra cosa.

Después de ir al baño, me visto con mi ropa de entrenamiento y me dirijo a mi gimnasio personal. Me paso la siguiente hora forzando mi cuerpo para no pensar en la mujer que tengo en la cama, la que no deja de abrirse camino bajo mi piel. Me obligo a pensar en mis planes para el fin de semana. Hoy es nuestra cita mensual con mamá, un acontecimiento que mis hermanos y yo -y seguro que mamá también-, tememos por igual. Fue aún peor desde la detención de papá. Mamá sigue su rutina habitual de ignorar cualquier cosa mínimamente desagradable, mientras que Roman, Tate y yo estamos ahí para guardar

las apariencias. En cuanto acabe la comida, nos iremos cada uno por su lado. Deber cumplido por otro mes.

Diez minutos más tarde, dejo las pesas en el perchero y me doy la vuelta, deteniéndome al ver su esbelta figura en la puerta. Mi polla se agita al verla con mi camiseta. Sus pezones se ven claramente a través de la tela blanca, y solo puedo pensar en metérmelos en la boca. Entonces me fijo en cómo se retuerce los dedos. No está segura de estar aquí. Probablemente tan insegura como yo de tenerla aquí.

Delilah camina hacia mí y percibo el suave contoneo de sus caderas. Espero a que la incomodidad me abrume con el impulso de apurarla a salir por la puerta, pero me quedo ahí y la veo acercarse. En lugar de decirle que llamaré a Jonathan para que la lleve a casa cuando se detenga delante de mí, doy un paso hacia ella, le rodeo el trasero con las manos y la atraigo hacia mí.

Ella me mira con los ojos muy abiertos y me invade la necesidad de quitarle la camiseta y follármela aquí mismo, en el suelo del gimnasio. Le meto la mano en el cabello y le jalo la cabeza.

—Cole —dice—. ¿Quieres que...?

—¿Quieres ir a comer con mi familia hoy?

Sus labios se separan y me mira fijamente.

—¿Quieres que pase tiempo con tu familia?

Suena ridículo cuando lo dice, y no sé en qué estaba pensando al preguntárselo, pero en lugar de retractarme, redoblo la apuesta.

—Sí. ¿Tienes algo planeado para hoy?

—Iba a hacer algo de trabajo.

—Trabajas demasiado —gruño.

Se ríe suavemente.

—Mira quién habla.

Inclino la cabeza hacia ella, respirándola.

—Siéntete libre de distraerme.

Me mira fijamente, con algo suave y cálido floreciendo en sus ojos. Luego cruza los brazos, se agarra el dobladillo de la camiseta y se la pasa por la cabeza.

Llevo a Delilah a su apartamento en mi Maclaren para que pueda cambiarse. Cuando sale vestida con un bonito vestido azul y sandalias de tacón, me pican los dedos por deslizar la sedosa tela por sus muslos y hundirme en ella. Me encantaría llevarla a mi ático y pasarme todo el día en la cama con ella en lugar de ir a esta comida, pero las apariencias lo son todo y nuestra comida familiar mensual debe mantenerse en una muestra de nuestra solidaridad. Es aún más importante después de lo que hizo papá.

Arranco el motor, me incorporo al tráfico y me dirijo a la propiedad de mi familia en el condado de Westchester.

Conducimos en silencio durante unos minutos, mientras el paisaje cambia de los rascacielos de Manhattan a los frondosos suburbios.

Delilah rompe el silencio.

—¿Tus hermanos se preguntarán por qué estoy ahí?

La miro, observando su ceño fruncido. Teniendo en cuenta que yo mismo me sorprendí al invitarla, no dudo de que mi familia se escandalizará, pero lo último que quiero es hacerla sentir incómoda.

—Mis hermanos ya saben de ti.

—Sé que Tate lo hace, pero no sabía que ambos lo hicieran. —Se muerde el labio—. ¿No pensarán que es extraño que esté contigo hoy?

Su voz se llena de preocupación y no puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad.

—Lo harán —admito, intentando mantener un tono uniforme—. Pero no dirán nada.

—¿Y qué pasa con tu mamá? No le dijiste que me ibas a llevar, ¿verdad?

—No. —Es mejor así. Al menos no tendrá tiempo de afilar sus garras—. Mamá será educada. —Al menos en apariencia. No puedo imaginar su reacción cuando lleve a una mujer a almorzar, y menos a una mujer que trabaja para mí—. No esperes que sea como tu mamá. No es particularmente... maternal.

A estas alturas, Delilah probablemente se pregunte por qué la invité. No estoy pintando exactamente una imagen atractiva de mi familia, pero tampoco puedo mentirle. No será una reunión familiar divertida. Tal vez por eso la invité. No porque quiera exponerla a mi familia, sino porque no estoy dispuesto a renunciar a la calidez de su presencia a cambio de otro frío encuentro con ellos.

Delilah parece percibir mi vacilación.

—¿Está todo bien?

Hago una pausa y decido decirle la verdad.

—Estos almuerzos no son precisamente agradables, es algo que hacemos para mantener las apariencias y cumplir con nuestras obligaciones sociales. A mi mamá le gusta decirles a sus amigos que pasa tiempo de calidad con sus hijos, y nosotros le seguimos la corriente porque es bueno para el negocio que mantengamos una fachada de unidad familiar. A los inversionistas y accionistas les gusta pensar que hay una familia unida al frente de la empresa, pero no hay amor entre ninguno de nosotros. Básicamente se trata de estar ahí hasta que podamos irnos.

—Lo siento —dice, y cuando la miro, la compasión brilla en sus ojos.

Me encojo de hombros.

—Así son las cosas.

—Bueno, haré todo lo posible para no hacer las cosas más incómodas.

Con la mano que estaba apoyada en la palanca de cambios, me acerco a ella y le subo el vestido hasta que puedo rodear su muslo desnudo con la mano.

—No lo harás.

Veinte minutos después, entro por el largo camino de grava. Al llegar al final y ver la casa principal, Delilah se queda con la boca abierta. Mira por la ventanilla las columnas blancas que flanquean la entrada de la enorme mansión georgiana de tres plantas y ladrillo rojo.

Mueve la cabeza con incredulidad.

—¿Aquí es donde creciste?

—Cuando no estaba en el internado.

Sus ojos se abren de par en par y se gira para mirarme.

—No sabía que habías ido a un internado. ¿Dónde?

—En New Hampshire.

—Wow. No puedo ni imaginar cómo sería eso. Aunque, supongo que tuviste a tus hermanos, al menos.

—No, no lo hice.

—¿Qué quieres decir?

—Roman es cinco años mayor que yo. Cuando yo estaba en la preparatoria, él ya había empezado la universidad. Tate estudió en Massachusetts.

—¿Por qué Tate fue a una escuela diferente?

Ahora no es el momento de entrar en la situación de Tate.

—Probablemente deberíamos entrar.

Se queda mirándome un momento y luego me dedica una sonrisa comprensiva.

—Okey.

Antes de que pueda desabrocharse el cinturón y salir, salgo del auto y me pongo a su lado para abrirle la puerta.

Me preocupa que no me espere, pero lo hace, acepta mi mano extendida y sale con elegancia. Sus dedos están calientes entre los míos y se me ocurren cientos de cosas que preferiría estar haciendo con ella en

este momento, pero ya estamos aquí, así que guío a Delilah escaleras arriba, donde Peters ya nos está abriendo la puerta.

—Buenas tardes, señor King, señorita —dice.

Juro que mis papás eligieron a Peters porque es tan cariñoso y afectuoso como cualquiera de ellos. Es decir, nada. Por su frío saludo, nunca creerías que me conoce desde que era un niño, pero mis papás nunca han fomentado la familiaridad con ninguno de nuestros empleados.

—Buenas tardes, Peters. ¿Comeremos hoy en el comedor o en el jardín sur?

—El jardín sur, señor.

Delilah vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos; sin embargo, cuando entramos en el gran vestíbulo, traslada su mirada de ciervo al espacio que la rodea.

—Oh, Dios —susurra para sus adentros, mientras levanta la mano y se la pone en el pecho.

Miro a mi alrededor y veo el lugar como lo vería alguien que no está familiarizado con él. El vestíbulo tiene techos de seis metros, y el suelo de madera pálida, las paredes blancas y las amplias ventanas llenan el espacio de luz. Delante de nosotros, una amplia escalera sube hacia arriba. Con todo el sol que entra, el lugar debería ser cálido y acogedor, pero no es así. Al menos, no para mí. Si tuviera recuerdos de estas habitaciones llenas de amor y risas, me parecería una casa familiar, pero no los tengo. Tengo otros.

Mis ojos se dirigen a la puerta cerrada de la biblioteca, pero me doy la vuelta antes de que la escena que presencié ahí pueda pasar por mi cabeza.

Seguimos a Peters hasta la parte trasera de la casa, donde unas puertas de cristal dan al porche. Mis hermanos ya están sentados a la mesa en medio del cuidado césped.

Peters nos abre la puerta y se hace a un lado para dejarnos pasar. Salgo, me giro y veo a Delilah detenida en el umbral. Me doy cuenta de

que debe de sentirse intimidada. Sin pensarlo demasiado, alargo la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y la jalo hacia adelante. Cuando se acerca sin vacilar, siento un extraño calor en el pecho. Atravesamos el césped y Delilah camina de puntillas para que sus tacones no se hundan en la hierba.

Al darse cuenta de que nos acercamos, Tate y Roman levantan la vista. Puedo ver sus cejas levantadas desde aquí, pero los ignoro. Un momento después, mamá mira por encima del hombro. Se pone rígida, pero sigo avanzando, llevando a Delilah conmigo.

—Cole —dice mamá mientras nos acercamos—, no sabía que traerías una invitada.

Su mirada baja hasta donde mi mano se une a la de Delilah y sus labios se entreabren. La intimidad de lo que estoy haciendo me produce un repentino malestar. La suelto en cuanto llegamos a la mesa, con la excusa de apartarle la silla a Delilah.

—Mamá, esta es Delilah.

—Hola, Delilah. —Mamá recorre a Delilah con sus ojos azul plateado y luego tuerce los labios en lo que se supone que es una sonrisa.

—Encantada de conocerla, señora King —dice Delilah, con una sonrisa mucho más cálida que la de mamá.

—Me alegro de volver a verte, Delilah —dice Tate, con los labios curvados en una mueca.

Roman se limita a asentir con la cabeza, con la mirada fría mientras observa a Delilah sentarse con elegancia en la silla que le preparé, pero así es como Roman mira a todo el mundo.

Tomo asiento entre Delilah y mamá, que bebe un sorbo de su taza de té y la deja delicadamente en el platillo.

—Bueno, Delilah, ¿a qué te dedicas?

—Soy arquitecta.

Las cejas rubias de mamá se arquean.

—¿Arquitecta? Eres muy joven para eso, ¿no?

—Terminé mi licenciatura antes de tiempo.

—Delilah tiene mucho talento. —Tate lanza esto con una sonrisa burlona en mi dirección—. Está trabajando en el desarrollo del nuevo hotel.

No me extraña cómo se entrecierran los ojos de mamá.

—¿Trabajas para la empresa?

—Trabajo para Elite Architecture. Estamos contratados por el King Group mientras dure el desarrollo.

—Ya veo. Mamá retira una pelusa de la mesa antes de dirigirme una mirada fría que no reconozco. Me limito a tomar la botella de vino abierta y lleno la copa de Delilah, seguido de la mía.

—Roman y Tate me estaban contando cómo van las cosas con la urbanización —dice mamá—. Al parecer, hay algunas preocupaciones con los inversionistas....

—Están sentados esperando a ver si fracasamos —respondo—. En cuanto les enseñemos las cifras definitivas, se darán cuenta de que van a ganar más dinero con nosotros que nunca.

—Siempre que no te distraigas —dice, con la mirada fija en Delilah.

Delilah se remueve en su asiento y toma su copa de vino.

—Yo no me distraigo —digo, ignorando lo que suena sospechosamente como un bufido ahogado de Tate—. Y además, la gente que trabaja para nosotros son los mejores en el negocio. No me preocupa que dejen caer la pelota. —Mis ojos se cruzan con los de Delilah y ella me sonríe.

La llegada del almuerzo rompe la tensión. Llega una tropa de sirvientes, cargando platos y colocándolos delante de cada uno de nosotros. Como de costumbre, la comida es exquisita y hay unos minutos de silencio mientras todos disfrutamos de nuestros platos. Por desgracia, no dura nada.

—¿Cuándo hablaron por última vez con su papá? —mamá pregunta.

Comparto una mirada con Tate y Roman, y es Roman quien responde.

—Hace unas semanas. Todavía están discutiendo un acuerdo de culpabilidad, pero él se resiste.

Mamá resopla.

—Está siendo testarudo.

—¿No me digas que creías que se rendiría sin luchar? —pregunta Tate, con un tono divertido en la voz. De todos nosotros, él y papá son los que menos se quieren, por razones obvias.

Mamá suspira.

—Bueno, esperemos que todo esto pase pronto.

Aprieto los dientes. Dios quiera que nada ni nadie perturbe su perfecta y despreocupada existencia, y menos aún la detención de su esposo. Le preocupa más cómo la miran las mujeres del club de campo que el hecho de que su esposo no la respete ni a ella ni a su familia.

Todo esto es una broma: sentarnos aquí y comer juntos, pretender que somos una familia feliz a la que le importan una mierda los demás. Porque eso es todo lo que es y todo lo que siempre fue: una pretensión.

—Entonces, Delilah —mamá empieza de nuevo—, ¿tu familia es de Nueva York?

Delilah deja el tenedor.

—No. Crecí en Carolina del Norte, cerca de Raleigh.

—¿Y qué hacen tus papás, querida?

—Mi mamá es peluquera.

A mamá se le ensanchan las fosas nasales y frunce los labios. Aprieto los dientes. Ni siquiera intenta ocultar su horror.

—¿Y tu papá?

Delilah levanta la barbilla y mira a mi mamá directamente a los ojos.

—Mi papá no está.

Dios, esta maldita mujer. No deja que mi mamá la intimide ni por un segundo. Ella no la está complaciendo o tratando de ganar su favor. No

se avergüenza de su educación. Está orgullosa de quién es, de dónde viene y a quién quiere. Su rebeldía es un cambio refrescante con respecto al mundo obsesionado con el estatus del que vengo.

Capto la lenta sonrisa de Tate y la forma en que la mira me enoja. Apoyo el brazo en el respaldo de su silla y le acaricio el cuello con los dedos, se le pone la piel de gallina y me mira de reojo. Le sonrío prometiéndole unos cuantos orgasmos, y sus mejillas se ruborizan.

La expresión de mamá se aprieta.

—Eso debe haber sido... difícil.

Delilah se encoge de hombros.

—Mamá trabajó muy duro para darme una buena vida, y ahora espero hacer lo mismo por ella.

—¿Qué quieres decir? —Tate pregunta antes de que yo pueda, y lo fulmino con la mirada.

Delilah sonríe en su dirección, haciendo que mis dientes rechinen de nuevo.

—Estoy ahorrando para poder construirle una casa. Ya he empezado a diseñarla, va a ser una sorpresa.

No lo sabía, pero bueno, no me he molestado en preguntarle muchos detalles de su vida, ¿verdad?

—Obviamente eres muy unida a tu mamá —dice Tate—. Siempre me he preguntado cómo es eso. —Sus labios se curvan, pero difícilmente llamaría sonrisa a lo que hace su boca.

—Eh... —Delilah le lanza una mirada a mamá, que no se digna a reconocer el comentario—. Sí, somos muy unidas. Éramos solo nosotras dos cuando yo era pequeña.

—Qué dulce. —Mamá suena como si pensara que es cualquier cosa menos dulce.

Delilah mira alrededor de la mesa y luego a mí. Todavía tiene una sonrisa en el rostro, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos. Teniendo en cuenta que mis papás nunca hicieron nada por nosotros

que no les sirviera a ellos mismos, el hecho de que mi mamá esté tratando de hacer que Delilah se sienta mal por cómo creció hace que un destello rojo recorra mi visión.

Estoy a punto de mencionar una reunión urgente que olvidé, pero Delilah vuelve a hablar.

—Puede que no me haya criado en una mansión -señala la casa que hay detrás de nosotros-, pero mi mamá me ha apoyado siempre que la he necesitado. En lo que a mí respecta, eso significa más que cualquier cosa que el dinero pueda comprar.

Mi mamá estrecha la mirada hacia Delilah, que se limita a tomar el tenedor y seguir comiendo. El orgullo me invade. ¿Cuándo una mujer se ha enfrentado a mi mamá tan directa y sinceramente como acaba de hacerlo Delilah? ¿Y cómo debió de ser crecer sabiendo que tenías a alguien que se preocupaba por ti de esa manera? Alguien que pondría tus necesidades por encima de las suyas. Alguien que te quería más que al dinero, al poder o a sí misma.

Roman retoma la conversación, lo que le permite a Delilah dejar de ser el centro de la conversación, aunque la mirada de mamá se desliza de vez en cuando hacia ella. No tengo ni idea de lo que está pensando, ya que su rostro está congelado tanto por la falta de emociones discernibles como por el bótox. Roman, Tate y yo repasamos algunos números del nuevo proyecto mientras mamá escucha. Delilah intenta entablar conversación con ella, pero las respuestas que recibe son frías y cortas en el mejor de los casos. La creciente incomodidad de Delilah me distrae de hablar de trabajo con mis hermanos.

Fui un idiota al pensar que mi mamá se doblegaría lo suficiente como para ser cortés con una mujer que no cumple sus requisitos de riqueza y poder. Nunca debí haber puesto a Delilah en esta situación. No sé si estoy más molesto conmigo mismo o con mi mamá.

Solo hace falta una respuesta brusca más de mamá y se acabó. Echo la silla hacia atrás y me pongo de pie.

—Nos vamos.

Delilah se levanta también.

—Gracias por el almuerzo, señora King. —Sus palabras pueden ser tranquilas, pero la tensión irradia de ella. No sé cómo se las arregla para ser tan educada con la mujer que ha alternado entre ignorarla y ser casi grosera.

A la mierda. Vuelvo a entrelazar mis dedos con los suyos y miro a Tate y Roman.

—Los veré en la oficina. —Luego miro a mamá—. Te veré el mes que viene.

Ella me mira sorprendida.

—Pero Cole, no hemos...

Sin esperar a que termine, tiro de Delilah y volvemos a la casa. En cuanto entramos, la aprieto contra la pared y rozo su cuello con la nariz.

—Lo siento.

Respirar su dulce aroma me tranquiliza. Al igual que la forma en que sus brazos me rodean y sus manos presionan mi espalda.

—Está bien. No fue culpa tuya.

Suelto una carcajada áspera.

—No debería haberte pedido que vinieras. Sé cómo es.

Se queda callada un momento, y sus manos recorren mis músculos tensos.

—No puedo decir que me haya gustado la experiencia, pero... —Me aparto para mirarla y siento una extraña punzada detrás del esternón cuando sus ojos verdes se encuentran con los míos—. Me alegro de que me quisieras aquí.

Mi erección presiona con fuerza y pesadez contra su vientre, y mi necesidad de follármela, de enterrarme en ella tan profundamente que nunca pueda sacarme, es casi abrumadora. Si no pensara que mi mamá y mis hermanos van a entrar en cualquier momento, la desnudaría aquí mismo y la penetraría.

En lugar de eso, la conduzco de nuevo por la casa. Cuando llegamos al vestíbulo, mi mirada se dirige directamente a la puerta de la biblioteca y aprieto los dedos en torno a los de Delilah.

—¿Qué habitación es esa? —Señala con la mano libre—. ¿Y por qué te molesta?

Le lanzo una mirada de sorpresa.

—Las dos veces que hemos pasado por aquí, la has mirado de reojo.

A pesar de mi mal humor, casi sonrío. Por alguna razón que no acabo de entender, la llevo hasta ahí y abro la puerta de un tirón.

El aroma demasiado familiar de libros encuadernados en cuero, madera pulida y un toque de papel viejo invade mis sentidos.

—Wow —murmura Delilah—. Esto es increíble. —Entra en la habitación, se dirige directamente a la estantería más cercana y pasa el dedo por un lomo en relieve—. ¿Cuántos de estos son primeras ediciones?

—Demasiados para contarlos. —Me pongo a su lado—. Solía ser mi habitación favorita de la casa cuando era más joven. Era una de las pocas personas que la usaba.

Siento que se gira hacia mí, pero no la miro.

—¿Por qué dejó de ser tu favorita?

Cuando paso junto a ella y me dirijo al centro de la habitación, me sigue. Tiene el mismo aspecto que entonces. Tres paredes están repletas de estanterías, mientras que la cuarta tiene grandes ventanales con vistas a los cuidados jardines del exterior. En un extremo, un gran escritorio de madera domina el espacio, rodeado de sillones de cuero y un sofá.

—Me encantaba venir aquí los días de lluvia y encontrar un libro nuevo para leer.

—Me lo imagino —dice en voz baja.

—Bajé a leer un día de lluvia cuando tenía unos nueve años. Cuando abrí la puerta, vi que papá ya estaba aquí. —El desagradable recuerdo me viene a la mente: mi papá, recostado en uno de los sillones, con la

camisa abierta, los pantalones por los tobillos y la cabeza echada hacia atrás mientras la cabeza de una mujer subía y bajaba entre sus piernas.

—Estaba recibiendo una mamada, de nuestra niñera.

—Oh, Dios —dice Delilah. Se acerca hasta quedar pegada a mi costado. Miro la simpatía que se refleja en sus hermosos ojos—. Es horrible.

—Era lo suficientemente mayor como para tener una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Lo suficientemente mayor como para darme cuenta de que lo que él estaba haciendo estaba mal. Que estaba ocurriendo algún tipo de traición. —No entro en detalles. No le digo que me quedé ahí, boquiabierto, mirando cómo la agarraba por la cabeza y la empujaba hacia él mientras gemía. No menciono lo horrorizado que me quedé ni que se me calentó el rostro y sentí unas ganas terribles y repentinas de llorar, algo que ya había aprendido que no era aceptable—. Intenté cerrar la puerta antes de que me viera, pero no fui lo bastante rápido. —Suelto una carcajada sin gracia—. Ni siquiera se avergonzó de que lo descubriera. Solo sonrió y me guiñó un ojo.

Delilah se coloca frente a mí y me rodea el pecho con los brazos. Instintivamente, yo también la rodeo con los míos.

—Lo siento mucho —me dice—. Debe de haber sido muy confuso para ti.

—No pude cerrar la puerta lo bastante rápido. Me preocupaba mucho si debía contárselo a mamá, preguntándome qué haría si se enteraba. Al final, le confesé a Roman lo que vi y me dijo que mamá ya lo sabía y no le importaba, o tal vez le importó alguna vez, pero no lo suficiente como para alterar su vida. Sobre todo porque ella tenía sus propios asuntos.

—Eso es tan jodido —susurra Delilah.

Sacudo la cabeza para alejar los recuerdos, no solo de lo que vi hacer a papá, sino también de la revelación por parte de Roman de la verdad sobre nuestra familia. Sabía que mis papás no eran personas cariñosas, pero hasta que Roman me lo explicó, no me di cuenta de que no era solo porque no fueran demostrativos, era porque no se amaban, ni siquiera se gustaban especialmente, o a nosotros.

Ese fue el día en que también descubrí la verdad sobre Tate. Todo aquello me abrió los ojos a la realidad: el amor es una ilusión. Cuando crecí, lo vi aún más claro. Las relaciones son básicamente negocios, los hijos se consideran inversiones y el afecto es sobre todo una fachada. Al menos en mi mundo.

Me aclaro la garganta.

—Como sea, la biblioteca perdió su atractivo. La evité después de eso.

—Es comprensible —dice Delilah, estrechando sus brazos a mi alrededor—. Siento que tu papá fuera tan egoísta. Que te quitara algo especial de esa manera.

Llevado por el instinto y la necesidad, le agarro la barbilla y le inclino el rostro para besarla. El calor de sus labios y el sabor de su boca ahuyentan cualquier otro pensamiento.

Sus manos recorren mi espalda y se aprieta contra mí, provocándome una oleada de calor.

La quiero otra vez.

Mierda. ¿Cuándo no la quiero?

El mero hecho de tener su cuerpo contra el mío alivia algo dentro de mí que parece haber estado tenso desde que tengo memoria. Arrastro los labios por su mandíbula hasta llegar a la delicada piel de su oreja.

—Vuelve a casa conmigo esta noche.

No dice nada, solo asiente. Tiene los ojos nublados, las mejillas sonrojadas y la boca hinchada de lo fuerte que la besé. Parece perfecta, y de repente me imagino cómo sería tenerla conmigo todo el tiempo.

Las costillas me aprietan los pulmones. Me prometí que nunca me dejaría engañar por la ilusión. No puedo empezar a creer la mentira de que esto puede crecer y convertirse en algo más, que puede durar. Eso no ocurre en mi mundo.

¿Y si se pudiera?

Cierro los ojos y vuelvo a reclamar su boca. Sería estúpido dejar que esos pensamientos se arraigaran.


KING
¿Y si ya es demasiado tarde?
L. M. DALGLEISH Empty Kingdom #1.
SWEET
Coldhearted

33

Delilah

Estoy sonriendo mientras rubrico el último conjunto de planos internos. Parece que hago eso mucho últimamente, sonreír por nada, y la razón es un metro ochenta, cabello oscuro y de ojos azules, con una polla que no para. Me río para mis adentros. Realmente me estoy volviendo loca.

No puede ser malo ser tan feliz que sonrío y me río para mis adentros, ¿verdad? Siempre y cuando no me olvide de que esto que Cole y yo tenemos no durará para siempre.

Pero hay una parte de mí, la parte que veía demasiadas películas de Disney cuando era pequeña, que no puede evitar esperar que eso cambie. He notado una diferencia en Cole en las últimas semanas, desde aquella comida con su familia. Un ablandamiento. Una calidez donde antes no la había. Es como si estuviera quitando lentamente las capas de su fría personalidad, revelando al hombre que hay debajo, y resulta que no me canso de ese hombre.

El sexo sigue siendo intenso. Lo hicimos por todo su ático, dos veces en su limusina con la mano de Cole tapándome la boca para que Jonathan no pudiera oírme, y una noche en su oficina cuando trabajábamos hasta tarde. Luego están los momentos en los que parece casi tierno, cuando me abraza o me aparta el cabello del rostro y me besa suavemente los labios.

También empezó a reírse más, me ha ayudado a cocinar varias veces y ha compartido conmigo unas cuantas botellas más de vino caro. Las noches que vuelvo a casa, siempre me besa antes de irme, pero con la

misma frecuencia, acabamos durmiéndonos uno al lado del otro en su gran cama.

Aún tengo miedo de ilusionarme y decepcionarme.

Aunque ya no creo que decepcionada sea la palabra adecuada.

Suena mi teléfono y el nombre de Cole parpadea en la pantalla. Me recorre una emoción. Espero que me llame a su oficina para que podamos vernos hoy. No lo he visto desde el fin de semana y ya es martes. Estúpidamente, lo extraño. Tengo que ir a su ático mañana por la noche, pero me encantaría verlo antes.

—Hola. —Mi voz sale más entrecortada de lo que me gustaría, pero él parece tener ese efecto en mí, y sorprendentemente, no lo odio.

—Delilah. —Su voz es un poco más brusca de lo que esperaba, pero así es él, y estoy aprendiendo a aceptarlo.

—Sí. ¿Necesitas verme? —Hago una mueca, eso salió un poco demasiado ansioso.

—Me gustaría, pero tengo una reunión con la junta. Solo quería decirte que tengo que volar al Reino Unido esta noche, así que no podré verte mañana.

—Oh... —Se me cae el estómago—. Está... bien. ¿Pasó algo?

—Los abogados acaban de informarnos de que los fiscales van a ofrecerle a papá un acuerdo final. Si lo rechaza, irá a juicio. Cualquiera que sea el resultado, va a tener un impacto. Me dirijo al Reino Unido para preparar nuestras oficinas internacionales y manejar cualquier preocupación que nuestros inversionistas extranjeros puedan tener después de la noticia. Cole y Tate se ocuparán de cualquier asunto aquí.

—Por supuesto. ¿Crees que estarás bien? Ya sabes, ¿con lo que pase?

Guarda silencio un momento.

—Quiero sentirme mal por él, pero no dudo ni un segundo de que es culpable, y eso me hace darme cuenta de lo muerta que está nuestra relación. Se preocupa más por sus amantes de lo que nunca se ha preocupado por su familia, y eso no es decir mucho, teniendo en cuenta

la cantidad de amantes que ha tenido. Así que le estoy devolviendo el favor. No me importa lo que le pase, solo me importa lo que signifique para la empresa.

Mi corazón se retuerce dolorosamente. Yo no tuve papá mientras crecía, pero mi mamá me dio todo el amor que necesité. Cole tuvo dos papás y dos hermanos, pero no tuvo nada del amor que yo tuve. No me extraña que no confíe en las relaciones. ¿Cuándo ha tenido alguna en la que valga la pena confiar? ¿Cuándo alguien estuvo incondicionalmente ahí para él?

—¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—En este momento, planeo volar de vuelta el próximo jueves.

Poco más de una semana. Dejo escapar un suspiro tranquilo. Antes de Cole, no tenía ningún problema en estar sola o salir con Alex. Incluso cuando salía con Paul y él se iba a un simposio durante una semana, ni pestañeaba, simplemente aprovechaba la oportunidad para dedicar más tiempo al proyecto en el que estaba trabajando. Esto es diferente.

Mis sentimientos por Cole son diferentes.

—Volveré tarde. —Interrumpe mis pensamientos—. Así que asegúrate de estar libre el viernes.

—Veré si puedo agendarte. —Entorno los labios.

—Lo harás, ¿verdad? Supuse que estarías abierta para mí el viernes.

—Oh, no. —Igualo su tono sugerente—. Me lleno muy rápido.

—Mierda. —Suelta un gemido—. Si mi reunión no estuviera a punto de empezar, te tendría aquí arriba y doblada sobre mi escritorio antes de que pudieras decir: 'Siempre estoy abierta para ti, Cole'.

Me río, luego bajo la voz a un ronroneo.

—Siempre estoy abierta para ti, Cole.

Vuelve a maldecir.

—Tengo que irme justo después de la reunión, pero te mandaré un mensaje cuando pueda.

Suspiro.

—Okey. Bueno, que tengas un buen vuelo, y espero que todo vaya bien.

Se despide y cuelgo. Vuelvo al trabajo, pero siento una pesadez en el pecho que antes no tenía. Lo he extrañado después de solo unos días. Ahora pasarán casi dos semanas antes de que vuelva a verlo.

Unos minutos después, suena la notificación de mi correo electrónico. Al abrirla, veo un mensaje de Samson.

Buenas tardes, señorita West:

El señor King pidió que no hagas planes para este fin de semana. Debes empacar una bolsa de viaje, ropa casual solamente, y un auto te recogerá a las 8 a.m. Sábado por la mañana.

Saludos cordiales,

Samson.

Frunzo el ceño y tomo el teléfono.

—Hola, Samson —le digo cuando contesta—. Acabo de recibir tu correo electrónico y me preguntaba si podrías darme más detalles. Cole no me dijo nada de esto y no sé qué esperar. ¿Puedes decirme para qué tipo de evento es? Me gustaría prepararme.

—Lo siento, señorita West. Cole no me dio ningún detalle.

Miro el reloj.

—¿Ya entró en su reunión?

—Sí, lo hizo.

—Okey, gracias.

Cuelgo y vuelvo a mirar el correo electrónico. ¿Qué organizó Cole? Le envío un mensaje rápido a su teléfono. Estará apagado durante la reunión, pero lo recibirá en cuanto termine.

Yo: *¿Puedes decirme qué haré este fin de semana?*

Luego intento apartarlo de mi mente para poder trabajar.

Dos horas más tarde suena mi teléfono, lo tomo y abro el mensaje de Cole.

Cole: *No lo pienses demasiado.*

¿Qué quiere decir?

Le contesto furiosamente.

Yo: *¿Qué hay que pensar demasiado ante una vaga petición de hacer la maleta e ir a un lugar desconocido?*

Cole: *Confía en mí.*

Dudo antes de responder. Confío en él, ¿verdad? Por desconcertante que sea entrar en algo a ciegas como esto, Cole no me enviaría a ningún sitio que me hiciera sentir incómoda.

Yo: *Okey.*

Cole: *Buena chica. Te recompensaré por eso cuando llegue a casa.*

Yo: *Más te vale.*

Cole: *Que tengas buen vuelo.*

Lucho contra el impulso de terminar mi mensaje con otra cosa, algo más cariñoso, o de llamarlo solo para volver a oír su voz. No quiero sentirme así de necesitada, aunque cada vez me cuesta más luchar contra el deseo de tener más con él.

Termino el resto del día, tratando de contener la tristeza de no verlo y la curiosidad por el fin de semana. Tengo el apartamento para mí sola, ya que Alex está en Los Ángeles toda la semana, visitando a Jaxson. Por fin admitió lo mucho que lo extraña, y él se ha puesto manos a la obra, organizando su agenda para tener algo de tiempo para estar con ella. Estoy segura de que se la está pasando genial, así que aunque me gustaría poder hablar con ella de Cole, no la llamaré. Su tiempo con Jaxson es hermoso y no quiero quitárselo con una larga conversación telefónica.

Ceno con una copa de vino frente al televisor y me voy a dormir temprano, o al menos para mí, que solo trabajo dos horas con el portátil antes de apagar la luz.

El resto de la semana pasa rápidamente. Nos acercamos a la fecha límite, así que todo el equipo tiene la cabeza agachada mientras intentamos que nos aprueben los planes. Cole me envía mensajes todos los días, pero no hemos hablado por teléfono. Sé que está ocupado, y cuando no está en reuniones, está fuera en varias cenas y eventos sociales. Aunque me alegro de que me envíe mensajes con tanta regularidad, me gustaría poder oír su voz. Una o dos veces he pensado en llamarlo, pero cada vez que descuelgo el teléfono dispuesta a marcar su número, acabo colgándolo de nuevo. Si lo llamo, mi voz delatará lo mucho que lo extraño.

Él sabrá cómo me siento.

Pero ahora que es sábado y estoy fuera de mi edificio con la maleta de viaje a mis pies, me gustaría haber tenido la oportunidad de hablar con él e interrogarlo un poco más sobre a dónde voy. Lo decía en serio cuando dije que confiaba en él, lo cual es curioso. Si me lo hubieran preguntado hace unos meses, habría dicho que es el último hombre en el que confiaría.

Bueno, excepto mi papá.

El elegante auto negro de Cole se detiene delante de mí y Jonathan se baja con una sonrisa.

—Buenos días, señorita West —me dice, recogiéndome la maleta.

—Buenos días, Jonathan. —Me abre la puerta y, cuando entro, la cierra tras de mí y deja mi maleta en el maletero. En cuanto vuelve al asiento del conductor, y antes de que se incorpore al tráfico, me inclino hacia adelante y le pregunto—: Supongo que no sabes a dónde voy.

Su mirada se cruza con la mía en el espejo retrovisor, las arrugas de las comisuras de sus ojos revelan su sonrisa.

—Me temo que no, Cole solo me dijo que te lleve al aeródromo.

—¿Voy a volar a algún sitio?

—Sí, señora —dice.

Me hundo de nuevo en el asiento de cuero afelpado mientras Jonathan maniobra el gran auto en la corriente de tráfico. Me paso el resto del viaje intentando adivinar a dónde podría ir. Aunque la idea de que Cole me lleve en avión al Reino Unido para verlo me gusta, es totalmente irreal. Solo metí en la maleta una muda para pasar la noche, y volar al otro lado del mundo y volver para pasar una noche me parece un enorme derroche de recursos, incluso para un multimillonario.

Si está relacionado con el trabajo, seguro que me lo habría dicho. Podría enviarme a un balneario relajante, aunque ese no parece ser el estilo de Cole. Por otra parte, nada de esto grita "multimillonario emocionalmente inaccesible solo interesado en una relación sexual sin ataduras".

Intento distraerme durante el vuelo leyendo una novela romántica, pero mi mente se desvía hacia donde podría estar yendo, luego hacia Cole y lo que está pasando entre nosotros. Mis pensamientos corren en círculos hasta que el capitán anuncia que empezamos a descender. El vuelo solo duró una hora y media, lo que me hace sospechar algo.

Después de aterrizar en un pequeño aeródromo que no reconozco, bajo las escaleras y el olor del aire me resulta tan familiar que sé que mi sospecha debe de ser cierta. Me invaden las emociones, pero las

contengo hasta estar segura. Hay una limusina esperándome, y me río para mis adentros de que Cole piense que necesito un auto así cuando bastaría con un sedán normal. Diablos, con un Uber bastaría, pero así es él, y mi pecho se inunda de calidez porque ha organizado esto para mí.

El conductor toma mi maleta con un gesto de la cabeza y me abre la puerta. Una vez que la cierra detrás de mí, coloca mi maleta en el maletero y se sienta en el asiento del conductor. Parece saber a dónde va, así que me siento y miro por la ventanilla. Pronto veo algo que me resulta familiar y mi sospecha se confirma. Sonrío tanto que lo noto en las mejillas mientras saco el celular y le escribo un mensaje a Cole.

Yo: *¡Gracias, gracias, gracias!*

No espero respuesta, vuelvo a meter el celular en el bolso y miro ansiosa por la ventanilla. La felicidad bulle en mis venas a medida que nos acercamos a nuestro destino. Cuando el auto se detiene frente a la pequeña casa de una sola planta con bonitas flores en el jardín delantero, se me llenan los ojos de lágrimas. El conductor para el motor, abro la puerta de golpe y salgo corriendo.

Mamá debe haber oído llegar el auto, porque la puerta se abre y sale corriendo.

—Delilah. —Su voz está entrecortada por la sorpresa, pero la alegría invade su rostro.

—¡Mamá! —La rodeo con mis brazos y respiro el sutil aroma a lilas que desprende su piel, resultado de la loción que se aplica cada mañana.

Me echo hacia atrás y observo su rostro, tan parecida al mío. Siempre me he alegrado de que apenas haya nada de mi papá en mí. Solo el color de mis ojos, verdes comparados con los azules de mi mamá, me identifica como su hija.

—Me alegro mucho de verte —dice mamá—. ¿Por qué no me dijiste que venías?

Me río.

—Estoy feliz de estar aquí, y no te lo dije porque no lo sabía.

Su ceño se frunce.

—¿Qué quieres decir?

—Entremos y te cuento.

Mamá asiente, pero su mirada pasa por encima de mi hombro, y una expresión interrogante cruza su rostro.

Miro detrás de mí y veo al conductor de pie con mi maleta. Me la tiende.

—Las instrucciones del señor King son que le recoja mañana a las tres de la tarde para su vuelo de regreso.

La tomo con una sonrisa.

—Gracias.

Él asiente con la cabeza y se dirige al auto mientras mamá me mira con el ceño fruncido.

—Te lo explicaré —le digo.

Sus labios se mueven.

—Vamos adentro, entonces.

Cada vez que vuelvo a casa es como si nunca me hubiera ido. Hace meses que no la visito, pero el chirrido familiar de la puerta principal y el olor a flores recién cortadas y a cera para muebles llenan mis sentidos. Respiro profundamente, asimilándolo todo. Como siempre, todo tiene el mismo aspecto: el cómodo y desgastado sofá de flores, el pequeño televisor de la esquina, las fotos de mi infancia que adornan las estanterías. La calidez y el confort me invaden.

—Todavía no puedo creer que estés aquí —dice mamá—. ¿Por qué no nos preparo una taza de té y me lo cuentas todo?

—Deja que ponga mi maleta en mi habitación y te ayudaré —le digo. Mi antigua habitación está al final del pasillo. Después de dejar la maleta en la cama individual, me reúno con mamá en la cocina. Mientras lleno la tetera, ella pone unas galletas en un plato en una rutina que me hace

retroceder en el tiempo hasta cuando vivíamos las dos aquí. La sorprendo sonriéndome mientras nos movemos por la cocina. Cuando terminamos, nos sentamos una al lado de la otra en el pequeño sofá.

Después de que ambas tomemos un sorbo de nuestro té, mamá me sonríe.

—Cuéntame cómo llegaste y por qué no sabías que venías.

Dejo escapar un suspiro.

—Bueno, he estado viendo a alguien. Más o menos.

Sus cejas se fruncen.

—¿Más o menos?

Miro hacia abajo y me quito una pelusa imaginaria de los jeans.

—Es algo informal, y no estoy segura de que vaya a ninguna parte...

—¿Por qué no iría a ninguna parte? Quiero decir, eres inteligente, eres hermosa. ¿Por qué no querría un hombre estar contigo?

Dejo la taza en la mesita y tomo una galleta.

—Porque tiene... otras prioridades.

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo qué?

—Su trabajo. Está muy centrado en eso en este momento, y eso está bien. Tiene que serlo. —Me apresuro a añadir esto último, por si parece que me molesta. Ese no es el problema para mí.

—¿Qué hace?

No quiero mentirle a mamá, pero sé cuál será su reacción. Aun así, mejor acabar con esto de una vez.

—Es un ejecutivo.

—Estás siendo muy vaga. ¿Qué significa exactamente un ejecutivo?

—Bueno. Es el director de operaciones del King Group.

Los ojos de mamá se entrecierran ligeramente.

—¿No es esa la empresa para la que trabajas ahora?

—Sí.

—Pero no trabajas directamente para él, ¿verdad?

Suelto un suspiro.

—Sigo trabajando para Elite, pero el King Group es nuestro cliente y trabajamos en su edificio.

Mamá tuerce la boca.

—Oh, Delilah. ¿Es una buena idea después de lo que pasó con Paul? Seguro que podrías meterte en problemas si alguien se entera. Los dos podrían.

Me humedezco los labios.

—Probablemente él no, ya que es uno de los dueños de la empresa.

La boca de mamá se mueve pero no dice nada durante unos segundos. Luego sale de golpe.

—Delilah, ya sabes lo que buscan los hombres así. En cuanto consigan todo lo que quieren de ti, se largarán. No quieren casarse contigo. Solo quieren usarte hasta que se complique demasiado o aparezca alguien más adecuado.

Le tomo la mano y se la aprieto.

—No es así con nosotros, mamá. Él no es como papá. No me ha mentido sobre sus intenciones ni ha fingido estar enamorado de mí, y no espero un anillo ni nada por el estilo.

Una arruga aparece entre sus cejas.

—Entonces, ¿por qué estar con él si ya sabes que no quiere un futuro contigo? ¿Por qué no encontrar un hombre normal que quiera sentar cabeza y tener una familia? Sé que eres demasiado joven para pensar en eso ahora, pero ¿por qué arriesgar tu corazón por un hombre que nunca estará interesado en más?

—Solo nos estamos divirtiendo. —Aunque eso ya no es del todo cierto. Me siento culpable por no haber sido sincera con ella—. Pasé

tanto tiempo trabajando tan duro. Es agradable dejarse llevar y disfrutar por una vez, y Cole... me obliga a hacerlo, y me gusta. Además, él fue quien organizó que volara aquí este fin de semana como sorpresa.

—Ah. ¿Ese es el señor King, entonces?

Asiento y el rostro de mamá se suaviza.

—Sé lo mucho que has trabajado, cariño, y lo mucho que has conseguido. Quiero que te diviertas. Quiero que disfrutes de tu juventud, pero no quiero que desperdicies tu corazón con alguien que no lo merece, y hombres así... —Sacude la cabeza—. Los hombres con poder y riqueza, no viven de la misma manera que el resto de nosotros, y no se preocupan por nadie que no esté en su mundo.

—Cole no es así. —Hago una pausa porque, de nuevo, eso no es del todo cierto—. Quiero decir, obviamente vive una vida diferente a la de la mayoría de la gente, pero se preocupa. Si no, ¿por qué me habría enviado aquí?

Aprieta los labios y sus ojos buscan los míos. Luego suelta un suspiro.

—Sabes que no me arrepiento de lo que pasó con tu papá porque eres lo mejor que me pasó nunca, pero no quiero que pases por el dolor de darte cuenta de que le entregaste tu corazón a alguien que no lo merece. —Una comisura de sus labios se levanta—. Pero tienes mucha más cabeza sobre los hombros que yo cuando era más joven. Me dejé llevar por el carisma de tu papá y toda la atención y emoción de estar con alguien como él. Solo creo que deberías tener cuidado. ¿Okey?

—Lo haré, mamá, te lo prometo. Sé exactamente lo que es esto, así que no me lastimaré cuando termine. —La mentira me aprieta el pecho.

La preocupación sigue brillando en sus ojos, pero sonríe suavemente. —Bueno, es todo lo que puedo pedir.

Más tarde, esa misma noche, estoy acostada en la cama y por fin tengo tiempo de mirar el teléfono. Cuando veo la notificación del mensaje, deslizo rápidamente el dedo por la pantalla.

Cole: *Me alegro de que estés feliz. Pensaré en una forma de que me muestres tu gratitud cuando llegue a casa.*

Yo: *Estoy muy feliz, y ya pensé en una forma de agradecértelo.*

Cole:*¿Ah, sí? ¿Me lo aclaras?*

Yo: *No. Puede ser una sorpresa.*

Cole: *Yo también tengo algunas ideas.*

Yo: *Apuesto a que sí.*

Cole:*¿Qué haces ahora?*

Yo: *Mamá y yo acabamos de ver Buffy la Cazavampiros, beber vino y comer palomitas.*

Cole: *Suena como una explosión.*

Yo: *Puede que no sea tan glamuroso como pisar la alfombra roja o asistir a eventos VIP, pero es una de mis actividades favoritas. No lo dudes hasta que lo pruebes ;)*

Los tres puntos parpadean en la pantalla, desaparecen y vuelven a aparecer. ¿Por qué tarda tanto en responder?

Finalmente, aparece su mensaje.

Cole: *Siempre estoy dispuesto a pasar tiempo contigo y una botella de vino.*

Los recuerdos me recorren el cerebro y el calor me recorre la piel. No es la reacción que necesito cuando estoy sola en la cama de mi infancia. Aún así, me pregunto si eso es lo que iba a decir todo el tiempo, o si cambió de opinión a medio camino de responder. Tal vez planeaba decir algo parecido a “eso suena como mi peor pesadilla”.

Cole: *Tengo que irme. Tengo un vuelo temprano a Berlín mañana. Diviértete con tu mamá y nos vemos el viernes.*

Yo: *Buena suerte con todo.*

Mi dedo se cierne sobre el teclado antes de ceder a la creciente presión en mi pecho y añadir: *"Te extraño".*

Las burbujas aparecen y desaparecen, y luego se detienen por completo. Resoplo. No debería haber dicho nada.

Apago la luz y miro fijamente al techo oscuro, deseando poder retractarme de mis palabras, pero unos minutos después, mi teléfono vuelve a sonar. Lo tomo y leo el mensaje con una sonrisa tan grande que siento que se me extiende por el rostro.

Cole: *Yo también te extraño.*

34

Cole

Recorro los canales de televisión, intentando encontrar algo que me adormezca. Después de volar a Londres desde Alemania esta mañana y tener un día entero de reuniones, me cuesta desconectarme. También estuve esperando una llamada, así que cuando suena el teléfono, lo tomo de la mesita.

—¿Aceptó? —pregunto sin molestarme en saludar.

La voz de Roman sale claramente por el altavoz del teléfono.

—Lo hizo —dice, y dejo escapar un silencioso suspiro de alivio—. Si admite su culpabilidad y paga una multa de cuarenta y cinco millones de dólares, su pena de prisión se reducirá de veinte años a ocho.

—Mierda. ¿Ocho años? —Sabíamos que no iban a ser fáciles con él, no cuando había contratos del gobierno de por medio, pero aún así... por mucho que lo dije en serio cuando le dije a Delilah que no me importaba lo que le pasara a papá, no puedo imaginar cómo se siente ahora. Por otra parte, no puedo imaginar lo que estaba pensando al involucrarse en el tráfico de información privilegiada para empezar. Su arrogancia lo convenció de que nunca lo atraparían, y mira a dónde lo ha llevado. Sentado en una maldita celda de prisión durante ocho años.

—La noticia saldrá pronto —dice Roman—. ¿Tienes una idea de cómo se lo tomarán nuestros inversionistas?

—Es evidente que hay cierta preocupación. Muchos han adoptado hasta ahora una actitud de espera. Los estuve preparando para un veredicto de culpabilidad y les he asegurado que no cambiará nada. Que

las acciones de papá fueron suyas y solo suyas y no un reflejo de las prácticas empresariales del King Group.

—¿Hablan de retirarse?

—Al principio hubo cierto alboroto, pero insistí en que, incluso con el cambio de liderazgo, seguíamos funcionando al nivel previsto y que cumpliríamos todos nuestros compromisos financieros. Parece que eso calmó las preocupaciones. Si conseguimos pasar las próximas semanas sin mayores contratiempos, todo el mundo se relajará y por fin podremos pasar página.

Roman suelta un fuerte suspiro.

—Eso es exactamente lo que esperaba oír. No es que tuviera dudas de que lo conseguirías.

Vuelve ese atisbo de orgullo, pero me encojo de hombros.

—Te escuchas cansado. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Todo el mundo quiere ver avances en el proyecto del hotel. —Hace una pausa—. Berrington está presionando para que adelantemos la colocación de la primera piedra de los tres primeros hoteles.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué? Nuestro calendario actual es realista y exactamente el que propusimos cuando pasamos por el proceso de financiación de capital.

—Tuve esa conversación con él, tengo la sensación de que está buscando una excusa para retirar su inversión, pero de momento no se la hemos dado.

Me restriego la mano por el rostro.

—Que un inversionista importante pague la fianza en este momento es lo último que necesitamos. ¿Dio alguna indicación de por qué? El King Group le hizo ganar mucho dinero a lo largo de los años.

Roman se queda en silencio, pensando, supongo.

—Se rumora que está considerando aumentar su inversión en Steele Enterprises.

—Nuestras previsiones de rentabilidad y crecimiento de ingresos superan las de Steele Enterprises. Él lo sabe.

—Estoy de acuerdo, pero Steele Enterprises sigue funcionando bien en el mercado actual, y Jake Steele es primo de Berrington por matrimonio. No me extrañaría que Steele usara la situación del arresto de papá para presionar esa relación. Con Berrington cada vez más cerca de la jubilación, hay una buena probabilidad de que le esté dando más importancia a las relaciones personales que a las métricas financieras en estos días.

—Era compañero de universidad de papá.

—Exactamente, pero ya no trata con papá, ¿verdad? —La frustración de Roman se derrama a través de la línea telefónica.

—Puedo organizar una reunión con él cuando vuelva —le ofrezco.

—Planeo almorzar con él mañana. Tantearé el terreno para ver qué busca realmente, porque no creo que le importe mucho la fecha de la inauguración.

—Okey. Hazme saber cómo va y si necesitas que me reúna con él.

—Lo haré. —Su voz se volvió distante, su atención se ha desplazado a otra parte, pero justo antes de que esté a punto de dar por terminada la conversación, vuelve—. ¿Puedes llamar a mamá? No pude hablar con ella desde que papá aceptó el acuerdo.

Hablar con mamá es lo último que me apetece hacer. Aun así, acepto y terminamos la llamada.

Como cada noche, me dan ganas de hablar con Delilah. Se ha metido en mi piel de una forma que nunca pensé que fuera posible. Preferiría hablar con ella antes que con mamá, pero he evitado llamarla durante mi ausencia. Como si en el momento en que marque su número porque no soporto seguir sin oír su voz, no pudiera negar en qué se ha convertido esto entre nosotros.

Mis dedos se mueven por la pantalla mientras abro el historial de mensajes y vuelvo al mensaje en el que me decía que me extrañaba. Estuve a punto de no responderle, pero la idea de dejarla colgada

después de que se expusiera de esa manera me hizo sentir una punzada de dolor. No es que le hubiera respondido si no fuera verdad. El problema es que es *demasiado* cierto.

Para no pensar en lo que eso implica, busco el número de mamá y llamo, pongo el altavoz y dejo el teléfono en la mesita. Luego balanceo las piernas sobre el lado de la cama y me siento con los codos apoyados en los muslos mientras espero a que conteste.

—Cole.

Pongo los ojos en blanco ante la falta de calidez de su voz.

—Hola, mamá. ¿Se han puesto en contacto contigo los abogados por lo de papá?

Deja escapar un suspiro impaciente.

—Por supuesto. Ocho años. Es lo que el idiota se merece.

—Estoy seguro de que aprecia tu simpatía.

—Si quería mi simpatía, debería haberse limitado a comprarle diamantes a sus putas en lugar de intentar solucionarles la vida.

No se equivoca, pero me hace preguntarme qué le ha comprado ella a los hombres con los que ha tenido aventuras estos años. ¿Qué le compró al papá de Tate?

—Basta decir que mañana a primera hora le entregaré a tu papá los papeles del divorcio.

La noticia no es ninguna sorpresa. No es como si su matrimonio hubiera sido alguna vez algo más que una cuestión de conveniencia, y mi papá acaba de dejar de ser conveniente. Era solo cuestión de tiempo después de que papá fuera declarado culpable, o en este caso, admitiera su culpabilidad.

—Estoy seguro de que lo estará esperando.

Ella resopla.

—Tuvo suerte de que aguantara tanto como lo hice.

—Bueno, solo quería asegurarme de que estás bien —le digo—. Obviamente lo estás, así que, considerando que son las once y media de la noche aquí, me despido.

Hay una larga pausa y miro el celular para comprobar que sigue conectada. La vacilación no es precisamente el estilo de mamá.

—¿Cómo les va a ti y a tus hermanos con... todo? —dice por fin.

Ahora me toca a mí buscar palabras. No recuerdo la última vez que nos preguntó voluntariamente a alguno de nosotros cómo estábamos. Me aclaro la garganta.

—Estoy bien. Tengo reuniones consecutivas con todos nuestros inversionistas aquí. Tendré que hacer más control de daños una vez que se extienda la noticia del acuerdo de culpabilidad de papá. Roman está lidiando con algo de mierda de Berrington, pero estoy seguro de que lo manejará, y Tate... bueno, Tate es Tate. No hay mucho que parezca perturbarlo.

—Me alegro de que estén bien, pero debería irme —dice, y casi me río. Es evidente que llegó al límite de su preocupación maternal. Lo cual, teniendo en cuenta que normalmente no tiene ninguna, es impresionante—. Esta noche ceno con los Jefferson. Estoy segura de que preguntarán por tu papá, así que me tomaré una copa de vino antes.

—Buena idea, los Jefferson son dolorosos en el mejor de los casos.

Después de despedirnos, giro el teléfono entre las manos mientras miro fijamente la habitación en penumbra. Que mamá pregunte por cómo nos va a mis hermanos y a mí cuando no hay nadie más cerca para guardar las apariencias es algo inusual, y no estoy seguro de lo que significa. ¿Es solo una aberración o es que estar lejos de papá la está ablandando un poco? ¿O es posible que lo que dijo Delilah durante nuestro último almuerzo juntos haya tenido algún tipo de impacto?

Sacudo la cabeza. Obviamente estoy interpretando demasiado. Estar cerca de alguien tan cariñosa como Delilah me hace ver signos de afecto en los demás que en realidad no existen. Por lo que sé, esto fue algo puntual debido a los recientes acontecimientos con papá.

Pero ahora Delilah está en mi mente otra vez. No es que ella parezca estar fuera de ella mucho estos días. Vuelvo a abrir el teléfono y busco su número. Lo miro fijamente con el mismo debate de todas las noches rondándome por la cabeza. Hace seis días que no oigo su voz. Solo faltan cuatro días para que regrese a Estados Unidos y ella vuelva a mi cama. He aguantado hasta aquí; puedo aguantar cuatro días más. Mi dedo se detiene sobre la pantalla un momento más, dispuesto a cerrarlo todo e irme a dormir, y entonces pulso el botón de llamada y me apoyo en la cabecera de la cama mientras espero a que conteste.

—Hola, Cole. Estoy tan feliz de que llamaras.

Su voz suave y dulce hace que una oleada de calor se extienda por mí. Mierda, tengo tantos problemas.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Estoy bien. Trabajando duro para terminar los diseños detallados para que puedan ser firmados antes de la fecha límite.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. No trabajes demasiado. Asegúrate de tomarte un descanso.

—Sí, papá —bromea.

Una sonrisa inesperada se dibuja en mi cara.

—Al menos podrías decir papi.

Ella se ríe.

—No pensé que fueras del tipo de papi.

—Tienes razón, evitemos lo de papi.

—¿Qué estás haciendo, a todo esto? —pregunta.

Me paso la mano por el rostro.

—Roman llamó. Papá aceptó el trato hoy.

—Oh, Cole. ¿Estás bien?

Tengo que pararme a pensar. ¿Estoy bien? Cuando mamá me preguntó cómo estaba antes, le hablé del trabajo. No me detuve a valorar

cómo me siento por todo, y dudo que lo hubiera compartido con ella a pesar de todo, pero con Delilah...

—No lo sé. Me siento... en conflicto. Nunca hubo amor entre nosotros. Lo respetaba como hombre de negocios, pero no lo quería como papá, y ahora, cualquier respeto que le tenía fue destruido.

—Eso tiene sentido. Lo que hizo fue egoísta.

—Exactamente. A mis hermanos y a mí nos educaron para poner la empresa por encima de todo. Es nuestro nombre. Nuestro legado. Es la única maldita cosa que mantiene unida a esta familia, y él lo arriesgó todo. ¿Por qué? Por mujeres que no eran su esposa. Mujeres con las que no tenía más conexión que la física, no puedo conciliar su comportamiento.

—Supongo que lo único que puedo decir es que la gente es complicada. No te vuelvas loco intentando encontrarle sentido a su comportamiento. A veces no puedes. A veces simplemente tienes que aceptar que la gente toma decisiones egoístas todo el tiempo sin pensar ni preocuparse por las consecuencias para las personas a las que se supone que más quieren. La familia siempre debe ser lo primero. Quizá sea una lección que tu papá nunca aprendió de verdad.

Ella tiene razón. La familia nunca fue la prioridad de papá; era la riqueza y el poder lo que ansiaba. Las mujeres eran solo parte de eso. Otra forma de reforzar su ego.

—¿Está bien tu mamá?

Claro que ella lo pregunta, aunque mamá fue grosera con ella la única vez que se vieron.

—Se está divorciando de él.

—No puedo decir que me sorprenda.

No sabía cuánto necesitaba oír la voz de Delilah hasta que me doy cuenta de que, por primera vez en días, toda la tensión abandona mis músculos. No quiero desperdiciar el poco tiempo que tengo para hablar con ella sobre el tema de mi mamá y mi papá.

—Basta ya de hablar de mis papás. ¿Qué llevas puesto?

Una carcajada estalla de ella, el sonido es brillante y hermoso en esta habitación oscura.

—No acabas de preguntar eso.

—Lo hice. ¿Me lo vas a decir?

—Mmm, a ver —ronronea seductoramente por lo bajo, y me encanta que me conozca lo suficiente como para dejarme cambiar de tema y no presionar más—. Llevo un conjunto sexy de pantalones cortos de pijama de koalas, y una camiseta blanca con una mancha de origen indeterminado sobre mi pecho izquierdo.

Sonrío ante la imagen que pinta, pero bajo la voz.

—Si estuviera ahí, te arrancaría esos pantalones cortos de koalas y haría lo que quisiera contigo.

—¿Quieres que me deje la camiseta puesta?

—Definitivamente, no hay nada que me parezca más sexy que las camisetas blancas manchadas.

Se vuelve a reír. Cuando habla, su voz es suave y puedo oír su sonrisa.

—Me gustas así.

Sin siquiera estar aquí, alivia partes de mí que no sabía que necesitaban alivio. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y hago lo posible por no notar cómo me afectan sus palabras.

—Y yo que pensaba que te gustaba que te dijera que te inclines y tomes mi polla.

—Eso también.

Su tono jadeante me la pone dura y me la froto con la mano.

—¿Estás sola?

Mis esperanzas se desvanecen cuando ella responde.

—No. Alex está aquí. En realidad estamos a punto de cenar.

—Es una lástima. Tendré que ocuparme de esto por mi cuenta, entonces. Al menos sé exactamente lo que voy a imaginar mientras me acaricio esta noche.

—¿Qué?

—A ti, extendida delante de mí con esa camiseta sexy y manchada.

Se ríe.

—La mancha realmente te enciende, ¿eh?

Antes de que pueda contestar, oigo a Alex decirle a Delilah que la cena está lista. Nos despedimos y, después de colgar, el silencio en la habitación parece más intenso que antes.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás. Tengo que afrontar la verdad. Mi deseo por ella no está desapareciendo, solo se hace más fuerte, incluso ahora, con el tiempo y la distancia entre nosotros. Tengo que pensar qué demonios voy a hacer al respecto porque en este momento me siento como si estuviera al borde de un barranco, a un paso de caer por el precipicio.

Y no tengo ni puta idea de lo que encontraré en el fondo.

35

Delilah

Mi teléfono zumba en mi mesita, despertándome del sueño. Parpadeo soñolienta al ver la hora en el reloj. Es más de medianoche. ¿Quién demonios llama a estas horas?

Lo tomo y veo el nombre de Cole en la pantalla.

—¿Hola?

—Delilah. —Su voz profunda me estremece y me levanto de inmediato.

—¿Está todo bien? ¿Volviste a Nueva York? Pensé que no sabría de ti hasta mañana.

—Quería verte. ¿Puedo subir?

Mi pulso se acelera.

—¿Estás aquí? Por supuesto.

Corro hacia la puerta y pulso el botón. Me miro. ¿Me pongo algo más sexy? Al menos esta camiseta no tiene ninguna mancha. Luego me encojo de hombros, estoy demasiado emocionada por verlo como para preocuparme por ponerme lencería.

Cuando llama a la puerta, la abro de par en par y lo recibo. Lleva una camisa abotonada con las mangas arremangadas -uno de los looks más sexys en un hombre-, pero cuando le sonrío, son las sombras oscuras bajo sus ojos las que llaman mi atención.

Lo agarro del brazo y lo jalo hacia mi apartamento.

—¿Qué haces aquí, Cole? No es que no me alegre de verte.

No me contesta. En lugar de eso, me apoya contra la pared y baja la cabeza, rozando con sus labios el punto sensible de mi cuello. Se me pone la piel de gallina y se me endurecen los pezones. Como no llevo sujetador, debe de sentirlos presionándole el pecho, pero por un momento se queda ahí, con los dedos enroscados en mi cintura, apretándome, y yo le paso las manos por los bíceps, subo hasta su cuello y le revuelvo el cabello de la nuca.

—¿Estás bien? —Nunca lo había visto así.

Deja escapar un suspiro y da un paso atrás.

—Fue un viaje largo. Reuniones sin parar con inversionistas que quieren ser obstinados porque sí. —Se pasa las manos por el rostro—. Estoy jodidamente agotado.

¿Y vino aquí en vez de ir a su cómodo ático? Me invade un torrente de emoción. Quería verme. Trago saliva. Es la primera vez que me muestra deliberadamente esta faceta suya. En la que no es el multimillonario imperturbable, centrado y en control en todo momento.

Me acerco a él, le toco la mandíbula y le rozo con el pulgar la barba de un día de viaje.

—Mi cama no es ni de lejos tan grande ni tan cómoda como la tuya. —Su ceño se frunce ante esa subestimación—. Pero eres más que bienvenido a unirte a mí en ella.

Sus ojos recorren mi cara.

—Me gustaría.

—Okey. —No puedo evitar la sonrisa que tira de mis labios.

—Okey —repite. Sigue mirándome, con la mirada fija en la mía, así que le tomo la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y me dirijo hacia mi dormitorio. Él me sigue, pero se me ocurre algo y lo miro por encima del hombro.

—¿Necesitas decírselo a Jonathan?

Sacude la cabeza.

—Lo mandé a casa cuando me dejaste entrar.

Tenía intención de pasar la noche aquí cuando llegó. Vino directamente del aeropuerto, con la intención de quedarse conmigo. No debería dejar que algo tan pequeño signifique tanto, pero no puedo evitarlo. Significa. Significa mucho.

No me envuelvo en él como quisiera, me limito a asentir y sigo conduciéndole a mi dormitorio.

—¿Está Alex aquí? —pregunta cuando llegamos a mi puerta.

—Está pasando la semana en Los Ángeles con Jaxson.

—Así que estamos solos. Qué pena —exclama con una sonrisa torcida.

Me recorre un escalofrío, pero no digo nada.

Al entrar, reviso rápidamente mi dormitorio. Gracias a Dios, lo tengo relativamente ordenado y no hay sujetadores ni ropa interior esparcidos por todas partes. No es que a Cole parezca molestarle el aspecto de mi habitación. Se queda mirando la cama y sé lo que está pensando. Reprimo una carcajada, le suelto la mano, voy al baño y vuelvo con un cepillo de dientes de repuesto.

—No tengo ropa que te quede bien.

—Está bien. —Ya se está desabrochando la camisa—. No llevaré ropa si estoy en la cama contigo.

Lo miro mientras se desnuda, recorriendo con la mirada su pecho ancho y sus abdominales esculpidos. Se baja los pantalones y los bóxers, dejando al descubierto su erección, ya medio dura, y se me aprieta el estómago. Se ríe a carcajadas mientras se acerca a mí, dejándome mirar hasta saciarme antes de inclinar la cabeza hacia abajo, de modo que creo que está a punto de besarme. En lugar de eso, me quita el cepillo de dientes de la mano, me roza la frente con los labios y me dice:

—Gracias, gatita. —Luego me da una palmada en el trasero—. Desnúdate y métete en la cama. Me reuniré contigo en un minuto.

Sacudo la cabeza a su espalda mientras entra en el baño. El Cole relajado es tan embriagador como el intenso.

Hago lo que me dice, me quito la pijama y me meto bajo las sábanas, esperando a que vuelva. A su regreso, se detiene en la puerta, con la cabeza inclinada hacia un lado, observando mi figura bajo la sábana. Me mira a la cara y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me roba el aliento. Ojalá supiera lo que está pensando, pero no puedo leer su expresión y, antes de darme cuenta, cruza la habitación, levanta las sábanas y se mete en la cama.

—Date la vuelta —dice.

Me giro de espaldas a él y me atrae contra su pecho, me pasa el brazo por la cintura y me aprieta contra él. Espero con la respiración contenida a que empiece a mover la mano, pero no lo hace. En lugar de eso, me la pasa por el estómago y me besa en la cabeza. Apenas un puñado de segundos después, su respiración se hace más profunda y se queda profundamente dormido.

Mis pensamientos se arremolinan en mi cabeza. Nunca nos hemos acostado sin tener sexo antes. ¿Esto significa que siente lo mismo que yo? La esperanza florece en mi pecho y acaricio suavemente el dorso de su mano. Es demasiado pronto para empezar a imaginar un futuro en el que podamos pasar cada vez más noches acurrucados así. Por desgracia, mi corazón no escucha esas sabias palabras.

Está demasiado ocupado latiendo al compás del suyo.

A la mañana siguiente abro los ojos y veo los números del reloj en la cabecera. Cinco y media de la mañana. ¿Qué me despertó tan temprano? Recuerdo la noche anterior, cuando Cole se quedó dormido detrás de mí, y la niebla desaparece de mi mente. Me doy la vuelta y lo busco, pero aparte de mí, mi cama está vacía. ¿Habré soñado que estaba aquí? Antes de que la decepción pueda golpearme demasiado fuerte, un ruido se filtra por la puerta de mi habitación. Me incorporo, apretando la sábana contra mi pecho.

Me llega otro sonido. ¿Sigue Cole aquí y está haciendo algo en la cocina? Salgo de la cama, me pongo una bata corta y sedosa sobre mi cuerpo desnudo y la anudo sin apretar antes de salir de la habitación.

Mis pies se detienen y mi corazón da un pequeño aleteo en mi pecho. Cole está de pie junto a la isla, de espaldas a mí, en bóxers, mientras la luz de la mañana ilumina su musculoso cuerpo. Hay cuencos, cucharas y varios ingredientes esparcidos por la encimera, y él mira atentamente su teléfono, apoyado en un tarro de galletas.

Está haciendo el desayuno.

Se me saltan las lágrimas. Es una reacción ridícula ante alguien que prepara una comida, pero este es Cole. Pasó la noche en mi apartamento -solo durmiendo, no follándome hasta dejarme ciega-, y ahora está haciendo todo lo que puede para preparar lo que creo que son panqueques. Cualquier resistencia a lo que estoy sintiendo se desintegra, alejándose como cenizas en la brisa.

Me he enamorado de él. Duro.

El corazón se me oprime dolorosamente en el pecho al verlo intentar cascar un huevo en el cuenco, maldiciendo en voz baja cuando se lleva por delante trozos de cáscara.

Nunca pensé que podría amar a un hombre como él, pero lo hago. Porque no es un hombre como él. No, eso no tiene sentido. Sacudo ligeramente la cabeza, intentando ordenar el caos de pensamientos y emociones que me invaden.

Cole es mucho más que el multimillonario frío y arrogante que muestra al mundo y que me mostró a *mí* cuando nos conocimos. Lo etiqueté y clasifiqué en mi cabeza y me dije que tenía que tener cuidado con mi corazón a su lado. Igual que mamá debería haber tenido cuidado con mi papá, pero ahora vi al hombre que hay debajo de la fachada. Un hombre que es tan real, vulnerable y defectuoso como cualquier otro, y sí, un hombre igual de capaz de poner cáscara de huevo en la masa de sus panqueques.

Avanzo lo más silenciosamente que puedo, y él está tan absorto mirando lo que hace la persona de la pantalla que no se fija en mí hasta que hago algo que hace unas semanas no habría considerado. Le rodeo la cintura con los brazos y me aprieto contra su espalda.

Él de verdad salta.

—Mierda. Me asustaste.

Aprieto mi mejilla contra su cálida piel.

—¿Estás haciendo panqueques?

—Intentando —refunfuña, y no puedo evitar reírme.

Tira la cuchara y se gira en mis brazos, de modo que ahora me tiene contra su pecho. Me mira con las cejas fruncidas.

—El tipo del vídeo lo hace parecer jodidamente fácil. Voy a llamar a Jonathan para que compre algo....

Sacudo la cabeza y le sonrío.

—No, no lo harás. Vamos a hacerlos juntos.

Me mira a los ojos, luego a la boca, después al cuello abierto de mi bata y de nuevo a los ojos. Su creciente erección me dice que le gusta lo que ve.

Me pasa el pulgar por la mandíbula y me mira a la cara.

—No te follé anoche.

—Estabas exhausto.

Él asiente.

—No duermo con mujeres.

Enarco las cejas.

—Creo que has dormido con muchas mujeres.

Sacude la cabeza y vuelve a centrarse en mí.

—He follado con mujeres. Nunca he dormido con ninguna hasta ti.

Le recorro el pecho con la palma de la mano.

—Me alegro de que vinieras anoche —le digo suavemente—. Me alegro de que durmieras en mi cama.

Sigue mirándome, y la insinuación de cautela en sus ojos me duele un poco en el corazón. Realmente no tiene ni idea de cómo manejar esto.

Sea lo que sea esto ahora. Levanto la mano, le rodeo la nuca y lo atraigo hacia mis labios.

Mi corazón da un pequeño vuelco cuando su boca se aplasta contra la mía. Me abro para él, poniéndome de puntillas para facilitarle el acceso. Puede que anoche estuviera demasiado cansado para tontear, pero ahora no hay rastro de agotamiento. Su cuerpo está duro contra el mío, su gemido vibra en mi boca.

Me pasa las manos por la cintura, luego me agarra el trasero y me presiona con los dedos, amasándome. Luego baja las manos y me levanta para que pueda rodearlo con las piernas y apretarme contra su erección.

—Te extrañé. Extrañé esto.

—Yo también —jadeo mientras nos lleva hacia mi dormitorio.

En una demostración de fuerza que hace que mi excitación aumente en espiral, me baja lentamente hasta la cama. Luego, de pie, me mira desde arriba, tendida sobre el colchón, con la bata apenas sujeta al cuerpo por la corbata que me rodea la cintura.

Los ojos hambrientos de Cole se mueven sobre mí mientras un músculo titila en su mandíbula. Me mira tanto tiempo con esa expresión inescrutable en el rostro que empiezo a ponerme nerviosa.

Me incorporo, pero él niega con la cabeza.

—Acuéstate, Delilah. —El tono áspero de su voz me hace apretar los muslos, y obedezco.

En cuanto vuelvo a estar acostada, levanta el extremo de la corbata que me rodea la cintura y la jala lentamente para que el nudo se abra. Con el dedo índice, aparta cada lado de la bata, exponiéndome al calor de su mirada.

—Tan jodidamente hermosa —murmura, más como para sí mismo, y mi pulso se agita en mi garganta. Estoy loca por este hombre.

No tengo tiempo de pensar en mis sentimientos recién reconocidos, porque antes de que me dé cuenta, me agarra por los muslos y me arrastra hasta el borde de la cama.

—Cole —jadeo, pero él me ignora, se arrodilla y me abre más las piernas.

—Prepárate, gatita. No voy a parar hasta que te hayas corrido al menos tres veces.

36

Delilah

—No sé si... —Pero estoy demasiado ocupada gimiendo cuando sus labios hacen contacto para terminar el pensamiento. No está bromeando. A los pocos minutos, estoy jalando su cabello mientras grito en mi primer orgasmo—. Cole, te necesito dentro de mí.

Me mira, sus intensos ojos se clavan en los míos.

—No hasta que te corras dos veces más.

—Cole, Oh, Dios. —Dos dedos largos se deslizan dentro de mí, acariciando y enroscándose, frotándose contra mi punto G. Mi espalda se arquea sobre la cama cuando me corro por segunda vez y mi cuerpo se aprieta alrededor de sus dedos.

—Uno más —exige.

Pero mi cuerpo sabe lo que quiere ahora y ya estoy preparándome para otro. Cuando sus dedos abandonan mi cuerpo, la repentina falta de presión en mi interior me hace gritar de protesta.

—¿Dónde guardas tus juguetes? —me pregunta.

Parpadeo, con la mente confundida.

—¿Qué?

—Esos juguetes de los que estás tan orgullosa. —La comisura de sus labios se levanta mientras gimo y me cubro los ojos con la mano. El colchón junto a mi hombro se hunde y una mano grande y cálida se cierra alrededor de mi muñeca. Me aparta la mano y mi mirada se fija en la suya. Está inclinado sobre mí, apoyándose en una mano—. No te me pongas tímida ahora. La imagen de tu hermoso coñito siendo follado

por una enorme polla falsa se me quedó grabada en la cabeza desde que me lo dijiste. Ahora quiero verlo en la vida real, así que dime dónde están.

Aunque estoy avergonzada, también estoy excitada. Mi corazón golpea contra mi caja torácica porque eso es lo que Cole me hace. Me siento desesperada por experimentar todo lo que quiere enseñarme. Confío en él para que me haga sentir bien. Confío en él conmigo misma.

—El cajón de en medio. —Le señalo la mesita, me suelta la mano y se acerca a ella, abriéndola de un tirón y buscando.

Tengo unos cuantos juguetes ahí: un par de mis consoladores favoritos y uno o dos vibradores. Cole encuentra mi consolador más grande y lo saca. Es de color carne, realista y grande, aunque no tanto como él.

—¿Con qué frecuencia usas esto? —pregunta.

—Ya no mucho.

Me sostiene la mirada.

—¿No?

Me humedezco los labios y sacudo la cabeza.

Sin apartar la mirada, Cole desliza el consolador por mis resbaladizos y ya hinchados pliegues.

—¿Y eso por qué?

—Porque... —jadeo mientras la cabeza de la polla se empuja dentro de mí.

—¿Por qué? —Su voz es ronca mientras lo saca para volver a meterlo con suavidad.

Trago saliva.

—Porque ya no lo necesito.

—¿Por qué ya no lo necesitas, gatita?

—Tengo... —Me lo mete dentro y yo inhalo bruscamente—. Te tengo a ti.

Las pupilas de Cole se dilatan, la satisfacción se dibuja en cada línea de su rostro.

—Así es. Me tienes a mí —dice, con un oscuro gruñido grave en la voz. Durante uno o diez latidos, nuestras miradas se cruzan y juro que veo reflejado lo que siento por él.

Finalmente, aparta la mirada y la dirige hacia donde estoy estirada alrededor del juguete. Ahora se mueve más deprisa, enterrando su longitud dentro de mí con cada caricia. Se siente bien, pero no es él.

—Por favor, Cole.

No reconoce mi súplica.

—Tu coño se ve increíble lleno de esta polla. Podría hacer esto durante horas.

—Te deseo. —Pero mis caderas se mueven ahora, cabalgando el juguete mientras él lo empuja dentro de mí. La presión crece en mi interior y casi lo consigo, pero necesito más. Algo más que me lleve al límite—. Cole, por favor. Te necesito.

—Quiero verte correrte con esto dentro de ti. Dame eso y te daré mi polla. ¿Puedes hacer eso por mí, gatita? —Hace rodar su pulgar sobre mi clítoris, enviando una ráfaga de placer a través de mí.

—Sí —jadeo—. Sí.

—Juega con tus pezones —exige.

Me acaricio los pechos, pasando los pulgares por los picos rígidos, y luego los pellizco, enviando pequeñas ondas de choque directamente a mi núcleo.

—Buena chica. Eres jodidamente sexy. —La voz de Cole es áspera por el deseo, su mirada vuelve a lo que está haciendo entre mis piernas. El hambre que se dibuja en su rostro mientras me masajea el clítoris con el pulgar es suficiente para desmoronarme. Cole me introduce el juguete una vez más y yo grito, arqueando la espalda mientras mis músculos internos palpitan alrededor de la intrusión.

Apenas terminé de tener espasmos cuando Cole me quita el juguete y lo tira sobre la cama. Se arrodilla entre mis muslos, con la erección tan dura que le llega hasta el estómago. Con una mano, se la aprieta, con expresión casi adolorida.

—Dime que puedo follarte sin condón.

Mis ojos vuelan hacia los suyos. Sabe que tengo un implante, pero es la primera vez que habla de no usar preservativo.

—Nunca lo he hecho sin uno. —Su tono es casi áspero, pero hay una crudeza en su expresión que me llega hasta dentro y me envuelve el corazón—. Te quiero sin nada entre nosotros. Necesito.... —Un músculo salta en su mandíbula—. Necesito sentirte completamente.

Dios, yo también quiero eso, y mucho. Con todas las formas en que me ha follado en los últimos meses, que me desee sin nada de por medio me destroza el pecho.

—Yo también quiero sentirte. Quiero sentirlo todo.

Le da un fuerte tirón a su polla, como si no pudiera evitarlo.

—¿Quieres? ¿Quieres que te llene con mi semen?

Apenas tengo tiempo de pronunciar la palabra "sí" cuando ya está encima de mí, introduciéndome la polla con embestidas superficiales que me vuelven loca. En cuanto me penetra del todo, deja caer su frente sobre mi pecho y gime.

—Tu pequeño coño está muy caliente. Me vas a quemar vivo.

Sus caderas se flexionan y ambos gemimos de lo bien que se siente. Cuando vuelve a moverse, es para sacármela hasta la punta, dejándome vacía y desesperada por que vuelva a llenarme. Entonces lo hace con un fuerte bombeo, al mismo tiempo que sus labios encuentran los míos. Hay una desesperación en sus movimientos que me hace responder con el mismo fervor, aunque ya me haya corrido tres veces. Me lame y muerde el cuello, luego se lleva mi pezón a la boca y lo succiona con fuerza y ritmo.

Cada fuerte golpe de sus caderas contra las mías hace que su pelvis roce mi clítoris hipersensibilizado, y yo me aprieto contra él, con mi

cuerpo preparándose ya para lanzarme a un cuarto orgasmo, pero antes de que pueda, saca su polla.

—Date la vuelta —gruñe.

Hago lo que me pide y me pongo a cuatro patas, deseando tenerlo dentro. De un empujón, me reclama de nuevo, inclinándose sobre mí con una mano en la cadera y la otra presionando entre mis omóplatos hasta que mi pecho queda plano sobre el colchón. Lo siento enorme en este ángulo, y jadeo y gimo incoherentemente.

Desliza un dedo dentro de mí, junto a su polla, y el escozor del aumento de la tensión me hace inhalar bruscamente, pero no se queda ahí. Lo siguiente que sé es que está frotando ese dedo untado de excitación contra el apretado anillo de músculo entre mis nalgas, y me quedo helada.

Ya me ha tocado ahí antes y, aunque todavía me pone nerviosa, sé lo bien que sabe tocar mi cuerpo. Respiro y me relajo, ganándome un gruñido de aprobación que vibra en cada molécula de mi interior.

Me presiona con el dedo, y me retuerzo y grito cuando penetra en mi canal posterior, hundiéndolo lentamente hasta el primer nudillo. Lo saca y lo vuelve a meter con suavidad, mientras su polla sigue moviéndose lentamente dentro de mí, hasta que la sensación extraña se transforma en una presión placentera.

Dios, ¿qué dice de mí que se siente tan bien que mi orgasmo se acerca?

Él lo sabe.

—¿Te gusta eso, gatita? ¿Te gusta mi polla en tu coño y mi dedo en tu trasero?

—S-sí —consigo decir.

Introduce más el dedo y luego lo saca para añadir otro. Ejerce más presión y yo vuelvo a quedarme quieta hasta que me acostumbro a la sensación. El movimiento de sus caderas se ha ralentizado, su polla se desliza lentamente dentro y fuera de mí mientras él se concentra en mi trasero, retorciendo sus dedos dentro de mí, estirándome.

Muevo las caderas, deseando que vuelva a moverse, con el orgasmo a punto de llegar, pero él se inclina sobre mí, apoyando un brazo en el colchón para susurrarme al oído.

—Quiero follarte aquí, Delilah —dice, con otro empujón de sus dedos—. Quiero reclamar cada centímetro de ti. Solo cuando te penetre hasta las pelotas te dejaré correrte otra vez, y créeme, vas a tener un orgasmo tan fuerte que me vas a sacar todo el semen.

Tengo los ojos muy abiertos y la garganta seca.

—No sé.... nunca lo he hecho.

—Lo sé —dice—, pero lo harás por mí, y te encantará. Fui la primera persona en tener tu coño. Seré el primero en tenerte aquí. —Sus dedos empujan más adentro mientras me clava la polla, y casi exploto en ese momento, pero vuelve a parar y grito de frustración.

—Dime que lo deseas —exige—. Suplícame que te haga correrte con mi polla dentro de tu trasero.

—Dios, sí, por favor. Fóllame por el trasero, Cole. —Nunca pensé que me oiría pronunciarle esas palabras a nadie, pero Cole no es cualquiera. Confío en él para que me haga sentir bien. Si dice que voy a correrme duro, entonces le creo. Como él dijo, quiero compartir esto primero con él también.

—Tu coño está chorreando, ni siquiera necesitaré lubricante —dice—. Iré tan lento como pueda durante todo el tiempo que pueda, ¿okey?

—Okey.

La ternura de su contacto hace que se me hinche el corazón, aunque mi pulso se acelere por la nerviosa expectación. Se sale completamente de mí, dejándome vacía, pero antes de que pueda protestar, hunde sus dedos en mí, recogiendo mi excitación y extendiéndola hasta mi trasero. Noto lo mojados que están sus dedos, lo mojada que estoy yo, y me estremezco al pensar en lo que va a ocurrir. Cuando miro por encima de mi hombro, se está acariciando con el puño alrededor de su resbaladiza polla.

Sus ojos se cruzan con los míos y mi estómago se aprieta ante su mirada. Arden de calor, pero también hay algo más. Una intensidad de emoción que me acelera el corazón tanto como me enciende el cuerpo. Me distraigo cuando presiona la cabeza roma de su erección contra mí. Contengo la respiración cuando su ancha coronilla atraviesa el apretado anillo de mi abertura, y gimo mientras mi cuerpo se tensa alrededor de la intrusión.

—Mierda —gruñe—. Estás tan jodidamente apretada. Relájate, gatita, déjame entrar.

Intento hacer lo que me dice y, poco a poco, mis músculos se aflojan. Cole se empuja más adentro, centímetro a centímetro, llenándome hasta que creo que no puedo más. Entonces empuja aún más y la tensión en mi interior se rompe. Me dejo llevar por las nuevas sensaciones que recorren mi cuerpo.

—Eso es, hermosa. Te sientes increíble. —Suelta un suspiro entrecortado—. Eres increíble.

Cierro los ojos y el corazón se me acelera aún más por la emoción que estoy segura de oír en su voz. Al principio se mueve despacio, deja que me adapte a él antes de acelerar el ritmo. Cuando empiezo a moverme con él, me rodea la cintura con un brazo y con la otra mano vuelve a encontrar mi clítoris, frotándolo con la presión perfecta. Me penetra más profundamente con cada flexión de sus caderas, su ritmo aumenta hasta que la chispa de un orgasmo se enciende en lo más profundo de mi ser.

El movimiento experto de sus dedos y las incesantes caricias de su polla pronto me hacen jadear y suplicar más. Me tiembla todo el cuerpo. Es algo completamente nuevo, una sensación intensa como nunca había experimentado.

Y Cole sabe exactamente lo que hace: me provoca hasta que estoy al borde del orgasmo varias veces, y luego retrocede lo justo para evitar que me desmorone. Cada vez parece que me penetra más profundamente y, a medida que mis paredes internas se aprietan a su alrededor, me acerco cada vez más a ese placer explosivo.

—¿Vas a correrte para mí, Delilah? —pregunta.

—Sí. Oh, Dios, sí. Estoy tan cerca.

—Buena chica. —Me enreda el cabello en el puño y me echa la cabeza hacia atrás para que nuestros ojos se encuentren—. Te ves jodidamente hermosa con mi polla en tu trasero.

Sus palabras me arrancan un gemido, con cada respiración entrecortada, la tensión irradia de cada músculo definido de su cuerpo. Su ritmo se acelera hasta que sus caderas me golpean con cada embestida, enviando ondas de choque por todo mi cuerpo. Apenas puedo pensar con claridad.

Cole me pasa los dedos por el clítoris y una sensación completamente nueva se apodera de mi interior: un incendio de calor y éxtasis. Este orgasmo no va a ser como ningún otro que haya experimentado antes, y mis músculos ya tiemblan a medida que me acerco al punto de no retorno.

Cuando se empuja, mi cuerpo se tensa y grito mientras me penetra. Aprieto la polla de Cole y él maldice. Sin nada que me llene el coño, mis músculos internos se estremecen alrededor de la nada. Un grito de asombro sale de mis labios cuando un chorro de líquido moja mis muslos.

El gemido bajo de Cole es casi salvaje.

—Eso es, gatita. Jodidamente empápame. —Sus dedos continúan su movimiento, forzando más espasmos, más chorros—. Eres perfecta, Delilah. Tan jodidamente perfecta.

La última palabra es mitad gruñido, mitad gemido, mientras choca sus caderas contra mí una última vez. Luego grita, su polla se hincha y se sacude mientras se corre dentro de mí.

Cuando termina, soy un desastre débil, tembloroso y chorreante. Suelto los miembros y me desplomo sobre la cama. Cole viene conmigo y cubre mi cuerpo con el suyo. Se retira despacio, la sensación me produce un escalofrío, y luego desliza los brazos por debajo de mí, haciéndonos girar para que estemos acostados de lado, uno frente al otro.

Las sábanas que tengo debajo están mojadas y la vergüenza me quema la piel. Aunque él parece disfrutar con la reacción de mi cuerpo, he destrozado la cama y también a él. Cierro los ojos y apoyo mi frente en su pecho para no tener que mirarlo a los ojos.

Mientras me acaricia la espalda con su mano, se me forma un nudo en el pecho. Mis sentimientos se entremezclan: mis sentimientos por él, por lo que acabamos de hacer, por lo que *yo* acabo de hacer. Es demasiado.

Intento tragarme el sollozo, pero se me escapa.

Cole se queda paralizado.

—¿Estás bien? ¿Te lastimé?

Sacudo la cabeza, pero otro sollozo se está gestando, así que aparto la cabeza de su pecho y entierro el rostro en las sábanas que tengo debajo.

Cole se levanta en la cama y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está haciendo, me levanta con él y me acuna entre sus brazos.

Levanta mi barbilla. Tiene la mandíbula tensa, pero sus ojos están llenos de emoción.

—¿Te lastimé?

Sacudo la cabeza y sus facciones se relajan, la tensión de sus hombros se afloja.

—Entonces, ¿qué pasa? Estoy seguro de que leí bien las señales y de que lo disfrutaste. —Sus labios se curvan un poco, dejando entrever una pizca de suficiencia.

Me tapo los ojos con la mano.

—Nunca lo había hecho —murmuro.

Como antes, me toma de la muñeca y me aparta la mano. Tiene el ceño fruncido.

—Ya sé que era tu primera vez haciendo sexo anal, así que supongo que me estás diciendo que nunca habías hecho un squirt antes.

Asiento y una sonrisa salvaje se dibuja en su rostro. Me atraviesa el cabello con los dedos y me agarra por la nuca, con los ojos clavados en mí.

—Bien, eso significa que también puedo reclamarlo como tu primero. La idea de que le des algo tan increíble a un hombre como Paul me hace querer hacerlo pedazos.

No sé si reír o llorar. Su mirada se suaviza, su expresión se vuelve casi tierna, si tierna es una palabra que se pueda usar para describir a Cole.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Delilah. Nada. Eres la mujer más sexy que he conocido. ¿Lo que acabamos de hacer? La forma en que te entregas toda a mí, la forma en que confías en mí para cuidar de ti. Mierda. *Lo es todo*.

Finalmente me relajo y le sonrío.

—Fue increíble. —Le paso los dedos por la mandíbula—. Todo lo que me haces me parece increíble, aunque... —Me muevo en su regazo y hago una pequeña mueca de dolor—. Creo que recordaré esto durante un tiempo.

—Bien. Quiero que recuerdes exactamente cuánto de ti misma me has dado. —Su sonrisa malvada se desvanece y la intensidad de su mirada me consume, haciendo que el corazón me lata erráticamente en el pecho. Me roza la mandíbula con el pulgar, sus ojos son oscuros y serios—. Delilah, yo...

Mi respiración se entrecorta mientras espero a oír lo que va a decir.

Arruga las cejas y traga saliva. Hay algo en su expresión que no había visto antes, algo que me aprieta las costillas. Por un momento sus ojos se cierran. Cuando se abren de nuevo, la mirada desaparece y vuelve a sonreír.

—Odio admitirlo, pero necesitaré tu ayuda para terminar los panqueques. No creo que pueda hacerlo solo.

Me río, aunque no es lo que esperaba oír.

Pero después de la forma en que ha reclamado cada parte de mí, las cosas que dijo, incluso la forma en que me está abrazando ahora, tengo que creer que lo siente.

Exactamente como yo.

37

Cole

Miro por la ventanilla a los autos que pasan, con el cansancio atenazándome. Incluso con el sueño profundo de anoche -que debe de haber sido el mejor que he tenido en mucho tiempo-, el jet lag me despertó temprano y ahora estoy desfalleciendo.

Jonathan gira la limusina hacia mi ático, y tengo que resistir el impulso de decirle que dé la vuelta y me lleve de vuelta al apartamento de Delilah. Aunque le dije que debería tomarse el día libre -teniendo en cuenta que anoche la desperté tarde y la cansé antes incluso de que empezara el día-, insistió en prepararse e ir a trabajar. Incluso rechazó mi oferta de llevarla a la oficina, diciéndome que fuera a casa a deshacer las maletas.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, reviviendo el recuerdo de ella debajo de mí esta mañana, experimentando de nuevo esa abrumadora necesidad de reclamar cada parte de ella, y no fue solo el deseo de estar físicamente lo más cerca posible de ella, fue lo que sentí al abrazarla después. Cuando lloró, mi pecho se contrajo tanto que me costó respirar, al segundo siguiente mi corazón retumbaba mientras ella me sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

Soy un maldito adicto a ella. Gimo y me froto los ojos con la mano. No, es más que una adicción, es solo la excusa que me he dado por quererla de la forma en que lo hago.

Esta mañana estuve a punto de decirle que la amaba, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Nunca, *nunca* creí que querría hacerle esa declaración a alguien, que estuviera tan cerca de dejarlo escapar me estremeció. Necesito resolver esto. Necesito resolver lo que significa

para nosotros en el futuro porque en este momento estoy navegando en aguas desconocidas con ella. Todo lo que sé es que lo que siento por Delilah es mucho más que cualquier cosa que haya sentido por alguien antes.

Mi teléfono suena y lo saco del bolsillo. Es Roman.

Roman: *Necesito verte en la oficina.*

Yo: *Estoy de camino a casa. ¿De qué se trata?*

Roman: *Tenemos que hablarlo en persona.*

Yo: *Estaré ahí en veinte minutos.*

Redirijo a Jonathan al King Plaza, preguntándome qué asunto no puede esperar hasta esta tarde.

Cuando entro en la suite ejecutiva de Roman, me está esperando en uno de sus sofás de cuero, con un café humeante delante. Me sirvo una taza, porque su expresión me da la impresión de que voy a necesitar estar alerta, y me siento frente a él. Después de un sorbo, le pregunto:

—¿Cuál es la emergencia? Ya te di los detalles de cómo salió todo.

Roman se inclina hacia adelante, con expresión seria.

—Esto está en parte relacionado con eso. —Hace una pausa antes de continuar—. Berrington me llamó ayer. Fue directo y me dijo que está considerando seriamente retirar su inversión en el King Group.

—¿Qué demonios? —Dejo la taza de café y me restriego la mano por el rostro—. Estamos cumpliendo los plazos previstos. Nuestros números son buenos. ¿Cuál es su problema?

Roman se encoge de hombros.

—Quiere invertir en Steele Enterprises.

—Organizaré una reunión, tranquilizarlo sobre nuestras proyecciones.

—No servirá de nada. Fue bastante firme con sus intenciones. Dijo que quiere invertir su dinero en una empresa que beneficie a su familia en el futuro.

Me reclino en la silla.

—Okey, bien, tenemos opciones.

—Por eso quería hablar contigo —responde—. Berrington mencionó tu relación con Jessica. Dijo que si nuestras familias estuvieran más cerca, podría inspirarlo para mantener sus inversiones.

Echo la cabeza hacia atrás y me río, pero cuando veo que Roman no participa, me detengo. Ni siquiera sonríe.

—No puedes hablar en serio.

Roman frunce el ceño.

—Claro que hablo jodidamente en serio. Comprometerte con Jessica es la forma más rápida y fácil de volver a encarrilarlo todo. Todos nuestros inversionistas siguen en su sitio, completamos el desarrollo a tiempo y dentro del presupuesto, todo el mundo se olvida de la situación con papá y podemos dejar atrás toda esta mierda.

—Jessica y yo no tenemos una relación. No me voy a casar con ella.

—No has salido oficialmente con ella, pero llevan años follando. —Los ojos de Roman se entrecierran—. ¿No crees que a Berrington le gustaba verlos a los dos juntos en los eventos? Esta alianza tiene sentido, y le da la conexión personal que está buscando. Jessica forma parte de nuestro mundo, entiende lo que se requiere de ella, y ya es hora de que pienses en sentar cabeza.

—Puede que Jessica y yo hayamos follado, pero no tengo ningún interés en pasar el resto de mi vida con ella. ¿Por qué no te casas tú con ella?

Roman frunce el ceño.

—Ya me casé una vez. No volverá a ocurrir, y Jessica te quiere a ti, no a mí, y no a Tate.

Me doy cuenta de que habla en serio y pienso inmediatamente en Delilah, en cómo la sentí en mis brazos esta mañana, en su sabor en mis labios, en cómo se entrega a mí con tanta confianza, en su mirada cuando me sonríe...

—¿Cuál es el problema? —pregunta, con la impaciencia agudizando su tono—. Jessica es guapa, podemos usar su riqueza y sus contactos, y ya sabes que son sexualmente compatibles. ¿Qué más hay?

—Tener esas cosas no te funcionó, ¿verdad? —pregunto.

—No se trata de lo que funcionó o no para mí. —Tamborilea con los dedos en la rodilla y me escruta—. Dime que no se trata de tu arquitecta.

Lo miro fijamente, y mi silencio debe decirle todo lo que necesita saber.

Se queja.

—Tiene una cara bonita... y aparentemente un coño de oro. Si no, no estarías dudando así.

Mis manos se cierran en puños.

—Pero no puedes decirme sinceramente que vas a poner eso por delante de la empresa, ¿verdad? Este es nuestro legado, el King Group es lo que somos.

Hice mucho por esta empresa, pero casarme con Jessica es demasiado. Exhalo un suspiro.

—Esa no puede ser la única opción.

—Puede haber otras, pero ninguna que no repercuta negativamente en los beneficios en el futuro.

—¿No crees que tenemos suficientes beneficios? —gruño.

Sus cejas se arquean.

—No, no lo creo, y le prometimos a nuestros inversionistas que la detención de papá no afectaría nuestros resultados. Romper esa promesa es el comienzo de una pendiente resbaladiza.

Lo miro fijamente, repasando las opciones en mi cabeza.

Roman se echa hacia atrás en su asiento, mirándome con frialdad.

—No puedo creer que dejes que una aventura se te meta en la cabeza de esta manera. ¿En qué demonios estás pensando?

—Estoy pensando que quizá haya algo más en la vida que trabajo, dinero y follar —digo, y luego hago una pausa, sorprendido por mis propias palabras.

Roman resopla con desdén.

—Entonces eres un idiota. El amor no es más que una fantasía en la que a la gente le gusta creer para sentirse mejor en la vida. Claro, puedes conocer a alguien que te atraiga. El sexo es bueno, tu cuerpo empieza a producir sustancias químicas y de repente te engañas a ti mismo haciéndote creer que hay algo más profundo entre los dos. ¿Y luego qué? Te casas y descubres que cuando se pasa el subidón químico todo era una ilusión. Tu bella esposa empieza a disfrutar más gastando tu dinero que follando contigo. Lo que creías que era amor se convierte en indiferencia. Al final te quedas atrapado en un matrimonio sin amor, como nuestros papás y todas las parejas que conocemos. Tienes una aventura tras otra, o te separas y vuelves a follarte a mujeres cualquiera. De cualquier forma, acaba igual.

—Qué cínico eres —digo apretando los dientes, aunque las palabras de Roman van directas al corazón de todas mis dudas. Después de todo, hasta hace poco eso era exactamente lo que yo creía. El hueco que crece detrás de mis costillas me dice que en el fondo puede que aún lo crea.

—Realista —responde Roman—. Jessica es hermosa, sabes que ambos disfrutan físicamente, y tiene dinero propio, así que no buscará atraparte por todo lo que pueda conseguir.

La ira late detrás de mis sienes.

—Delilah no es una cazafortunas.

Me ignora.

—Lo que le das a Jessica es una poderosa alianza que la eleva a las altas esferas de la sociedad. Conseguimos el compromiso de su papá de mantener su inversión, que protege la única maldita cosa de valor que

tiene esta familia. Por favor, no me digas que dejarías pasar eso por algo que es completamente reemplazable. Esa es la mejor opción que tenemos sin comprometer la posición financiera de la empresa, y si eso no es motivación suficiente, entonces no eres el hombre que yo pensaba que eras.

Me siento en mi silla. ¿Roman tiene razón?

—Déjame decirte algo —me dice, y por primera vez en mucho tiempo veo en sus ojos grises algo que no es distanciamiento o molestia. Sea lo que sea lo que está a punto de decir, tengo la sensación de que no es algo que comparta a menudo—. Cuando me casé con Katherine, me convencí de que la amaba y de que ella me amaba a mí.

El shock me recorre, no tenía ni idea de que Roman sintiera algo por Katherine.

—Bastaron unos meses para que la mentira que me decía a mí mismo se desmoronara —prosigue, su mirada se vuelve distante—. Sintiéramos lo que sintiéramos al principio, no era amor. Si lo fuera, no se habría convertido en odio tan rápido.

No sabía nada de esto. Sacudo la cabeza. ¿En qué momento mis hermanos y yo nos convertimos en unos malditos extraños? Siento una opresión en el pecho que hacía tiempo que no sentía. Una sensación de pérdida a la que me insensibilicé hace años, cuando me di cuenta de que preocuparme por la gente, y esperar que ellos se preocuparan por mí, era un juego de tontos.

—¿Por eso te divorciaste? Porque acabas de decirme que el amor no es importante. ¿Por qué iba a importar entonces odiarse?

Vacila.

—Dicen que lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia. Quizá si todo lo que hubiéramos sentido el uno por el otro fuera indiferencia, todavía estaríamos casados, pero el odio es diferente. Ver los ojos de la mujer que creía que me conocía mejor que nadie llenos de odio, y saber que ella veía lo mismo cada vez que me miraba... eso era imposible. Así que aprende de mis putos errores. Cásate con la mujer

que te resulte indiferente, y nunca te decepcionarás cuando te des cuenta de la verdad.

Toda la calidez que me llenaba desde que estuve con Delilah se desvanece ante la confesión de Roman.

Me sostiene la mirada.

—Empiece como empiece un matrimonio, siempre acaba igual. Mejor tratarlo como la fusión empresarial que es desde el principio y no sufrir ninguna decepción por el camino. —¿Hay amargura en su voz? No me importa lo suficiente como para pensar en eso en este momento. Estoy demasiado ocupado imaginando que la luz en los ojos de Delilah cuando me ve se desvanece hasta convertirse en frío desapasionamiento, igual que la forma en que mis papás siempre se miraban. Como siempre nos han mirado a nosotros. Algo punzante se retuerce en mi pecho y un sonido sordo resuena en mi cabeza: el último clavo que se clava en un ataúd.

—A veces hay que tomar decisiones difíciles en la vida, decisiones que duelen más de lo que deberían. —Roman hace una pausa, estudiando mi cara, y no estoy seguro de si lo que parpadea en sus ojos es simpatía o algo más—. Delilah encontrará a alguien al que le importe más de lo que a ti te importaría, y a Jessica nunca le importarías lo suficiente como para odiarte.

—¿Cuál es el acuerdo? —Mi voz es firme, incluso cuando el hielo se agolpa alrededor de mi corazón. Mientras Roman habla de acuerdos y porcentajes de inversión, cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre la silla.

Intento no pensar en los ojos de Delilah, su sonrisa, su voz, su risa.

Porque al final, sigo siendo el mismo hombre que era antes de conocerla.

Y sé lo que tengo que hacer.

38

Delilah

El timbre de la puerta suena y mi corazón se acelera: es una reacción a la que todavía me estoy acostumbrando. Tras echar un rápido vistazo al espejo para pasarme los dedos por el cabello, abro la puerta principal. Las mariposas vuelan por mi estómago y se me seca la boca cuando veo a Cole.

Pasaron dos días desde la última vez que estuvo aquí. Dos días desde que hicimos panqueques en mi cocina y nos los comimos conmigo sentada en su regazo. Ese mismo día me llamó al trabajo para cancelar nuestros planes iniciales para el fin de semana, diciéndome que tenía que resolver un problema, así que cuando recibí su mensaje hace una hora preguntándome si podía venir, me emocioné. Cada vez me cuesta más estar lejos de él, y espero que esto signifique que él siente lo mismo.

Le sonrío y me pongo de puntillas para acercar mis labios a los suyos.

Me lleva las manos a la cintura y sus dedos se enroscan en mi piel, pero no me atrae hacia él como yo esperaba. Me dejo caer y busco su rostro. Tiene la mandíbula tensa, con ese familiar músculo crispado. Los nervios me recorren y trago saliva.

—¿Quieres entrar?

Asiente y me sigue hasta mi pequeña sala. Me siento en el sofá, pero él permanece de pie, así que vuelvo a ponerme de pie de un salto, no queriendo estar en desventaja. Es exactamente como me sentía con él antes de que todo esto empezara, un pavor helado se instala en mi pecho.

—Delilah... —Se pasa la mano por la boca, pero no continúa. Se queda mirándome con los labios apretados.

Sé lo que me espera. Mis instintos me lo gritan con una intensidad que me crispa los nervios.

—Solo dilo. —Me siento aliviada cuando mi voz sale solo con un pequeño temblor que espero que él no note—. Sea lo que sea, dilo.

Se aclara la garganta.

—Sé que esto es repentino, pero es hora de terminar con esto.

Aunque sé que se acerca, el dolor sigue azotando mi corazón. Intento respirar hondo, pero el aire se me queda atrapado en los pulmones.

—¿Por qué? Quiero decir, la última vez que estuvimos juntos.... —No encuentro las palabras que necesito.

—Jessica y yo...

Mi columna se endereza.

—¿Qué pasa con Jessica?

Sus ojos arden con alguna emoción desconocida mientras me mira fijamente.

—¿Qué pasa con Jessica? —exijo—. Si estás a punto de hacer algo que sabes que me hará daño, dilo, por el amor de Dios.

Sus ojos se cierran.

—Jessica y yo nos vamos a comprometer, quería decírtelo antes de que se anuncie oficialmente.

Por un segundo no puedo procesar sus palabras, mi mente y mi cuerpo están paralizados. Un latido después, el dolor y la traición me golpean, atravesando cada endeble muro que levanté para prepararme.

—¿Qué? —Mi boca hace la forma de la palabra, pero no tengo aliento para forzar el sonido. Lo intento de nuevo—. ¿Qué quieres decir? Me dijiste que no había nada real entre ustedes. Me dijiste que ya no te acostabas con ella. Tú me lo dijiste. Me lo prometiste.

Mi cabeza me grita que me mantenga firme sin suplicarle que cambie de opinión, me dice lo que ya sé: lo dice en serio y nada de lo que diga cambiará las cosas, me dice que me arrepentiré de suplicarle en cuanto salga por la puerta. Todo eso lo sé, pero mi corazón... mi corazón late a un ritmo que no se puede negar, una presión para luchar por algo que, de alguna manera, todavía cree que vale la pena. Así que abro la boca y suplico mientras las lágrimas que no puedo contener resbalan por mis mejillas.

—Por favor, Cole. Por favor no hagas esto. Creí que esto estaba funcionando entre nosotros. Creí que sentías lo mismo...

Sacude la cabeza antes de que termine de hablar.

—No, Delilah. No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser. Esto siempre iba a terminar, y lo sabes. Ambos lo sabíamos.

Mi corazón se rompe en mil pedazos. Mi cabeza podría haberlo creído, pero mi corazón sucumbió a la esperanza hace mucho tiempo. Mi corazón, que es tan mentiroso como el hombre que tengo delante. ¿Así fue como se sintió mi mamá cuando mi papá se alejó de ella porque ella *-nosotras-*, no encajábamos en su vida?

Ese pensamiento es suficiente. Trago saliva, me quito las lágrimas de las mejillas y asiento con la cabeza.

—Ya puedes irte.

Sus hombros se tensan, pero no se mueve. Se queda ahí, mirándome con las manos apretadas a los lados. No me importa si esto no es fácil para él. No me importa si no tenía intención de lastimarme. Él está eligiendo esto, la está eligiendo a *ella*, así que puede sufrir las consecuencias.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, con más lágrimas traicioneras brotando. Esta vez las dejo caer. Esta noche es la última que me permito llorar por Cole King. Le quitó el seguro a la puerta y la mantengo abierta. Aún no se ha movido.

—Delilah, yo... —dice, su voz rasposa.

—Vete, Cole. Ya no te quiero en mi casa, no te quiero en mi vida. ¿Quieres que terminemos? Entonces terminamos, así que aléjate de mí.

Sus ojos parpadean, pero se pone en movimiento bruscamente. Desvío la mirada mientras se acerca y aprieto con fuerza el pomo de la puerta, esperando el momento de cerrarla detrás de él y separarme sin que lo vea.

Pero ni siquiera me da eso. Se detiene frente a mí y cierro los ojos, no quiero ver lo que sea que se vea en los suyos.

El calor de su palma presionándome el rostro me hace estremecer. Separo los labios cuando su pulgar me roza la mejilla y me seca las lágrimas que no puedo controlar. Aparto la cabeza de él y lo miro fijamente, sorprendida de que me toque así. Como si tuviera derecho, como si la ternura tuviera cabida aquí.

—Lo siento —dice, con la voz ronca, y luego desaparece.

Cierro la puerta, como si pensara que va a volver a entrar y decirme que todo fue un terrible error. Luego camino tropezándome a la sala, me hago un ovillo en el sofá y lloro.

39

Delilah

Gracias a Dios, la fase de diseño del proyecto está a punto de terminar. En dos semanas más estarán listos todos los planos detallados y podré irme de aquí. No solo de este edificio, sino de Nueva York, al menos temporalmente. Posiblemente permanentemente.

Pasaron dos semanas desde que Cole me rompió el corazón y una semana desde que se hizo pública la noticia del compromiso. No lo vi desde que se fue de mi apartamento y las reuniones semanales han sido asumidas por Tate, para mi alivio. Tener que sentarme frente a Cole en este momento sería insoportable.

A la mañana siguiente de la visita de Cole, me puse manos a la obra y hablé con Paul para notificarle mi intención de tomarme una licencia una vez que se hayan aprobado los diseños finales. Por mucho que me gustaría quedarme durante la fase de construcción, mi corazón está demasiado adolorido para permitirlo. La idea de encontrarme con Jessica en el edificio, o peor aún, con Cole y Jessica juntos, es demasiado difícil de soportar. En lugar de eso, me iré a casa a pasar un rato con mamá y quizá a entrevistarme con algunos de los estudios de arquitectura de la zona.

No es que no me guste Nueva York y vivir con Alex, pero extraño a mi mamá, y ahora con Paul y Cole como constantes recordatorios de mis malas decisiones, parece que quizá sea en casa donde debería estar. Puede que ya no vea a Cole, pero este edificio sigue lleno de su presencia.

—Delilah —dice Paul, apareciendo junto a mi mesa.

Dejo el bolígrafo y giro en mi silla para mirarlo.

—¿En qué puedo ayudarte, Paul?

Frunce el ceño ante mi tono seco, como hace siempre que hablamos últimamente. Como si le sorprendiera que no quiera hablar con él más de lo necesario.

—¿Recuerdas que hace un tiempo te dije que el King Group presentó nuestros conceptos de diseño ante los premios de diseño H+?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, la buena noticia es que ahora somos finalistas, así que estamos invitados a asistir a la entrega de premios. Es el fin de semana antes de que te vayas de permiso, pero se espera que asistas como una más del equipo de diseño.

—Lo entiendo —le digo. Se da la vuelta para alejarse, pero lo detengo—. ¿Est... —Me aclaro la garganta—. ¿Estará el señor King?

Sabe lo que le pregunto y no oculta la suficiencia de su expresión.

—Por supuesto que asistirán todos, y estoy seguro de que Cole también querrá presumir de su encantadora nueva prometida.

No me permito reaccionar, sabiendo que eso es lo que quiere, y cuando no lo hago, resopla y se va. Vuelvo al ordenador, cierro los ojos y suspiro. Esto va a ser una pesadilla.

Para sentirme mejor, compruebo dos veces mis vuelos de vuelta a casa y busco el correo electrónico que recibí hace tres días de un socio de Abbott-Bennett, uno de los estudios de arquitectura más prestigiosos de Raleigh. Lo hojeo, mordiéndome el labio mientras leo.

Querida Delilah:

Muchas gracias por tu interés en nuestra empresa. Le eché un vistazo a tus credenciales y logros, y debo decir que estoy muy impresionado. Como dijiste que estarás en la zona dentro de unas semanas, nos encantaría concertar una cita para que nos conozcas a mí y a los demás socios. Si te interesa, ponte en

contacto con mi asistente ejecutiva y organiza una cita en la hora que te convenga. Le di tus datos y estará esperando tu llamada.

Estuve retrasando la llamada. No porque la empresa no sea maravillosa para trabajar, sino porque me siento como si estuviera huyendo de Nueva York con el rabo entre las piernas. Aunque me encanta la idea de vivir más cerca de mamá, sé que una parte de mi corazón siempre estará aquí, en Nueva York.

¿O es con Cole?

No puedo pensar así. Cole me arrancó el corazón y me lo tiró a la cara, eligiendo en su lugar estar con una mujer por la que me dijo que no sentía ningún interés. O me mintió entonces, o los sentimientos que imaginé que tenía por mí solo estaban en mi cabeza porque es imposible que se case con Jessica si siente por mí lo que yo siento por él.

Lo que *sentí* por él.

El dolor que me recorre intensifica mis intenciones. En cuanto llegue a casa esta tarde, llamaré para concertar una entrevista.

—¿Tengo que ir? —gimo. Pasaron dos semanas y los diseños de mi hotel han sido oficialmente aprobados y presentados al equipo interno de planificación de construcción del King Group.

En una rara muestra de agradecimiento, Cole organiza esta noche una cena extravagante para celebrar el duro trabajo del equipo, pero yo alegué una migraña y vine a casa en su lugar. Paul intentó obligarme a asistir, pero me negué. Ya es bastante malo tener que ver a Cole mañana en la ceremonia de entrega de premios. La idea de sentarme frente a él durante horas esta noche es intolerable.

—Sí, tienes que ir —dice Alex, devolviéndome a nuestro tema de conversación actual. Me mira con firmeza—. No dejes que él gane. Entrarás ahí con la cabeza bien alta como la mujer valiente, guapa y con talento que eres.

Me dejo caer en la cama mientras ella se dirige a mi armario y empieza a buscar bruscamente en mis vestidos, de los que no tengo muchos apropiados para la ocasión. Hace un ruido de aprobación, saca uno y lo examina con la mirada, luego se gira y me lo tiende.

—Te pondrás este, te verás impresionante. Harás que se trague la lengua, y harás que se arrepienta de cada decisión que tomó en el último mes. Demonios, tal vez de toda su vida.

Tomo el vestido y la miro.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si me mira a mí, luego mira a Jessica y piensa: "Gracias a Dios que tomé la decisión correcta"?

Alex se acerca, me quita el vestido de las manos y lo deja con cuidado sobre la cama antes de envolverme en sus brazos.

—No importa, Dee, porque lo que él piense es intrascendente. Tienes mucho por delante, y como él es un idiota y obviamente no es tu persona, eso significa que aún te queda un gran amor por delante. Un día conocerás al hombre de tus sueños y Cole será un recuerdo lejano. Estará casado con esa zorra y viviendo una existencia miserable. —Me dedica una sonrisa feroz—. Solo mantén eso en tu cabeza, actúa como si él no te afectara y date cuenta de que superarás esto y saldrás más fuerte del otro lado.

Se me levanta el ánimo y le doy otro rápido abrazo.

—Muchas gracias.

—Cuando quieras, bebé. —Se sienta a mi lado—. Sé que tal vez no sea el mejor momento, pero tengo buenas noticias.

—Me vendría bien una buena noticia, así que dímela.

Su sonrisa es brillante.

—Jaxson llamó esta mañana, y él y los chicos decidieron no mudarse a Los Ángeles. Van a asentarse a las afueras de Nueva York.

—Dios, Alex. ¡Eso es genial! —Esta vez soy yo quien la rodea con mis brazos.

Su risa suena ligeramente vertiginosa.

—Me dijo que moviera mi trasero y buscara unos apartamentos para ver.

Me alegro mucho por ella, de verdad, y me aseguro de ocultar lo mucho que se me parte el corazón. Aunque el dolor en mi pecho es abrumador en este momento, la sonrisa en el rostro de Alex me da un rayo de esperanza de que algún día el dolor se aliviará y conoceré la misma felicidad que Alex.

Espero que ese pequeño destello sea suficiente para pasar el día de mañana.

Me tiembla la mano al robar una copa de champán de la bandeja de la mesera. Hombres y mujeres bien vestidos llenan el salón de baile, revoloteando, hablando de arquitectura. En cualquier otro momento, me encantaría establecer contactos y hablar de los entresijos del diseño sostenible, pero esperar el momento en que Cole y Jessica hagan acto de presencia me pone nerviosa. Aún no los he visto, y cualquier bravuconada que Alex me hubiera inculcado ya empezó a esfumarse.

—Hola, Delilah.

Me doy la vuelta y frunzo el ceño.

—Realmente no me interesa hablar contigo, Paul. —Miro a mi alrededor—. ¿Dónde está Philippa?

Frunce el ceño.

—No estamos juntos.

No finjo interés.

—Qué pena por ti.

—No seas así —dice, acariciando con sus dedos mi antebrazo—. Ella nunca fue tú. No sé en qué estaba pensando.

—Yo sí lo sé. Estabas pensando que podrías tener el pastel y comértelo también. Te equivocaste. Ahora te agradecería que me dejaras en paz.

—Delilah… —empieza, pero antes de que pueda continuar, una gran figura se desliza entre nosotros.

Mi corazón da un vuelco cuando pienso que podría ser Cole, pero unos ojos dorados se encuentran con los míos, no azules.

—Creo que la señorita lo dejó claro, ¿no crees? —La voz fría de Tate y su gran presencia bastan para intimidar a Paul, cuyos ojos se clavan entre nosotros.

Él suelta una carcajada amarga.

—Wow, ¿te acostabas con los tres hermanos o solo con dos?

Tate no se mueve, así que debe ser su expresión la que hace que Paul retroceda un paso.

—Tendría que ser jodidamente afortunado —gruñe—. Y tú también lo sabes. Por eso estás intentando volver a meterte en su vida. Tuviste tu oportunidad y la cagaste, así que ¿qué tal si vas a dormir en la cama que te hiciste tú mismo?

Con una última mirada penetrante, Paul se va y Tate se gira hacia mí, con una sonrisa en los labios.

Dejo escapar un suspiro.

—Gracias.

Sacude la cabeza.

—Estoy seguro de que tú misma te habrías encargado de él. Es solo que no me gusta mucho su cara.

Me río y él ladea la cabeza hacia mí.

—Sabes que tienes un gusto terrible para los hombres, ¿verdad?

Mi corazón se estremece.

—Lo sé. —Mi labio inferior tiembla antes de que pueda evitarlo, y sus ojos se posan en él. Se levanta y me aparta el cabello del rostro.

—Te mereces algo mejor.

Lo miro confundida. ¿Está coqueteando conmigo?

Él sonríe y se acerca.

—Déjate llevar, hermosa.

Sus ojos me miran y me pongo rígida, segura de lo que significa su sonrisa perversa. Cole y Jessica están aquí.

—¿Por qué haces esto? —murmuro.

Su mirada se cruza con la mía, una expresión seria oscurece sus ojos, de alguna manera haciéndolo aún más guapo.

—Porque una vez fuimos hermanos.

No conozco la historia completa de la relación de Cole con Tate y Roman, pero sé lo suficiente para entender que hay dolor ahí. Le pongo la mano en el brazo.

—Siempre serán hermanos, no dejes ir lo que tienen porque sea difícil. Todos siguen aquí. Todavía se tienen los unos a los otros.

Sus ojos buscan los míos por un momento antes de que la picardía vuelva a encenderse.

—Mi hermano realmente está cometiendo un error.

Me encojo de hombros, sin saber qué decir, y él se ríe. Me quita el champán de la mano y se lo bebe antes de dejarlo sobre la mesa.

—Vamos —dice, poniéndome la mano en la espalda y guiándome hacia la barra—. Necesito algo más fuerte que el champán.

En mi visión periférica, veo una figura alta y de cabello oscuro con una escultural rubia a su lado. No miro deliberadamente en dirección a Cole. No merece mi atención y me niego a prestársela, aunque percibo su mirada fija en mí.

—¿Whisky? —me pregunta Tate, y recuerdo la primera noche que conocí a Cole. Mi primer instinto es decir que no, pero luego me cuadro de hombros. Tal vez solo tenga que volver a ese momento y rehacerlo, fingir que nunca me fui a casa con Cole.

—Sí, gracias.

Pide y, cuando recibimos las bebidas, se gira para apoyarse en la barra.

Coincido con él. No pretendo buscar a Cole, pero soy incapaz de evitarlo porque está directamente en mi línea de visión y me mira fijamente, tiene las cejas fruncidas y los labios apretados.

Verlo por primera vez en semanas me produce una sacudida de dolor, pero me niego a dejárselo ver. Le devuelvo la mirada con la mayor frialdad posible. Nuestros ojos permanecen fijos, pero no tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza. Quiero apartar la mirada, pero es como si estuviera atrapada en ella.

Hasta que Jessica rompe su concentración. Ella se aprieta contra él y él la mira, su mano se posa en su cintura como si fuera automático.

El dolor me saca el aire de los pulmones y las lágrimas me nublan la vista. Maldito sea, y malditas sean mis estúpidas emociones. Antes de que pueda apartar la vista, su mirada vuelve a posarse en mí y sé, solo sé, que puede leer el dolor en mi rostro porque no he tenido tiempo de controlar mi expresión.

Levanto mi whisky, me lo tomo de golpe, jadeo y me estremezco en respuesta, pero el ardor del líquido es exactamente lo que necesito. Dejo el vaso vacío en la barra, dispuesta a excusarme de la presencia de Tate, pero él me detiene antes de que pueda hacerlo: me toma la mejilla, me pasa el pulgar por el labio inferior y se lo lleva a la boca. Me quedo helada cuando saca la lengua para probar la gota de whisky que debe de haber quedado ahí.

Tararea en señal de aprobación.

—¿Q-qué…

—Será mejor que te vayas —dice—. Él está de camino.

No lo dudo, doy media vuelta y me alejo. Estoy harta de esto, de ellos dos y de lo que sea que tengan entre manos. De los juegos que los ricos juegan con las emociones de la gente. De sentirme herida todo el tiempo.

Acabaré esta noche, y entonces habré terminado con todos ellos.

Sigo caminando mientras voces alzadas golpean mi espalda. ¿Cómo se atreve Cole a enojarse? No tiene derecho. Ningún maldito derecho.

Me dirijo al gran balcón cuando una mano con garras me agarra del brazo. Me detengo y me giro, con los ojos entrecerrados ante la mirada gélida de Jessica.

—Sé lo que estás haciendo —sisea.

—Tú no sabes nada.

—Intentando jugar a enfrentar hermano contra hermano. Es una táctica barata y no funcionará. Cole me eligió a mí. Siempre iba a elegirme a mí. Este mundo siempre será su prioridad, y a diferencia de ti, yo soy parte de este mundo, así que acéptalo y sigue adelante.

Miro por encima de su hombro y veo que Cole se dirige hacia nosotras con expresión furiosa. Detrás de él, Tate se ajusta las solapas del traje, como si Cole lo hubiera agarrado por ahí.

Me giro hacia Jessica y suelto mi brazo de su agarre.

—No estoy jugando con nadie, y si crees que tengo algún interés en formar parte de este mundo, no podrías estar más equivocada. No quiero tener nada que ver con ninguno de ustedes. —Mis ojos vuelven a encontrarse con los de Cole, aunque continúo dirigiéndome a Jessica—. Son todos unos miserables viviendo vidas miserables, en las que la única alegría que parecen tener es jugar con las emociones de los demás. Se merecen los unos a los otros. Prefiero vivir una vida real con gente real y amor real que ensuciarme con lo que sea que pasa por relaciones en su mundo.

Giro sobre mis talones y camino hacia el balcón con la columna vertebral erguida y la cabeza alta, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas que llenan mis ojos.

Salgo por la puerta y corro hacia la barandilla, me agarro a ella y me asomo para respirar hondo. Antes de que pueda tomar más de una bocanada de aire fresco, un cuerpo duro me aprieta.

Todo mi ser reacciona ante su presencia, mis músculos se aflojan, mis dedos pican por echarse hacia atrás y enterrarse en su cabello, pero una fracción de segundo después, mi cabeza recupera el control.

—Suéltame, Cole —siseo—. Tu prometida está adentro y ya no tienes derecho a tocarme.

No se mueve, sus manos bajan hasta mis caderas, sus dedos presionan mi piel mientras sus labios encuentran el pliegue de mi cuello.

—No puedo hacerlo —dice con la voz ronca, su aliento caliente me pone la piel de gallina—. No puedo hacerlo.

—¿Qué? —Me tiembla la voz—. ¿Qué no puedes hacer?

No contesta, solo me aprieta más contra él.

—No debería ser tan difícil. Pensé que podría hacerlo, pero viéndote con él esta noche, no puedo...

Así que fue verme con Tate lo que lo puso celoso. Tan malditamente típico.

Lo empujo con todas mis fuerzas y por fin me deja espacio suficiente para darle la vuelta. Lo miro, pero el fuego de sus ojos ya no me electriza como antes. En este momento, mirando su rostro estúpidamente apuesto y tenso, lo odio más de lo que he odiado a nadie en mi vida. Incluso a mi papá. Al menos él nunca fingió que yo le importaba.

—Bueno, déjame que te lo ponga fácil —digo, sin reconocer mi propia voz—. Voy a volver al salón de baile. Voy a escuchar la entrega de premios. No voy a hablar contigo ni con Jessica ni con Tate, ni siquiera miraré en tu dirección. Entonces, tan pronto como termine, voy a salir de aquí y olvidarme de ti, y tú vas a hacer lo mismo, Cole. Porque lo que creía que teníamos era una mentira y una broma, y no tengo intención de insistir en eso. Cuando por fin conozca al hombre que amaré el resto de mi vida, tú serás un recuerdo lejano. Ahora apártate de mi camino.

Su postura es rígida, su rostro está congelado, como esculpido en piedra. Me mira fijamente, y el fuego de sus ojos se atenúa hasta convertirse en inexpresivos charcos de un azul gélido. Se hace a un lado y yo lo rozo hasta el salón de baile, donde procedo a hacer exactamente

lo que dije que haría. Me uno al equipo de Elite, mantengo la mirada fija en el escenario, aplaudo cuando se anuncian los premios e incluso esbozo una sonrisa sincera cuando nuestro equipo recibe el premio al Concepto de Diseño Hotelero Sostenible. Lo hago todo. Todo menos la parte en la que dije que me olvidaría de él. Es demasiado difícil olvidarlo cuando mi corazón se rompe de nuevo al oír la verdad de mis propias palabras.

Lo que yo creía que él sentía por mí era una mentira que yo misma me conté.

40

Cole

El lunes por la mañana entro de golpe en la oficina de Tate y me lo encuentro recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio mientras habla por teléfono. Es la primera vez que lo veo desde la ceremonia de entrega de premios, de la que desapareció mientras yo hacía todo lo posible por no perder de vista a Delilah en ningún momento. Luego se levantó y voló en su avión personal a Napa Valley durante el resto del fin de semana y se negó a responder a mis llamadas.

Sus cejas se alzan ante mi precipitada entrada.

—Acaba de surgir algo —dice a quien esté al otro lado del teléfono—. Tendré que volver a llamarte.

Cuelga mientras me dirijo a su escritorio y me hace enojar sonriendo y cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—¿A qué debo el honor, hermano mayor?

Empuño mis manos, presionándolas con fuerza sobre su escritorio mientras me inclino sobre él.

—¿A qué demonios estás jugando?

Él finge confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Le pusiste las manos encima.

Se da golpecitos con el dedo en los labios.

—He tenido mis manos en muchas mujeres. Quiero decir, anoche yo...

—Me importa una mierda lo que estabas haciendo anoche. Estoy hablando del sábado por la noche. Tenías las manos. En. Delilah.

—Oh, es cierto. ¿Sabes? Puedo ver el atractivo. Ella es realmente hermosa, ¿no? Todas esas curvas, y esa boca. Las cosas que podría hacer...

—¡Cierra la puta boca! —rujo—. No te quiero cerca de ella. Si la vuelves a tocar, acabaré contigo.

La forma en que levanta las cejas me hace darme cuenta de lo desquiciado que parezco. Tan desquiciado como me siento.

Ver a Delilah tan jodidamente guapa y real mientras yo me vi obligado a estar al lado de Jessica para guardar las apariencias me volvió un poco loco. Cuando Tate le rozó el labio inferior con el pulgar, casi destrozo la copa de champán que tenía en la mano.

Jessica me gritó mientras me dirigía hacia ellos, pero en aquel momento me importó una mierda mi prometida. Lo único que retumbaba en mis venas una y otra vez era que Delilah era mía.

Pero, por supuesto, no era mía, como señaló unos minutos después en el balcón. El hielo en sus ojos cuando me dijo que quería olvidar que yo existía fue el recordatorio que necesitaba. Lo que hubiera entre nosotros -lo que *había habido* entre nosotros-, moriría con la misma certeza que para todo el mundo. Era mejor ver esa frialdad en su mirada antes de cometer la estupidez de atarnos y condenarnos a toda una vida de remordimientos.

Eso no me impidió enfurecerme con mi hermano menor. Siempre fue un mujeriego, pero nunca ha ido detrás de una mujer con la que me haya acostado. Es una regla no escrita que los tres hemos cumplido a lo largo de los años, lo que hizo con Delilah es inaceptable.

—¿Por qué tanto alboroto? —pregunta, como si no se diera cuenta de que estoy a punto de lanzarme sobre él a través del escritorio—. Estás a punto de casarte. ¿Por qué debería importarte una de las muchas mujeres con las que solías acostarte?

Se me dilata la nariz.

—Ella no es... —Aunque por mis acciones debe de ser obvio que es mucho más que eso, me corto antes de poder admitir la verdad. La furia me abandona de repente y me dejo caer en uno de los sillones de cuero frente a su escritorio.

Me restriego las manos por el rostro.

—Mierda.

Cuando vuelvo a mirarlo, hay una expresión de curiosidad en su rostro.

—Nunca te había visto así.

Suelto una carcajada áspera.

—No has estado a mi alrededor lo suficiente como para verme de una manera particular.

Asiente con la cabeza.

—Tienes razón, pero si hubiera estado más contigo, ¿te habría visto así antes?

Sacudo la cabeza y él se inclina hacia adelante.

—¿Qué tiene esta mujer que te tiene celoso y posesivo cuando una de las mujeres más bellas de Nueva York lleva tu anillo en el dedo?

El recuerdo del enorme anillo que le regalé a Jessica hace un par de semanas me revuelve el estómago. Era caro, llamativo y ostentoso, y a Jessica le encantó. Principalmente porque le envió los detalles del anillo que quería a Samson, y a mí no me importaba lo suficiente como para buscar algo por mi cuenta. De hecho, lo envié a él a comprarlo por mí.

Tate parece sentir verdadera curiosidad por lo que pienso, pero no sé cómo explicárselo. Aunque lo supiera, no estoy seguro de querer compartir mis sentimientos con él. A pesar de ser hermanos y trabajar en el mismo edificio, apenas nos vemos. No hasta la detención de nuestro papá hace seis meses. Desde entonces, hemos pasado más tiempo juntos que en los últimos diez años.

—¿Recuerdas cómo jugábamos al escondite cada vez que papá y mamá estaban fuera de casa? —Me sorprendo a mí mismo preguntando.

Tate se sienta en su silla, sorprendido.

—Lo recuerdo. Ustedes dos nunca podían encontrarme.

—Eso es porque eras pequeño y podías esconderte en lugares que nosotros no podíamos alcanzar.

Sus labios se curvan y, por un momento, veo al niño con el que solía jugar. Siento un dolor sordo en el pecho.

—¿Cuándo dejamos de ser amigos? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Alguna vez fuimos realmente amigos?

Me sorprende su respuesta. ¿No se acuerda? Él y yo éramos más cercanos en edad que Roman y yo, así que naturalmente gravitábamos el uno hacia el otro.

—Pensé que lo éramos.

Asiente, pero su expresión se vuelve distante. Es raro ver a mi hermano menor tan pensativo, y me inclino hacia adelante.

—¿Recuerdas aquella vez que te escondiste en la rejilla de la calefacción para saltar sobre la señora Jenkins mientras doblaba la ropa? Casi le da un infarto.

La expresión pensativa desaparece, sustituida por su familiar sonrisa.

—Mierda. Era un idiota.

Me río entre dientes.

—Todos lo éramos.

Me doy cuenta de repente. No puedo señalar con el dedo la causa de la distancia que nos separaba cuando éramos niños, pero tal vez no sea tan importante pensar en por qué como encontrar la manera de acortar esa distancia ahora. Si algo me enseñó el tiempo que pasé con Delilah es que la vida puede no ser perfecta, pero tener a una sola persona que te ayude cuando la necesitas puede hacer que todo sea mejor.

Nuestros papás nunca serán esas personas, y no hay forma de que mi futura esposa lo sea, pero quizá, solo quizá, Tate y yo podamos serlo el uno para el otro.

—¿Te gustaría tomar algo esta noche? —le pregunto.

Sus ojos se abren un poco y se frota la barbilla.

—Me apunto, pero solo si me contestas a una pregunta.

Entrecierro la mirada, pero ¿qué tengo que perder? Asiento con la cabeza.

—Adelante.

—Nunca has tenido problemas para decirle a Roman que no. ¿Por qué aceptaste este acuerdo matrimonial?

Algo frívolo se cierne sobre mi lengua, pero no me atrevo a decirlo. Trivializar lo que estoy haciendo es hacerle un flaco favor a Delilah, así que le digo la verdad.

—Eso de que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca es una mierda. Creer que tienes algo especial y luego verlo desaparecer delante de tus ojos es mucho peor. Si voy a acabar en un matrimonio sin amor, prefiero no empezar con la ilusión de que es más.

Parece entenderlo.

—No extrañarás lo que nunca tuviste.

—Exactamente. —Excepto que, incluso mientras lo digo, sé que podría ser demasiado tarde para mí. Ya tuve a Delilah, y no sé si el recuerdo de la calidez de su sonrisa y el calor de su tacto se desvanecerán o si llevaré este dolor en el pecho el resto de mis días.

—Siento haberme metido contigo el sábado —dice, sacándome de mi ensoñación.

—¿Por qué lo hiciste? —Incluso con nuestra nueva tregua, no estoy seguro de no darle un puñetazo si dice algo que no me gusta sobre Delilah.

—Porque me gustabas más cuando estabas con ella. Te pareces demasiado a nuestro papá con Jessica del brazo.

Hago una mueca.

—No te andas con rodeos, ¿verdad?

Levanta las cejas.

—¿Quieres que lo haga?

—No. Será bueno tener una persona en la que pueda confiar para que me diga la verdad.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro y, de repente, me invade una oleada de afecto.

—Puede que vivas para lamentarlo —me dice.

Me pongo de pie.

—Estoy seguro de que empezaré a arrepentirme en cuanto salga de esta habitación.

Su carcajada me sigue afuera de la oficina y, mientras camino de vuelta a la mía, siento un pequeño aligeramiento en el pecho por primera vez desde que le dije a Delilah que me casaba con Jessica. Es agridulce, sin embargo, porque no estoy seguro de que la posibilidad de una mejor relación con mi hermano hubiera sido posible sin Delilah.

La ligereza no dura. Mientras tomo asiento detrás de mi escritorio, una oleada de arrepentimiento me golpea. Incluso cuando ella no está conmigo, hace que mi vida sea mejor.

Pero yo no hice lo mismo por ella.

Y ahora nunca tendré la oportunidad.

41

Delilah

Mi mamá me tiende una taza de té humeante. Me la llevo a los labios y respiro el relajante aroma a menta mientras ella se sienta a mi lado. Hoy es mi primera noche en casa y, aunque me alegro de ver a mamá, me duele el corazón. Parece ridículo. ¿Cómo puedo llorar algo que, para empezar, nunca fue real? Y, sin embargo, lo hago. Si es tan duro para mí, no puedo imaginarme cómo se debió sentir mamá cuando mi papá se alejó de ella, sobre todo porque estaba embarazada de mí.

Mamá me pone una mano reconfortante en la espalda.

—¿Cómo estás, cariño?

No tiene sentido mentir.

—Me siento triste todo el tiempo, y molesta. Estoy molesta también. Pero sobre todo triste y avergonzada. —Miro hacia abajo y se me hace un nudo en la garganta.

Me frota suavemente la espalda.

—Tienes todo el derecho a estar molesta y triste. Es normal cuando se acaba una relación, pero, ¿por qué estás avergonzada?

—Debería haberlo sabido. Lo sabía, pero lo hice de todos modos. Me involucré con un hombre rico y me enamoré. Hice todo lo que me advertiste que no hiciera.

Mamá suspira y me aparta el cabello del rostro.

—Advertirle a alguien cuando se trata de asuntos del corazón nunca funciona. Yo debería saberlo. Mis papás ya me lo habían advertido bastante. —Se ríe suavemente—. Y tenían razón, pero también se

equivocaron porque mira lo que conseguí. —Me sonríe, y el amor brilla en sus ojos.

No puedo evitar devolverle la sonrisa y me inclino hacia ella, apoyando la cabeza en su hombro.

—Yo también te quiero.

—No dejes que un hombre egoísta endurezca tu corazón, cariño. Habrá otros. Hombres que te amarán por todo lo que eres, y luego ese hombre especial que te robará el corazón y se negará a dejarlo ir.

—Pero no fue tu caso, mamá —le digo suavemente.

—Bueno —dice—, yo tuve más amor del que necesitaba con mi bichito acurrucado. —Sonríe, usando el apodo de la infancia con el que solía llamarme.

Me río entre lágrimas.

—Hace tiempo que no me gusta acurrucarme.

Mamá me acaricia el cabello.

—Siempre serás mi bichito acurrucado, y además, no es que haya descartado conocer a alguien, solo no me presiono. Si pasa, pasa.

Dejo escapar un suspiro.

—Me alegro de haber venido a casa.

—Siempre me alegro de tenerte en casa. Ya lo sabes —dice mamá—. Pero asegúrate de que es porque quieres estar aquí, no porque tengas miedo. Sé valiente. Elige vivir tu vida a pesar de la gente que pueda intentar hundirte.

—Lo haré, mamá. Tengo algo de tiempo para pensar en lo que quiero hacer, y tengo esa reunión con Anderson-Bennet la semana que viene. Veré cómo va, y entonces podré tomar una decisión.

—Es todo lo que pido. No renuncies a tus sueños por un hombre.

—No lo haré. —La abrazo con fuerza y ella me estrecha. Luego suelto un suspiro y me reclino contra el sofá, tomando otro sorbo de té de menta. Pienso en lo que acabo de decir y me pregunto si mis sueños

habrán cambiado. Volver a trabajar tan duro y no dejarme llevar lo suficiente como para disfrutar de verdad de la vida ya no suena tan atractivo. Supongo que si Cole me dio algo, fue una nueva perspectiva. Quiero hacer feliz a mamá, pero sé que no querrá que lo haga a costa de mi propia felicidad.

—Vamos —le digo—. No pudimos terminar nuestro maratón de Buffy la última vez que estuve aquí. Ahora tendremos tiempo de sobra.

Ella se acomoda en el asiento de al lado mientras pongo el episodio en la cola. Por mucho que me rompan el corazón, siempre tendré a mamá.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro y ella me toma la mano con fuerza.

—Así que actualmente trabajas en Nueva York. —La elegante mujer de cabello oscuro me mira por encima de sus lentes—. ¿Puedes decirme por qué te plantea irte?

Cruzo las piernas y miro a los tres socios de Anderson-Bennet.

—Me encantó trabajar con Elite este último año, pero me di cuenta de lo mucho que extraño estar cerca de la familia. Supongo que extraño mi hogar.

Ella sonríe afectuosamente.

—Conozco esa sensación. Trabajé en Nueva York durante dos años antes de mudarme a casa. Puede ser una ciudad grande y solitaria.

Algo me aprieta en el pecho.

—Sí, puede serlo.

Asiente y vuelve a mirar mi currículum.

—Sinceramente, todo lo que veo aquí es perfecto. Seríamos tontos si no te contratáramos, sobre todo teniendo en cuenta tu reciente trabajo con el King Group. No tenemos a mucha gente con tu cualificación y experiencia llamando a nuestra puerta.

—Gracias.

Da un golpecito con una uña en el escritorio.

—Solo tienes que plantearte si realmente serás feliz reduciendo tu trabajo. No tenemos muchas empresas multimillonarias en nuestros libros y existe la posibilidad de que te aburras. Tómate un tiempo para pensarlo, quizá dos semanas, y luego llámanos con tu decisión.

Sonrío y asiento.

—Gracias, lo haré.

Después de despedirnos, salgo de la oficina y subo a mi auto de alquiler. Si vuelvo a vivir aquí, tendré que comprarme un auto. Enrosco los dedos en el volante y respiro hondo. Tengo un gran conflicto. Me encanta trabajar en Nueva York, pero extraño a mamá, y con todo lo que pasó con Paul y Cole, la comodidad del hogar me jala ahora del corazón.

Tengo tres semanas más de permiso después de esta, así que al menos tendré tiempo para pensarlo antes de tomar una decisión. Espero que cuando mi corazón se haya curado un poco y mi cabeza esté más despejada.

Aunque tengo la horrible sensación de que tardará más de tres semanas en aliviarse el dolor de mi corazón.

Pongo el auto en marcha y me dirijo a casa.

42

Cole

Me apoyo en la barandilla del balcón con un whisky en la mano. Igual que la noche en que Roman llamó con la noticia de la detención de papá, mis ojos se fijan en el King Plaza, visible a lo lejos desde mi ático igual que lo era desde el hotel, y al igual que aquella noche, las luces están encendidas en la oficina de Roman. Mis dedos se aprietan alrededor del cristal tallado mientras el peso de mis pensamientos me presiona.

¿Vale la pena? Las trasnochadas, el afán de triunfar, la búsqueda constante de riqueza y poder. ¿Esto es realmente todo lo que hay? Puede que mis hermanos y yo tengamos lo mejor de todo, pero ¿eso es una vida que valga la pena?

Cierro los ojos para concentrarme en el suave sabor del whisky y no en el vacío que siento en el pecho desde el día en que me alejé de Delilah.

—¿Cole? —La voz de Jessica interrumpe mis pensamientos y aprieto los dientes. Darle una llave de mi apartamento fue un error, pero fue el compromiso que hice después de que se enojara cuando me negué a que se mudara. Le dije que eso podía esperar hasta después de la boda. Se me dibuja una sonrisa en los labios al recordar la expresión de su rostro cuando le dije que era tradicionalista y que no creía en vivir en pecado.

Ella no estaba feliz.

Aun así, que tenga una llave es casi peor, ya que nunca puedo predecir cuándo aparecerá.

Vuelvo a entrar para ocuparme de ella.

Viene por el pasillo desde mi dormitorio, obviamente buscó ahí primero. Cuando me ve con el whisky en la mano, se le dibuja una sonrisa felina de satisfacción.

Ralentiza el paso, sus caderas empiezan a oscilar mientras se quita los tirantes del vestido de los hombros. Sigo mirándola a la cara, completamente desinteresado por lo que me ofrece. No mientras siga teniendo el recuerdo de Delilah en la cabeza.

Jessica se detiene a unos metros de mí y su sonrisa se borra cuando enarco una ceja.

—Vamos, Cole —dice, con una queja frustrada en la voz—. No seas así. Tuvimos buenos momentos antes de que ella llegara.

Su vestido se encharca a sus pies y me mira con un mohín mientras se pasa los dedos por los pechos.

Aprieto los dientes y miro por encima de su hombro el espejo negro de mi enorme televisor de pared. Aunque mantengo la mirada fija en la pantalla, parece que la habitación se aleja de mí, como si las paredes de mi apartamento retrocedieran y el espacio que me rodea se hiciera más grande y más vacío con cada respiración.

Mis costillas se contraen con tanta fuerza que atrapan el aire de mis pulmones mientras mi corazón martillea un ritmo errático y doloroso en mi pecho. Mierda. Pensaría que es un maldito ataque de pánico si no lo supiera. Es la verdad abriéndose paso en mi conciencia. Esto es todo. Este es mi futuro. Un gran apartamento vacío lleno de todos los lujos que el dinero puede comprar y dos putas personas vacías con corazones vacíos traqueteando en su interior.

Porque eso es lo que Jessica y yo somos. Puta gente vacía. Somos la definición de los muertos vivientes. Pavoneándonos con nuestra riqueza y nuestro poder, fingiendo vivir cuando tenemos enormes putos vacíos en nuestros pechos donde nuestros corazones deberían latir.

Mis hermanos, mis papás, yo... somos gente vacía viviendo en casas vacías. No me cabe duda de que a Jessica le pasa lo mismo. Hemos crecido sin conocer otra cosa que la lucha por llegar a lo más alto del montón y luego la lucha por mantenerse ahí, cueste lo que cueste. Nunca

nos permitimos admitir que la recompensa no vale la pena, porque una vez que lo admitimos, ¿qué demonios nos queda?

¿Eso es lo que quiero? ¿Una réplica del matrimonio sin alma de mis papás, criando a mis hijos como me criaron a mí?

Vi de primera mano cuál es la alternativa: la he sentido. Delilah no era una ilusión. Era real, la tuve y luego la tiré. Los recuerdos de su tacto, su risa, su calor inundan mi mente, y no puedo seguir ignorándolo. Cuando estaba con ella, llenaba todos mis vacíos, me hacía sentir completo por primera vez desde que tengo memoria. Hizo mi vida mejor, y quiero ser el hombre que haga eso por ella. Necesito ser ese hombre.

Vuelvo a centrarme en Jessica.

—No puedo hacer esto. —Luego sacudo la cabeza porque esa no es la verdad—. No voy a hacer esto.

Algo quebradizo cruza su rostro.

—No seas ridículo.

La miro directamente a los ojos.

—Yo no quiero esto, y creo que tú tampoco.

Ella resopla.

—¿Por qué no querría esto? Lo nuestro tiene mucho sentido. He sabido que nos casaríamos desde la primera vez que me follaste. Eres mío, Cole. Siempre lo has sido, no importa con quién más hayas estado. Solo estuve esperando el momento adecuado para hacerlo oficial.

—¿Eso es realmente lo que quieres? ¿Una farsa de matrimonio? ¿Un hombre que no te ama?

Parece realmente desconcertada.

—¿Qué tiene que ver el amor con todo esto?

—¿De verdad quieres ir por la vida sin que yo te importe y sin que tú me importes a mí?

Se pasa el cabello por encima del hombro y se encoge de hombros.

—Así son las cosas, ya lo sabes. Mis papás tienen un matrimonio perfectamente exitoso y el tuyo también hasta que tu papá se descuidó.

¿Se descuidó? Jesús. Me alejo de ella. No lo va a entender. Igual que yo no lo hice durante demasiado tiempo. Tal vez no puedas hasta que experimentes la alternativa.

—Vamos, Cole —dice—. Estaré encantada de hacer lo que quieras una vez que estemos casados. —Sus brazos me rodean por detrás, sus pechos presionan mi espalda—. Sabes que te aburrirías con ella de todos modos. Tú y yo somos iguales. Sabemos lo que queremos y lo que tenemos que hacer para conseguirlo. Tú me dejas embarazada, le das a papá un heredero y un repuesto para que esté feliz, y luego puedes hacer lo que quieras, y yo puedo hacer lo que quiera. Puedes follarte a quien quieras. Demonios, después de dejarme embarazada, puedes rastrearla y follártela hasta que esté fuera de tu sistema. Solo sé discreto, por el amor de Dios, y hagas lo que hagas, no la dejes embarazada, lo último que queremos es lidiar con rumores de un bastardo corriendo por ahí.

Consiguió insultar a Delilah y a mi hermano en una sola oración. Me alejo de ella.

—Eres fría como el hielo, ¿verdad?

Se ríe.

—Y tú eres exactamente igual. Ella estaba enamorada de ti, y tú le rompiste el corazón porque tu negocio y tu dinero significan más para ti de lo que ella jamás significaría, así que no te quedes ahí y me juzgues.

La verdad de sus palabras me cala hondo y aprieto la mandíbula.

Jessica no lee las señales. Inclina la cabeza y me mira a través de sus pestañas.

—Estamos hechos el uno para el otro, Cole. Ahora déjate de tonterías y ven a hacer feliz a tu futura esposa.

Me acerco y me inclino para murmurarle al oído.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer. —Luego me doy la vuelta y me voy.

43

Cole

Entro en la oficina de Roman sin llamar. Me mira, la sorpresa ilumina sus ojos durante un breve segundo antes de apagarla y reclinarse en su silla.

—¿A qué debo este placer tan temprano un lunes por la mañana?

Doy una zancada hasta los asientos de cuero que hay frente a su escritorio y me dejo caer en uno, estirando las piernas y cruzándolas por el tobillo.

—Se acabó.

Una ceja oscura se levanta.

—¿Qué se acabó?

—Jessica. Yo. Terminé con eso.

Sus ojos se entrecierran y se inclina hacia adelante.

—Tiene un anillo en el dedo.

—Puede quedárselo o venderlo. Lo que ella quiera, pero ya no representa un compromiso mío con ella.

—Por Dios, Cole —suelta Roman, y casi sienta bien ver la ira en su rostro en lugar de esa implacable indiferencia—. Teníamos un jodido acuerdo. ¿Cuándo hablaste con ella? Quizá no sea demasiado tarde para darle la vuelta a esto.

—Hablé con ella anoche, y es demasiado tarde, porque me alejaré de esta empresa antes de casarme con ella.

Veo en su rostro lo más parecido al asombro que vi desde que éramos niños.

—No puedes decirme en serio que te repugna tanto Jessica que renunciarías a tus acciones en esta empresa para evitar casarte con ella.

—No es Jessica.

—¿Entonces qué demonios es?

—Es Delilah.

Roman se levanta de su asiento, pone las manos sobre el escritorio y se inclina sobre él para mirarme fijamente.

—No. No vas a arriesgar esta empresa por una mujer con la que tuviste una aventura.

Me aliso la corbata, mucho más tranquilo que él en este momento.

—Es curioso —le digo—. Cuando algo está bien, cuando sabes en el fondo que está bien, nada más importa. Ni el dinero. Ni el poder. Nada. —Me mira como si estuviera loco—. No espero que lo entiendas. Diablos, si me hubieras dicho lo mismo hace seis meses, habría pensado que estabas loco, pero Delilah cambió todo eso. Ella me cambió y no hay vuelta atrás, aunque no pueda convencerla de que me dé otra oportunidad. No quiero alejarme del King Group, porque ésta es nuestra empresa y quiero formar parte de su futuro. Tal vez incluso haya alguna esperanza para esta familia en el futuro, pero lo cambiaría todo por más tiempo con ella.

En su frente se forman profundas arrugas.

—¿Así que estás dispuesto a acabar sin nada?

—Incluso si me voy, estaré lejos de la miseria, pero si te refieres a que no tenga parte en esta empresa, entonces sí, es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer, pero sería bueno que no fuera así. Creo que si tú, yo y Tate nos sentamos, podemos encontrar una manera de salvar la inversión de Berrington que no dependa de que me case con Jessica. Él es un hombre inteligente. Puede que quiera pensar que tiene un interés personal en una empresa, puede que sea feliz complaciendo a su hija

para conseguirlo, pero ante todo, es un hombre de negocios, y escuchará lo que tenemos que decir.

Roman me mira un momento con ojos de acero y vuelve a sentarse.

Tamborilea con los dedos sobre el escritorio considerándolo. Espero pacientemente su respuesta.

—No pretendo entender tu postura —acaba diciendo—, pero no quiero perderte. Si estás decidido, solucionémoslo.

Mis hombros se relajan cuando toma el teléfono.

—Tate, ¿tienes un momento para venir a mi oficina? —Me escucha—. Bien. Te veo en un minuto.

Cuelga y se pone los dedos bajo la barbilla mientras me escruta, con algo que casi parece diversión parpadeando en sus ojos.

—Tienes esperanza en esta familia, ¿eh?

Aprieto los labios, y me encojo de hombros con indiferencia cuando se abre la puerta y entra Tate.

—Nunca es demasiado tarde —le digo.

—¿Para qué no es demasiado tarde? —pregunta Tate, abriéndose paso hasta la silla de al lado.

—Para las segundas oportunidades. —Podría estar respondiendo a su pregunta, pero lo que veo es cabello oscuro y ojos verdes.

Tate me mira con curiosidad y luego dirige su atención a Roman.

—¿De qué quieres hablar?

Me concentro en mis hermanos. Los tres vamos a resolver esto, y luego iré por Delilah. Voy a recuperarla, y no me importa lo que cueste.

44

Cole

El conductor se detiene y yo me siento un momento a contemplar la casa en la que creció Delilah. Es pequeña, pero el jardín está bien cuidado, con flores y arbustos plantados en jardineras alrededor del porche.

Es curioso. No puedo imaginarme creciendo aquí, pero puedo imaginarme a Delilah de niña tan claro como el día, corriendo por los aspersores durante el calor del verano, arrodillada codo con codo con su mamá mientras plantaban flores, ayudando a su mamá a subir la compra por los escalones del porche. Cosas sencillas. Cosas que podría haber dado por sentadas. Cosas que daría cualquier cosa por haber vivido, porque quizá me resultaría más fácil saber cómo estar con ella. Cómo darle lo que necesita.

Le digo al conductor que me espere más adelante y salgo del auto. Llevo traje, lo que puede haber sido un error en retrospectiva, pero ya es demasiado tarde.

Doy zancadas hacia la puerta principal, preguntándome si habrá alguien en casa, o si Delilah se quedará aquí. Supuse que sí, pero no estoy seguro. Pronto lo averiguaré.

Toco y espero. Cuando suenan pasos al otro lado de la puerta, el corazón me late contra las costillas, deseando volver a verla por primera vez en mucho tiempo, pero cuando se abre la puerta, no es ella. Aunque, si tuviera que adivinar cómo se vería Delilah dentro de veinte años o así, esto sería lo que imaginaría.

Es menuda, de cabello oscuro y tiene los mismos ojos felinos que su hija, aunque los suyos son azules. ¿Delilah heredó esos ojos verdes de su

papá? El hombre que la rechazó en favor de su riqueza y posición, igual que yo.

Aparto ese pensamiento. Necesito concentrarme.

La mujer que me mira frunce los labios y se cruza de brazos. Obviamente sabe exactamente quién soy y no está impresionada.

—Delilah no está aquí, así que puede volver a ese jet privado en el que estoy segura que llegó y volar de vuelta a casa otra vez.

Superar a la mamá de Delilah será el primer reto, pero no uno ante el que piense echarme atrás.

—Lo siento, señora. No puedo hacer eso.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Y eso por qué? Tiene todo lo que necesita en Nueva York. Su lujoso ático, sus lujosos autos, todo su dinero. Su *prometida*. Deje a mi hija en paz y deje que lo supere en paz.

Compartir mis sentimientos con una desconocida es normalmente lo último que haría, pero ahora no es el momento de contenerme.

—No tengo una prometida, y definitivamente no tengo todo lo que necesito, porque necesito a Delilah. La necesito, y sin ella, todo lo demás no tiene sentido.

Me estudia, una línea se forma entre sus cejas, luego da un paso atrás.

—Si no se va, puede entrar.

Suelto un suspiro silencioso y atravieso el umbral, observando los muebles desgastados y la pequeña cocina funcional que hay a un lado. Los brillantes cojines del sofá y los dibujos de flores de la pared le dan un aire acogedor.

—¿Quiere té o café? —me dice.

—Solo un poco de agua, gracias —respondo.

—Solo tengo agua del grifo. —Levanta la barbilla como si pensara que voy a armar un escándalo por no tener nada más elegante.

Sonrío.

—El agua del grifo está bien.

Las comisuras de sus labios se levantan ligeramente, y lo tomo como una victoria.

Va a la cocina y vuelve con un vaso, que pone en un posavasos sobre la mesita de madera. Asumo que es una invitación a sentarme, y ella se acomoda en el sillón de enfrente.

Estuve en muchas reuniones de alta presión con gente muy poderosa, pero creo que nunca he sudado tanto como bajo la mirada penetrante de la mamá de Delilah. Es la mirada de una mamá que lo único que quiere es proteger a su hija. Es una mirada que nunca llegué a ver mientras crecía, pero me gusta que Delilah la viera. Me gusta saber que, incluso sin su papá, sabía que la querían y la protegían.

Ahora yo quiero ser la persona que la quiera y la proteja. Hasta ahora no hice un buen trabajo, pero voy a cambiar eso.

—Okey, déjeme oírlo —dice. Frunzo el ceño y la mamá de Delilah niega con la cabeza—. ¿Qué espera conseguir viniendo aquí, señor King?

—Soy Cole —digo, y ella asiente, pero su pétrea fachada no cambia, y a cambio no ofrece su nombre. Exhalo un suspiro. Espero que escuche la sinceridad en mi voz—. Cometí un error. Le lastimé y no hay excusa aceptable para lo que hice. No sé si podré enmendarlo o si Delilah podrá encontrar en su corazón la forma de perdonarme, pero voy a intentarlo de todos modos. Quiero darle todo lo que siempre quiso. Todo lo que siempre ha soñado. Quiero saber lo que es despertarme con ella cada mañana e irme a dormir con ella cada noche. Quiero una vida de amarla. No estoy seguro de lo que hará falta para demostrarle que nunca volveré a cometer el error de abandonarla, pero para eso estoy aquí.

Durante mi discurso, su rostro se suaviza y, para cuando termino, juro que hay un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Bueno, estás aquí, y ese es un buen primer paso. ¿Puedo preguntar qué pasó con la mujer con la que pensabas casarte? ¿También la dejaste con el corazón roto?

Esa es una pregunta cargada si alguna vez escuché una.

—Tiene que entender, señora West...

—Beth —dice, y mis esperanzas aumentan un poco más.

—Beth —reconozco antes de continuar—. Tienes que entender que el matrimonio no tiene que ver con el amor en mi mundo, se trata de alianzas, de intercambiar poder e influencia. Nunca amé a Jessica, y puedo garantizarte que ella nunca me amó. Sus sentimientos podrían haber sido heridos cuando cancelé el compromiso, pero probablemente fue más su ego y definitivamente no su corazón.

—Entonces, ¿por qué aceptaste en primer lugar? Debías saber que Delilah sentía algo por ti y que tu decisión la lastimaría.

Un hilo de sudor me recorre la espalda. No me estoy pintando de la mejor manera, pero no queda más remedio que seguir adelante.

—Porque creía que el amor no era importante para la gente como yo. Creía que era lo único que no podíamos tener.

Me observa atentamente.

—¿Estás diciendo que ahora crees que es diferente?

Me imagino a Delilah haciéndome queso a la parrilla en mi cocina apenas usada. Me la imagino con el rostro iluminado mientras hablaba de sus diseños. Recuerdo cómo se enfrentó a mi mamá sin pestañear siquiera. La veo sonreír y la oigo reír y recuerdo la seda de su piel y el sonido de sus jadeos.

Miro a su mamá directamente a los ojos.

—Ahora creo que el amor está ahí si lo buscas, seas quien seas, y si tienes la suerte de encontrarlo, te aferras a él con todo lo que tienes. Creo que las únicas personas que no merecen amor son las que se niegan a creer en él, incluso cuando lo tienen delante.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

—Bien, entonces —dice en voz baja—. Delilah nunca hizo las cosas a medias.

No sé exactamente a qué se refiere, pero la sonrisa que me dedica me hace pensar que la convencí de que estoy aquí por las razones correctas.

—Claro, esa es la parte fácil —dice—. Ahora tienes que convencerla a ella. ¿Tienes un plan para eso, o vas a improvisar como acabas de hacer?

Hago una mueca.

—Para ser sincero, no he pensado más allá de volver a verla.

Se oye un ruido afuera y ella mira hacia la puerta principal.

—Bueno, creo que vas a tener tu oportunidad.

45

Delilah

Estaciono el viejo y destartalado auto de mamá en el camino de entrada y recojo la compra del asiento trasero antes de cargarla por el camino hacia la casa. Antes de que pueda poner la llave en la cerradura, la puerta se abre y le sonrío a mamá.

—Conseguí todos los ingredientes que querías y compré un poco de helado de postre. ¿Tú...? —Me detengo cuando noto la expresión seria en su rostro—. ¿Está todo bien?

Ella se acerca para tomar las bolsas de mis manos.

—Cole está aquí.

Mi corazón casi se detiene.

—¿Qué?

—Él está aquí, pero depende de ti si se queda.

Reprimo el sentimiento de traición que crece en mi pecho; mamá no lo habría dejado entrar si él no le hubiera dado una razón suficientemente buena. Simplemente no tengo idea de qué podría ser eso.

Respiro profundamente, luego otra vez, mientras mi corazón late rápidamente en mi pecho. Mamá me da una sonrisa tranquilizadora, señala con la cabeza hacia la pequeña sala de estar y luego se dirige a la cocina con la compra.

Él está de pie, observándome mientras me acerco, y se me corta el aliento al verlo. No sé por qué está aquí. No sé por qué no está en Nueva York con Jessica, estoy dividida entre beberlo y querer pasar directamente junto a él hacia mi habitación.

Pero mi mamá no crió a una cobarde, así que me detengo frente a él y miro hacia arriba. Es tan hermoso como lo recuerdo. Lo que no recuerdo es la expresión demacrada de su rostro y el destello de desesperación en su mirada.

—Delilah —dice, y solo mi nombre pronunciado con esa voz profunda y aterciopelada me hace temblar.

No me ando con rodeos.

—¿Jessica sabe que estás aquí?

Si espero que se estremezca o actúe de manera evasiva, me siento decepcionada. Él sostiene mi mirada fijamente.

—No me importa si lo sabe o no. Terminé con ella.

Mi corazón traidor salta ante esa noticia antes de recordar que aún así me cambió por una mujer que es parte de su mundo. Que se paró frente a mí y me dijo que planeaba casarse con otra persona, es decir, que nunca sintió por mí lo que yo sentía por él. Me mantengo firme.

—¿Por qué estás aquí, Cole? Estoy bastante segura de que dije todo lo que tenía que decirte en la noche de los premios.

Sus ojos me taladran.

—Lo hiciste, y tenías todo el derecho a decir todo eso. Yo... —Por primera vez, parece inseguro, sus ojos se desvían mientras se frota la barbilla con la mano—. La cagué más de lo que pensé que era jodidamente posible. Puse a mi empresa en primer lugar. Me puse a mí mismo en primer lugar. Te lastimé de una manera que nunca imaginé que podría lastimar a alguien porque nunca creí que alguien pudiera sentir por mí lo que tú sentías.

Mi resolución flaquea, pero no puedo bajar la guardia. Me lastimó una vez, y no hay nada que le impida volver a hacerlo cuando su posición, su estatus y su necesidad de conservar su riqueza y poder así lo requieren.

—¿Eso es una disculpa? —pregunto.

Su frente se arruga un poco, sus manos se levantan como si quisiera agarrar mis brazos y atraerme hacia él. Afortunadamente, no hace contacto, dejándolos caer a su lado.

—Ninguna disculpa es suficiente. Lo siento, Delilah. Lo siento por todo, cada dolor que te causé, pero estoy aquí para arreglar las cosas. Estoy aquí para recuperarte.

—¿Recuperarme? —Sacudo la cabeza—. Cole, no hay forma de recuperarme. Puede que no haya dicho las palabras, pero te estaba ofreciendo mi corazón. Me paré frente a ti, rogándote que no me dejaras, y tú te alejaste y le pusiste un anillo en el dedo a Jessica. Lamento que las cosas no funcionaran para ustedes dos, pero eso no significa que puedas volver corriendo hacia mí para pasar el tiempo hasta que la próxima princesa de la sociedad venga a compartir su corona.

Un fuego helado destella en sus ojos.

—Eso no es lo que es.

—¿Entonces qué es?

Da un paso adelante y baja la voz.

—La única razón por la que me comprometí con Jessica fue por el King Group. En el momento en que me di cuenta del error que estaba cometiendo, lo terminé. —Vuelve a alcanzarme y por un momento me debilito, dejándolo tomar mi mandíbula. Su mirada me quema—. Nunca la toqué, gatita. Necesitas saber eso. No podía soportar la idea.

Odio la oleada de alivio que me invade ante sus palabras. No debería importar. No *importa*. Doy un paso atrás y su mano cae.

Pero no deja que eso lo desanime.

—Quiero otra oportunidad para ser el hombre que necesitas, Delilah.

—No. —Las lágrimas llenan mis ojos y sacudo la cabeza—. Ya te di una segunda oportunidad. Estoy harta de tener que darles a todos una segunda oportunidad. A mi papá se le dieron todas las oportunidades del mundo para estar en mi vida. Le di a Paul una segunda oportunidad y mira a dónde me llevó eso. No debería tener que darles a todos más de una oportunidad de amarme.

—Delilah…

—Quiero que te vayas. —Ignoro la forma en que tiembla mi voz.

—No, Delilah. Solo déjame…

Le doy la espalda y camino hacia la puerta principal, la abro y me quedo ahí, esperando a que se vaya. Por un momento creo que no lo hará, que me obligará a enfrentarlo de nuevo. Escuchar las palabras a las que mi corazón intentará aferrarse con demasiada desesperación. Porque quiero creerle, lo deseo tanto que el anhelo amenaza con ahogarme, pero no puedo. No puedo creerle.

Entonces su presencia surge detrás de mí.

—Tienes razón, no deberías necesitar darme otra oportunidad, porque debería haberme dado cuenta de lo que tenía antes de perderte, pero voy a arreglar esto. Voy a arreglar esto entre nosotros.

—No existe un nosotros, Cole. —El cansancio corre por mis venas y necesito que se vaya.

Inclina la cabeza para poder mirarme a los ojos con ojos firmes.

—Habrá un nosotros en mi corazón para siempre, Delilah. Aunque ya no esté en el tuyo. No me iré hasta que haya hecho todo lo que esté en mi poder para convencerte de que nunca más tendrás que darle a nadie una segunda oportunidad. Seré la última oportunidad que tendrás que dar.

Se da la vuelta y camina por la entrada sin mirar atrás, aunque mira el auto oxidado de mamá al pasar. Es una suerte que no se gire, porque si lo hubiera hecho, podría haber visto la forma en que mis piernas se debilitaron ante sus palabras. Podría haber visto las lágrimas que brotaron de mis ojos con la casi abrumadora necesidad de alcanzarlo, enterrar mi rostro en su pecho y creerle.

Pero estoy demasiado herida y mi corazón tiene demasiadas cicatrices como para abrírselo de nuevo tan fácilmente.

Dice que se quedará hasta que me convenza de que todavía existe un nosotros, pero apuesto a que se irá tan pronto como lo necesiten en Nueva York.

Y entonces lo sabré.

Sabré exactamente lo que valgo para Cole King.

La noche siguiente regreso a casa después de correr y mis pies se detienen mientras me saco los auriculares.

¿Qué demonios?

Lo primero que pienso es que Cole volvió, esta vez conduciendo él mismo, pero sé que no es eso. El auto rojo brillante en el camino de entrada es nuevo, ni siquiera parece que lo hayan conducido hasta aquí. Parece que alguien lo recogió de la concesionaria de autos y lo dejó frente al garaje de mamá, donde normalmente se encuentra su auto.

Camino por el sendero y entro a la casa, viendo su cabeza oscura de inmediato. Está sentado en el sofá, el mismo lugar que ayer, y mamá está sentada frente a él, bebiendo serenamente una taza de té.

Respiro hondo y luego dejo caer las llaves en la mesa de entrada.

—Por favor, dime que ese es tu auto afuera. —Dirijo el comentario a Cole.

Se levanta inmediatamente, sus profundos ojos azules me recorren de una manera que todavía tiene el poder de hacer que mi corazón se acelere. Él mira de mí a mi mamá, que está sentada en su silla, mirándome con una pequeña sonrisa que no entiendo. Ella debería ser la última persona que anime a Cole, sabe exactamente cuán imprudentes son los hombres como él con los corazones que les dan.

—Es de tu mamá —dice Cole.

—Tú se lo compraste. —Es una afirmación, no una pregunta, porque por supuesto que eso hizo.

—El otro parecía estar en las últimas.

Mi mirada se dirige a mamá.

—Supongo que no lo aceptaste.

Ella se ríe.

—Por supuesto que no, le di las gracias a Cole pero le dije que no acepto autos de extraños, por muy ricos que sean. Solo estamos esperando que la concesionaria lo recoja.

Le devuelvo la mirada a Cole.

—No puedo creer que hayas comprado un auto.

—También compró un terreno —dice mamá con calma.

Mi mirada oscila entre ella y Cole.

—¿Qué?

—Para la casa de mis sueños que aparentemente estás diseñando para mí. —Su sonrisa se vuelve suave—. Me gustaría ver el plano en algún momento.

—Yo… por supuesto. Solo quería estar más cerca de poder costearlo antes de decírtelo. Todavía no he llegado a ese punto y definitivamente no necesitamos el terreno todavía. —Clavo a Cole con mi mirada, sin estar segura de si estoy más molesta con él por comprar un terreno o por revelar mi secreto.

—Es un buen terreno —dice él—. Está en el río, pensé que se podría poner un muelle para botes...

Dejo escapar una carcajada ligeramente histérica.

—¿Un muelle para botes? Cole, mamá no es rica. Yo no soy rica. No vamos a pasar los fines de semana en un bote, bebiendo champán. Esa es tu vida, no la nuestra, y si mamá no quiere un auto tuyo, te garantizo que no quiere un terreno costoso.

Mamá se levanta y se sacude la falda.

—Podría darles a ustedes dos un momento a solas.

—No te preocupes, mamá —le digo—. Cole ya se va.

Lo miro fijamente hasta que aprieta la mandíbula, asiente y se gira hacia mamá.

—Gracias por el té, Beth. —Por primera vez noto la taza de té vacía en la mesa de café frente a él, y algo cálido cobra vida en mi estómago al

pensar en Cole y mi mamá bebiendo té y hablando. Ese sentimiento no merece ser analizado demasiado de cerca en este momento.

—Fue un placer, Cole, y gracias por tus atentos obsequios. Espero que entiendas por qué no puedo aceptarlos.

Una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Ahora sí. —Él inclina la cabeza hacia ella—. Nos vemos la próxima vez.

—¿La próxima vez? —cuestiono, pero mamá simplemente sonríe benignamente mientras Cole se acerca a mí.

—Necesitamos hablar afuera —le digo.

Me sigue hasta el porche y cierro la puerta principal detrás de nosotros antes de girarme hacia él.

—No puedo creer que pensaras que podrías comprar tu camino de regreso a mi vida, y usar a mi mamá para hacerlo. Deberías saber que no quiero tu dinero, Cole. Deja de tirarlo por ahí y pensar que va a arreglar las cosas.

—No estoy pensando nada —dice en voz baja—. No estoy tratando de recuperar tu corazón. Vale mucho más de lo que tengo.

Una pizca de calidez se extiende a través de mí. ¿Por qué sigue diciendo cosas tan dulces?

—Entonces, ¿por qué pensaste que venir aquí con un auto nuevo y un terreno te haría ganar algún favor?

Sus ojos se oscurecen.

—Porque es lo único que puedo ofrecerte, lo único que puedo darte y que necesitas.

Lo miro fijamente, luego sacudo la cabeza, y la tristeza brota de mi pecho.

—No. No lo es, Cole. No necesito tu dinero ni lo que él pueda comprarme. Se supone que una relación no debe ser transaccional de esa manera. Se trata de estar con alguien porque no te imaginas no estar con esa persona. Se trata de compartir tu corazón y tu alma con alguien,

saber que te ve tal como eres realmente, que te comprende de una manera que nadie más puede hacerlo.

Su mandíbula está apretada mientras me mira.

—Okey —dice.

Eso no era lo que esperaba.

—¿Okey?

Él asiente, se acerca y levanta la mano para quitarme un mechón de cabello del rostro.

—Lo haré mejor la próxima vez.

—¿La próxima vez? —digo débilmente—. Pensé que tendrías que regresar pronto a Nueva York.

—No necesito nada de Nueva York. Te necesito a ti.

Lo dice con tanta sencillez que mi corazón casi se libera de la prisión en la que lo he metido, pero logro mantenerme firme. Quiero creerle. Lo deseo tanto que prácticamente estoy vibrando con la necesidad de arrojarme a sus brazos, pero las palabras no tienen sentido y no sé si puedo confiar en las suyas.

Él lee mi indecisión y da un paso atrás.

—El camión llegará pronto para recoger el auto.

—Okey —susurro.

Sus labios se levantan un poco en las comisuras.

—No me rendiré, Delilah. —Es todo lo que dice antes de darse la vuelta y avanzar por el camino hacia el chofer y el auto que esperan por él. No me quedo a verlo entrar y alejarse, demasiado asustada como para ceder de repente y correr tras él.

Vuelvo a la casa y encuentro a mamá en la cocina, lavando las tazas de té. Me dejo caer contra la encimera y entierro el rostro entre mis manos, las lágrimas amenazan con derramarse.

—¿Qué voy a hacer, mamá? Piensa que usar su dinero es la forma de demostrar que le importa, pero eso solo demuestra que no me conoce en

absoluto. —Hago una pausa, mi voz tiembla—. Si él no entiende algo tan fundamental sobre mí, ¿cómo es posible que se sienta como dice que se siente?

Mamá se seca las manos con un paño de cocina y luego me frota la espalda de arriba a abajo.

—Creo que es posible que debas verlo de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Él estaba usando su dinero, eso es cierto, y no es así como debería intentar recuperarte, pero debes recordar que eso es todo lo que él conoce, así es como ha vivido su vida y no siempre es fácil cambiar esa forma de pensar, y... —hace una pausa por un momento y su expresión se vuelve suave—. Él te conoce, Delilah. Puede que no lo parezca a primera vista, pero te conoce.

Me debería sorprender que mamá esté defendiendo a Cole, pero de alguna manera, no lo estoy.

—¿Qué quieres decir?

Ella acaricia mi mano.

—¿Qué te preocupa?

Sacudo la cabeza, desconcertada.

—Para bien o para mal, te has esforzado mucho toda tu vida. ¿Por qué?

Trago el nudo en mi garganta.

—Porque quiero darte una vida mejor —admito, diciendo esas palabras por primera vez—. La vida que te robaron cuando quedaste embarazada de mí. Quiero que seas feliz y tengas cosas bonitas... —Respiro profundamente.

Mamá asiente, su amor por mí brilla en sus ojos mientras aparta un mechón de cabello de mi mejilla húmeda.

—Si simplemente estuviera desperdiciando su dinero, lo habría usado para comprarte joyas o ropa elegante que no quieres. Te habría

comprado un auto a *ti*. No estaba usando su dinero para impresionarte, lo estaba usando para darte algo que te importa profundamente.

Las lágrimas nublan mi visión ante la verdad de lo que está diciendo.

—Creo que deberías darle una oportunidad, Delilah. Si no creyera que realmente lo siente y que le importas, nunca lo diría, pero a él sí le importas, y mucho. Simplemente aún no ha descubierto la mejor manera de mostrártelo.

—Mamá —susurro, la esperanza lucha contra el dolor en mi pecho—. Me lastimó mucho.

Ella me rodea con sus brazos.

—Lo sé, cariño. Sé que lo hizo, y sé que me pasé la vida diciéndote que tuvieras cuidado con los hombres, que no les entregaras tu cuerpo y tu corazón, porque no quería que pasaras por el mismo dolor que yo pasé con tu papá, pero eso no significa que no quiera que experimentes un gran amor, y nunca sabrás si Cole podría ser eso para ti si no te arriesgas. Por lo que me dijiste, no tuvo mucho amor cuando era niño, así que tal vez no sepa cómo expresar esa parte de sí mismo, pero lo está intentando, Delilah. Puede que le lleve algo de práctica y puede que sea necesario que tú le muestres el camino, pero no se me ocurre nadie mejor que tú para mostrarle cómo amar con todo su corazón.

Apoyo mi cabeza en su hombro y me permito llorar en silencio durante unos minutos, luego me recompongo y me limpio los ojos.

—Ni siquiera sé dónde se hospeda, no le pregunté. ¿Qué pasa si no regresa?

Ella me limpia una lágrima que me perdí.

—Si no lo hace, entonces demostrará que tenías razón y que su corazón no estaba en eso, pero no creo que tengas que preocuparte por eso. Creo que lo verás más temprano que tarde. —Ella aprieta mi mano—. ¿Okey?

—Okey.

Y es esa esperanza a la que me aferro mientras estoy acostada en la cama, tratando de conciliar el sueño esa noche. Tal vez, solo tal vez, haya una oportunidad para Cole y para mí después de todo.

46

Cole

Me detengo frente a la casa de la mamá de Delilah y apago el auto. Dado que planeo estar aquí en el futuro previsible, tiene sentido para mí alquilar un auto en lugar de depender de un chofer todo el tiempo.

La puesta de sol envía cálidos rayos de luz a través de la ventana mientras me siento y considero cuáles serán mis próximos pasos. Tengo que reevaluar, comprar cosas para la mamá de Delilah fue un error. Ella no necesita mi dinero, dale a Delilah unos años más y ella misma podrá comprarle esas cosas a su mamá.

Desafortunadamente, todavía no se me ha ocurrido otro plan. Todo lo que pienso tiene que ver con dinero de alguna manera, así que por ahora seguiré apareciendo. Estar cerca de Delilah, incluso si ella no me ha perdonado, es mucho mejor que pasar horas sola en mi habitación de hotel, y tal vez se me ocurra algo cuando la vea.

Cierro el auto y avanzo por el camino que ya se volvió tan familiar. Cuando llamo a la puerta, no hay respuesta, aunque el viejo y maltratado auto de Beth está en el camino de entrada. Camino hacia el costado de la casa y miro por encima de la cerca.

—¿Hola?

La mamá de Delilah asoma la cabeza por la esquina.

—Oh, Cole. Estoy aquí atrás, cariño.

Hago una pausa en el término cariñoso. Claro, algunas mujeres me han llamado así antes cuando intentaban ser lindas o seductoras, y nunca funcionó para mí, pero escucharlo de la mamá de Delilah, dicho

con un trasfondo de lo que parece ser un afecto genuino, me oprime el pecho.

Abro la puerta y me dirijo al patio trasero, donde encuentro a Beth arrodillada junto a un pequeño huerto. Me asalta una visión repentina: Delilah en el patio trasero de una casa que diseñó solo para nosotros, desenterrando zanahorias que ella misma ha cultivado, tal vez con una pequeña doble suya ayudándola, tal como estoy seguro que ella ayudó a su mamá. El dolor atraviesa mi pecho. Es algo que nunca hubiera imaginado desear, y ahora la idea de no tenerlo me parece una pérdida insoportable.

—Delilah volverá en aproximadamente media hora —dice Beth, protegiéndose los ojos de la puesta del sol mientras me mira—. Fue a comprar los ingredientes para la cena.

—Es difícil atraparla —digo.

—A ella siempre le va mejor cuando está ocupada.

Asiento hacia el huerto.

—¿Qué estás cultivando?

Ella señala mientras los nombra.

—Judías verdes, calabazas, zanahorias, calabacines y pepinos.

—Eso es bastante impresionante.

Se encoge de hombros mientras hunde una pala en la tierra.

—Es una buena manera de ahorrar algo de dinero en la compra.

Hago una mueca de dolor internamente. Eso no es algo en lo que yo haya tenido que pensar nunca, de repente me da vergüenza estar frente a ella con mi ropa de diseñador.

—¿Puedo ayudar?

Ella me mira con un ojo entrecerrado.

—Te ensuciarás.

—Está bien. —No es que no pueda permitirme un traje nuevo.

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Bien, entonces. Arrodíllate aquí a mi lado y te pondré a trabajar.

Hago lo que ella dice y me entrega una pequeña pala.

—Simplemente cava hoyos de un par de pulgadas de profundidad y a esta distancia entre sí —señala los hoyos que ya cavó—, y empezaré a poner las semillas.

Excavo en la tierra blanda.

—¿Qué estamos plantando?

—Remolacha.

—Remolacha, ¿eh? No es mi favorita.

—Tal vez tengas que probarlas preparadas de la manera correcta.

Me río entre dientes.

—Tal vez.

Charlamos un rato y luego oigo que se abre la puerta trasera y levanto la vista a tiempo para ver salir a Delilah. Ella se detiene en seco cuando me ve. ¿Qué pensamientos corren detrás de esos bonitos ojos verdes cuando me mira?

—Hola —dice en voz baja—. Regresaste.

—Por supuesto. —¿No me creyó cuando le dije que no iría a ninguna parte?

—¿Y estás ayudando a mamá a plantar remolachas?

Miro mis dedos alrededor de la pala.

—Eso parece.

Ella baja las escaleras hacia nosotros y se ve tan jodidamente hermosa que de repente es difícil respirar.

—Delilah, ¿te importaría terminar esto mientras empiezo la cena? —le dice Beth, y cuando la miro, me hace un guiño sutil.

Mis labios se levantan en respuesta, y luego ella se levanta, se sacude la tierra de las rodillas y le entrega su pala a Delilah, quien se sienta a mi lado.

Su aroma a sol y flores silvestres invade mis sentidos. Todo lo que quiero hacer es acercarla hacia mí y besarla, pero dudo que ella lo aprecie.

—Esto es algo que nunca pensé que vería —dice, y cuando miro su perfil, la comisura de su boca se curva en una sonrisa.

—Yo tampoco, tendrás que tomar una foto y enviársela a mis hermanos.

Ella guarda silencio por un momento, dejando caer semillas en los agujeros que estoy cavando.

—¿Saben dónde estás?

—Les dije que vendría a intentar recuperarte al mismo tiempo que les dije que no me casaría con Jessica.

—¿Estuvieron de acuerdo con eso?

Me río.

—Realmente no les di opción. Solo teníamos que encontrar una manera de asegurar la inversión de Berrington que no involucrara a su hija.

—¿Y qué manera es esa?

—Le otorgamos el derecho de preferencia sobre cualquier propiedad comercial internacional que desarrollemos durante los próximos diez años.

Siento, más que ver, que se gira para mirarme.

—Eso parece un buen negocio para él.

—Lo es, no es algo que normalmente consideraríamos ofrecerle a nadie.

—¿Y tus hermanos no tuvieron problema con eso?

Entonces la enfrento.

—Hubo una discusión intensa, pero una vez que se dieron cuenta de lo serio que hablaba, lo aceptaron.

Sus ojos se iluminan.

—Ellos te apoyaron.

Asiento con la cabeza.

—Quizás después de todo haya esperanza para mis hermanos y para mí.

—Estoy feliz por ti, Cole.

Sus palabras suenan con sinceridad y no puedo resistir la tentación de tocarla por más tiempo. Agarro su mano con firmeza, la pongo de pie y luego paso suavemente mi pulgar por su mejilla.

—Disfruto hablar contigo así, Delilah —digo en voz baja—. Me gusta estar en la casa donde creciste, pero quiero dejar muy claro por qué estoy aquí. Estoy aquí por ti. Quiero un futuro contigo. No busco solo una aventura casual o tu amistad. Quiero todo de ti, corazón, cuerpo y alma. El único futuro que puedo imaginar ahora es uno contigo a mi lado, y sé que la cagué con el auto y el...

Ella niega con la cabeza y me detengo.

—No te equivocaste, Cole —dice suavemente con la voz llena de emoción—. Esos no eran regalos que mamá y yo pudiéramos aceptar, pero el hecho de que querías cuidar de ella... —Ella traga y está ahí, brillando en sus ojos: la mirada que me hace sentir vivo como nada más lo hace. Una sonrisa tiembla en sus labios—. Me tomó un momento verlo, pero significa más para mí que cualquier otra cosa. Me mostró que conoces mi corazón, y me mostró el tuyo. —Su mano se posa sobre mi pecho, justo encima del órgano que late salvajemente—. Y realmente me gusta mucho lo que veo.

El alivio me inunda y, sin pensar, doy un paso adelante, hundiendo los dedos de una mano en su suave cabello y curvándolos alrededor de su nuca para poder acercarla más a mí.

—A mí también me gusta lo que veo —murmuro.

—¿Ah, sí? —Su voz apenas es más que un susurro.

—Sí. De hecho, no solo me gusta lo que veo, amo lo que veo.

Se humedece los labios y sus ojos se fijan en los míos.

—¿Ah, sí?

—Lo amo —digo, esperando que pueda escuchar la sinceridad en mi voz—. Amo tanto lo que veo que no creo que pueda vivir sin verlo nunca más. —Mis ojos recorren su rostro, absorbiendo cada detalle.

Su respiración se vuelve irregular.

—Tenía la impresión de que no creías en el amor.

—No creía en mucho de nada hasta que te conocí —admito—. Me mostraste cómo es el amor, cómo se siente. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Te mostré cómo conservarlo? —Su pregunta flota en el aire, rodeada de incertidumbre.

Sé lo que está preguntando y trazo su labio inferior con el pulgar.

—Delilah, nunca más te dejaré ir. No es una opción para mí. Antes de ti, mi vida estaba vacía, *yo* estaba vacío, y ni siquiera lo sabía. No puedo volver a eso. No lo haré, y no lo digo solo porque necesito que me perdones y me ames de nuevo, lo digo en serio. *Siempre* lo diré en serio. No dejaré que nada se interponga entre nosotros. Ni el dinero, ni mi empresa, nada. Eres lo más importante para mí. Lo has cambiado todo y no puedo imaginarme volver a ser como era antes, pensando que la riqueza y el poder eran suficientes para hacerme feliz. Eres tú, Delilah. Eres lo que me hace feliz.

Sus ojos brillan, incluso cuando las comisuras de su boca se levantan en una sonrisa tan llena de alegría que juro que el corazón que una vez pensé que estaba frío y muerto se abrirá paso a través de mi pecho. Ella inclina su cabeza hacia un lado, con su largo cabello oscuro cayendo sobre su hombro.

—No sabía que eras tan poético.

—¿Qué puedo decir? Sacas lo mejor de mí.

Sus labios se abren y se pone de puntillas. Sintiendo su intención, giro mi mano en su cabello para evitar que cierre la distancia entre nuestros labios porque necesito que ella lo sepa sin ninguna duda. Mantengo mi mirada fija en la suya.

—Te amo, Delilah. Me tomó demasiado tiempo admitirlo ante mí mismo, y no porque no lo sintiera… mierda, era porque estaba sintiendo demasiado de todo lo que nunca había sentido antes, pero ahora que lo dije, no pienso parar. Tal vez algún día, si me perdonas, podrás decir si…

Ella no me deja terminar, sus manos enmarcan mi rostro.

—Te amo Cole. Nunca dejé de hacerlo por mucho que quisiera, y no te haré esperar a que te lo diga, porque ya te he perdonado. —Y ahí mismo, en el jardín de su mamá, con la puesta del sol bañándola de luz dorada, me besa.

La dejo tomar la iniciativa durante unos segundos, disfrutando del momento en el que puedo saborearla de nuevo. Luego tomo el control, reclamando su boca de la misma manera que pretendo recuperar su cuerpo más tarde. Mis manos recorren sus curvas, cayendo hasta su trasero para poder acercarla a mí. Ella gime en mi boca y sus manos se retuercen en mi camisa como si no quisiera soltarme nunca, y planeo asegurarme de que ella no lo haga, porque yo no lo haré. Nunca más me separaré de su lado. Tuve todo lo que quise cuando era niño, pero no lo que más necesitaba. Ahora que lo tengo, lo apreciaré como si fuera la cosa más valiosa del mundo. Porque lo es.

Ella lo es.

Y pasaré cada maldito día a su lado demostrándoselo.

KING

EPÍLOGO

Delilah

Mamá se acerca a la mesa y me aprieta la mano.

—Me podría acostumbrar a esto.

Miro a mi alrededor, hacia el restaurante en el que cenaremos esta noche. Es elegante, incluso para los estándares de Cole, y aunque él y yo comemos en restaurantes elegantes con bastante frecuencia, ahora también cocinamos mucho en casa. Cole resultó ser un chef casero bastante prometedor. El queso asado nocturno sigue siendo nuestro favorito y lo necesitamos mucho para mantener nuestra energía.

Pero esta noche es una ocasión especial: el cumpleaños de mamá. Cole envió su jet privado para recogerla y traerla a Nueva York durante el fin de semana. La alojaremos en una de las suites del hotel de Cole, con todos los gastos pagados. Creo que todos estamos agradecidos por ese poco de privacidad durante su visita, Cole insiste en darme orgasmos múltiples todas las noches y no le gusta cuando soy callada. No creo que ninguno de nosotros quiera quedar traumatizado porque mi mamá tenga que escuchar eso.

Hablando de Cole, miro a mi alrededor buscándolo. Hace unos minutos se excusó para hacer una llamada y salió. Me sorprendió hubiera salido por trabajo en medio de la cena de cumpleaños de mamá, pero sé que no se iría por algo que no fuera importante.

Frente a mí, la sonrisa de mamá se congela, y su mirada fija en algo por encima de mi hombro.

Me giro para mirar lo que le llamó la atención y mi corazón se hunde.

Tienes que estar bromeando.

Pasaron años desde la última vez que vi a mi papá. Hasta donde yo sé, pasa la mayor parte de su tiempo en Europa con su familia. Entonces, ¿cómo es posible que esté aquí ahora?

Me giro hacia mamá.

—No puedo creerlo. ¿Estás bien? ¿Quieres irte?

—Solo ignóralo. —Mamá se concentra en mí y niega con la cabeza—. Es todo lo que se merece.

Tiene razón. Sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Se ve hermosa esta noche. Espero que cuando tenga su edad, dentro de diecinueve años, le vea tan elegante y hermosa como ella.

—Tengo algo para ti cuando regresemos a casa —le digo—. Otro regalo.

Sus cejas se alzan.

—Pero ya me has dado mucho.

Cole y yo la mimamos porque pudimos. A veces, gastar dinero es tan satisfactorio como podrías pensar, y ver el rostro de mamá iluminarse con cada regalo me trajo mucha alegría.

La repentina tensión en la expresión de mamá es la única advertencia que tengo antes de que *él* se acerque a nuestra mesa. Miro a mi papá y luego a mamá, que toma una cucharada decidida de su postre.

—Beth, te ves bien —dice, luego se aclara la garganta—. Delilah, te ves encantadora.

Mis ojos se abren. El descaro de este hombre. No puede pensar de verdad que este sea el momento y el lugar apropiados para acercarse a la mujer que abandonó y a la niña a la que nunca reconoció.

—Gracias, Ted —responde mamá, dignándose finalmente a mirarlo—. ¿Hay alguna razón por la que has venido aquí? —Estoy muy orgullosa de su compostura.

Por un momento parece incómodo, pero solo por un momento.

—Vi que cenarán con Cole King esta noche —dice, y todo queda claro.

—Sí. —Espero a que me preste atención—. Cole es mi novio, pero estoy segura de que eso ya lo sabes.

Ni siquiera parece avergonzado. No creo que los hombres como él sepan cómo se siente la vergüenza. Si alguna vez pensé que Cole era arrogante y engreído, estaba equivocada. El epítome de esas dos cosas está justo aquí, frente a mí.

—Escuché los rumores. Felicidades. Es un gran golpe —dice mi papá, *Ted*.

Sacudo la cabeza. ¿Cómo respondes a un comentario como ese?

Mamá deja la cuchara con un tintineo.

—¿Hay algo que quieres?

—Sé que no siempre hemos tenido la mejor relación, Beth, y quiero disculparme por eso. Estaba bajo mucha presión cuando... todo pasó. Mis papás me habrían repudiado por dejar embarazada a una niña. —Me mira de nuevo—. Eso no fue justo contigo, Delilah, y me gustaría compensártelo si me lo permites.

—¿Compensar qué? —La voz de Cole viene detrás de mí y me giro en mi silla para mirarlo. Aunque está centrado en mi papá, aunque parece completamente tranquilo, puedo sentir la fría ira que emana de él.

Sin darse cuenta, Ted extiende su mano, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Cole. Ted Barret. Director ejecutivo de Apex Industries.

—Se quién eres. —Cole no le toma la mano.

Después de unos segundos de dejarlo colgado en el aire, mi papá la deja caer. Sin inmutarse, sigue adelante.

—Estaba esperando conocerte, tengo algunas oportunidades de inversión fantásticas y creo que estarás...

—No, no tienes —dice Cole.

Mi papá se detiene, obviamente confundido.

—¿Disculpa?

—No tienes ninguna oportunidad de inversión que me interese porque ya no posees la mayoría de las acciones de tu empresa. El King Group sí.

Toda la sangre sale del rostro de mi papá.

—¿Qué?

—Tu empresa estuvo teniendo dificultades desde hace algún tiempo, aparentemente por mala gestión. Sus acciones están al precio más bajo en una década. Te vi entrar y decidí que ahora era el momento adecuado para hacer la llamada. Entonces no, no tienes algunas inversiones para mí. Eres *una* inversión, y desafortunadamente para ti, desde hace diez minutos —Cole mira su reloj—, ya no eres el Director ejecutivo de Apex Industries. Mis hermanos y yo designaremos a uno de los nuestros para que se haga cargo mañana a primera hora.

Mi papá mira a Cole con una expresión que no estoy segura de haber visto antes en el rostro de nadie.

—N-no puedes hablar en serio. Eso es... Eso es absurdo...

Cole le da la espalda.

—¿Terminamos, señoritas?

Mamá se levanta con un movimiento elegante y yo sigo su ejemplo.

—Sí, gracias, Cole —dice—. La comida estuvo deliciosa.

Él le da la sonrisa que me encanta ver. Una llena del fácil afecto que ha crecido entre ellos durante los ocho meses que Cole y yo hemos estado oficialmente juntos. Me reconforta el corazón verlo recibir el tipo de cuidado maternal que nunca recibió cuando era niño. Para ser breve, ella lo trata como a una mamá y el gran y malvado multimillonario que es se lo traga.

Pasamos junto a Ted, que saca su teléfono del bolsillo y golpea frenéticamente la pantalla. Pronto descubrirá que Cole no está mintiendo. Cuando mi hombre toma mi mano entre las suyas, lo miro, me encuentro con su cálida mirada y le digo *gracias* a espaldas de mi mamá.

Él se inclina y roza sus labios contra los míos.

—A veces tener dinero y poder es algo bueno.

Sonrío y paso mis dedos por la barba de sus mejillas. Simplemente no puede evitarlo. Por mucho que no lo haya confirmado, sigo creyendo que él fue el responsable de que Philippa y Paul se fueran de Nueva York cuando yo regresé de mi permiso hace ocho meses. Al parecer, Philippa tomó la repentina decisión de regresar al Reino Unido y Paul fue enviado a la oficina de Hong Kong durante tres años. Puede que no parezca un castigo, pero todos en la oficina saben que mientras esté fuera de Nueva York, sus posibilidades de ascenso a socio son prácticamente nulas.

Independientemente de por qué se fueron, no puedo decir que me decepcionó no tener que verlos a ninguno de los dos.

Salimos del restaurante y nos subimos al auto que ya nos estaba esperando. Mientras Jonathan se incorpora al tráfico y se dirige hacia el ático, observo a Cole y a mi mamá charlando tranquilamente. *¿Cómo tuve tanta suerte?*

Cuando llegamos, hago que mamá se siente en el sofá con una copa de tinto y luego corro a nuestra habitación para buscar su último regalo. Cole me sigue, y antes de que pueda recoger el plano enrollado de donde la dejé en la cama, me rodea con sus brazos por detrás y me atrae hacia él.

—¿Te dije esta noche lo jodidamente sexy que te ves? —Su cálido aliento susurra contra mi oído.

Me río suavemente.

—Solo una o dos veces.

—Alrededor de media docena de veces más y casi será suficiente. —Roza sus labios contra mi mandíbula.

—¿Quién hubiera imaginado que resultarías ser tan encantador?

Su mano se desliza por mi muslo y vuelve a subir, trayendo consigo el dobladillo de mi vestido.

—Tal vez solo quiero meterme en tus bragas.

Inclino mi cabeza hacia adelante para darle acceso a su boca a mi cuello.

—Oh, definitivamente quieres meterte en mis bragas.

—Puedo hacer que te corras en dos minutos. —Su voz es áspera por el deseo.

—Cole —jadeo. Puedo sentirlo presionando caliente y fuerte contra mi espalda, y es una lucha detener el viaje de su mano, pero incluso con él, tengo mis límites. Follar mientras mi mamá nos espera en el salón es un límite que no estoy dispuesta a cruzar.

Me giro en sus brazos.

—No podemos, pero te prometo que te lo compensaré más tarde.

—Voy a exigirte que cumplas con eso. —El tono áspero de su voz hace que el calor se acumule en mi núcleo—. Porque en el momento en que tu mamá se vaya, las únicas palabras que saldrán de tu boca serán *sí, Cole.* Ahora practica decirlas para mí.

Su mano desciende y sus dedos me frotan, haciéndome gemir. Le doy lo que quiere.

—Sí, Cole.

Él gruñe de satisfacción y me libera. Respiro profundamente y trato de recomponerme, luego recojo el regalo y lo sigo afuera de la habitación.

Cuando le doy a mamá los planos de su casa, llora lágrimas de felicidad. Le digo que puedo hacer los cambios que quiera, pero ella dice que le encanta el diseño, que es perfecto. Ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Tiene todo lo que recuerdo que ella mencionó. Una pequeña biblioteca propia, una cocina bellamente equipada, un vestíbulo y una terraza acristalada, y un patio cubierto donde puede sentarse y contemplar su huerto, y dos habitaciones para visitas.

Después de una copa de vino de celebración más, Cole llama a Jonathan y, con la promesa de reunirnos mañana para desayunar, le

damos las buenas noches. Bajo con mamá para asegurarme de que suba al auto de manera segura mientras Cole se queda arriba para ordenar.

Debe haber estado esperándome, porque tan pronto como entro por la puerta principal, me agarra y me hace girar para que mi pecho quede presionado contra la pared. Su gran cuerpo contra el mío hace que mi corazón truene como siempre, y dejo escapar un pequeño gemido de aliento.

—¿Recuerdas lo que me prometiste? —pregunta, y mi mente tarda un momento en registrarlo.

Cierro los ojos y sonrío.

—Sí, Cole.

—Bien. Eso es todo lo que quiero escuchar de ti hasta que te diga lo contrario. ¿Okey?

—Sí, Cole.

—Buena chica. —Su voz es tan baja que tiemblo de anticipación.

Sus manos se deslizan debajo de mi vestido y dentro de mis bragas, encontrando mi núcleo resbaladizo de inmediato. Tengo la sensación de que está demasiado impaciente para tomarse esto con calma. Él hará que me corra rápido y fuerte para poder prolongar mi próximo orgasmo hasta que me tenga gritando su nombre.

Con los dedos de una mano hundiéndose en mí y la otra ahuecando mi pecho y pellizcando mi pezón, me hace alcanzar mi punto máximo en un tiempo récord.

—Déjame escucharte —dice, y le doy lo que quiere.

—Sí, Cole. Sí, sí, *sí.*

Mi cuerpo explota con mi clímax, mi trasero se empuja hacia atrás contra su polla dura como una roca mientras me retuerzo en su mano. Cuando finalmente termino y me hundo contra la pared, Cole acaricia mi cuello.

—Quédate donde estás, no muevas un músculo y recuerda lo que prometiste.

Asiento y él da un paso atrás, el aire fresco en mi espalda empapada de sudor. Mantengo mis palmas y mi frente contra la pared como me ordenó y espero saber qué quiere de mí a continuación.

Hace un roce de nudillos por mi columna y luego:

—Date la vuelta.

Me muerdo el labio inferior anticipando lo que viene, y me giro, solo para jadear cuando mis ojos caen y lo veo sobre una rodilla. Él está sosteniendo una caja de anillo color turquesa, con el anillo de compromiso de diamantes más hermoso brillando contra la tela satinada del interior.

—Delilah —dice mientras mi corazón se lanza contra mi caja torácica—. Te amo de una manera que ni siquiera sabía que fuera posible. Desde el momento en que te sentaste a mi lado en ese bar, me hiciste sentir cosas que nunca había sentido. Cada vez que creo que no puedo amarte más, demuestras que estoy equivocado. Estar contigo me hace querer ser un mejor hombre, el tipo de hombre que puede ser un buen esposo y... —respira profundamente, apretando la caja del anillo—, un buen papá.

Mi corazón se contrae ante el destello de vulnerabilidad en sus ojos. Para un hombre que no tuvo buenos modelos parentales, el hecho de que quiera tratar de ser mejor para sus propios hijos (para los hijos que *podríamos* tener algún día) inunda mi pecho con una calidez indescriptible.

—Quiero pasar el resto de mi vida mostrándote cuánto te amo. —La voz de Cole se vuelve más profunda y áspera—. Necesito saber que puedo hacer felices cada uno de tus días. Así que por favor, gatita, cásate conmigo. Sé mi esposa y déjame mostrarte lo increíble que pueden ser nuestras vidas juntas. —Sus cejas se bajan, sus ojos brillan con intensidad—. Y no olvides lo que prometiste.

No puedo evitarlo. Me río. Porque, por supuesto, de esa manera él alinearía la baraja a su favor. Lo planeó perfectamente y Dios, lo amo. Lo amo tanto que duele. Me arrodillo frente a él, aparto suavemente la mano que sostiene la caja del anillo y me deslizo hacia sus brazos. Me

envuelve con ellos, a pesar de que tiene el ceño fruncido y obviamente se pregunta por qué no le he respondido todavía, pero en este momento, un momento que nunca hubiera soñado que sucediera hace un año y que ahora no puedo imaginar que no suceda, solo quiero estar lo más cerca de él que sea físicamente posible.

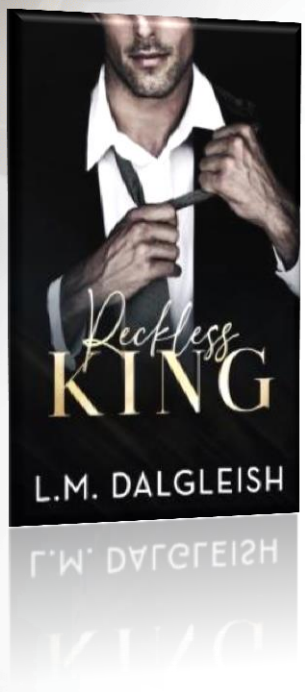
Rozo mis labios con los suyos y respiro las palabras.

—Sí, Cole.

Fin

KING

PRÓXIMO LIBRO



Una noche de locura en un club anónimo y exclusivo tenía como objetivo distraerme de mis problemas, no empeorarlos. Entonces descubro que el extraño enmascarado con el que compartí un encuentro íntimo no era otro que Tate King, el multimillonario jefe de marketing del King Group, un playboy infame y antiguo compañero de cuarto de la universidad de mi hermano.

Por mucho que quiera fingir que esa noche en el club nunca sucedió, Tate no me lo permite. Me propone un trato, uno que ayudará a desviar la atención de los tabloides de su objetivo favorito, al mismo tiempo que ofrece un salvavidas para mi cafetería en problemas. ¿Una cita falsa con el soltero más famoso de Nueva York? Parece una locura, pero la desesperación decide por mí.

Hace años me convencí de que era inmune al encanto de Tate, pero cada toque, cada beso, cada secreto revelado, difumina la línea que separa la ficción de la realidad. A medida que nuestras vidas se enredan más, me doy cuenta de que lo más difícil de esta farsa no será mantener nuestra actuación, sino intentar no enamorarme del hombre al que finjo amar.

Porque puede que haya demostrado que hay mucho más en él que su reputación, pero queda una pregunta. Si Tate nunca ha estado dispuesto a arriesgar su propio corazón, ¿podré confiarle el mío?

Reckless King es un romance multimillonario de larga duración, picante, con una relación falsa, con un héroe que habla sucio, que se enamora primero, y un "felices para siempre" garantizado. Es el segundo libro de la serie romántica de multimillonarios Empty Kingdom, pero puede leerse por separado.

Empty Kingdom, libro 2.

L. M. DALGLEISH *Empty Kingdom #1.*

SWEET *passion*

Coldhearted

KING



L. M. DALGLEISH *Empty Kingdom #1.*

SWEET poison

Delilah

Cole

Coldhearted